WARHAMMER 40,000

CIELO MUERTO SOL NEGRO



UNA NOVELA DE LOS ULTRAMARINES

GRAHAM McNEILL

Expulsado del capítulo, Uriel Ventris se adentra en las profundidades del temido Ojo del Terror para enfrentarse a los terribles enemigos que habitan esos mundos de pesadilla. Entre ellos destacan las legiones de marines espaciales del Caos, guerreros que se han aliado con los Dioses Siniestros y desean la destrucción de la humanidad.

En esta nueva entrega de Graham McNeill sobre los Ultramarines continúan las aventuras de un conocido personaje de Warhammer 40000, Uriel Ventris.



Graham McNeill

Cielo muerto, sol negro

Warhammer 40000. Ultramarines 3

ePub r1.0
epublector 31.07.13


WARHAMMER
40,000


ULTRAMARINES

Título original: *Título*
Graham McNeill, 2004
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández, 2006

Editor digital: epublector
ePub base r1.0



PRÓLOGO

Los distantes martillazos procedentes de las monstruosas máquinas reverberaban por toda la estancia y el eco salvaje resonaba en la cámara de los mortuarios bestiales que se extendía en las profundidades del lugar. De allí procedían las vaharadas venenosas de humos acres y los gritos de agonía. Las gárgolas burlonas fabricadas con hierro fundido y prensado se alineaban en el borde del impresionante altísimo techo abovedado y en los extremos de unos gigantescos pistones parecidos a columnas, todos ellos envueltos por nubes de vapor grasiento, que subían y bajaban de forma rítmica a través de anchos agujeros de bordes adornados con cráneos.

De una enorme abertura en el suelo de obsidiana surgían chorros de vapor abrasador en grandes vaharadas de calor infernal. El abismo lo cruzaba una pasarela de hierro remachado sostenida por unas grúas de tremendo grosor sostenidas a su vez por unas cadenas con los eslabones tan grandes como cuerpos humanos.

El caliente resplandor anaranjado de un serpenteante río de metal fundillo en la base de la grieta relumbraba allí abajo, a cientos de metros de profundidad. La estancia apestaba a vapores sulfurosos y al hedor ardiente y penetrante del metal batido. La pasarela conducía a una inmensa muralla de piedra de veta oscura atravesada por una descomunal puerta de acero templada en un océano de fuego durante su forja. Era la puerta interior de la fortaleza de Khalan-Ghol, y estaba cubierta de grandes púas negras y flanqueada por dos colosos blindados con los costados de acero repletos de cicatrices causadas por millares de combates. La puerta daba acceso a las

estancias del nuevo señor de la fortaleza, y los dos titanes de rostro demoníaco, decorados con los estandartes malditos de la Legio Mortis, alzaron unas armas terribles, capaces de devastar ciudades, para apuntar con ellas a una docena de individuos que se acercaban a la puerta.

La inmensidad del lugar no amilanó a los guerreros que se aproximaban hacia el puente rechinante. Ya habían visto sitios semejantes con anterioridad. De hecho, el que encabezaba el grupo procedía de una ciudadela mucho más antigua y monolítica que aquella.

Lord Toramino, señor forjador de los Guerreros de Hierro, frunció los labios en un gesto de disgusto cuando alzó los ojos modificados para mirar de frente los cañones de las armas de los titanes. Si el mestizo esperaba que una demostración tan vulgar de poder lo intimidara, entonces era más estúpido de lo que su sangre mezclada e inferior sugería. Habían pasado por la puerta principal de la fortaleza tres días antes y habían avanzado sin que ninguno de los guerreros del mestizo se lo impidieran, aunque Toramino sintió que los observaban unos ojos sobrenaturales desde el mismo momento de la entrada. Sin duda alguna, los brujos de la cábala todavía los estaban vigilando en ese preciso instante, pero a Toramino aquello no le preocupaba lo más mínimo: caminaba con la cabeza bien alta y las manos entrelazadas a la espalda.

Lord Berossus, que iba a su lado, gruñó cuando se dio cuenta de que los titanes los apuntaban con las armas y alzó la suya propia. Toramino lo miró y negó con la cabeza ante la falta de contención de su vasallo. Nadie podía enfrentarse a un titán y salir con vida, pero los reflejos condicionados de Berossus eran tan fuertes que no podía responder de otra manera.

Toramino empezó a cruzar el puente de hierro y el metal siseó bajo sus botas. La superficie se onduló como si estuviera fabricada con mercurio y reflejó la gigantesca imagen con armadura en la superficie refulgente. Lord Toramino medía más de dos metros y llevaba puesta una servoarmadura de talla exquisita, forjada y tallada en la propia Olimpya, y pulida hasta relucir. Tenía los bordes adornados con espirales de oro labrado y emblemas de ónice, y toda la superficie estaba cubierta de terribles símbolos de destrucción. Una capa de color ocre y textura metálica, más resistente que

el adamantium, tapaba en parte el símbolo de la máscara de cráneo de los Guerreros de Hierro que llevaba en una hombrera y su propia insignia heráldica, que llevaba en la otra: un guantelete de armadura sobre una fortificación destruida.

Uno de los guerreros de hierro de su escolta personal llevaba en las manos su casco de decoración recargada, mientras que otro portaba su estandarte de guerra, una estrella de ocho puntas fabricada con hueso ennegrecido colocada sobre una base en forma de rueda con borde de bronce y atada con tendones arrancados de un millar de víctimas aullantes. Toramino llevaba el largo cabello blanco recogido en una cola que le llegaba hasta la espalda. Los rasgos del rostro eran angulosos y nobles e indicaban los largos años de terribles experiencias. Los ojos eran unos orbes dorados y opalescentes bajo unas cejas espesas y reflejaban una rabia contenida.

Cuando ya estuvieron cerca de la muralla, unos tremendos chorros de gases apestosos y aceitosos surgieron de los pistones que había a cada lado de la puerta. Los gigantescos cierres se abrieron con un fuerte crujido acompañados de un chirrido de metal contra metal y seguidos de varios choques estruendosos que hicieron caer polvo del techo de la estancia.

Los titanes bajaron sus inmensas armas y giraron la parte superior del cuerpo sobre rodamientos de bronce para agarrar las hojas cubiertas de púas de las puertas y tirar de ellas. De las articulaciones les surgieron unas vaharadas de humo procedente de los fibrosos músculos artificiales y la gigantesca puerta se fue abriendo poco a poco con un fuerte chirrido para dejar paso a una luz de color esmeralda que inundó la estancia mientras Toramino y Berossus dejaban atrás a las poderosas máquinas de guerra y entraban en el sanctasanctórum del señor de la fortaleza.

Toramino recordaba el lugar por la multitud de veces que había acudido a rendir homenaje al anterior castellano de Khalan-Ghol, un formidable y temible guerrero que había ascendido a la siniestra majestad de príncipe demonio. Las paredes de la estancia eran de piedra negra con vetas de oro y plata. Su superficie relucía por la humedad a pesar del calor que subía del suelo de baldosas fabricadas con polvo de hueso molido. Los rayos de

enfermiza luz blanca se reflejaban en largas líneas de tono nacarado procedentes de una decena de ventanas altas y estrechas que atravesaban la pared oriental. Aquella iluminación absorbía toda sensación de vida y confería una palidez mortecina a los ocupantes.

Una decena de guerreros de hierro se pusieron en posición de firmes al otro extremo de la cámara alrededor de un pulido trono blanco y plateado en el que estaba sentado un guerrero protegido por una desgastada servoarmadura.

A Toramino le enfurecía tener que presentarse en un teórico plano de igualdad ante el nuevo señor de la fortaleza. El mestizo no era más que un perro cruzado e impuro, que no merecía ni el honor de limpiar la sangre de la armadura de un guerrero de hierro, y mucho menos, por tanto, de estar al mando de ellos en combate. Semejante afrenta al honor de la legión era algo casi insoportable para Toramino, y cuando vio que el señor de la fortaleza se levantaba del trono de hierro y huesos fusionados, sintió que el odio le subía como una oleada de bilis por la garganta.

El aspecto del mestizo se ajustaba a la opinión que Toramino tenía de él, ya que estaba sucio y no mostraba nada de la nobleza de los antepasados de Olimpya. El cabello negro cortado a cepillo coronaba un rostro de rasgos vulgares y cubierto de cicatrices. La armadura estaba mellada y quemada en algunos puntos, mostrando así las consecuencias de algún combate. ¿Cómo era posible que al mestizo no le importase recibir de ese modo a dos de los jefes forjadores más antiguos y nobles de Medrengard? Que el señor de aquel advenedizo hubiera designado a semejante perro como su sucesor iba más allá de lo increíble.

—Lord Honsou —lo saludó Toramino, obligándose a sí mismo a hacer una reverencia sin separar las manos a la espalda. Habló en un tono formal, en voz baja y de un modo sibilante, pero tuvo cuidado en incluir una inflexión burlona en la pronunciación de las palabras.

—Lord Toramino —le correspondió Honsou—. Me honras con tu presencia. Tú también, lord Berossus. Han pasado muchos años desde que las murallas de Khalan-Ghol sintieran la fuerza de vuestras pisadas.

El suelo crujía bajo el peso de lord Berossus, un enorme monstruo de hierro oscuro y bronce con el rostro burlón de una calavera. Medía el doble que lord Toramino. Lo que quedaba vivo del cuerpo del herrero forjador Berossus se encontraba en el interior del sarcófago de un dreadnought desde hacía ya muchos años.

Aquella máquina grotesca siseó antes de que una voz rasposa, apagada y distorsionada por la unidad de voz de bronce, le contestara.

—Sí, aunque me siento insultado por encontrarme entre ellas a sabiendas de que un mestizo arrogante como tú es el nuevo señor de la fortaleza.

El cuerpo mecánico de Berossus, aumentado y modificado continuamente desde su creación, se alzaba por encima incluso de los demás dreadnoughts de su gran compañía. Los montajes de las piernas se habían reforzado y ensanchado para permitir la colocación de un equipo de asedio cada vez más pesado. La parte superior del cuerpo del dreadnought estaba chamuscada y llena de surcos, el resultado de incontables asedios grabados en el caparazón de adamantium. El brazo derecho estaba equipado con un enorme martillo de asedio movido por pistones. En el otro llevaba un gigantesco taladro rodeado de cañones de gran calibre.

Por detrás del torso asomaban cuatro brazos de hierro rematados en garras, cuchillas y tenazas de gran tamaño, alzados en el aire y preparados para ser utilizados por encima de ese caparazón blindado.

Toramino se dio cuenta de que Honsou reprimía una respuesta airada. Los ojos dorados y sin alma le brillaron por la diversión que le suponía la brusca forma de hablar de Berossus. Honsou ya debía de saber el motivo que los había llevado hasta allí. Sólo existía una razón por la que ambos se habían dignado acudir a la guarida del mestizo. Sonrió al imaginarse la desilusión de Honsou al tener que compartir lo que había conseguido su anterior señor.

—Debes perdonar a Berossus, lord Honsou —dijo Toramino con voz suave al mismo tiempo que daba un paso adelante y extendía las manos ante él.

A diferencia del resto de la armadura, los guanteletes estaban forjados a partir de un hierro oscuro de aspecto siniestro, y estaban desgastados y marcados por innumerables batallas. Encantado de participar en matanzas, Toramino había jurado siglos atrás que jamás se limpiaría una muerte de las manos, por lo que los guanteletes estaban cubiertos de sangre y sufrimiento desde hacía mucho tiempo. En el momento en que las manos aparecieron, los guerreros de hierro que rodeaban a Honsou alzaron los bólters y apuntaron a la cabeza de lord Toramino.

Este se limitó a sonreír, lo que dejó al descubierto unos dientes de plata reluciente, antes de seguir hablando.

—He venido para ofrecerte la enhorabuena por la victoria en Hydra Cordatus. Tu antiguo señor llevó a cabo una campaña genial. Conquistar las murallas de una fortaleza tan formidable fue un logro impresionante. ¿Dónde se encuentran los otros dos capitanes, Forrix y Kroeger? Debemos festejarlo con ellos dos también.

—Están muertos —contestó Honsou con sequedad.

Toramino disfrutó de la vejación que suponía para el mestizo ser excluido del honor de la victoria. Olfateó el patético deseo de aquel cachorro de ser aceptado por ellos y se centró en el verdadero motivo de su viaje allí.

—Una pena —comentó—. Sin embargo, sus muertes sirvieron para cumplir la misión. ¿Os apoderasteis del botín que existía bajo la ciudadela?

—¿Una pena? —repitió Honsou—. Lo que fue una pena es que yo no pudiera matarlos en persona, aunque tuve el placer de ver morir a Forrix. Y sí, sacamos el botín de las instalaciones criogénicas que había bajo las montañas… Bueno, al menos lo que los imperiales no fueron capaces de destruir.

—¿Semilla genética estable? —murmuró Toramino, incapaz de ocultar la ansiedad que sentía.

—Sí —contestó Honsou—. Biológicamente estable y sin mutación alguna, y toda fue a parar al Saqueador. Ya lo sabes, Toramino.

Lord Berossus soltó una carcajada cargada de restallidos estáticos e inclinó hacia adelante su enorme cuerpo.

—No nos tomes por tontos, mestizo. Sabemos que te guardaste parte de ella. Tú serías el tonto si no lo hubieras hecho.

—Y si lo he hecho, ¿eso a ti qué te importa? —le respondió Honsou con un gruñido.

—¡Insolente! —rugió el dreadnought dando un retumbante paso hacia él al mismo tiempo que los servobrazos de la espalda se ponían en funcionamiento—. ¿Cómo te atreves a hablarle así a tus superiores?

Toramino habló antes de que Honsou tuviera tiempo de contestar.

—Aunque se expresa con brusquedad, lord Berossus está en lo cierto. Sabemos que te has guardado parte de la semilla genética, así que escucha con atención, mestizo: tu antiguo señor había jurado una alianza con Berossus y conmigo, y esperamos que tú, su sucesor, cumplas ese juramento y compartas el botín de la victoria.

Honsou no contestó nada durante unos largos segundos antes de echarse a reír carcajadas en sus narices. Toramino notó que el odio que sentía hacia el mestizo ardía con más fuerza que nunca.

—¿Compartir? —dijo al cabo de unos momentos mientras se giraba para recibir en las manos una larga hacha de hoja ancha que le entregó uno de los guerreros de hierro que estaba a su espalda.

Hizo un gesto en dirección a otro guerrero de hierro y éste se agachó detrás del trono para sacar a la vista un pesado cofre criogénico de hierro a la vez que decenas de guerreros de la gran compañía de Honsou aparecían y se situaban alrededor de ellos.

El guerrero de hierro que llevaba el cofre lo mantuvo en alto delante de lord Toramino mientras Honsou seguía hablando.

—En ese cofre criogénico se encuentra todo lo que estoy dispuesto a compartir. Es mi única oferta, así que os recomiendo que la aceptéis y os marchéis.

Toramino entrecerró los ojos mientras acercaba uno de sus desgastados guanteletes para levantar la tapa. Volutas de aire condensado salían del cofre. Todos sus instintos le indicaban que aquello era una trampa, pero no podía mostrar ninguna debilidad ante el mestizo.

Abrió el cofre y tensó el cuerpo al ver que estaba vacío.

—¿Esto es alguna clase de broma estúpida, mestizo? —le preguntó Toramino con voz sibilante—. ¿Incumples los juramentos de tu señor?

Honsou dio un paso hacia Toramino y escupió en la reluciente placa pectoral del herrero forjador.

—Me meo en esos juramentos y me meo en ti —le contestó—. En ti y en ese monstruo idiota tuyo. No, no es una broma. Entérate bien, Toramino, no me sacaréis nada. Ninguno de vosotros lo hará. Lo que le arrebaté a los imperiales en Hydra Cordatus lo hice con mi esfuerzo y con mi sangre, y ni tú ni nadie me lo va a quitar.

Toramino estaba enfurecido, pero se contuvo. Los músculos del cuello se le hincharon por el esfuerzo que le supuso tener que reprimirse. Gruñó y, soltando una maldición, le hizo un gesto a Berossus, quien a su vez rugió y descargó el poderoso martillo de asedio sobre el guerrero de hierro que tenía en las manos el cofre criogénico, destrozándolo en una explosión de carne y metal. Una aureola de energía eléctrica rodeó el cráter, y del martillo chasqueante cayeron restos semisólidos que gotearon hasta el suelo.

Toramino no podía creer que aquel miserable mestizo tuviera el valor de comportarse de ese modo con él.

—¿Te atreves a insultarme de este modo? —aulló.

—Sí, y ya no sois bien recibidos en esta fortaleza. Os permito marcharos, tal como corresponde a unos herreros forjadores de vuestra categoría, pero jamás pondréis el pie de nuevo en este lugar mientras yo viva.

—Desafiarme significa la muerte —le prometió Toramino—. Mis ejércitos derribarán esta fortaleza piedra a piedra, torreón a torreón, y te entregaré a los sinpiel.

—Eso ya lo veremos —contestó Honsou empuñando con más fuerza el hacha—. Envía a tus ejércitos, Toramino. Lo único que lograrán es morir ante mis murallas.

Lord Toramino ni siquiera se dignó contestar y se dio media vuelta para salir de la estancia, seguido de cerca por lord Berossus y el séquito.

Si el mestizo quería la guerra, Toramino se la daría encantado.

Una guerra capaz de arrancar al poderoso Perturabo de sus ensoñaciones.



PRIMERA PARTE
JURAMENTO DE MUERTE



UNO

Uriel mantuvo la respiración relajada mientras practicaba los últimos movimientos del ejercicio de ataque. Cada movimiento estaba equilibrado a la perfección. El cuerpo y la mente funcionando en perfecta sincronía. Lanzó los golpes de forma lenta y deliberada. Al codazo le siguió un puñetazo dirigido con movimientos precisos contra un enemigo imaginario. Mantuvo los ojos cerrados y la postura relajada y equilibrada. Todas las partes del cuerpo empezaban y acababan los movimientos al mismo tiempo.

Completó la serie de golpes y tomó una gran bocanada de aire cuando cruzó los puños por delante de la cara. Luego exhaló sin perder la concentración mientras volvía a colocar los brazos a lo largo del cuerpo y centraba el poder de nuevo en su interior.

Sintió la capacidad letal de sus extremidades y notó cómo la fuerza crecía al mismo tiempo que una calma que no había sentido a lo largo de muchas semanas lo rodeaba por completo después de hacer los últimos movimientos prescritos.

—¿Preparado? —le preguntó Pasanius.

Uriel asintió y soltó un poco los miembros antes de adoptar una postura de combate semiagachada con los puños por delante. Su antiguo sargento era mucho más grande que él, con unos músculos enormes. Llevaba puesta una túnica de combate corta que dejaba al aire los brazos y las piernas. Aunque habían pasado ya casi dos años desde que Pasanius perdiera el brazo en un combate subterráneo contra un antiguo dios estelar, Uriel se dio cuenta de que seguía desviando la mirada al brazo artificial plateado y pulido que había reemplazado a la extremidad perdida.

Pasanius llevaba el cabello rubio cortado a cepillo. Aunque su rostro era capaz de mostrar gran amistad y humor, en esos momentos mostraba una expresión seria y letal, lista para el combate. Pasanius lanzó un golpe lateral cortante hacia la cabeza de Uriel, quien se echó a un lado para esquivarlo. Desvió el ataque de Pasanius y se metió dentro de su guardia, donde intentó darle un codazo en la garganta. Su enorme oponente giró con facilidad y bloqueó el golpe de Uriel, dejándole desequilibrado.

El antiguo capitán se agachó para dejar pasar otro puñetazo y retrocedió justo a tiempo para evitar una tremenda patada en la entrepierna. A pesar de

la velocidad con la que se había movido, el talón del pie de Pasanius le dio en el costado y soltó un bufido de dolor al quedarse sin respiración.

Uriel evitó también el siguiente ataque y siguió moviéndose con agilidad mientras Pasanius embestía de nuevo, bloqueando y contrarrestando todos los movimientos de su oponente. El antiguo sargento era un individuo grande pero más veloz de lo que parecía, y Uriel sabía que no podía esquivarlo para siempre. Además, cuando Pasanius lograba golpear a alguien, muy pocos eran capaces de levantarse.

Lanzó un feroz puñetazo tras otro contra Pasanius girando sobre los hombros y las caderas para añadir su propio peso a la fuerza del golpe mientras no dejaba de intercalar otros rápidos puñetazos a las costillas del gigantón. Pasanius retrocedió sin verse afectado por aquellos golpes. Uriel lo siguió con rapidez y le dirigió un gancho contra la cabeza. Se trataba de un ataque algo arriesgado que se podía bloquear con facilidad, pero el reluciente antebrazo de Pasanius no se alzó y el puño de Uriel se estrelló contra la sien derecha del sargento.

Pasanius trastabilló y se desplomó sobre una rodilla. Unas cuantas gotas de sangre roja surgieron de la brecha que se le había abierto sobre la ceja derecha. Uriel se apartó de Pasanius y bajó los puños. Se quedó mirándolo con desconcierto mientras recuperaba la respiración.

—¿Estás bien? —le preguntó Uriel—. ¿Qué ha pasado? Podrías haber parado ese golpe con facilidad.

—Me pillaste por sorpresa —contestó Pasanius mientras se limpiaba la sangre, que ya se había coagulado, con una mano grande y carnosa—. Pensé que ibas a intentar otra vez golpearme las piernas.

Uriel recordó los últimos segundos de la pelea y pensó las posiciones y los movimientos de ambos en esos momentos.

—¿Las piernas? No estaba en posición de atacarte las piernas —le contestó Uriel—. Si quería atacarte desde esa posición, tenía que ser a la cabeza.

Pasanius se encogió de hombros.

—No logré bloquearlo a tiempo.

—Ni lo intentaste. Ni siquiera con el otro brazo.

—Ganaste. ¿De qué te quejas?

—Es que nunca te había visto fallar un bloqueo tan fácil, eso es todo.

Pasanius dio media vuelta y tomó una toalla que colgaba de la barandilla de bronce que rodeaba la circunferencia de la cúpula de observación geodésica en la que el capitán Laskaris les había dado permiso para entrenarse. La negrura del espacio llenaba el campo de visión de la cúpula. Las estrellas estaban esparcidas como polvo de diamante en un tapete negro. La luz emitida por las distantes estrellas de Macragge se reflejaba en los múltiples paneles transparentes de la cúpula e iluminaban el lugar con una luz pálida y fantasmal.

—Lo siento, Uriel. Toda esta situación me tiene un poco… desconcertado —le dijo Pasanius mientras pasaba la toalla por encima del brazo artificial—. Que te expulsen del capítulo…

—Lo sé, Pasanius, lo sé —contestó Uriel reuniéndose con él al borde de la cúpula. Apoyó las dos manos en la barandilla y se quedó mirando a través del vidrio blindado a lo que se veía al otro lado.

El casco gótico, parecido a un risco montañoso, del transporte el Orgullo de Calth se alargaba hacia la oscuridad del espacio y más allá de la vista. La nave se dirigía desde Macragge hacia el punto de salto Masali.

Uriel entró en su estancia y tiró la toalla sobre el arcón de metal gris que tenía a los pies de la cama. Luego se acercó al pequeño cubículo de abluciones acoplado al mamparo de acero. Se quitó la túnica manchada de sudor y la dejó colgada de una barra cromada antes de abrir el mando desgastado que estaba encima de la pileta de cerámica agrietada. Esperó a que se llenara y después tomó con las manos una buena cantidad de agua helada. Se la echó en la cara y dejó que bajara goteando por su rostro anguloso.

Uriel se quedó mirando el agua espumosa del lavabo y recordó su última mañana en Macragge. Se había quedado arrodillado en la Roca de Gallan, contemplando el estanque rocoso que había a los pies de las Cataratas de Hera. Cerró los ojos y se imaginó de nuevo los lejanos mares,

que centelleaban como una manta de zafiro más allá de las blancas cimas rocosas de las montañas occidentales, salpicadas de bosquecillos de abetos. El sol se ponía y alargaba unos dedos manchados de rojo sangre y bañaba las montañas con una moribunda luz dorada. Le pareció que el mundo natal del capítulo le concedía una última visión de su majestuosidad antes de que la perdiera para siempre.

Recordaba ese paisaje cada noche cuando se acostaba en su sencillo camastro, cada detalle de color, de olor, cada imagen, procurando que no se le borraran de la memoria. El regusto rancio y reciclado del aire hacía que el recuerdo fuera más doloroso e intenso. Además, el aposento austero y de escaso mobiliario que le habían proporcionado a bordo del Orgullo de Calth también le traía a la memoria sus estancias privadas en Macragge.

Uriel alzó la cabeza y vio en el espejo de acero pulido cómo las gotas le caían como llanto por la mejilla. Se secó el agua que le quedaba en la cara bajo la mirada atenta de los ojos grises de su gemelo, situados bajo una frente agresiva y un corto cabello negro. Sobre una ceja llevaba dos tachones dorados. La línea de la mandíbula era angulosa y noble. Su complexión física superaba con creces la de los soldados humanos comunes que abarrotaban la inmensa nave espacial, ya que había sido modificada genéticamente por una tecnología arcana y lo habían entrenado hasta llegar al máximo de sus capacidades por toda una vida de entrenamiento, disciplina y guerra. Tenía los brazos y el pecho cubiertos de cicatrices, pero la más grande de todas era una combinación de gruesas arrugas pálidas que le cruzaban la zona del estómago, donde el ataque de una reina norna tiránida casi lo había matado en Tarsis Ultra.

Se estremeció al recordarlo. Se dio la vuelta y se sentó en el borde del camastro. Pensó en la última vez que había visto Macragge, cuando la lanzadera de transporte había despegado del astropuerto al extremo del valle de Laponis. Había visto cómo su planeta natal de adopción se alejaba convirtiéndose en un conjunto de montañas de cuarzo centelleante e inmensos océanos que quedaron fuera de la vista poco después de que la lanzadera llegara a la atmósfera superior.

La curvatura del planeta se fue haciendo cada vez más visible junto a la pálida bruma que indicaba la separación entre la atmósfera y el frío vacío del espacio. Delante de ellos se encontraba el Orgullo de Calth, un objeto feo y oblongo que flotaba sobre la zona del polo norte del planeta.

Había alargado la mano cubierta por el guantelete y se había apoyado en la gruesa portilla de observación de la lanzadera, preguntándose si alguna vez volvería a Macragge.

—Eche un buen vistazo, capitán —le dijo Pasanius con voz sombría cuando vio lo que Uriel estaba mirando—. Es la última vez que lo veremos.

—Espero que te equivoques, Pasanius —le contestó Uriel—. No sé dónde nos llevará este exilio, pero puede que volvamos a ver el hogar de nuestro capítulo.

Pasanius se encogió de hombros. Su enorme corpachón dejaba pequeño a su antiguo capitán. El fallecido tecnomarine Sevano Tomasin le había forjado la armadura a Pasanius cuando se había convertido en marine espacial, pero había tenido que obtener parte de las piezas y placas de blindaje que habían quedado demasiado dañadas como para ser reparadas por completo de varias armaduras de la clase exterminador.

—Quizá, capitán, pero yo estoy convencido de que no volveré a poner los ojos en Macragge.

—¿Qué te hace estar tan seguro? Y recuerda que ya no hace falta que me llames capitán.

—Claro, capitán, pero sé que no volveré aquí —insistió Pasanius—. Tengo un presentimiento.

Uriel negó con la cabeza.

—No, no creo que lord Calgar nos hubiera ordenado este juramento de muerte si pensara que no podemos cumplirlo. Puede que tardemos años, pero siempre hay esperanza.

Uriel se había quedado observando a su antiguo sargento. Comprendía muy bien el humor sombrío en que se encontraba. Miró la enorme hombrera de la armadura, de donde habían borrado el emblema de los Ultramarines. Al igual que había ocurrido con su propia armadura, habían quitado todas las insignias del capítulo después de la sentencia dictada por un tribunal de

hermanos de batalla debido al incumplimiento de las doctrinas del Codex Astartes en Tarsis Ultra, para después efectuar la Marcha de la Vergüenza y salir de la Fortaleza de Hera.

Uriel dejó escapar un suspiro al pensar en todo lo que había ocurrido desde que había empuñado la espada del anterior capitán para tomar el mando de la cuarta compañía de los Ultramarines. Tantos combates y muertes eran lo habitual en la vida de un marine espacial. Habían muerto hermanos de batalla, aliados y amigos en la incesante lucha contra renegados, criaturas alienígenas y todo un tentáculo de las flotas tiránidas.

Se recostó contra el mamparo y dejó que la mente vagara por la carnicería que los tiránidos habían provocado en Tarsis Ultra. Todavía recordaba a la perfección los terribles combates que habían librado en aquel planeta industrial cubierto de hielo. La furia de la invasión de los depredadores procedentes de otra galaxia se le había grabado de forma indeleble en la memoria. Las batallas en Ichar IV, otro planeta asaltado por los tiránidos, también habían sido terribles, pero el esfuerzo combinado de todas las fuerzas imperiales había sido magnífico, mientras que las que se habían congregado en Tarsis Ultra estaban en una tremenda inferioridad numérica. Sólo gracias al heroísmo desesperado de las tropas y a la intervención del legendario inquisidor general Kryptman consiguieron la victoria.

Pero fue una victoria con un gran coste para él.

Uriel tomó el mando de una escuadra de Guardianes de la Muerte de la Ordo Xenos para salvar el planeta, y al hacerlo incumplió su deber para con sus hombres y las enseñanzas que su primarca había dejado escritas en el libro sagrado, el Codex Astartes. La misión consiguió abrirse paso hasta el corazón de la nave colmena tiránida. Cuando la compañía regresó por fin a Macragge, Learchus, uno de sus sargentos más valientes, informó de esas flagrantes violaciones de los artículos del Codex a los altos señores del capítulo.

Uriel y Pasanius fueron juzgados por los mejores guerreros de los Ultramarines y rechazaron el derecho a defenderse. Aceptaron la decisión de Marneus Calgar para impedir que el ejemplo cundiera por toda la cadena

de mando. El castigo por semejante herejía sólo podía ser la pena de muerte, pero el señor del capítulo, en vez de desperdiciar la vida de dos valientes guerreros que todavía podían acabar con un gran número de enemigos del Emperador, les había obligado a realizar un juramento de muerte.

Uriel recordaba con toda claridad la tarde que se habían marchado de la Fortaleza de Hera después de acatar la sentencia de lord Calgar y de demostrar a los miembros del capítulo que el modo de hacer las cosas de los Ultramarines era el correcto. Estaban obligados por el juramento de muerte para que el capítulo pudiera vivir como siempre lo había hecho.

El capellán Clausel había leído los versículos del Libro del Deshonor y había apartado la mirada cuando Uriel y Pasanius pasaron de largo ante él y se dirigieron hacia la puerta de la barbacana.

—Uriel, Pasanius —los llamó lord Calgar.

Los dos marines espaciales se detuvieron e hicieron una reverencia ante su antiguo señor.

—Que el Emperador os acompañe. Morid con honor.

Uriel asintió al mismo tiempo que las hojas del portón se abrían. Pasanius y él salieron y quedaron bajo la luz púrpura del atardecer. Varios pájaros cantaban y las antorchas titilaban en lo alto de las torres de vigilancia de las murallas exteriores de la fortaleza.

Calgar les habló de nuevo antes de que las puertas se cerraran. Lo hizo con voz dubitativa, como si no supiera si debía hablar o no.

—El bibliotecario Tigurius habló conmigo ayer por la noche —dijo—. Fue sobre un mundo que sabía a hierro negro, con grandes factorías matrices creadoras de carne demoníaca repletas de una vida monstruosa y antinatural. Tigurius me contó que unos mortuarios feroces, ellos mismos unos monstruos, abrían las matrices con cuchillos y sierras y sacaban del interior figuras cubiertas de sangre. Aunque parecían más muertos que vivos, esos cuerpos respiraban. Estaban vivos y eran altos y fuertes, un reflejo siniestro de nuestra gloria. No sé lo que significa, Uriel, pero está claro que es algo maligno. Busca ese lugar y destruyelo.

—Como ordenéis —le contestó Uriel antes de adentrarse en la noche.

La escalofriante visión del bibliotecario Tigurius podía encontrarse en casi cualquier parte de la galaxia, y aunque a Uriel la idea de ir a un lugar tan odioso le llenaba el alma de repugnancia, una parte de él también agradecía la oportunidad de matar a semejantes monstruos.

Habían pasado cinco días desde que la nave de transporte había partido de la órbita de Macragge y viajado hasta el punto de salto Masali utilizando los reactores convencionales de plasma.

Uriel se había enfrentado a todos sus enemigos cara a cara y los había derrotado, pero a pesar de ello, tanto él como Pasanius se encontraban a bordo de una nave repleta hasta la borda de regimientos de la Guardia Imperial embarcados hacia el Segmentum Obscurus y a las guerras que se habían declarado tras el paso de la invasión del espacio imperial por parte del Saqueador.

—Valor y honor —murmuró con amargura, pero no hubo respuesta.

Pasanius se apretó la punta del cuchillo contra el centro del pecho. La piel se combó bajo la afilada punta para luego abrirse y dejar salir un chorro de sangre del corte. Las gotas cayeron por el pecho antes de coagularse con rapidez. Pasanius la clavó con mayor fuerza y deslizó el cuchillo hacia la parte izquierda del pecho cortando la piel del abultado músculo pectoral en un largo tajo horizontal.

Hizo caso omiso del dolor. Cambió el ángulo del filo y cortó en diagonal hacia el plexo solar, imitando los cortes que ya tenía al otro lado del pecho. Varios cortes superficiales efectuados entre los más profundos dieron el toque final a la silueta dibujada. Pasanius soltó el cuchillo sobre el camastro y se dejó caer de rodillas ante el improvisado altar que había montado en el suelo al lado del lecho.

Las velas ardían desprendiendo un humo cargado de olor. Las llamas titilaban bajo el aire de las unidades recicladoras, y en la base de cada vela había un largo trozo de papel doblado y escrito con la enrevesada caligrafía de Pasanius. Este tomó una tira de papel de bordes dorados con unos dedos llenos de sangre y leyó las palabras de confesión y penitencia que había

escritas, aunque se las sabía de memoria. Luego alzó la reluciente mano biónica, extendió los dedos y apoyó la palma sobre el pecho ensangrentado, donde había cortado la silueta de un águila con las alas desplegadas.

Pasanius deslizó la mano por el pecho y manchó el metal reluciente con la sangre coagulada mientras recitaba las palabras escritas en el papel. Cuando acabó de pronunciarlas, puso el papel sobre la temblorosa llama de una de las velas y lo mantuvo allí hasta que prendió. Las llamas recorrieron el papel de plegaria y consumieron ávidamente las palabras allí escritas, quemándole a la vez la punta de los dedos hasta que quedaron negras.

El papel se convirtió en crujiente ceniza de color ámbar que se le deshizo en la mano y cayó al suelo. Cuando la última ascua se apagó, Pasanius cerró los dedos plateados y dio un puñetazo a la pared del camarote, con tal fuerza que abrió un profundo agujero en el mamparo.

Se puso la mano delante de la cara y contempló el terrible daño que había sufrido. Los dedos de metal estaban doblados o partidos por la fuerza del impacto. Pasanius se echó a llorar con lágrimas de repulsión y autodesprecio cuando vio que las puntas de los dedos empezaron a brillar y se recompusieron hasta que no quedó ni un arañazo en ellas.

—Perdón, perdón… —murmuró.

Uriel sacó el cargador vacío del bólter y metió uno nuevo con un movimiento fluido un momento antes de que apareciera otro atacante, procedente de la puerta del edificio que se encontraba ante él. Se echó a un lado al mismo tiempo que una andanada de disparos láser levantó surtidores de arena, y se puso a cubierto detrás de una pila de cajas de munición vacías. Se asomó y apuntó la mira del bólter con un movimiento natural, apretó el gatillo y le reventó la cabeza al objetivo con un solo disparo.

Apareció otro enemigo, esta vez por encima del parapeto del edificio. Ajustó la puntería y otro proyectil se enterró en el pecho de esa nueva amenaza. Pasanius echó a correr hacia la puerta del edificio mientras Uriel vigilaba las ventanas superiores y los techos cercanos en busca de nuevos objetivos. No apareció ninguno, por lo que centró la atención en Pasanius,

que acababa de arrancar la puerta de cuajo en una lluvia de madera astillada y bisagras rotas.

Uriel abandonó su cobertura y corrió también hacia la puerta. Pasanius lo cubrió, y Uriel distinguió el chasquido de los disparos láser y el rugir del bólter en respuesta. Se pegó a la pared en cuanto llegó al edificio. Pasanius lanzó una granada a través de la abertura de la puerta y se echó atrás antes de que la llamarada de la explosión saliera rugiente del interior.

—¡Adelante! —gritó Pasanius.

Uriel se apartó de la pared y entró en tromba en el infierno llameante en que se había convertido la estancia. El suelo estaba cubierto de cuerpos y el aire era asfixiante debido al humo acre provocado por la explosión. Los sentidos automáticos de la armadura de Uriel atravesaron con facilidad aquella humareda y le mostraron que todavía quedaban dos enemigos en pie. Abatió al primero y Pasanius acabó con el segundo de un balazo en la cabeza.

Los dos marines recorrieron el edificio habitación por habitación, piso por piso, y mataron a otros treinta objetivos antes de declararlo tomado. Sólo habían pasado cuatro minutos desde que Pasanius derribara la puerta.

Uriel se quitó el casco y se pasó una mano por el pelo. No jadeaba en absoluto, a pesar de haber efectuado un ejercicio de entrenamiento que habría provocado que hasta el combatiente humano más apto físicamente acabara jadeante y con la lengua fuera.

—Cuatro minutos —comentó—. No sirve. El capellán Clausel nos habría castigado con alguna penitencia durante una semana por un ejercicio semejante.

—Sí —contestó Pasanius quitándose también el casco—. No es lo mismo sin oír sus himnos mientras nos entrenamos. Estamos perdiendo eficacia. Aquí no siento la necesidad de esforzarme al máximo.

—Sé a lo que te refieres, pero es un honor poseer las habilidades que tenemos y nuestro deber para con el capítulo es mantenerlas al máximo nivel —contestó Uriel.

Comprobó el percutor del bólter y murmuró la plegaria que honraba al espíritu de combate del arma. Ambos habían rezado, además de aplicar los

aceites adecuados y de efectuar los ritos de disparo antes de cargarlas. Aquella clase de devoción hacia las armas era muy común entre los combatientes del Imperio, pero para un marine espacial, el bólter era mucho más que una simple arma. Era un instrumento divino de la voluntad del Emperador, mediante el cual descargaban Su ira contra aquellos que desafiaban al Imperio.

A pesar de lo que había dicho, Uriel sabía que Pasanius estaba en lo cierto cuando hablaba de la pérdida de eficacia. Cuatro minutos para tomar un edificio de aquel tamaño era algo asombroso, pero sabía que lo podían haber logrado con mayor eficacia y velocidad. La idea de que no estaban actuando del modo más competente lo irritaba.

Tenía seis años cuando se lo llevaron a Agiselus, el campamento de entrenamiento, y desde entonces había sido el mejor en todo lo que se había propuesto. Tan sólo Learchus había sido capaz de igualarlo en logros, y la idea de que no estaba rindiendo a toda su capacidad lo preocupaba profundamente. Pasanius tenía razón: Uriel sentía que sin el entrenamiento constante al que estaban acostumbrados como parte de un capítulo de marines espaciales perdía parte de su habilidad con cada día que se alejaban de Macragge.

—De todas maneras —siguió diciendo Pasanius—, quizá ya no necesitemos ser los mejores. Quizá ya no le debamos nada al capítulo.

Uriel levantó la cabeza con brusquedad, sorprendido por la idea y por la facilidad con la que Pasanius la había expresado.

—¿A qué te refieres?

—¿Todavía piensas que somos marines espaciales del Emperador? —le preguntó Pasanius a su vez.

—Por supuesto que sí. ¿Por qué no iba a ser así?

—Bueno, porque nos han echado, hemos caído en desgracia y ya no somos Ultramarines —insistió Pasanius con la mirada vacía y fija en el espacio y la voz titubeante—. ¿Seguimos siendo marines espaciales? ¿Es necesario que nos sigamos entrenando de este modo? Si ya no somos marines espaciales, ¿qué somos?

Pasanius volvió la cabeza y se miraron. Uriel se quedó sorprendido al ver la profundidad de la angustia que sentía. Tenía ante sí el alma desnuda de su antiguo sargento y era evidente el terrible dolor que le provocaba la expulsión del capítulo. Alargó un brazo y colocó una mano sobre la hombrera sin insignia de la armadura de Pasanius.

Uriel entendía muy bien el dolor de su amigo, y se sintió de nuevo culpable de que Pasanius compartiera aquella desgracia con él, una desgracia que debería haber sufrido él solo.

—Amigo mío, siempre seremos marines espaciales —afirmó Uriel—. Y no importa lo que ocurra, continuaremos cumpliendo los ritos de combate de nuestro capítulo. Estemos donde estemos y hagamos lo que hagamos, siempre seremos guerreros del Emperador.

Pasanius asintió.

—Lo sé —dijo al cabo de un momento—, pero me asaltan unas dudas terribles, y en esta nave no tengo a nadie con quien confesarme. El capellán Clausel no está y no puedo acudir a la capilla del primarca para rezar en busca de guía espiritual.

—Puedes hablar conmigo, Pasanius. Cuando quieras. ¿No somos camaradas de armas, hermanos de batalla y amigos?

—Sí, Uriel, siempre lo seremos, pero tú también has sido condenado. Los dos somos exiliados y para mí esas palabras se las lleva el viento. Ansío la guía espiritual de alguien que sea puro y no esté manchado por el deshonor. Lo siento.

Uriel apartó la mirada de su amigo, deseoso de saber qué decir, pero no era capellán y no conocía las palabras adecuadas para hacer que Pasanius sintiera esa tranquilidad que tanto necesitaba y ansiaba.

Mientras buscaba qué decir, una voz traicionera en su interior se preguntaba si Pasanius no estaría en lo cierto.

Uriel y Pasanius abandonaron el edificio acribillado y dejaron atrás los restos destrozados de los treinta y siete servidores de combate dirigidos por control remoto. Los cuerpos de plástico y metal estaban desmembrados por

los proyectiles explosivos de los marines espaciales. Cuando salieron del edificio cruzaron por el abarrotado gimnasio y se dirigieron hacia una de las múltiples capillas de veneración. Habían completado los ritos de disparo, por lo que la rígida rutina a la que estaban acostumbrados los obligaba a mostrar sus respetos al primarca y al Emperador.

Las luces del gimnasio empezaron a atenuarse, lo que le indicó a Uriel que la nave iba a entrar en el ciclo nocturno, aunque el día y la noche eran conceptos sin sentido a bordo de una nave espacial. A pesar de ello, el capitán Laskaris mantenía un horario estricto de apagado y encendido de luces y de toques de diana para aclimatar a los pasajeros del Orgullo de Calth al horario de a bordo. Era bastante común que muchos soldados tuvieran problemas para ajustarse al ritmo de vida en una nave espacial. La claustrofóbica sensación de estar encerrado, junto a decenas de otras privaciones, provocaban numerosos actos de violencia y desórdenes.

Sin embargo, los regimientos que la nave transportaba en los gigantescos compartimentos de carga procedían de Ultramar, y los soldados entrenados en los dominios de los Ultramarines estaban acostumbrados a una disciplina mucho más severa que la instaurada por la tripulación y los guardias de la nave.

El gimnasio era en realidad una enorme estancia de piedra con columnas, de unos noventa metros de alto desde el suelo de arena al techo abovedado y de al menos mil metros de largo. Allí cabía todo un regimiento mientras realizaba prácticas de tiro, de combate cuerpo a cuerpo, entrenamiento en tácticas de infiltración, la lucha en terreno selvático o la pesadilla de los combates urbanos. Las distintas zonas estaban divididas a lo largo del lugar, con entornos y ambientes preparados a la perfección para que miles de soldados recibieran entrenamiento antes de llegar a la zona de guerra a la que iban destinados, en la parte noroccidental de la galaxia. Del techo colgaban fila tras fila de estandartes de combate, y en las paredes se alineaban enormes estatuas de antraceno de los grandes héroes de Ultramar. Las ventanas vidrieras, iluminadas desde atrás por parpadeantes globos de luz, mostraban escenas de la vida de Roboute Guilliman. Por toda la

estancia resonaban las oraciones en gótico alto emitidas desde las trompetas de los ángeles de alabastro que había montados en cada columna.

—Son buenos guerreros y guerreras —comentó Uriel mientras contemplaba a un grupo de soldados practicar ejercicios de bayoneta por parejas.

Uriel se dio cuenta de que, a pesar de la disciplina que tenían, muchos de los soldados que se entrenaban los miraban de reojo y confundidos. Sabía que sus servoarmaduras, que no mostraban insignia alguna de los Ultramarines, provocarían sin duda alguna un alud de rumores y especulaciones entre los regimientos que la nave transportaba.

—Sí —contestó Pasanius—. El 808 de Macragge. La mayoría deben de proceder del cuartel del campamento Agiselus.

—Entonces lucharán bien. Es una pena que no podamos entrenarnos con ellos. Podrían haber aprendido mucho y habría sido un honor transmitirles la experiencia que tenemos.

—Es posible —contestó Pasanius—. Pero no creo que sus oficiales pensaran lo mismo. Me temo que seríamos una decepción para muchos de ellos. Un marine espacial deshonrado no es ningún héroe. No vale nada; es menos que nada.

Uriel se giró hacia Pasanius, sorprendido por la amargura de su voz.

—¿Pasanius?

El antiguo sargento sacudió la cabeza, como si se estuviera quejando de forma despreocupada y le sonrió, aunque Uriel se dio cuenta de que era una sonrisa falsa.

—Lo siento, Uriel. No logro dormir bien. No estoy acostumbrado a tener tanto tiempo para hacerlo. Siempre estoy esperando a que llegue el capellán Clausel gritando la hora de diana.

—Sí —contestó Uriel asintiendo y obligándose a sonreír—. Dormir más de tres horas cada noche es todo un lujo. Ten cuidado, no vayas a acostumbrarte.

—No lo creo probable —contestó Pasanius con voz sombría.

Uriel se arrodilló ante la estatua de mármol oscuro del Emperador. La luz parpadeante de los cientos de velas encendidas por toda la capilla se reflejaba creando centenares de destellos sobre la superficie pulida. La parte superior de la capilla estaba semioculta por la neblina producida por los muchos incensarios que se alineaban a lo largo de la nave y que desprendían un fuerte olor a madera de nal y sándalo. Varios sacerdotes entonaban cánticos mientras recorrían la capilla con cuentas de madera y velas en las manos. Murmuraban y parloteaban mientras unos cuantos querubines albinos con alas doradas y cabello de color azul cobalto volaban por encima de ellos arrastrando largas tiras de papel que salían de unos cestos que llevaban en el torso.

Uriel no les prestó atención. Sostenía la espada de energía por la empuñadura con las dos manos, aunque reposaba el peso de las mismas en las guardas doradas. La espada estaba desenvainada, con la punta apoyada en el suelo. Uriel tenía pegada la frente al cráneo tallado del pomo de la espada mientras rezaba.

La espada había sido el regalo de despedida del capitán Idaeus, su antiguo mentor, y aunque se había partido en Pavonis, en lo que ya le parecía una vida anterior, había forjado una hoja nueva antes de partir hacia la cruzada en Tarsis Ultra y su deshonra final. Se preguntó qué pensaría Idaeus de la situación en la que se encontraba, y agradeció que no estuviera vivo para ver lo que le había ocurrido a su pupilo.

Pasanius estaba arrodillado a su lado. Tenía los ojos cerrados y movía los labios en un rezo silencioso. A Uriel le costó aceptar la transformación de Pasanius en un individuo sombrío y lúgubre desde que habían abandonado la Fortaleza de Hera. Era cierto que los habían expulsado del capítulo, que los habían separado de su mundo natal y de sus hermanos de batalla, pero todavía tenían un deber que llevar a cabo, un juramento que debían cumplir. Y un marine espacial jamás renunciaba a realizar esas obligaciones, sobre todo si era un Ultramarine.

Uriel sabía que Pasanius era un guerrero de coraje y honor, y esperaba que esa entereza de carácter lo sacara de ese estado de ánimo. Recordó la ocasión en la que estaba sentado en una capilla no muy diferente a aquélla en uno de los edificios médicos de Tarsis Ultra, atormentado por problemas propios. También recordó a la hermosa hermana de la orden hospitalaria que había conocido allí. Se llamaba Joaniel Ledoyen y le había hablado con una sabiduría y una claridad que habían borrado su dolor.

Uriel quiso regresar al edificio después de la batalla, pero había resultado herido de demasiada gravedad en el combate final a bordo de la nave colmena como para hacer otra cosa que no fuera descansar mientras el apotecario Selenus se esforzaba por eliminar los últimos rastros del veneno de células coaguladoras de su corriente sanguínea.

Cuando se repuso lo bastante como para poder moverse, ya había llegado el momento de partir de regreso a Macragge. No había tenido tiempo de agradecerle su amabilidad. Se preguntó qué habría sido de ella y cómo le habría ido después de la invasión alienígena. Estuviese donde estuviese, Uriel le deseaba lo mejor.

Acabó de rezar y se puso en pie. Besó la hoja de la espada antes de envainarla con un movimiento fluido. Hizo una reverencia ante la estatua del Emperador y el signo del aquila en el pecho. Bajó la mirada hacia Pasanius, que seguía rezando.

Frunció el entrecejo al descubrir unas extrañas marcas que sobresalían de la gorguera de la armadura de Pasanius. Al estar de pie por encima de él, Uriel vio que las marcas comenzaban en la base del cuello antes de desaparecer de la vista bajo la armadura. El color del tejido de la cicatriz le indicó que se trataba de heridas, de heridas recientes, que se habían cicatrizado con rapidez gracias a la veloz coagulación de la sangre provocada por las células de Larraman que todos ellos tenían en el sistema circulatorio.

Pero ¿cómo había sufrido esas marcas?

Uriel sintió una presencia a su espalda antes de que le diera tiempo a preguntárselo. Se giró y vio que se trataba de uno de los sacerdotes, un individuo joven de ojos asustados que lo miraba con fascinación.

—Predicador —le dijo Uriel a modo de respetuoso saludo.

—¡No, todavía no! —le contestó el sacerdote con voz chillona mientras le daba vueltas a un collar de cuentas alrededor de las muñecas apretándoselo todavía más—. No, no soy predicador. Sólo soy un pobre cenobita, mi ángel de la muerte.

Uriel se dio cuenta de que el individuo tenía las palmas de las manos cubiertas de sangre. Se preguntó a qué orden pertenecería. Existían miles de sectas reconocidas en el Imperio, y aquel hombre podía pertenecer a cualquiera de ellas. Observó con atención su túnica en busca de alguna pista, pero ni la casulla de color azul oscuro ni el escapulario llevaban señal o decoración alguna aparte de los cordones plateados.

—¿Puedo ayudarle? —insistió mientras Pasanius se ponía en pie y se quedaba a su lado.

El individuo negó con la cabeza.

—No —dijo entre carcajadas con una sonrisa torcida—. Yo ya estoy muerto. ¡El Daemonium Omphalos ya viene! Lo siento empujando desde dentro del cráneo. Me llevará a mí y a todos los demás a su locomotora infernal. Cuerpos muertos para el fogón, carne para su mesa y sangre para su cáliz.

Uriel miró de reojo a Pasanius y puso los ojos en blanco. Estaba claro que el cenobita estaba completamente loco, algo bastante habitual entre los seguidores más fanáticos del Emperador. Se suponía que aquellos desgraciados tenían una existencia más cercana al Divino Emperador, por lo que se les permitía vagar sin trabas para que sus desvarios proporcionasen alguna clase de indicio de la voluntad del inmortal Señor de la Humanidad.

—Le agradezco sus palabras, predicador —le dijo Uriel—, pero hemos acabado nuestras oraciones y debemos marcharnos.

—No —le contestó el cenobita con voz enfática.

—¿No? ¿De qué está hablando? —le preguntó Uriel.

Estaba empezando a perder la paciencia con el sacerdote lunático. Al igual que los demás miembros del Adeptus Astartes, los Ultramarines tenían una relación tensa con los sacerdotes del Ministorum. Los marines espaciales creían que el Emperador había sido el mortal más poderoso de

toda la galaxia, pero un mortal al fin y al cabo, algo diametralmente opuesto a lo que predicaba la Eclesiarquía.

—¿Es que no puedes oírlo, hijo de Calth? ¿Traqueteando por las vías, con los odiosos vagones sacudiéndose detrás?

—Yo no oigo nada —contestó Uriel dejando atrás al cenobita y dirigiéndose a la puerta de hierro de la capilla.

—Lo harás —le prometió el individuo.

Uriel se volvió cuando la voz monótona de un servidor chasqueó en una las unidades de comunicación chapadas en electrum que estaban montadas en las sombras del techo abovedado.

«Que todos los tripulantes se preparen para la transición a la disformidad. Transición a la disformidad en treinta segundos».

El cenobita se echó a reír y empezó a babear por la comisura de los labios. Alzó los brazos heridos por encima de la cabeza y la sangre que le salía de las muñecas abiertas le cayó en la cara y le bajó por las mejillas como lágrimas de rubí. Cayó de rodillas al suelo.

—Es demasiado tarde —susurró—. El Señor de los Cráneos ya llega…

Uriel sintió un espasmo de náusea por la espina dorsal cuando el cenobita pronunció aquellas palabras, y se dirigió hacia él dispuesto a castigarlo por pronunciar semejante blasfemia en un lugar santo.

Las luces de la capilla se atenuaron cuando la nave se dispuso a efectuar la transición al espacio disforme.

Uriel agarró por el cuello al joven sacerdote.

Y la cabeza del cenobita explotó.



DOS

La sangre manó con lentitud del muñón desgarrado en que había quedado convertido el cuello del cenobita. Uriel apartó con asco el cadáver. Dio un paso atrás y se limpió los restos del pegajoso fluido que le había salpicado la cara. El cuerpo se quedó en pie, temblando con violencia como si estuviera sufriendo alguna clase de ataque convulsivo. Los brazos se movían con violencia, por lo que la sangre de las muñecas abiertas saltó por el aire y salpicó la estatua y el altar.

Mientras Uriel contemplaba horrorizado el baile del cadáver del demente, sintió en el estómago primario la sensación familiar de vuelco cuando la nave pasó a las traicioneras corrientes del espacio disforme. Se agarró a uno de los reclinatorios de la capilla en el momento en que notó una leve y repentina sensación de mareo, que desapareció unos segundos más tarde cuando el órgano llamado oído de Lyman se ajustó a la súbita diferencia espacial entre las dos dimensiones.

El repugnante cadáver continuó agitándose y estremeciéndose, negándose a caer a pesar de la carencia de cabeza. Uriel notó en el aire la inconfundible sensación de brujería originaria de la disformidad. Los sacerdotes acompañantes del cenobita se pusieron a aullar de terror. Luego cayeron de rodillas y empezaron a gimotear plegarias de protección con las bocas abiertas por el horror. Algunos, más valientes, sacaron unas pistolas de debajo de Las túnicas y apuntaron al cadáver, que seguía agitándose.

—¡No! —gritó Uriel.

Desenvainó la espada y se abalanzó contra aquella grotesca parodia de vida. El cuerpo cargó a su vez contra él con los brazos abiertos de par en par, pero un tajo vertical de la espada lo partió de la garganta a la pelvis. Las dos mitades del individuo cayeron al suelo de mármol, donde se quedó retemblando, pero libre ya de la monstruosa vitalidad que lo animaba.

—¡Por la sangre de Guilliman! —exclamó Pasanius alejándose del cenobita muerto y haciendo el signo del aquila sobre el pecho—. ¿Qué le ha pasado?

—No tengo ni idea —contestó Uriel mientras se arrodillaba al lado del cadáver para limpiar la hoja de la espada en la casulla.

En ese momento, las luces empezaron a parpadear con rapidez y se oyeron las sirenas de alarma y las campanas de aviso al otro lado de la capilla.

—Pero me parece que nos vamos a enterar muy pronto —continuó Uriel mientras se ponía en pie con rapidez.

Dio media vuelta y echó a correr hacia la puerta de la capilla. Recogió el bólter, que estaba en el armero situado al lado de la entrada a la sacristía, mientras Pasanius empuñaba su lanzallamas y lo seguía por el pasillo. Ambos soltaron una exclamación de asombro cuando vieron lo que había al otro lado de la puerta de la capilla.

Los dos se quedaron inmovilizados por el asombro al ver que el pasillo que se abría ante ellos se hinchaba y ondulaba como si estuviera envuelto en un calor infernal. Las dimensiones se distorsionaban más allá de las tres habituales para la humanidad.

—¡Imperator! —murmuró Pasanius aterrorizado—. El campo Geller debe estar fallando. ¡La disformidad está entrando en la nave!

—Y el Emperador sabe qué más cosas —añadió Uriel.

El temor a los desconocidos horrores de la disformidad hizo que un estremecimiento de terror le recorriera la espalda. Sin el campo Geller, que protegía a la nave de las criaturas depredadoras astrales y de los demonios que flotaban en las profundidades del immaterium, cualquier clase de criatura podría entrar sin dificultad en la nave. Aquellos horrores etéreos y los fantasmas sombríos eran capaces de despedazar a una persona antes de desvanecerse de nuevo en la disformidad.

—¡Vamos! —gritó Uriel—. Al gimnasio. Tenemos que reunir al mayor número posible de soldados antes de que sea demasiado tarde.

Uriel y Pasanius avanzaron trastabillando por el pasillo y dando tumbos como un par de borrachos mientras intentaban mantener el equilibrio en aquella locura dimensional. Oyeron gritos y rugidos por delante de ellos, pero Uriel no fue capaz de localizar su origen con exactitud, ya que los sonidos reverberaban y se deformaban a su alrededor. Los suelos y los techos de los pasillos de piedra parecían fluir en todas direcciones, como si

la materia prima que los constituía se estuviese deshaciendo ante sus propios ojos.

Oyeron el sonido de una campana repicando con fuerza y de forma dolorosa durante un segundo y de un modo tintineante al siguiente. Los dos marines espaciales utilizaron la pared como guía, aunque no fuera de fiar, y siguieron avanzando. Con cada paso que daban, una nueva locura aparecía en el entorno que los rodeaba.

A Uriel le pareció ver cómo una inmensa montaña envuelta en humo surgía del suelo para luego desaparecer sustituida por un mar de bocas chasqueantes, pero incluso eso se desvaneció como un sueño febril en cuanto intentó mirarlo con atención. Vio que Pasanius tenía dificultades similares, ya que no paraba de parpadear y de flotarse los ojos con gesto de incredulidad.

De pronto, lo único que Uriel vio fue la imagen estática, gris y punteada, propia de una placa de visión estropeada, y un zumbido insistente, parecido al sonido de un enjambre de insectos, le inundó el cráneo. Sacudió la cabeza en un intento por aclarar la distorsión, incapaz de comprender lo que veía.

—¿Cuánto falta? —preguntó Pasanius a gritos.

Uriel se apoyó en una compuerta, sintiéndose agradecido de su transitoria solidez, y negó con la cabeza, aunque el movimiento hizo que le dieran ganas de vomitar.

—No podemos saberlo. Todo cambia en el momento en que lo miramos.

—Creo que ya casi hemos llegado —dijo Pasanius señalando al lugar donde el pasillo se ensanchaba para convertirse en un atrio de suelo de mármol, aunque en aquel momento parecía que a la estancia le habían dado la vuelta, ya que la cúpula del techo se encontraba a sus pies, con las dimensiones trastocadas por completo.

Uriel asintió y se obligó a sí mismo a seguir caminando. Una tremenda sensación de vértigo y de náusea se apoderó de él cuando entró en el atrio invertido. Los ojos de Uriel le decían que estaba cruzando el suelo, pero sabía que cada paso que daba estaba caminando sobre la concavidad de la cúpula invertida. Las botas pisaron una y otra vez la superficie de cristal

blindado del techo del atrio, que era lo único que los separaba del espacio disforme.

Uriel miró hacia abajo a través de la cúpula y la sensación de náusea que tenía en el estómago le subió de inmediato. Se dejó caer de rodillas y vomitó con fuerza sobre el cristal. Una masa repugnante de colores apagados burbujeaba y giraba al otro lado del cristal: era la sustancia que formaba el propio espacio disforme, algo venenoso y malsano para el ojo. Su malignidad iba más allá de su simple aspecto repugnante, era algo que violaba una parte de la mente humana que no se atrevía a comprender su potencial de pesadilla.

Uriel se dio cuenta de que una mancha asquerosa en la disformidad le atraía la mirada. Era una excrecencia inmunda de color amarillo ceniza. No consiguió apartar los ojos de ella. Mientras lo miraba, el espacio disforme cobró vida debido a la atención que le estaba prestando Uriel y a los simples pensamientos del marine espacial. Unos seres viles y repugnantes empezaron a tomar forma a partir de la atroz materia de esa creación sin orden alguno. Uriel supo con toda certeza que si acababa viendo la horrorosa criatura nacida de sus pensamientos más horribles, enloquecería por completo.

Unas manos lo agarraron por los hombros y lo pusieron en pie. Sintió la feroz rabia impotente de la disformidad al negársele el sabroso bocado que era su cordura.

—¡No lo mires! ¡Mantén los ojos cerrados! —le gritó Pasanius mientras lo arrastraba por la superficie de la cúpula.

Uriel sintió la insistente llamada de la disformidad, la seducción de su fecundidad y las promesas de poder que le hacía si se entregaba a aquello. Los ojos le dolían por el deseo de ver la impresionante magnificencia de la disformidad, pero Uriel los mantuvo cerrados con fuerza para evitar que su alma se perdiera en el immaterium.

Jadeantes y asqueados, Uriel y Pasanius salieron del atrio y se alejaron de las falsas promesas de la disformidad. La sensación de náusea disminuyó a medida que avanzaban.

Uriel levantó la vista y escupió largos salivazos cargados de manchas de vómito.

—Gracias, amigo.

Pasanius asintió.

—Mira, la entrada al gimnasio debe de estar al otro lado de este claustro.

—Sí, debería estar —confirmó Uriel mientras se ponía en pie con ademán de debilidad—. Esperemos que siga ahí.

Uriel avanzó tambaleándose por el claustro y giró hacia la entrada al gimnasio.

—Oh, no… —murmuró cuando vio lo que tenía ante él.

En lugar de la arcada de mármol que daba al gimnasio, lo que había era un portal gigantesco de metal pulido, una entrada de bronce cubierta de alambre de espino que daba a una pista de arena rectangular de más de un kilómetro de ancho y el doble de larga. Lo más increíble era que aquello no tenía techo, tan sólo un cielo de color carmesí salpicado de nubes que parecían melanomas cancerígenos. ¿Qué nueva locura era aquella?

Unos gritos enloquecidos y dementes, como los aullidos lanzados por los condenados bajo tormento, surgían del interior y le provocaban a Uriel fogonazos de dolor en el interior del cráneo.

El estómago le dio un vuelco por la náusea que sintió al percibir el tremendo olor a sangre fresca.

Los soldados del 808 regimiento de Macragge que habían ido a buscar todavía seguían allí, pero lo que unos minutos antes era una orgullosa unidad dispuesta a luchar por la gloria del Emperador se había convertido en los despojos ensangrentados de los que todavía no habían muerto.

Cientos de soldados se retorcían en el suelo manoteando y lanzando grandes salpicaduras de sangre como si estuvieran luchando contra un enemigo subterráneo. Unas manos descarnadas y huesudas atravesaban la tierra oscura para agarrar y arrastrar a los cuerpos bajo la superficie. Uriel cruzó a la carrera la entrada y desenvainó la espada. Sintió que las botas se le hundían en el suelo blando y rezumante, de donde surgió un líquido rojo brillante.

Vio que de la tierra sobresalían huesos y cráneos blancos, y se dio cuenta de que el suelo no estaba encharcado de agua, sino inundado con la sangre recién derramada.

La mente le dio vueltas ante aquello. ¿Cuántos seres humanos habría hecho falta desangrar para inundar una zona tan amplia? ¿Cuántas arterias habrían acabado vacías para saciar la sed de aquella tierra oscura y siniestra?

Uriel salió de su estado de asco al percibir los gritos de un individuo que estaba cerca, que tenía el cuerpo hundido hasta la cintura en la tierra y la cara cubierta de lágrimas de agonía.

—¡Ayúdeme! ¡Por el amor del Emperador, ayúdeme! —aulló.

Uriel envainó la espada y corrió en ayuda del soldado. Este alzó los brazos en gesto implorante. Al marine espacial se le escurrieron las manos por la sangre que las cubría, así que lo agarró de la camisa. Tiró de él y dio un paso atrás al descubrir horrorizado que el hombre se había quedado sin carne de cintura para abajo. Toda la parte inferior del cuerpo tenía arrancada la piel y los músculos. La tierra hambrienta devoró lo que quedaba del moribundo mientras él miraba, ansiosa por evitar que le arrebataran aquel festín.

Uriel notó que lo inundaba una sensación de inutilidad mientras veía a los soldados devorados por el suelo ensangrentado. El monstruoso sonido de la médula de los huesos al ser sacada por succión resonaba en las paredes pétreas del lugar.

—¡Emperador bendito! ¡No! —gimió Pasanius mientras se esforzaba por salvar a una mujer aullante de un destino igual.

Varias sombras envueltas en risas corrían por las paredes del lugar como mercurio negro bailando una danza vertiginosa de almas que relucían en el cielo de color rojo sangre mientras la matanza de miles de personas continuaba.

Un repentino silencio se apoderó de la zona cuando la última de las indefensas víctimas fue arrastrada bajo las profundidades de la sedienta arena ensangrentada. En cuanto el último cuerpo desapareció, un sonido gorgoteante resonó en el centro de la pista de arena y Uriel vio cómo una

larga tira de rococemento se alzaba con lentitud del suelo empapado. Encima de la misma había unas vías ensangrentadas de color apagado que cruzaban la parte central de la pista y unían las dos paredes opuestas.

El odioso silencio quedó roto por un gemido sibilante, como si un millar de voces estuvieran atrapadas en una pesadilla de la que sabían que jamás despertarían.

—Bendito Emperador, protégenos del mal, concédenos la fortaleza de espíritu y de cuerpo para enfrentarnos a tus enemigos y destruirlos con tu bendición —rezó Pasanius.

—Es demasiado tarde —murmuró Uriel al mismo tiempo que desenvainaba la espada y se preparaba para luchar contra cualquier nueva monstruosidad que surgiera de la disformidad—. Hemos fracasado.

«No… Ni siquiera habéis empezado…».

Tanto Uriel como Pasanius se giraron en busca del origen de la voz.

—¿Lo has oído? —preguntó Uriel.

—Sí —asintió Pasanius—. Me parece que sí. Pero parecía… parecía que lo oía dentro de la cabeza. Uriel, algo terrible se aproxima.

—Lo sé, pero sea lo que sea, nos enfrentaremos a ello con coraje y honor.

—Coraje y honor —repitió Pasanius, y activó los incineradores de la bocacha del lanzallamas.

—Vamos allá —dijo Uriel con voz lúgubre señalando el andén goteante que estaba en el centro de la pista—. ¡Aparezca lo que aparezca, iremos nosotros a por ello!

Pasanius siguió a su antiguo capitán y ambos cruzaron chapoteando el repugnante suelo en dirección al andén.

Cuando subieron los peldaños, descubrieron el origen del gemido sibilante.

Cada una de las traviesas sobre las que se asentaban los rieles era un conjunto de cuerpos y miembros que se retorcían con movimientos agónicos y unidos por alguna clase de brujería maligna. Gritaban en un delirio enloquecido con unas voces estremecedoras y suplicantes. Aunque no reconoció ninguno de los rostros, los rasgos le indicaban que se trataba

de gente de Ultramar, y que las almas de los que habían sido devorados por aquel lugar abominable todavía estaban sufriendo.

Los ojos y las bocas que aparecían en la materia fluida que formaba cada traviesa transmitían con tremenda angustia sus sufrimientos antes de verse obligados a desaparecer para que otra alma se desahogara en ese purgatorio interminable.

Uriel sintió crecer una oleada de odio ante tal horror. Tuvo que cerrar los ojos…

Los cristales fragmentados de existencias alternativas chocan y resuenan de un modo discordante. Se separan luego de la pared de un plano de existencia y cambian de posición para resonar en una frecuencia diferente. Los ecos del tiempo permiten a los planos moverse y cambiar. Alteran los ángulos de la realidad para que las dimensiones se abran y dancen en un baile de posibilidades.

… y luego los abrió cuando sintió una vibración repulsiva en los huesos y una tremenda agitación del aire. Los fragmentos de hueso que sobresalían de la superficie del suelo se hundieron en las sanguinolentas profundidades y las traviesas gimieron con fuerzas renovadas.

Unos chorros de materia multicolor comenzaron a rezumar de las piedras donde los rieles penetraban en las paredes.

Diversas espirales de luz cegadora surgieron del cemento que unía las piedras y mostraron una imagen retorcida detrás, como si se viera a través de una lente deformada. Las paredes parecieron extenderse, como si las absorbiera un vórtice invisible, hasta que no quedó nada más que un velo ondulante de oscuridad impenetrable, un túnel hacia la locura rodeado de calaveras aullantes enviadas a la muerte.

Espacios deformados, a un universo y a una vida de distancia, fluyen juntos y se unen a todos los puntos del tiempo sobre las vías de bronce ensangrentado. En un viaje que lleva a todos los lados y que no comienza en ninguno, el Daemonium Omphalos surge de la nada para formarse. Surge de una matriz demoníaca y no deja atrás nada más que destrucción y muerte a su paso.

Y llegó el Daemonium Omphalos.

Aunque el cenobita había proclamado el poder de la maldad del Daemonium Omphalos, no había sido más que un simple indicio de la majestad diabólica de aquel ser. Surgió del túnel recién formado como un monstruo destructivo broncíneo propio del final de los tiempos. El Daemonium Omphalos avanzó aullante sobre los rieles ensangrentados hacia los horrorizados marines espaciales.

Unos enormes pistones de hueso lo propulsaban, con los costados de hierro y acero cargados de energías sobrenaturales. De cada remache rematado por un rostro esquelético surgía un chorro de vapor sanguinolento mientras las ruedas de almas torturadas aplastaban los rieles para darse un festín con la sangre rezumante del suelo empapado.

En el interior de aquella estructura enloquecida se encontraba lo que parecía ser una locomotora de vapor de diseño antiguo, pero unas fuerzas desconocidas y las energías de la disformidad la habían transformado en algo completamente distinto. El retumbar de su llegada se podía percibir con otros sentidos aparte de los escasos cinco que conocía la humanidad, ya que resonaba por todos los planos que existían y se entrecruzaban más allá del velo de la realidad.

Detrás lo seguía un ténder de hierro oscuro y una procesión retemblante de vagones con la madera manchada por eones de sangre y desechos humanos. Uriel sabía sin que se lo dijeran que a bordo de aquellos habitáculos infernales habían viajado millones de seres hacia la muerte, transportados a donde quisiera llevarlos aquella monstruosa máquina antes de ser exterminados. La enorme máquina demoníaca se detuvo poco a poco, y las traviesas chillaron más allá de la capacidad de audición cuando el gigantesco artefacto se detuvo al extremo del andén.

A Uriel le pareció oír una risa estruendosa y el chirrido de las deformadas puertas de madera al abrirse deslizándose sobre unas guías oxidadas por la sangre.

Varios chorros de vapor sanguinolento salieron siseando del costado blindado del Daemonium Omphalos y una risa maligna los sacudió mientras serpenteaban atendiendo a sus propios asuntos perversos. Los

zarcillos de vapor se engrosaron y se hicieron más sólidos a medida que avanzaban hacia los marines espaciales.

—Prepárate —dijo Uriel.

Los tentáculos de humo se desvanecieron de repente y en su lugar aparecieron ocho figuras, todas equipadas con un traje gris de faena para maquinistas, sin marca alguna, y con unas botas de caucho que llegaban hasta las rodillas, abrochadas mediante unas hebillas a lo largo de la pierna. Cada uno de aquellos seres iba armado con una serie de impresionantes cuchillos, ganchos y sierras que llevaban en los cinturones de cuero.

Las caras eran humanas sólo en proporción, desprovistas de piel y relucientes por la musculatura dejada al descubierto. Tenían el cráneo cruzado por unas toscas suturas, y cuando volvieron la cabeza a un lado y otro, como si se guiaran mediante el olfato, Uriel vio que no tenían ningún rasgo físico salvo una boca enorme y llena de colmillos. No tenían ojos, ni nariz ni orejas, sólo unos abultamientos que sobresalían del cráneo.

—¡Demonios! —gritó Uriel—. ¡Viles abominaciones! ¡Venid a morir por mi espada!

Uno de aquellos rostros demoníacos se volvió hacia él y un trozo de músculo de la garganta de la repugnante criatura palpitó en señal de horrible apetito. Ninguno de aquellos inmundos seres se movió. Se quedaron mirando a los dos marines espaciales mientras una gran nube de vapor surgía de uno de los costados de la enorme máquina demoníaca. Una gruesa puerta de hierro se abrió con un fuerte estampido metálico y chirrió para dejar paso a una figura gigantesca que bajó al andén.

El gigante les sacaba la cabeza y los hombros a los marines. Llevaba puesta una armadura mecánica de planchas de hierro con remaches y placas de goma fundida y vulcanizada que resonaba al moverse. Sobre la armadura oxidada tenía colocado un delantal chamuscado, y del casco cónico, que tenía el visor alzado, sobresalía un círculo de cuernos ennegrecidos a modo de corona. A pesar de la tosquedad de la fabricación y de la falta de mantenimiento, Uriel la reconoció: se trataba de una servoarmadura de una antigüedad increíble, como las que llevaban los guerreros de leyenda de

hacía ya muchos miles de años. Un hedor a carne quemada lo rodeaba, junto a un aura de maldad depravada y rabia insaciable.

Una de las hombreras estaba cubierta de remaches con la cabeza en forma de estrellas de ocho puntas, y en la otra mostraba un símbolo de maldad también ancestral que ambos ultramarines recordaron con una furia justiciera inspirada por las Letanías del Odio que de forma diaria recitaba el capellán Clausel. Era un cráneo de hierro que antaño fue el símbolo heráldico de una legión que luchó por el Emperador, pero que se había convertido en la imagen del odio y de la amargura eterna. Era una insignia que pertenecía a uno de los enemigos más mortíferos del Imperio, unos guerreros de increíble maldad y brutalidad: los marines espaciales del Caos.

—Los Guerreros de Hierro… —susurró Uriel.

—Los Traidores de Istvaan —gruñó Pasanius.

La criatura iba armada con un largo machete curvo de empuñadura de hierro. La ancha hoja estaba oxidada y cubierta de manchas de color marrón rojizo. Un par de ardientes ojos amarillos como soles enfermos relucían bajo el casco. La figura dio un paso hacia ellos y los demonios despellejados se movieron para colocarse a su espalda.

—Los trozos de muertos alimentan un nuevo fuego, la sangre la sorben los sarcomatas sin rostro y la carne del hombre vendrá conmigo —dijo con una voz que resonó como metal oxidado en sus cráneos.

Empuñó con más fuerza el enorme machete con una mano quemada y ennegrecida y les hizo un gesto impaciente con la otra para que se dirigieran hacia la siseante máquina demoníaca.

—¡Vamos! —gritó el gigante—. Tengo una tarea para vosotros. ¡Obedecedme o el Carnicero os convertirá en carne muerta! ¡Soy el Daemonium Omphalos y es mi voluntad la que mueve este trozo de carne, y os convertirá en carne muerta! ¡Vamos he dicho!

Uriel se sintió asqueado por el simple hecho de estar cerca de aquella criatura del Caos. ¿De verdad creía que obedecerían a semejante maldad? Los demonios sin rostro, que Uriel supuso eran los sarcomatas de los que hablaba el Daemonium Omphalos, se desplegaron por el andén y sacaron unos largos cuchillos serrados de los cinturones.

—¡Coraje y honor! —gritó Uriel, y se lanzó a por el más cercano de los sarcomatas para atacarlo con la espada.

El arma atravesó el estómago de la criatura, que se había transformado en una columna de humo rojo que soltaba carcajadas. La sacó sorprendido, y a continuación soltó un gruñido de dolor cuando el demonio se solidificó a su lado y lo hirió en la mejilla con el cuchillo. Otro se lanzó también al ataque y apuñaló a Uriel en el cuello. El marine logró esquivar el arma lo suficiente como para que no penetrara más allá de un centímetro, y respondió al nuevo ataque. Una vez más, el oponente se transformó en humo antes de que golpeara la espada, y Uriel perdió el equilibrio al mismo tiempo que la hoja de otro cuchillo le abría la carne de la mejilla hasta el hueso.

—¡Arde, escoria del Caos! —rugió Pasanius cuando le disparó un chorro de promethium ardiente al gigantesco guerrero de hierro.

Las llamas químicas empezaron a devorar con frenesí al enorme oponente, pero apenas habían comenzado cuando ya estaban apagándose.

Las retumbantes risotadas de la criatura resonaron por todo el lugar.

—¡He sido prisionero de las llamas durante eones y esta carne viva cree que puede quemarme!

Pasanius se echó el lanzallamas al hombro y se dispuso a empuñar la pistola, pero la criatura del Caos se acercó a él con una velocidad impropia de su enorme tamaño y agarró a Pasanius con una mano ennegrecida para alzarlo por el aire.

Uriel lanzó tajos a diestro y siniestro contra los sarcomatas que lo rodeaban, pero cada estocada y cada golpe que daba no atravesaban más que las columnas de humo que desaparecían para reaparecer en otro punto y atacarlo. La sangre coagulada comenzó a cubrirle la cara, y supo que no podría enfrentarse a sus enemigos durante mucho tiempo más.

Vio al gigante de armadura oxidada levantar en el aire a Pasanius y lanzarlo para que entrara volando por la puerta de hierro por la que había salido el Daemonium Omphalos. Uriel cargó contra la criatura del Caos. No podía combatir contra unos enemigos que desaparecían a voluntad, pero juró que mataría al traidor procedente del pasado. Blandió la espada contra

el guerrero de hierro. La hoja estaba envuelta por una luz llameante capaz de atravesar la carne y el metal con la misma facilidad.

La espada impactó de lleno en el pecho del enemigo, pero la hoja simplemente rebotó con un chasquido metálico en las pesadas placas metálicas de la armadura. Uriel se quedó sorprendido, pero alzó el brazo para atacar de nuevo. Sin embargo, antes de que pudiera atacar, el guerrero de hierro le propinó un puñetazo en pleno rostro y lo lanzó volando por el andén.

Se esforzó por recuperarse del golpe, pero los sarcomatas lo rodearon y lo manosearon. Su tacto recordaba a la carne podrida, y los dedos se retorcían recordando el movimiento de gusanos o de larvas recién nacidas. Los rostros muertos estaban a escasos centímetros de él, y el aliento de las criaturas le recordaba al olor de un horno crematorio. Las criaturas le recorrieron todo el cuerpo con la cara, como si lo olisquearan mientras lo mantenían inmovilizado con una fuerza increíble.

—Los sarcomatas te muestra su aprobación, ultramarine… —le dijo el gigante riéndose mientras se acercaba hasta él—. Son la corrupción de los espíritus, a la que se le ha dado una forma y un propósito. Quizá noten una cierta relación contigo.

Uriel se limitó a esperar la muerte cuando uno de los sarcomatas le colocó la boca sobre la garganta, pero el Daemonium Omphalos tenía reservado otro destino para él, uno distinto al simple asesinato, por lo que rugió impaciente.

Los demonios despellejados sisearon en tono de sumisión y levantaron a Uriel para llevarlo hacia la puerta de hierro de la enorme máquina demoníaca.

Del interior salían vaharadas de aire muy caliente y hedor a carne quemada. Uriel supo que estaban condenados en el preciso instante que lo metían allí.



TRES

Sangre. Aquella fetidez le llenó las fosas nasales, repugnante y sobrecogedora. El amargo sabor metálico se le agarraba al fondo de la garganta. La neuroglotis filtró centenares de distintos olores. El tremendo olor a carne quemada provocó que le lagrimearan los ojos antes de que el ocuglobo actuara y creara una membrana protectora sobre la superficie del ojo.

Parpadeó para aclararse la vista del exceso de humedad. Luego forcejeó con los sarcomatas para intentar orientarse sobre el lugar donde estaba. A pesar de lo que veía, sabía que le engañaba la vista, ya que el interior de la máquina demoníaca le confundía los sentidos y se burlaba de cualquier noción relacionada con la realidad. Desafiaba la geometría. Unas arcadas imposibles se extendían más allá de donde le llegaba la vista. Un fogón de caldera de amplias puertas rugía y humeaba en uno de los extremos del lugar. Del techo oscuro y goteante pendían varias líneas de cadenas y poleas. De cada una colgaba mediante garfios oxidados un torso humano sin miembros.

Se llevaron a rastras a Pasanius y a Uriel. Pasaron al lado de varios montones de miembros humanos, cada uno de un tamaño mayor que un tanque de batalla. La carne estaba podrida y apestaba. Dos de los sarcomatas se apartaron de Uriel y se apresuraron a tomar un tronco sin cabeza y arrojarlo al fogón.

Hacían avanzar la máquina demoníaca con carne y con sangre. La chimenea expulsaba cuerpos convertidos en ceniza al aire. El gigante con la armadura de un guerrero de hierro pasó a su lado arrastrando a Pasanius. El fornido sargento no pudo resistirse ante semejante fuerza.

—¡No! —gritó Uriel cuando el Daemonium Omphalos dejó caer su arma y levantó a Pasanius con una sola mano. Con la mano que le había quedado libre agarró un gancho. El gigante de hierro hizo caso omiso del antiguo capitán y clavó el garfio oxidado en la placa dorsal de la armadura de Pasanius, quien soltó un gruñido de dolor.

Uriel forcejeó con desesperación al ver que había un gancho vacío al lado de Pasanius, pero los sarcomatas lo mantuvieron agarrado y no pudo soltarse. Unas manos carnosas de dedos serpenteantes lo alzaron por los

aires y tuvo que apretar los dientes para no gritar cuando también a él lo clavaron en un gancho. La punta atravesó la armadura y le penetró en el cuerpo. Los sarcomatas sisearon y se apartaron, con los músculos de la garganta contrayéndose por un hambre monstruosa.

El estruendo metálico de los poderosos pistones resonó por todo aquel lugar de estructura imposible. Las espitas siseantes expulsaron nubes apestosas de vapor aceitoso y los hornos de puertas enrejadas brillaron con luces verdes y azules. Los chasquidos del metal fundido y los gemidos se entremezclaron con las risitas enfermizas de los sarcomatas. Uriel no fue capaz de imaginarse una visión más completa del infierno.

El Daemonium Omphalos contempló durante un momento sus inútiles esfuerzos por soltarse y luego se acercó a Uriel y le agarró la mandíbula con un guantelete renegrido. Uriel notó en la lengua la ceniza que le cubría los dedos y olió la carne quemada que había debajo. La criatura…, ¿era un guerrero de hierro o era alguna clase de entidad demoníaca que se albergaba en el interior del cuerpo de uno? Uriel no estaba seguro. Cuando se le acercó, su aliento apestaba como el aire salido de una tumba vieja recién abierta. Le soltó una patada y la bota resonó sin causar daño alguno contra la placa pectoral de factura antigua.

—Desperdicias las fuerzas, ultramarine. Ni tienes poder para destruirme ni es tu destino hacerlo. Guárdatelas para el mundo de hierro. Las necesitarás.

—Aléjate de mí, maldita abominación —le gritó Uriel forcejeando con todo el cuerpo para soltarse de la mano de su captor a pesar del tremendo dolor en la espalda.

—No tiene sentido que te resistas —le insistió el Daemonium Omphalos—. He viajado por las vías de sangre entre las realidades durante incontables eones y todo me ha sido revelado ahí. Lo que ha sido, lo que es y lo que está por ser. He apagado vidas que todavía no han nacido, he cambiado historias que aún han de escribirse, y he viajado por caminos por los que nadie más puede caminar. ¿Y crees que alguien como tú puede desafiar mi voluntad?

—El Emperador está con nosotros. Aunque camine en el valle de las sombras… —empezó a rezar Pasanius.

El Daemonium Omphalos le dio una bofetada con el guantelete en la barbilla y lo hizo girar sobre la cadena. Pasanius resopló de dolor cuando notó que el gancho se le clavaba más en la carne.

—Las plegarias a ese dios cadáver tuyo no sirven de nada aquí. Su poder ha desaparecido del mundo y ya no queda nada de él.

—Mientes —le espetó Uriel—. El poder del Emperador es eterno.

—¿Eterno? —se mofó el Daemonium Omphalos—. Será mejor que no utilices una palabra semejante con tanta ligereza hasta que hayas vivido tanto como eso, atrapado, indefenso y atormentado más allá de la razón.

El Daemonium Omphalos fijó sus ardientes ojos amarillos en los de Uriel, y éste vio la rabia y la locura sin límites que había en ellos. Fuese cual fuese la inteligencia maligna que acechaba en el interior de la antiquísima servoarmadura, era evidente que estaba poseída por una demencia brutal. Los tormentos que había sufrido la habían conducido a ese abismo sin fondo.

—¿Qué eres? —le preguntó Uriel al cabo de un momento—. ¿Qué quieres de nosotros?

El Daemonium Omphalos lo soltó y le dio la espalda mientras los sarcomatas empezaban a reunir más trozos de cuerpos y los llevaban al fogón, donde lanzaron piernas, brazos y cabezas a las llamas.

—Eso no importa, de momento —le contestó. Luego tiró de una gruesa cadena que colgaba al lado del fogón y bajó una palanca con un grueso mango de goma—. Lo que importa es que estáis aquí y que, de momento, nuestros destinos siguen el mismo camino.

Uriel sintió que aquel lugar imposible se estremecía de un extremo a otro cuando la palanca llegó al final de su recorrido. La puerta de hierro por la que habían entrado se cerró con un chirrido de metal torturado. Sintió una nueva oleada de dolor cuando el gancho se le movió entre las costillas y la gigantesca máquina demoníaca empezó a avanzar. Los cadáveres de los demás ganchos también se balancearon y Uriel notó en el estómago aquella familiar sensación de náusea que aparecía durante una transición a la

disformidad. ¿Sería aquella máquina infernal capaz de viajar por las corrientes del immaterium? ¿Había sido así como había conseguido interceptar al Orgullo de Calth en el traicionero espacio disforme?

Sabía que no era bueno pensar demasiado en asuntos semejantes. Hacerse unas preguntas tan peligrosas era el comienzo del camino del alejamiento de la doctrina, lo que precisamente los había llevado a aquella situación.

La sensación de náusea aumentó y Uriel tuvo que apretar los dientes para soportar el creciente dolor. El Daemonium Omphalos dejó a un lado lo que estaba haciendo y recuperó del suelo su arma mientras los sarcomatas continuaban arrojando cuerpos al fuego.

—¿Adonde nos llevas? —preguntó Pasanius a través de los dientes apretados.

—Allí donde debéis ir —le contestó el gigante—. Conozco el juramento que habéis hecho y que os ha traído hasta aquí. El Señor de los Cráneos tiene más herramientas que el simple arte de la muerte.

—¡Demonio! —gruñó Uriel—. Eres una abominación y veré en persona cómo acabas destruido.

—Tu cráneo reposará delante del trono del Dios de la Sangre antes de que eso ocurra, marine espacial. Ya he visto cómo morirás. ¿Quieres saberlo?

—¡Las palabras de un demonio no son más que mentiras! —gritó Pasanius—. No me creeré nada de lo que digas.

El Daemonium Omphalos lanzó un tajo con el gran machete. La hoja fue directa al cuello de Pasanius. Una salpicadura de sangre saltó del leve corte que le hizo en la garganta.

—Quieres morir, ultramarine, y me encantaría sacarte y destrozarte el alma. Te arrancaría la carne de los huesos mientras gritas y me adornaría con tus entrañas, pero la muerte que te espera es mucho peor incluso que la que alguien como yo podría preparar. Tu cráneo tendrá el honor de disponer de un lugar en una de las montañas de huesos que el Dios de la Sangre tiene a la vista.

Otro estremecimiento, más intenso, sacudió la máquina y a Uriel le pareció que le estaban atravesando la cabeza con pinchos al rojo vivo.

—Deberíais agradecérmelo, ya que viajáis de un modo que ningún otro mortal se ha hecho durante eones.

El Daemonium Omphalos alzó los brazos hacia el techo y estalló en carcajadas.

—Viajamos por las vías de sangre. ¡El Corazón de Sangre y las daemonculati!

La máquina demoníaca rugió al entrar en lugares más allá de la existencia.

Uriel gritó.

El espacio se dobló. Las corrientes de la disformidad desaparecieron: la pista de arena, la máquina demoníaca, el fogón de la caldera, Pasanius… Todo desapareció cuando lo que lo rodeaba se volvió del revés y se convirtieron en conceptos sin sentido. Sintió al mismo tiempo que explotaba en mil millones de pedazos y que implosionaba hacia su interior, comprimido hasta la singularidad de una existencia insustancial.

Vio rostros que flotaban delante de él, y no supo cómo los reconocía, ya que no eran más que una densa bola de vacío y una alma fragmentada. Los mundos y las personas pasaban como un borrón continuado, pero cada uno se le mostraba con tanta claridad como si los examinara con todo detalle. El tiempo avanzó con más lentitud, pero corrió. El sonido lejano de unos cristales rotos le llegó cuando las realidades fracturadas se movieron como placas tectónicas.

Vio a la máquina demoníaca atravesar en espiral las grietas entre dimensiones, serpenteando entre los cambiantes fragmentos cristalinos de realidad, existiendo fuera de todo lo demás, viajando en las astillas de nulidad que había entre todo lo que había sido y todo lo que sería.

Vio mundos ahogados por humos asfixiantes, gente que caminaba en coma al pasar de un día banal a otro, grises y muertos, ni siquiera la conciencia necesaria para gritar por la frustración de unas vidas sin sentido. Vio mundos donde unos números que se retorcían caían sobre montañas de imposibilidad antes de convertirse en ríos de algoritmos fundidos que

llegaban hasta mares de números enteros. Todo desapareció en un instante y fue reemplazado por un mundo de montañas enormes y de vastos mares, blanco, de oro y mármol. Las llamas rugían y surgían por doquier, ya que el planeta ardía, con la gente convertida en cenizas que arrastraba el viento y toda la vida extinguida. Aunque Uriel ni siquiera podía estar seguro ya de quién era él mismo, descubrió con creciente horror que sabía cuál era aquel mundo. Vio la Fortaleza de Hera derribada, con sus antaño orgullosas murallas rotas o agrietadas. El Templo de la Corrección ya no era más que un edificio en ruinas. Los demonios se divertían en la Capilla del Primarca royendo sus sagrados huesos y profanando su sacrosanto cadáver.

Lloró ante semejante vileza, furioso por su indefensión y por su incapacidad para vengarse de los que le habían hecho eso a Macragge.

Unos seres negros y aullantes se acercaron a la máquina demoníaca. Eran los invisibles guardianes reptantes de la vacuidad, que también serpenteaban por las fisuras entre realidades para aproximarse a ellos.

La máquina demoníaca había viajado por las vías de sangre durante milenios y sabía que aquellos centinelas ciegos no eran ninguna amenaza para su terrorífico poder. Aquellas criaturas guardianas se alimentaban de las almas de los inconscientes que llegaban a aquel lugar por error: irresponsables que estudiaban conocimientos ocultos y magia prohibida para abrir las puertas entre las distintas dimensiones. Los mortales que se atrevían a viajar por esos planos no destinados a las almas normales acababan devorados y se convertían en nuevos gusanos oscuros. Las vías de sangre alejaron a la máquina demoníaca de las ansiosas bocas sin dientes de las criaturas guardianas. Su malignidad y poder destruyeron a las que lograron acercarse demasiado.

Mundos mecánicos, mundos poseídos por el mal, mundos de locura primaria, mundos caóticos, mundos demenciales y mundos de relámpagos. Todo estaba allí. Cada acto que creaba una nueva dimensión de posibilidades se encontraba allí. Uriel sintió que el conocimiento de tales cosas le llenaba la mente mientras colgaba del gancho, herido y sangrando.

El pegamento que le mantenía unida la mente e impedía que se deshiciera en pedazos empezaba a disolverse. El desagradable

reconocimiento de la insignificancia de su ser y de la futilidad de cualquier acto desgarraban su identidad como ser. Se aferró con desesperación a la noción de saber quién era.

Era Uriel Ventris.

Era un guerrero del Emperador, que había jurado defender sus dominios mientras viviera.

Era un marine espacial.

Su voluntad, lo mismo que su determinación y su constancia, era más fuerte que la de cualquier humano normal. Estaba en el vientre de la bestia y lucharía contra su influencia corruptora.

Era… ¿Quién era? Su existencia titilaba y, a pesar de la relativa protección que ofrecía la máquina demoníaca, sabía que la locura que se apoderaba de las mentes de los ignorantes idiotas que buscaban lugares como aquél lo estaba poseyendo. Se esforzó por mantenerse firme mientras los fragmentos de su vida comenzaban a alejarse de él en espiral. Cada uno de ellos daba inicio a una nueva serie de realidades en aquel terrorífico multiverso.

Visiones de pasados potenciales no escritos flotaron ante los ojos de Uriel, quien jadeó de asombro ante aquellas vidas alternativas… que pasaban ante sus ojos se vio a sí mismo como un anciano arrugado, se vio a sí mismo como un joven, tumbado sobre un sencillo camastro y pero uno que ya no era un rodeado de familiares llorosos marine espacial. Era un granjero. Allí estaba su hijo, de cabello negro como él, musculoso que trabajaba en pero más alto y con aspecto de guerrero, las granjas caverna de su mundo natal.

Uriel sintió que el corazón se le llenaba de orgullo y de pena.

Calth. Tenía unos rasgos sin arrugas pero…

Orgullo por su hijo y pena…

… marcados por una gran pena…

… porque aquella visión de su vida jamás…

… porque aquella visión de su vida jamás…

Todo aquello se le borró de la mente, aunque deseó saber más, conocer las consecuencias del camino que no había tomado. Pero eso no iba a

ocurrir: otras visiones se interpusieron.

Pavonis.

Camino del Hueso Negro.

Tarsis Ultra.

¿Medrengard?

¿Qué eran esas palabras? ¿Nombres de lugares o de gente? ¿Recuerdos o invenciones? ¿Había viajado a esos lugares? ¿Pertenecía a ellos? ¿Dónde estaban sus amigos? Paladeó el significado de cada sílaba, pero ninguna tenía sentido, aunque sabía que debería reconocer esas palabras. Sin embargo… Sin embargo, había una que no tenía el suave sabor del reconocimiento. Era una que sabía a hierro oscuro, que apestaba a cenizas contaminantes, a combustible ardiendo y que resonaba con el estruendo de gigantescos martillos pilones y de pistones de máquinas infernales.

Ese mundo, esa realidad, era desconocida para él. Entonces, ¿por qué se entremetía en su conciencia fracturada? Aumentó en su percepción, creciendo y llenándole la mente antes de desaparecer también y de que la mente se le colapsara hacia su propio interior.

Ya nada tenía sentido. Todo se estaba… disolviendo en una ciénaga de información. Ya no podía agarrarse a nada coherente. Sentía que los pensamientos se le dispersaban y ablandaban, que corrían como un centenar de tributarios a un millar de ríos que se vaciaban enunmar de olvidos. Ello agradeció, ya que sabía que eso acabaría con aquella locura aullante en su cabeza. Pasó una eternidad o un instante, aunque no supo con exactitud cuál de ellos… El tiempo se había convertido en un concepto sin sentido, carente de significado o de referente.

Sonó una voz en mitad de aquella locura y lo poco que quedaba de Uriel Ventris, se aferró a ella, como un hombre que se ahogara haría con un salvavidas.

—No temas, ultramarine —dijo la voz—. Este viaje es como la vida de cualquier mortal.

La máquina demoníaca pasó con un rugido al universo real.

—Se acaba…

Uriel inspiró profundamente. Los dos corazones le latían con tal fuerza que parecía que iban a partirle el pecho. La sangre le recorría rugiente el cuerpo. Tenía la cara cubierta del mismo líquido carmesí que le había salido de la nariz y de los ojos. También se había mordido la lengua, ya que notaba la boca llena de aquel sabor metálico.

Escupió y captó en el aire el hedor de los humos y la pestilencia acre del hierro caliente producto de la actividad industrial. Se quedó quieto durante unos largos segundos mientras intentaba hacerse una idea de dónde se encontraba. Lo único que se veía por encima de él era una inacabable extensión blanca, sin profundidad ni escala de medida. Parpadeó y alargó una mano para limpiarse la sangre coagulada que tenía sobre la cara. Se pasó la mano por el rostro y de repente lo atacó una tremenda sensación de vértigo.

Le pareció notar que se caía y lanzó un grito mientras manoteaba a su alrededor para agarrarse a algo.

Las manos se posaron sobre una superficie metálica y el vértigo desapareció cuando se dio cuenta de que estaba tumbado de espaldas y que estaba mirando al cielo… Un cielo muerto, sin rasgo destacable alguno, vacío, sin una sola nube o mancha que interrumpiera aquel horrible vacío. Le dolía todo el cuerpo. Sentía los músculos cansados hasta el extremo del agotamiento y un dolor lacerante en la espalda, en la zona donde había tenido clavado el gancho.

Se incorporó y vio a Pasanius a su lado, vomitando sobre el suelo metálico. Su amigo tenía una expresión ceñuda en el rostro, con la mandíbula apretada, como si llevara el peso del mundo sobre los hombros.

—Levantaos —dijo una voz áspera a su espalda.

Los recuerdos invadieron la mente de Uriel. Un demonio. Una máquina demoníaca. Se esforzó por ponerse en pie, pero el cuerpo todavía se estaba ajustando a su regreso a la realidad y sólo pudo quedarse de rodillas.

Ante ellos se encontraba el Daemonium Omphalos, gigantesco y monstruoso, con su ennegrecida servoarmadura de diseño antiguo. Detrás de su captor había un reluciente e imposible rectángulo de refulgente luz roja, una puerta de regreso al interior infernal de la máquina demoníaca.

Llevaba el enorme machete en una mano y estaba hundido hasta las rodillas en el esquisto polvoriento del suelo. Las armas de los marines, la espada y el bólter de Uriel y el lanzallamas de Pasanius se encontraban en unas rocas, a su lado. El resplandor blanco del cielo muerto se reflejaba en las hombreras del monstruo, y a Uriel le pareció que los ojos que había detrás de la máscara ardían con más malicia incluso que antes.

—Tendréis que recuperar el equilibrio con rapidez, ultramarines —les dijo la criatura demoníaca con una breve risotada—. Los espectros del delirio oirán los latidos de vuestros corazones, y un manjar como vosotros no pasará desapercibido durante mucho tiempo.

—¿Los qué? —logró preguntar Uriel al cabo de unos momentos.

—Unos monstruos —contestó el gigante.

—¿Monstruos? —repitió Uriel con los dientes apretados para ponerse en pie por fin. Pasanius también logró erguirse y se quedó a su lado, con la rara gris por el esfuerzo, pero con expresión furiosa.

—La piel de los asesinos cosida sobre estructuras mancilladas por los mortuarios bestiales y en las que han introducido las almas enloquecidas de aquellos a quienes ellos han matado —les explicó el Daemonium Omphalos —. Cazan en estas montañas y los reconoceréis cuando oigáis los gritos de los condenados al perseguiros.

—¿Dónde estamos? —le preguntó Pasanius—. ¿Dónde nos has traído?

—Estamos en Medrengard, el mundo del hierro cruel —contestó el Daemonium Omphalos señalando hacia algo que estaba detrás de los marines espaciales—. Forma parte de los dominios del primarca demonio Perturabo. ¿No sentís su presencia en el aire? La malignidad de un ser que antaño caminó con los dioses y que fue expulsado a un lugar más allá del plano de realidad donde existió. ¡Mirad a este mundo plagado de cenizas y caed en la desesperación!

Uriel se volvió hacia donde señalaba el Daemonium Omphalos. Se quedó sin respiración ante el panorama que se abría ante ellos.

Se encontraban en lo alto de una meseta rocosa que a su vez se alzaba sobre un amplio paisaje gris de una desolación absoluta. Uriel había creído que el gigantesco interior de la máquina demoníaca era una visión del

infierno, pero no había sido más que el preludio para aquella desolación destructora. La superficie del planeta estaba cubierta de enormes extensiones de edificios industriales: estructuras metálicas de las factorías, montañas de carbón y de escoria roja, las poderosas siluetas de las enormes chimeneas que vomitaban humo a la atmósfera. De las refinerías surgían grandes llamaradas, y el estruendoso retumbar de los gigantescos martillos pilones, unido al agudo chirriar del metal sobre la piedra, eran audibles a cientos de kilómetros de distancia.

Uriel había visto mundos colmena asfixiados por la contaminación, planetas repletos de incontables miles de millones de personas que trabajaban de forma incesante en lugares repugnantes donde hasta el aire estaba cargado de partículas de suciedad, pero todo aquello era un jardín paradisíaco comparado con Medrengard.

El marine espacial incluso había estado en la superficie de hierro de los mundos forja de los Adeptus Mechánicus, el territorio sagrado de los sacerdotes del Dios Máquina, donde había quedado asombrado por el tamaño de las infraestructuras. Cada centímetro de superficie estaba dedicado a fábricas colosales y forjas catedralicias, pero incluso el más poderoso de aquellos planetas no era más que una herrería de pueblo comparado con Medrengard.

Los ríos de metal fundido serpenteaban como canales de lava. Cada torre dentada estaba envuelta por un halo de vapor venenoso y cada chimenea gigantesca por un halo de nubes de humo contaminante.

Una inmensa cadena montañosa se alzaba por encima de todo aquello, compuesta por una clase de roca negra sobre la que ningún ser vivo había conseguido sobrevivir ni lo haría jamás. Las cimas parecían tocar el propio cielo. Algunas de esas agrestes montañas eran un decena de veces más grandes, o más, que el mayor pico de Macragge. Uriel sintió que se le helaba la sangre mientras contemplaba la terrorífica altura a la que llegaban los enormes riscos. Vio que algunas repugnantes columnas de humo negro se elevaban ondulándose desde detrás de las montañas y subían de un modo increíble hasta el mismo cielo.

Detrás de las montañas también se veían unas extrañas torres, y Uriel tuvo la desagradable certeza de que allí se alzaba alguna clase de ciudad de pesadilla, oculta y acechante en los profundos valles oscuros de aquella cadena montañosa maldita, una ciudad donde las murallas y los bastiones se extendían por todos lados y donde las distantes cúpulas manchaban la roca como hongos después de la lluvia. Era un abominable puesto fronterizo rodeado de maldad y de muerte que todo ser vivo aborrecería con razón. Las torrecillas sucias y las murallas manchadas, las agujas llenas de maleza tóxica y las estancias desoladas estaban repletas de fantasmas andrajosos y renqueantes que obedecían a ciegas a la despreciable voluntad del maligno señor de la ciudad: el primarca demonio Perturabo, amo y señor de los Guerreros de Hierro.

—Ese odio… —susurró Uriel—. Tanto odio y amargura.

—Sí —comentó el Daemonium Omphalos—. Imagínate toda la rabia que huelo en tu interior, pero podrida y más fuerte después de miles de años de tener sentimientos de venganza… Pues eso no es más que una insignificante fracción de lo mucho que puede llegar a odiar un dios viviente.

Uriel cerró los ojos para dejar de ver aquel paisaje de pesadilla. Sabía que dar un simple paso hacia esa temible ciudad significaría la muerte, pero la inmensidad ciclópea de aquello se le había quedado grabada en la mente de tal modo que nada sería capaz de borrarlo jamás.

La inutilidad de la existencia ante semejante horror sin nombre era casi imposible de soportar, así que alzó los ojos al cielo muerto. Aquella nada destructora del espíritu era preferible a la maligna ciudad de Perturabo. Los fantasmales tentáculos de humo negro atravesaban el cielo, y se dio cuenta de que se dirigían hacia lo único que manchaba aquel vacío.

Un enorme sol negro, con una superficie tan oscura que su negrura no era simplemente la ausencia de color y luz, ya que sus profundidades fuliginosas absorbían toda la vida y el alma del planeta.

Pasanius se echó a llorar ante aquella terrible visión. Uriel no se sorprendió al descubrir que él también estaba derramando lágrimas al ver esa abominación contra la naturaleza.

—Que el Emperador nos proteja —murmuró—. Esto es…

—Sí —le cortó el Daemonium Omphalos—. Es el lugar que vosotros llamáis el Ojo del Terror.

—¿Por qué…? —logró articular Uriel tras un momento, después de apartar la mirada de aquel sol mortecino—. ¿Por qué aquí?

—Porque aquí acaba vuestro viaje. Este es el lugar donde cumpliréis vuestro juramento.

—No lo entiendo.

—Eso no importa. Las criaturas que tenéis que destruir, las daemonculati, se encuentran en este mundo. Están ocultas en la oscuridad, lejos de la vista del mundo, en el interior de una gran fortaleza creada a partir de la locura y de la desesperación.

—¿Por qué nos has traído hasta aquí? —le exigió saber Uriel tras recuperar parte de su autocontrol—. ¿Por qué querría ayudarnos una criatura del Caos?

El Daemonium Omphalos lanzó otra de sus risotadas discordantes antes de contestar.

—Porque haréis lo que os ordene, Uriel Ventris.

—¡Jamás! —le contestó Uriel—. Moriríamos antes que ayudar a una bestia como tú.

—Quizá —contestó el guerrero gigantesco—. Sin embargo, ¿estás dispuesto a inmolar todo aquello por lo que has luchado por proteger para desafiarme? Todo por lo que te has sacrificado y has sufrido quedará arrasado por una marea de sangre.

—Mientes —le dijo Pasanius con un gruñido.

—Estúpidos mortales. ¿Para qué necesito mentir? El Arquitecto del Destino tiene mentiras suficientes para todo este universo. El Señor de los Cráneos no exige nada de eso. Sé lo que visteis mientras viajábamos por las vías de sangre: vuestro mundo envuelto en llamas y toda la gente muerta y convertida en cenizas que se llevaba el viento.

El Daemonium Omphalos dio un pesado paso hacia ellos y colocó la punta del arma apuntando al pecho de Uriel.

—Puedo hacer que ocurra —le prometió—. Todos los futuros posibles que visteis pueden materializarse, y me aseguraré de que vuestro querido hogar muera aullando entre llamas. ¿Me creéis?

Uriel se quedó mirando a los repugnantes ojos amarillos del demonio y supo con absoluta seguridad que podía hacer todo lo que había dicho: Macragge destruido, Ultramar desaparecida…

—Sí, te creo —dijo al cabo de un momento—. ¿Qué quieres que hagamos?

—¡Uriel! —gritó Pasanius.

—Me parece que no tenemos otra opción, amigo mío —le contestó Uriel con lentitud.

—Pero piénsate lo que estás diciendo —insistió Pasanius con voz incrédula—. Sea lo que sea lo que este cabrón quiere que hagamos, sólo puede ser para algo malvado. ¿Quién sabe lo que podemos provocar si aceptamos hacer lo que nos ordena?

—Lo sé, Pasanius, pero ¿qué otra cosa podemos hacer? ¿Quieres ver Ultramar destruida? ¿La Fortaleza de Hera derribada?

—No, por supuesto que no, pero…

—No, Pasanius —lo interrumpió Uriel con voz tranquila—. Confía en mí. Tienes que confiar en mí. ¿Confías en mí?

—Sabes que sí —protestó Pasanius—. Te confiaría mi vida, ¡pero esto es una locura!

—Tienes que confiar en mí —le insistió Uriel.

Pasanius abrió de nuevo la boca para seguir protestando, pero vio la mirada en los ojos de Uriel y se limitó a asentir con brusquedad.

—Muy bien —dijo con tristeza tras un momento.

—Bien —dijo el Daemonium Omphalos con voz sibilante, disfrutando de su victoria sobre ellos—. A muchas leguas de aquí se alza una fortaleza en lo más alto de las montañas del sur. El señor de ese lugar tiene algo guardado en su cripta más profunda, algo que me pertenece. Lo recuperaréis y me lo entregaréis.

—¿Qué es? —le preguntó Uriel.

—Es el Corazón de Sangre, y lo único que necesitáis saber es que para mí es muy valioso.

—¿Qué aspecto tiene? ¿Cómo lo reconoceremos?

El Daemonium Omphalos se echó a reír.

—Lo reconoceréis en cuanto lo veáis.

—¿Por qué nos necesitas a nosotros? —le exigió saber Pasanius—. Si es tan importante, ¿por qué no vas tú en persona a recuperarlo?

El Daemonium Omphalos se quedó callado un momento antes de contestar.

—Os he visto hacerlo y ése es vuestro destino. No necesitáis saber más.

Uriel asintió, y en ese instante oyó un lejano chillido agudo.

El Daemonium Omphalos también lo oyó e inclinó la cabeza. Dio media vuelta y se dirigió de regreso al rectángulo de luz roja que conducía a la máquina demoníaca y a los sibilantes sarcomatas.

Les habló de nuevo cuando llegó a la reluciente entrada.

—Llegan los espectros del delirio. Oyen el latir de vuestros corazones, y el hambre los obliga a buscaros. Sería mejor que no os encontraran.

—¡Espera! —le gritó Uriel, pero el Daemonium Omphalos cruzó el umbral y el marine contempló impotente cómo se desvanecía y desaparecía del costado rocoso de la montaña llevándose consigo a su secuestrador demoníaco.

Uriel sintió que la desesperación se apoderaba de su alma cuando el Daemonium Omphalos desapareció por completo. Se dejó caer de rodillas y oyó de nuevo lo que parecía un coro de sirenas de alarma antiaérea.

Levantó la mirada al cielo muerto y vio una bandada de… cosas aladas híbridas. Aleteaban de forma rítmica con unos penachos carnosos mientras descendían hacia ellos desde las cimas montañosas.

—¿Qué demonios…? —se preguntó Pasanius entrecerrando los ojos para ver mejor.

—Los espectros del delirio —le aclaró Uriel mientras se apresuraba a recoger las armas del suelo polvoriento.

—¿Qué hacemos? —le preguntó Pasanius enfundando la pistola bólter y colocándose el lanzallamas al hombro.

—Echar a correr —contestó Uriel al mismo tiempo que aquella bandada enloquecida se lanzaba a por ellos.



CUATRO

Las siluetas negras recortadas contra el cielo blanco chillaron mientras descendían a toda velocidad desde la cima de las montañas en dirección a los dos marines espaciales. Los gritos de los espectros del delirio llenaban el aire con el gemido de las víctimas de asesinato, y Uriel oyó su agonía en cada aullido arrancado de los cuerpos.

Estudió la meseta en busca de algún lugar donde esconderse. Odiaba la sola idea de tener que huir, pero sabía que el Daemonium Omphalos no había mentido cuando les había dicho que lo mejor era que aquellas criaturas no dieran con ellos.

—¡Uriel! —lo llamó Pasanius para señalarle la empinada ladera, donde se abría una angosta fisura en la pared rocosa—. ¡Allí! No creo que sean capaces de entrar ahí.

—¿Llegaremos a tiempo?

—Sólo hay un modo de saberlo —le contestó Pasanius antes de echar a correr por la ladera.

Uriel enganchó la espada al cinto y siguió a Pasanius. Cada inspiración era un jadeo a causa de la atmósfera tóxica. La herida en la espalda le dolía enormemente, pero hizo caso omiso del sufrimiento y empezó a subir por la ladera en pos de Pasanius. La pendiente era bastante abrupta y estaba compuesta por restos de carbón y limaduras de hierro además de escoria procedente de las fundiciones. La prodigiosa fuerza de Pasanius le permitía subir aunque con gran dificultad, pero el material suelto no le proporcionaba asidero alguno a Uriel, que cuanto más se esforzaba, más acababa resbalando hacia abajo.

Oyó a la espalda los penetrantes aullidos de una ansia feroz y se arriesgó a mirar hacia atrás por encima del hombro cuando el primero de los espectros del delirio se abalanzó sobre él.

—¡Uriel! —le avisó Pasanius desde un saliente—. ¡Hacia la izquierda!

Giró sobre sí mismo hacia la izquierda en el preciso instante que la criatura se abalanzaba sobre él. Las garras de hierro que llevaba en las alas abrieron varios surcos en el punto del suelo donde su cabeza había estado un momento antes.

Uriel le dio una patada y la criatura resbaló por la ladera aleteando con furia mientras intentaba recuperar el equilibrio. Tenía la misma forma que una de aquellas mantarrayas que vivían en el océano. El esqueleto externo estaba formado por tirantes de hierro, mientras que el cuerpo principal lo formaba una superficie irregular de piel humana cosida al metal. Varios rostros aullantes sobresalían de aquel pellejo correoso, y cada boca abierta de par en par mostraba un círculo bordeado por cientos de dientes puntiagudos como agujas.

Otras tres criaturas se lanzaron a por él. Las fauces se abrieron por toda la superficie de la piel y desplegaron por completo las alas para frenar la bajada un momento antes de estrellarse contra Uriel. La criatura que el antiguo capitán había derribado de una patada remontó el vuelo con un aullido discordante mientras Uriel luchaba con las bestias que lo rodeaban y que le estaban arañando la armadura con los afilados dientes.

Pasanius disparó contra el espectro del delirio que estaba volando, pero el proyectil atravesó por completo la piel antes de estallar. La criatura cambió la dirección de vuelo para subir un poco más por la ladera y atacarlo con un chillido ensordecedor.

Uriel agarró la carne grasienta de los atacantes que lo acosaban y los apartó de la armadura. Vio que de la superficie de la piel sobresalían rostros angustiados que se esforzaban por morderlo. Le dio un puñetazo a una de las bocas. El puño atravesó la delgada capa de piel al mismo tiempo que sentía una vaharada de calor por encima de la cabeza.

—¡Echate atrás! —oyó gritar a Pasanius.

La bestia a la que tenía agarrada aleteó con furia mientras las otras dos se dedicaban a morderlo y arañarlo. Metió la otra mano por el agujero que había abierto y rodó ladera abajo, separándose de los otros atacantes. Agarró la piel con los dos puños y tiró hacia fuera en direcciones distintas. La arrancó de la armazón metálica y sintió que las almas atrapadas en el interior gritaban al ser liberadas.

Varias luces destellantes y unos cuantos gritos de alegría surgieron de la bestia agonizante. Cuando la última alma partió, Uriel se quedó con un puñado de carne muerta y de piezas metálicas en las manos. Lo tiró todo a

un lado mientras otras criaturas se acercaban. Uriel desenvainó la espada y la hoja del arma de energía cortó la carne del espectro del delirio más cercano. Las bocas lanzaron un aullido histérico de libertad antes de caer al suelo.

La última criatura cargó contra él. Uriel se tiró al suelo, rodó sobre sí mismo y descargó un golpe con la espada por encima de él. El mandoble partió al monstruo por la mitad cuando lo estaba sobrevolando.

Oyó otro grito de liberación y vio un montón inanimado de tubos de hierro y piel en llamas un poco más arriba en la ladera. Pasanius había empuñado el lanzallamas y estaba disparando chorros de promethium ardiente al aire para mantener alejadas a las demás criaturas.

—¡Vamos! —le gritó Pasanius—. ¡No sé cuánto tiempo podré contenerlas!

Uriel envainó la espada y se detuvo un momento para arrancar un par de tubos de hierro del cadáver del monstruo más cercano antes de empezar a subir de nuevo la difícil ladera.

El marine espacial fue clavando los tubos en el suelo blando como si fueran unos piolets y así pudo subir la ladera sin demasiadas dificultades mientras Pasanius mantenía a raya a los espectros del delirio con el lanzallamas.

Uriel se subió al repecho con un último impulso y rodó sobre sí mismo mientras los espectros del delirio se preparaban para lanzarse de nuevo a por él. Desenvainó la espada otra vez y cortó en dos al primero que se le acercó. Sintió una tremenda satisfacción cuando aquello chilló con gratitud antes de desmontarse. Los demás murieron envueltos en llamas, pero de la carne ardiente surgieron carcajadas infantiles mientras morían.

Los dos marines espaciales retrocedieron de espaldas hacia el refugio de la grieta en la ladera, matando a las bestias cada vez que se acercaban demasiado. Aunque mataron a decenas, Uriel vio que varios centenares se habían reunido sobre la cima de la montaña, por lo que supo que si en poco tiempo no encontraban un lugar donde resguardarse, estaban muertos. No podrían enfrentarse a tantos durante mucho tiempo.

Llegaron por fin a la grieta y Uriel echó un vistazo al interior, que se adentraba en la montaña. Varias andadas de espectros del delirio bajaron hacia ellos y rezó para que no fueran capaces de seguirlos por allí.

—¡No sé hasta dónde lleva! —dijo en voz alta.

—¡Ahora eso no importa! —le contestó Pasanius, que estaba sangrando por unos cuantos cortes que tenía en la cabeza—. ¡No tenemos otra elección!

—¡Dispárales una vez más y luego sígueme corriendo!

Pasanius asintió.

—¡Ahora! —le dijo un momento antes de lanza contra los monstruos aullantes otro chorro de combustible en llamas.

Uriel echó a correr hacia la grieta. Las estrechas paredes de basalto eran negras y brillantes, con un aspecto vitreo. Las aristas le rayaron las amplias hombreras e hicieron saltar parte de la pintura. Uriel murmuró una plegaria para pedirle disculpas al espíritu de combate de la armadura por un trato tan desconsiderado.

Pasanius se metió también en el estrecho pasaje. Tuvo que entrar de lado por aquel angosto lugar, y Uriel se los imaginó a ambos atrapados allí, a la espera de que aquellas viles criaturas acabaran con ellos.

—Maldita sea. Esto se estrecha demasiado —comentó Pasanius con tranquilidad.

Oyeron gritos de frustración por encima de ellos. Uriel levantó la mirada y vio a varias decenas de bestias monstruosas que pasaban en ese momento por la franja de cielo que se abría en la parte superior de la grieta. Se adentró un poco más y se dio cuenta de que estaban ascendiendo: la distancia entre ellos y el cielo disminuía a cada paso que daban.

—¡Nos estamos quedando sin espacio! —le gritó a Pasanius.

En las piedras que tenían por encima resonó el chirriar de las garras y el tintineo del metal al chocar con la dura superficie. Varias bestias siseantes, aleteando con sus carnosas extremidades, lograron meterse en la grieta. Los gritos resonaron ensordecedores en un espacio tan estrecho. Las bestias no hacían más que lanzar frenéticos aullidos de hambre y ansia. Uriel alzó la espada y atravesó al primer espectro del delirio que se encontró.

Más criaturas lograron meterse a la fuerza en la grieta, tropezando y golpeándose entre ellas en su intento por llegar hasta sus presas.

Pasanius no podía disparar el lanzallamas en un sitio tan estrecho, así que las despedazó con las manos, arrancando los pellejos de las impías estructuras mientras gritaba de furia. Uriel dio tajos casi a ciegas a la carne muerta que lo rodeaba al mismo tiempo que las fauces de afilados dientes se cerraban a escasos centímetros de la cara. El sonido del pellejo al desgarrarse se entremezclaba con los gruñidos de dolor y la incongruente alegría de los gritos de las almas al ser liberadas de su odioso tormento cada vez que una de las bestias moría.

—¡Sigue avanzando! —gritó Pasanius en un breve intervalo entre dos ataques.

—¡No sé qué hay más adelante! —contestó Uriel.

—¡No puede ser mucho peor que esto!

Uriel tuvo que mostrarse de acuerdo y continuó avanzando mientras se quitaba la sangre seca de la frente. Buscó con desesperación un lugar que ofreciera mejor protección. Los espectros del delirio volvieron a sobrevolar en círculo la grieta, pacientes y a la espera de una nueva oportunidad de atacar.

La grieta serpenteaba y giraba. Cada paso que daban los adentraba más en las profundidades de la montaña. Por fin empezaron a descender hasta que llegaron a un estrecho sendero que bordeaba la montaña.

La ladera caía a pico varios cientos de metros al otro lado del camino. Uriel vio al final del sendero una cueva con una entrada también estrecha. La boca de la nueva estaba rodeada de un entramado de largas varas de hierro clavadas en la roca.

—Hay una cueva más adelante —le dijo a Pasanius—. Parece que ya la han utilizado para protegerse de estas criaturas.

—¿Cómo lo sabes?

—Por esas estacas alrededor de la boca de la cueva. Dudo mucho que alguna de esas bestias se pudiera acercar a la entrada sin quedarse sin alas.

—Eso implica una pregunta…

—¿Quién las ha colocado ahí? —remató Uriel.

Pasanius miró al cielo al oír a los espectros del delirio arrastrar las garras por la roca. Varios gritos resonaron con más fuerza a medida que las criaturas se acercaban a ellos.

—Tendremos que correr para llegar —dijo Uriel.

—No lo lograremos —le indicó Pasanius—. Se nos echarán encima antes de que hayamos llegado a la mitad de camino.

—¿Crees que no lo sé? —le espetó Uriel—. Pero no nos queda más remedio que intentarlo.

Uriel se mordió el labio mientras se esforzaba por calcular hasta dónde llegarían antes de que las criaturas los alcanzaran. Podrían luchar y repeler a unas cuantas, pero no a todas, y no hacía falta que los monstruos los mataran: les bastaba con empujarlos y hacerlos caer.

Caer a una distancia semejante sería letal, incluso para un individuo tan poderoso como un marine espacial.

Una de las criaturas los sobrevoló. Su avidez ciega era algo repulsivo y absolutamente alienígena.

—Espera… —dijo Uriel al recordar algo.

—¿Qué?

—Cuando el Daemonium Omphalos habló de estas criaturas dijo algo sobre el modo en que cazaban, algo acerca de nuestros corazones y de que no pasarían desapercibidos durante mucho tiempo.

—¿Y?

—Que así es como nos cazan: pueden oír los latidos de nuestros corazones.

Pasanius se quedó en silencio unos momentos antes de contestar.

—Entonces sólo hay que acallar lo que les sirve para cazarnos.

—¿Recuerdas los mantras que activan la membrana ansus?

—Sí, pero han pasado décadas desde la última vez que tuve que recitarlos.

—Lo sé, pero será mejor que los recitemos bien —le contestó Uriel—. No quiero caer en coma a mitad de ese sendero.

Pasanius asintió mostrando que comprendía. Uriel se deslizó con movimientos lentos hacia el borde de la grieta. Los espectros del delirio

volaban a bastante altitud, pero de todas maneras era demasiado cerca como para que tuvieran ninguna oportunidad de alcanzar la cueva sin que los atacaran.

Uriel se volvió hacia Pasanius.

—Avanza conmigo. Con lentitud, pero no demasiada. No quiero que te me mueras en el camino.

—Intentaré no hacerlo —le contestó Pasanius con sequedad.

Uriel cerró los ojos y empezó a recitar los versos que le había enseñado el apotecario Selenus y que iniciarían la activación hormonal de la membrana ansus, un órgano implantado en el tejido cerebral durante su transformación en marine espacial. Respiró profundamente antes de ajustar tanto los latidos del corazón principal como el ritmo pulmonar para que disminuyeran de forma paulatina. Lo que iban a hacer era muy peligroso, algo que en circunstancias normales requería las plegarias correctas y muchas horas de meditación, pero Uriel sabía que no tenían tiempo para efectuar esos preparativos.

Sintió los corazones en el pecho y cómo los latidos bajaban de ritmo.

Cuarenta latidos por minuto, treinta, veinte, diez…

Oyó a Pasanius repetir las mismas letanías. Tenían que ponerse en movimiento y llegar a la caverna antes de que el organismo se activara por completo y los hiciera caer en un estado de animación suspendida completa y los corazones les dejaran de latir por completo.

Tres latidos por minuto, dos…

Uriel abrió los ojos. El mundo se veía gris por el rabillo del ojo y sentía que los miembros le pesaban como si fueran de plomo.

Miró a Pasanius y asintió antes de abandonar la protección provisional de la grieta. Caminó con toda la rapidez que se atrevió por el sendero que llevaba hasta la boca de la cueva. Pasanius lo siguió. Los gritos penetrantes de las furias demoníacas que los sobrevolaban casi le hicieron perder la concentración. Un sudor frío le empapó el rostro. Los dos marines espaciales se pegaron todo lo que pudieron a la pared rocosa de la ladera vertical mientras avanzaban centímetro a centímetro por el sendero.

Las bestias aladas volaron hacia ellos. Sus gritos resonaron contra el risco mientras daban vueltas y los sobrevolaban confundidas, incapaces de locaIizarlos con precisión.

Ya casi habían llegado a la entrada de la cueva y las bandadas monstruosas seguían volando sin rumbo fijo.

Dos de los espectros del delirio aletearon de forma ruidosa al pasar al lado de Uriel. Las alas se agitaron un último instante arañando la pared rocosa cuando se posaron delante de él. Los gritos que soltaban eran poco ruidosos pero inquietantes. Las temblorosas pieles seguían intentando localizar a sus presas.

Uriel caminó con más lentitud mientras pasaba al lado de los monstruos, se esforzó por mantener el cuerpo en aquel limbo entre la vida y el estado de coma autoinducido.

Tropezó y rozó con la bota la garra de la bestia más cercana…

Se quedó inmóvil.

Sin embargo, fuesen cuales fuesen los demás sentidos que poseyera la criatura, el tacto no era uno de ellos y no prestó atención al roce.

Uriel dejó atrás a la criatura.

La segunda bestia alzó el vuelo cuando él ya estaba casi al final del sendero y…

Un latido…

El espectro del delirio se volvió en mitad del vuelo y lanzó un chillido ensordecedor cuando oyó el retumbante latido. Las bandadas que los sobrevolaban dejaron de dar vueltas confundidas y se dirigieron todas a una hacia él chillando triunfantes.

—¡Vámonos! —gritó Uriel.

Abandonó todo intento de mantener el sigilo y echó a correr hacia la boca de la cueva. Esquivó la primera estaca y serpenteó entre las demás para llegar a la entrada. La atravesó trastabillando y jadeando. Tomó grandes bocanadas de aire con el pecho convertido en un puro dolor mientras los corazones pasaban de estar casi parados a su ritmo normal en cuestión de pocos instantes.

Se adentró en la negrura de la cueva y cayó de rodillas mientras se esforzaba por estabilizar los órganos internos y no caer en una inconsciencia de la que sabía que no saldría.

Pasanius entró de espaldas sin dejar de disparar el lanzallamas.

Los espectros del delirio aletearon de forma frenética alrededor de la entrada mientras chillaban furiosos porque se les habían escapado las presas. Varios se lanzaron a por ellos, pero lo único que lograron fue empalarse en las estacas de hierro que protegían la entrada. Los cuerpos se agitaron de un modo espasmódico y se despedazaron ellos mismos. Los pellejos desgarrados y las estructuras de hierro rebotaron contra el risco mientras morían.

Uriel soltó un largo suspiro jadeante: sabía lo cerca que habían estado de morir.

—¿Estás bien, Pasanius? —le preguntó de forma entrecortada.

—Por poco —resolló—. Por el Trono, no quiero tener que volver a hacerlo. Sentí que me moría.

Uriel asintió y se incorporó apoyándose en las paredes de la cueva. Casi había recuperado la visión por completo, por lo que vio sin dificultad en la penumbra de la gruta. Se dio cuenta de que se encontraban en el interior de un largo túnel excavado en la roca, pero no supo adivinar por quién.

—Bueno, al menos estamos a salvo de momento —comentó.

—Yo no estaría tan seguro —contestó Pasanius al tiempo que le daba una patada a un cráneo humano partido que había en el suelo.

Los dos marines espaciales avanzaron con cuidado por el túnel. Los chillidos aullantes de los espectros del delirio fueron quedando atrás a medida que penetraban en la montaña. La visión mejorada que poseían aprovechó el escaso brillo del sibilante quemador del lanzallamas de Pasanius hasta el punto que atravesaron la tremenda oscuridad con la misma seguridad que si el lugar estuviera iluminado por globos de brillo.

—¿Quién crees que hizo este túnel? —preguntó Pasanius mientras examinaba las huellas de los cortes y taladros en la roca.

—No tengo ni idea —contestó Uriel—. Quizá fueron esclavos, o la población de este planeta antes de que el Caos se apoderara de él.

—Sigo sin poder creerme que hayamos viajado hasta tan lejos —comentó Pasanius—. ¿De verdad piensas que estamos en Medrengard? ¿De verdad estamos en el Ojo del Terror?

—Ya viste esa ciudad siniestra que se encuentra al otro lado de las montañas. ¿Dudas que uno de los primarcas caídos viva allí?

Pasanius hizo el signo del aquila sobre el pecho para alejar la maldad que simplemente suponía pensar en asuntos semejantes.

—Supongo que no. Siento la maldad como un veneno en los huesos, pero llegar hasta tan lejos… Sin duda, es imposible.

—Si de verdad estamos en el Ojo, entonces nada es imposible —contestó Uriel.

—Siempre había creído que todo lo que se contaba sobre mundos poseídos por demonios y por los Poderes Siniestros no eran más que leyendas espeluznantes, cuentos exagerados para amedrentar a la gente y que obedeciera.

—Ojalá fuera así. Creo que además de para destruir las daemonculati que el bibliotecario Tigurius discernió en su visión, nos han traído a este lugar para poner a prueba nuestra fe.

—¿Y no hemos fallado ya? —murmuró Pasanius—. Hemos hecho un trato con un demonio…

—Lo sé. He puesto en peligro nuestras almas, amigo mío, y lo siento, pero no vi otra alternativa que no fuese hacer creer al Daemonium Omphalos que le obedeceríamos.

—Entonces…, ¿no planeas entregarle ese Corazón de Sangre, sea lo que sea?

—¡Por supuesto que no! —contestó Uriel asombrado—. ¡En cuanto lo encontremos, pienso partir ese objeto repugnante en mil pedazos!

—¡Gracias sean dadas al Emperador! —gimió Pasanius.

Uriel se detuvo de repente.

—¿Pensabas que aceptaría cumplir los deseos de un demonio?

—No, pero dado el motivo por el que acabamos aquí y con lo que nos había amenazado…

—Incumplir algunas normas del Codex Astartes es una cosa, pero tener tratos con un demonio es algo muy diferente —le espetó Uriel.

—Pero hemos sido expulsados del capítulo, alejados de la luz del Emperador y lo más probable es que estemos atrapados para siempre en el Ojo del Terror. Creo que hay motivos para pensar que quizá pensaste que era una opción.

—¿De verdad? —le preguntó Uriel enfurecido—. Pues por favor, explícamelo.

Pasanius no se atrevió a mirar a los ojos a Uriel mientras hablaba.

—Bueno, parece bastante probable que ese Corazón de la Sangre sea alguna clase de artefacto demoníaco con el que el Daemonium Omphalos destruirá a alguno de sus enemigos aquí en el Ojo del Terror, así que, ¿no cumpliríamos la voluntad del Emperador si se lo robáramos a su dueño actual?

Uriel negó con la cabeza.

—No. Pensar de ese modo es una locura y es el primer paso en el camino de la traición a todo lo que defendemos como marines espaciales. Por ideas semejantes se condenan los hombres, Pasanius. Cada pequeña herejía la excusan con alguna explicación razonable hasta que sus almas quedan ennegrecidas y perdidas. Algunos dirían que, al no pertenecer a ningún capítulo, sólo nos debemos lealtad a nosotros mismos, pero tú y yo sabemos que eso no es verdad. No importa lo que sea de nosotros: en nuestro corazón siempre seremos guerreros del Emperador. Ya te lo he dicho antes, amigo mío. ¿Es que dudas de tu coraje y de tu honor?

—No, no es eso… —empezó a contestar Pasanius.

—Entonces ¿qué?

—Nada —respondió Pasanius al cabo de un momento—. Tienes razón. Siento haber pensado en algo así.

Uriel lo miró directamente a los ojos.

—¿Recuerdas lo que nos contaron sobre un antiguo filósofo de Calth que preguntaba si una estalactita que cayera en una cueva haría ruido si no había nadie para oírlo?

—Sí —contestó Pasanius asintiendo—. Jamás lo entendí.

—Yo tampoco, al menos hasta ahora. Aunque hemos sido exiliados, conservamos nuestro honor, y aunque lo más probable es que el capítulo no se entere de nuestras hazañas, continuaremos combatiendo contra los enemigos del Emperador hasta el día que muramos. ¿No es así?

—Sí —afirmó Pasanius dándole una palmada en la hombrera a Uriel—. Y por eso tú eras capitán y yo un simple sargento. Sabes decir lo adecuado en cada momento.

Uriel se rio.

—No estoy tan seguro. Me refiero a que fíjate donde estamos, a decenas de miles de años luz de Macragge y metidos en una cueva del Ojo del Terror…

—… que está llena de cadáveres —completó Pasanius.

Uriel se volvió y se dio cuenta de que Pasanius tenía razón. El túnel se había ensanchado hasta formar una caverna abovedada con paredes irregulares y unos cuantos pasadizos sombríos que salían de ella. En el centro de la cueva se veían los restos de un fuego apagado hacía ya mucho tiempo. Un débil rayo de luz procedente de una abertura en el techo por donde había salido el humo iluminaba el punto en cuestión. El suelo de la cueva estaba cubierto de esqueletos rotos y esparcidos por todo el lugar. Los huesos estaban cubiertos de polvo.

—¡Por el Trono! ¿Qué ha pasado aquí? —murmuró Uriel mientras rodeaba los restos de la hoguera y se agachaba a estudiar los restos cubiertos de harapos de uno de los esqueletos.

—Por lo que parece, los atacaron mientras estaban preparando la comida —comentó Pasanius mientras revolvía los restos de la hoguera con el brazo plateado—. Todavía quedan vasijas en el interior de la fogata.

Uriel asintió y volvió a estudiar los huesos que tenía delante de él. Se preguntó a quién habrían pertenecido y cuáles habrían sido los retorcidos y malignos designios del destino que le habían hecho morir allí de ese modo.

—Quienquiera que lo hiciera era increíblemente fuerte —comentó Uriel —. Los huesos muestran fracturas limpias.

—Sí, y a éste le han arrancado de cuajo la cabeza de los hombros.

—¿Los Guerreros de Hierro?

—No, creo que no —contestó Pasanius—. Fue un ataque enloquecido. Mira las manchas de las paredes. Es sangre, salida a chorro de alguna arteria. Quienquiera que matara a esta gente, lo hizo en pleno frenesí. Les desgarró las gargantas y despedazó a sus víctimas en cuestión de segundos. Ni siquiera tuvieron tiempo de empuñar sus armas.

Uriel cruzó el lugar para reunirse con Pasanius. Pasó por encima de unos cuantos huesos y descubrió algo metálico que estaba medio enterrado en el polvo del suelo. Se agachó para cogerlo y se dio cuenta de que era un cuchillo de manufactura simple, con una empuñadura muy ancha y una hoja larga y flexible. Se volvió para mirar los huesos tirados por todo el lugar y se percató de algo con una creciente sensación de asco.

—Los despellejaron —dijo al cabo de un momento.

—¿Qué?

—Los cuerpos —le indicó Uriel alzando el cuchillo—. Los despellejaron. Los mataron y luego los asesinos los despellejaron.

Pasanius soltó una maldición.

—¿Es que la maldad de este mundo no tiene fin?

Uriel partió la hoja del cuchillo y lanzó los trozos lejos de él. El acero repiqueteó contra la pared rocosa de la cueva. ¿Qué clase de bestia perseguiría a su presa hasta las profundidades de las montañas para atacarla de un modo tan veloz y despiadado para luego tomarse su tiempo y arrancarle la piel a la víctima? Esperaba no tener que descubrirlo, pero tenía la profunda sensación de que había bastantes posibilidades de que hubieran entrado en el territorio de aquella bestia.

—Ya no podemos hacer nada por ellos, fuesen quienes fuesen.

—No —contestó Pasanius mostrándose de acuerdo—. ¿Hacia dónde vamos?

Uriel cruzó la cueva y examinó cada uno de los pasadizos con la esperanza de encontrar alguna pista sobre el camino que debían seguir a continuación.

—Hay un rastro que sale por este pasadizo —dijo arrodillándose y examinando con más atención el pasadizo del centro—. Hay muchas huellas.

Pasanius se acercó y vio la silueta de una gigantesca pisada en el polvo.

Era imposible saber su antigüedad, pero a pesar de su tamaño, no había duda de que era una huella humana.

—¿Crees que este pasadizo lleva a la guarida de esos monstruos y que deberíamos ir por otro lado?

—No, creo que lleva a la salida de estos túneles —le contestó Uriel.

—Sabía que ibas a decir eso —comentó Pasanius con un suspiro.

Uriel y Pasanius empezaron a recorrer el túnel, que los llevó serpenteando por el interior de la montaña durante lo que les parecieron muchos kilómetros, hasta el punto de que perdieron la orientación por completo. El rastro de huellas desapareció cuando el suelo se hizo más rocoso, por lo que Uriel se dio cuenta de que estaban perdidos por completo.

Cuando ya empezaban a pensar que no volverían a ver la superficie, una perspectiva tampoco demasiado desalentadora, captó algo en el aire. Era apenas un leve movimiento, una brisa apenas perceptible sobre la piel.

Alzó una mano y le hizo un gesto a Pasanius para que se mantuviera en silencio cuando éste abrió la boca para hablar.

Notó en el mismo umbral de la audición un sonido, un leve crepitar parecido al chasquido de la estática. Le hizo falta toda su capacidad de concentración, pero siguió un recorrido serpenteante por los túneles. A veces tuvieron que retroceder sobre sus propios pasos mientras intentaban localizar el origen del sonido.

A medida que sonaba con más fuerza, el camino se hizo más evidente, y vieron una franja de cielo blanco al cabo de una hora de oír por primera vez aquel sonido.

—Jamás pensé que me sentiría agradecido de ver ese cielo de nuevo —comentó Uriel.

—Yo tampoco, pero es mejor que esta maldita oscuridad.

Uriel asintió y los dos salieron del túnel para parpadear bajo la eterna luz diurna de Medrengard. Uriel descubrió cuál era el origen de aquel sonido al asomarse por la ladera de la montaña.

—¡Por Guilliman! —exclamó Pasanius.

Muchos kilómetros más allá se alzaba una fortificación construida bajo el influjo de la demencia más absoluta y desafiando a toda lógica. Las torres aguzadas y los poderosos bastiones arañaban el cielo. La monstruosa entrada era un vacío rugiente. Las murallas eran de piedra oscura, manchada de sangre y con unas vetas de colores antinaturales que no deberían existir y que herían la retina.

Entre las torres saltaban rayos y el retumbar de grandes máquinas y engranajes resonaba como el trueno desde detrás de las murallas.

Grandes columnas de humo y fuego se alzaban allá donde los muros se veían sacudidos por explosiones. Enormes trozos de piedra negra saltaban volando por los aires arrancados de la colosal fortaleza. El lejano estruendo de la artillería bramaba y reverberaba. El resplandor de innumerables baterías de obuses y cañones de asedio desplegados sobre las rocas iluminaba la fortaleza contra la que estaban disparando.

El viento les hacía llegar el salvaje grito de guerra de miles, de decenas de miles de guerreros, era posible que incluso más, junto al olor a hierro quemado y a batalla.

Las nubes de ceniza y de humo procedentes de las piras de llamas que rodeaban la fortaleza parpadeaban y titilaban ante la furia del asedio. Uriel sintió que se le hundía el ánimo ante semejante salvajismo.

Nada podría llegar hasta la fortaleza y sobrevivir.

Pero eso era exactamente lo que ellos tenían hacer.



SEGUNDA PARTE
BAJO UN SOL NEGRO



CINCO

La ráfaga de aire a elevada temperatura que pasó a toda velocidad entre los restos de las almenas derribó a Honsou y vaporizó la mitad superior de uno de los guerreros de hierro. Se echó a rodar hacia un lado mientras las humeantes piernas sin cuerpo caían a su lado. Luego se puso en pie de un salto, inclinándose sobre los restos irregulares del muro de la fortaleza y blandiendo su poderosa hacha dentada.

—¡Vamos, Berossus, vas a tener que hacerlo mejor! —gritó.

Mucho más abajo, el estruendo metálico del gran despliegue de fuego de artillería retumbaba desde las oscuras montañas y los impactos iban reduciendo los bastiones inferiores a cenizas. Los gritos de los hombres moribundos llegaban hasta él, pero Honsou no les hizo caso. No eran nada más que esclavos y estaban demasiado malheridos para ser despellejados en los campos de carne, además de que podía disponer de muchos más como ellos.

Se limpió el polvo de la armadura mientras avanzaban más guerreros de hierro para taponar la brecha que había causado un disparo aislado en los niveles superiores de su fortaleza. Había sido un impacto afortunado que hizo que la adrenalina recorriera el cuerpo de Honsou. Había estado deseando sentir el fuego y el estruendo de la batalla una vez más desde que participara en el sitio de Hydra Cordatus. La lucha en Perdictor II tras su vuelta al Ojo del Terror había resultado deslavazada e insatisfactoria, y los guerreros del Saqueador no pudieron competir con sus fuerzas de vanguardia.

Pero ahora sus «colegas» herreros forjadores lo estaban atacando y estaba seguro de poder presentarles batalla. Una vez más lo obligaban a demostrar su temple ante aquellos que los consideraban inferiores a los perros imperiales contra los que lucharon en la Guerra Eterna. La bilis le subía hasta la garganta cuando recordaba que aunque su predecesor lo había nombrado herrero forjador, seguían sin considerarlo su igual.

—Lord Berossus es muy concienzudo cuando empieza algo —dijo Obax Zakayo con una chirriante voz cargada de estática que sacó bruscamente a Honsou de sus pensamientos—. Los bastiones inferiores pronto no serán más que polvo y huesos.

Honsou se volvió para mirar a su subordinado, un inmenso guerrero de hierro de hombros anchos con galones negros y amarillos que ribeteaban las placas de su abollada servoarmadura. En cada una de sus articulaciones resollaban unos tubos sibilantes que despedían bocanadas de vapor con cada paso que daba y de los que goteaban unos malolientes fluidos oscuros. Como Honsou, portaba una poderosa hacha de guerra, aunque también blandía un crepitante látigo de energía que se retorcía en el extremo de una garra mecánica que llevaba incorporada a la espalda.

—Si Berossus piensa que está consiguiendo algo matando a escoria como esa, entonces es incluso más estúpido de lo que imaginaba —replicó Honsou de forma despectiva mientras se limpiaba el polvo gris que cubría el visor con su brillante brazo negro implantado. Su señor anterior le había regalado el brazo mecánico después de que el fallecido castellano de Hydra Cordatus le hubiera amputado el suyo. En su día perteneció a Kortrish, un poderoso campeón de los tiempos antiguos, y constituyó una muestra patente del apoyo de su señor.

—Toda la imaginación de la que carece la suple con determinación —dijo el campeón personal de Honsou, un alto y delgado guerrero vestido con una servoarmadura tan oscura y mate que se movía como una sombra líquida. La monotonía de su voz tenía un tono fantasmal, y la cara era una masa de circuitos biorgánicos que refulgían cual fuego mercurial por debajo de la piel muerta y hacían que los ojos adquirieran un brillo apagado y plateado.

—Berossus no tiene importancia, Onyx. Va a reducir los bastiones inferiores a sus cimientos y no será capaz de hacer subir la artillería. No, a quien tenemos que vigilar con cuidado es a Toramino —replicó Honsou al tiempo que se retiraba de las almenas mientras llegaba desde abajo el ruido de nuevas explosiones y el eco de la carga de los soldados.

—De acuerdo —dijo Onyx, desenfundando sus largas garras de bronce de la carne gris de sus manos—. ¿Quiere que lo destruya?

Honsou había visto algunas de las cosas más horrorosas de la galaxia, ya que él mismo había cometido buena parte de ellas, pero incluso a él le ponía nervioso la presencia maléfica de Onyx. El guerrero de hierro, si

podía seguir llamándosele así, era una figura esquiva, y la presencia demoníaca de su interior lo convertía en un marginado incluso entre sus propios guerreros. Aunque su lado humano seguía predominando en la relación simbiótica con el demonio ligado a su carne, su presencia diabólica era inconfundible.

—No —dijo Honsou—. Todavía no. Primero voy a destrozar a estas alimañas contra los muros. No tendré ninguna dificultad para derrotar a Berossus, pero quiero que Toramino vea cómo lo derrota este mestizo y que sepa que el herrero forjador acertó cuando me nombró su sucesor. Entonces, puedes matarlo.

—Como desee —dijo Onyx, rodeado por una aura de poder vagamente perceptible.

Cuando la criatura se incorporó al servicio de Honsou, como señor de Khalan-Ghol, dijo su verdadero nombre como símbolo de lealtad, pero Honsou no pudo entender su pronunciación y se conformó con la parte que había logrado comprender: Onyx. Honsou había podido comprobar, de primera mano, cuán letal podía ser Onyx cuando la parte engendrada por la disformidad ascendía a la superficie y descargaba todo el horror de su demonio interior.

Onyx era su sombra oscura, su protector, y no podía pensar en ninguna criatura mejor para que fuera su campeón y guardaespaldas.

—Aun así, Berossus es orgulloso —señaló Obax Zakayo, haciendo un gesto en dirección hacia el borde del muro.

Honsou siguió la dirección que señalaba el guantelete de Obax Zakayo y sonrió con salvaje alegría.

Decenas de miles de soldados atravesaban el infierno humeante repleto de cráteres de los bastiones inferiores, gritando como bestias mientras masacraban a los pocos y malheridos supervivientes del bombardeo. Sus víctimas suplicaban clemencia, pero ellos no estaban dispuestos a concederla, y desencadenaron una carnicería de grandes proporciones.

Izaron en lo alto enseñas con la heráldica impía de Berossus y plantaron en la tierra sangrante estandartes sagrados que proclamaban la gloria del Caos en su aspecto más crudo y visceral. En el plazo de pocos minutos,

montaron los potros de destripamiento y los soldados que seguían con vida fueron descuartizados ante las murallas para provocar miedo a aquellos que los observaban desde lo alto.

—Es tan típico de Berossus —se mofó Honsou, sacudiendo la cabeza y observando cómo les arrancaban las entrañas del vientre a otro centenar de soldados y luego las metían en los mecanismos del tambor rotatorio.

—¿El qué? —le preguntó Obax Zakayo.

—Ni siquiera tiene el ingenio de permitir que vivan algunos de los prisioneros para mostrar una honrosa clemencia.

—He peleado con lord Forrix al lado de lord Berossus —dijo Obax Zakayo con cierta nostalgia—, y sé que no queda nada de esa naturaleza en su interior.

—Tú lo sabes y yo también lo sé, Zakayo, pero si Berossus tuviera sentido común, intentaría convencer a los soldados de Khalan-Ghol de que la tiene.

—¿Por qué?

—Porque si pudiera convencer a nuestros soldados para que creyeran que Berossus mostraría clemencia, tal vez podría pasarles por la cabeza la idea de la rendición —contestó Onyx—. Pero como ya saben que sólo una muerte horrible les espera si son atrapados vivos, lucharán con mayor ahínco todavía.

—Para penetrar en una fortaleza se necesita doblegar a los hombres que guarda dentro, no los muros que la rodean. Y para doblegar a un ejército sitiador hay que agotar a sus guerreros hasta el punto que prefieran volver sus armas contra ellos mismos antes que dar un paso adelante —dijo Honsou—. Debemos hacer que todos los soldados de Berossus sientan que están viviendo bajo la boca de uno de nuestros cañones, que no son más que carnaza para nuestras armas.

Obax Zakayo asintió mostrando que lo comprendía.

—Podemos hacerlo. Mis armas sembrarán la tierra ante las murallas con sus cuerpos hechos trizas y las cascadas de su sangre regarán las piedras.

—¡A la disformidad con eso, Zakayo, lo único que importa es que mueran! —respondió bruscamente Honsou, encantado de ver cómo volvía a

arder una vez más el rescoldo del miedo en el interior de Obax Zakayo—. O la próxima vez estarás allí abajo con la escoria. Desde que perdiste aquellos esclavos destinados a mis forjas a manos de los malditos renegados, tus promesas han sido tan inútiles como la mugre que me limpio de las botas.

—No le volveré a fallar, mi señor —prometió Obax Zakayo.

—No, no lo harás —dijo Honsou—. Sólo recuerda que Forrix ya no es tu señor; lo soy yo, y sé que eras un verdadero protegido suyo. Puede que él llegara a sentirse lo bastante hastiado como para consentir tu falta de visión, pero no creas ni por un momento que yo lo voy a hacer.

Una vez recibida la reprimenda, Obax Zakayo volvió la mirada a la carnicería que estaba teniendo lugar debajo de ellos.

—Ahora que tiene los bastiones inferiores, ¿qué hará Berossus? —preguntó.

—Enviará las máquinas demoníacas —dijo Honsou.

Como si fuese una señal, aparecieron las monstruosas siluetas de un gran número de voluminosas máquinas de guerra de patas de araña y dreadnoughts blindados marchando traqueteantes entre las nubes de humo y los restos en llamas. Las demoníacas máquinas de guerra de Berossus avanzaron con paso majestuoso sobre las ruinas de los bastiones, abriéndose camino entre los cadáveres que sembraban los campos, y comenzaron a ascender por las rocas hacia la maltrecha ladera del siguiente nivel de reductos.

—Exactamente lo que dijo que haría —dijo Onyx, mientras observaba cómo se acercaban las demoníacas máquinas.

Honsou asintió, al tiempo que escuchaba cómo resonaban en el siguiente nivel de defensas los aullidos ululantes de las terroríficas máquinas de guerra. Cientos de aquellos monstruos avanzaban chasqueando sus pinzas y arrastrando sus moles provistas de pinchos hacia los defensores situados sobre ellas. El siguiente terraplén estaba unos quinientos metros por encima de los bastiones inferiores, muchos niveles más abajo de donde observaban Honsou y sus tenientes, aunque las demoníacas máquinas no tardarían demasiado en alcanzar a sus defensores. Estos abrieron fuego contra las máquinas que escalaban hacia ellos, pero nada podía detenerlas.

La artillería situada por debajo de ellos volvió a abrir fuego con un atronador crescendo, y los primeros proyectiles explotaron sobre las rocas situadas entre los defensores y las máquinas diabólicas que escalaban la ladera. El bombardeo provocó que grandes rocas del tamaño de tanques rodaran por la inclinada pendiente, destrozando y convirtiendo a varios dreadnoughts blindados en trozos aplastados de metal. Los artilleros iban cambiando de objetivo una vez que habían determinado la distancia de tiro.

—¿Ahora? —preguntó Obax Zakayo.

Honsou negó con la cabeza.

—No, deja que los dreadnoughts blindados se acerquen primero.

Obax Zakayo asintió, al tiempo que observaba cómo llegaban las máquinas demoníacas de formas arácnidas al siguiente nivel y cómo con sus garras de pinza atrapaban y hacían pedazos a los soldados. Las máquinas de guerra aullaban mientras mataban, deleitándose en la carnicería y lanzando los cadáveres fuera de las almenas.

—Ahora —dijo Honsou.

Obax Zakayo asintió y pronunció una única palabra por la unidad de comunicaciones de su servoarmadura.

Honsou contempló con deleite cómo temblaba y se estremecía el suelo de los bastiones situado por debajo de ellos, como si se hubiera desatado un temblor de tierra. Unas enormes grietas se abrieron en los bastiones, que partieron la roca en medio de un estruendo hueco que nada tuvo que envidiar al sonido de las armas. De las grietas surgió una masa de humo y llamas al mismo tiempo que el terreno bajo toda la mitad frontal de los bastiones se combaba y fragmentaba. Un terrible crujido anunció que millones de toneladas de roca explotaban y se desprendían de un lado de Khalan-Ghol, deslizándose pesadamente por la cara de la montaña.

Miles de soldados de Khalan-Ghol fueron arrastrados entre gritos a la muerte. La avalancha de piedras alcanzó a todas y cada una de las máquinas demoníacas que se encontraban en la falda de la montaña, aplastándolas bajo la imparable marea de rocas. Cientos quedaron enterradas bajo la montaña. Sus prolongados rugidos emergían de los restos a medida que sus

ataduras místicas quedaban rotas en pedazos y los demonios de su interior eran privados de los cuerpos de hierro que los albergaban.

Honsou rio a carcajadas cuando vio que daban la vuelta para huir de la avalancha los dreadnoughts blindados y los miles de soldados, conscientes de que ya estaban condenados. La marea de roca pasó por encima de ellos, deslizándose cual lluvia torrencial por las laderas por cuya captura habían luchado y dejado la vida.

El ruido sordo de las rocas fue desvaneciéndose lentamente, así como el rugido de las armas cuando Berossus se dio cuenta de que su fuego sería inútil sin un asalto a la fortaleza.

Honsou dio la espalda a la destrucción en masa que había desencadenado.

Ahora Berossus sabría que tenía toda una batalla entre manos.

El cielo inmutable y el sol estático hacían imposible calcular el paso del tiempo, y el cronómetro interno del visor de Uriel sólo había mostrado una lectura que fluctuaba de forma constante, por lo que acabó por desconectarlo. Seguramente habían pasado varios días, pero la cantidad exacta era un misterio. Había oído que el tiempo discurría de forma diferente en el Ojo del Terror y se suponía que no debería haberse sorprendido por una ofensa como ésta a las leyes de la naturaleza.

—Por el Emperador, odio este lugar —comentó Pasanius, abriéndose camino entre un montón de hierros retorcidos que sobresalían de la roca de la montaña—. No hay nada natural en este sitio.

—No —coincidió Uriel, cansado y hambriento a pesar de los esfuerzos de su armadura por filtrar y reciclar sus secreciones convirtiéndolas en agua potable y sustancias nutritivas—. Es un páramo de muerte. No hay nada que pueda vivir aquí.

—Yo creo que hay algo vivo —dijo Pasanius, observando los oscurecidos picos que se elevaban por encima de ellos—. No estoy muy seguro de qué se trata o ni siquiera de si quiero averiguarlo.

—¿De qué estás hablando?

—¿No lo has notado? Nos observan; nos siguen.

—No —dijo Uriel, avergonzado de que su instinto para el peligro lo hubiera abandonado—. ¿Has visto algo?

Pasanius negó con la cabeza.

—Nada de lo que esté seguro. Pero sigo pensando que veo…, no sé, algo.

—¿Algo? ¿Qué clase de algo?

—No estoy seguro, es como un susurro en un rincón del ojo de la mente, algo que desaparece tan pronto como intento mirar hacia ello —dijo Pasanius misteriosamente—. Algo rojo…

—Es este sitio —dijo Uriel—. La guarida del Enemigo intentará confundir y traicionar nuestros sentidos. Debemos reafirmar nuestra fe y resistir sus trucos malignos.

Pasanius negó con la cabeza.

—No, no es nada del Enemigo, sino algo que vive aquí. Creo que es lo que mató a esa gente en la cueva.

—Fuera lo que fuera lo que mató y despellejó a esas personas, era algo maligno y un enemigo de todo ser viviente. Deja que venga, sea lo que sea, todo lo que va a encontrar será la muerte.

—Cierto —asintió Pasanius mientras subía a lo alto—. Muerte.

La fortaleza sitiada no estaba ya a la vista, y el camino de los túneles los adentraba en los barrancos y grietas de las montañas. El cielo blanco caía a plomo sobre ellos, más inclemente que el sol más intenso, y Uriel, de forma deliberada, desviaba los ojos de su plana vacuidad. En una ocasión vio fugazmente las cosas rojas que Pasanius creía que los estaban siguiendo, pero se resistían a todos sus intentos para verlas de forma adecuada. Al final acabó rindiéndose, y se limitó a concentrarse en poner un pie tras otro.

La dura pizarra de la ladera de la montaña rechinaba bajo sus botas. De vez en cuando se encontraban con conductos de ventilación provistos de rejillas que atravesaban la roca y que despedían un vapor caliente que sabía a metal batido. Los conductos se perdían en las profundidades de la montaña, en una oscuridad impenetrable, incluso para la visión mejorada de un marine espacial.

Uriel vio columnas de humo arremolinándose en el aire cientos de metros por encima de ellos y miles de sólidas chimeneas que jalonaban la cordillera cual grandes columnas y que escupían gases corrosivos a la atmósfera. A pesar de todos los desechos que se lanzaban a la atmósfera, el cielo muerto, vacío y opresivo, estaba siempre sobre sus cabezas.

Por encima de las cimas de las montañas que tenían ante ellos se veía lo que parecían dirigibles hinchados, meciéndose en el aire en algún lugar más allá sobre las montañas. Unos cables largos colgaban de sus panzas, pero si simplemente los anclaban al terreno o si actuaban como alguna forma de globos de barrera, eso era algo que Uriel no podía distinguir. ¿Tal vez estaban diseñados para alejar a los espectros del delirio de alguna instalación que no podían ver?

Según avanzaban en su cansina caminata por el aire maloliente de las montañas, los dos marines espaciales pasaron por el corte de una cantera, donde había quedado al aire el lateral de una de aquellas chimeneas ciclópeas. Unas manchas marrones y rojizas chorreaban de las juntas de los inmensos bloques curvos que componían la chimenea, y la piedra irradiaba un monstruoso calor en ondas intermitentes.

—¿Adonde crees que va? —dijo Uriel.

—No lo sé. Tal vez haya algún tipo de fábrica debajo de las montañas.

Uriel asintió, preguntándose qué diabólica línea de producción estaba en funcionamiento debajo de sus pies. ¿Estaban muriendo allí hombres y mujeres en ese momento para fabricar armas, armaduras y material para las aterradoras legiones del Caos? Le exasperaba no poder hacer nada para impedir algo tan abominable, pero ¿qué podían hacer? La misión sagrada del juramento de muerte que les había encomendado Marneus Calgar tenía prioridad sobre cualquier otro asunto. Las demoníacas criaturas matriz…, aquellas daemonculati, estaban en la fortaleza sitiada que habían visto cuando salían de la oscuridad de los túneles situados debajo de las montañas, y nada se iba a interponer en el camino de Uriel hasta alcanzar ese maldito lugar.

Siguieron con su avance. Uriel y Pasanius subieron a una irregular cresta en forma de dientes de sierra, cuyas laderas escarpadas y estriadas

parecía que habían sido cinceladas por la gigantesca pala de un excavadora. Una ennegrecida depresión de piedras y hierros desmenuzados, de miles de metros de diámetro, caía en declive hacia el otro lado, jalonada por grandes restos de columnas de hierro y vigas retorcidas que sobresalían de la montaña cual dedos de una garra. La depresión parecía ser un círculo perfecto, aunque era difícil saberlo debido a los granos de arena y limaduras de hierro que llenaban el aire y azotaban el valle circular formando unos malignos y estremecedores torbellinos. Tan sólo era visible una estrecha franja de cielo blanco en el extremo lejano de la cuenca, pero toda la atención de Uriel estaba centrada en la vista que llenaba el centro de esa depresión.

—En el nombre del Emperador… —susurró Uriel con un gesto de repugnancia.

Una gran plataforma con suelo de rejilla ocupaba el centro de la depresión. Varias capas superpuestas de polvo recubrían toda la superficie, y unos regueros gelatinosos de grasa y visceras saturaban y goteaban del suelo perforado. Unos postes altos sobresalían de la plataforma, mantenidos en pie por unos cables de acero que silbaban cuando el viento soplaba a través de ellos. Enganchados a los postes se podían ver unas velas de piel humana ondeando al aire, estiradas sobre unos marcos de madera que servían para que las partículas abrasivas que transportaba el aire las despojaran de los restos de sus anteriores dueños.

Unas monstruosas criaturas, cubiertas con máscaras de goma vulcanizada provistas de órbitas de redondas de cristal y tubos acanalados que acababan en los tanques que transportaban en sus espaldas, raspaban las tensas pieles con unas largas astas rematadas por cuchillas. Iban tambaleándose por toda la plataforma con un paso irregular y dificultoso y dándose ahogadas órdenes monocordes.

—¿Qué están haciendo? —dijo Pasanius, horrorizado por la visión que tenía ante sí.

—Parece que están curtiendo las pieles, raspándolas hasta que estén limpias —dijo Uriel.

—Pero ¿las pieles de qué? —dijo Pasanius—. No pueden ser humanas, son demasiado grandes.

—No me importa de qué son —replicó secamente Uriel, comenzando a bajar por la peligrosa pendiente hacia la plataforma y desenvainado su espada de empuñadura dorada—. Vamos a acabar con esto ahora mismo.

Pasanius salió después de Uriel, preparándose para accionar el lanzallamas y comprobando el nivel del combustible.

Si las criaturas mutantes eran conscientes de su aproximación no lo demostraban. Los aullidos del viento y el estruendo de la distante artillería enmascaraban el ruido que hacían al acercarse. Pero toda la atención de la que carecían la suplían con una profunda diligencia, rascando una y otra vez las pieles ondulantes con sus astas terminadas en cuchillas para quitar de ellas todo lo que iban depositando los vientos que azotaban la zona. Uriel vio una escalera de peldaños de piedra tallada en la roca que conducía a la plataforma y los bajó de dos en dos mientras su ira iba aumentando.

El primero de los mutantes murió con un grito ahogado por la punta de la espada de Uriel; el segundo cayó sin emitir un sonido cuando Uriel le cortó la cabeza de un solo tajo. Una vez que se percataron de los asesinos que se encontraban entre ellos, los demás se desperdigaron aterrorizados. Una lengua de fuego incineró a otros de los mutantes, que gritaban de dolor cuando sus trajes de goma se fundían con la carne corrupta.

La carnicería concluyó en cuestión de segundos, no suponiendo los retorcidos mutantes un obstáculo para el poder y la furia del Adeptus Astartes. La mayor parte se dio la vuelta para huir, pero no había sitio alguno donde poder esconderse de la ira de Uriel. Una vez que abatió con su espada la última criatura mutante, Uriel respiró profundamente, sintiendo un profundo placer ante la carnicería que habían provocado entre aquellas miserables criaturas. Cualquiera que fuera la desviación que hubieran tenido en vida esas bestias, ahora no eran nada más que carne muerta.

Se volvió cuando Pasanius le llamó la atención sobre algo.

—Uriel, mira… —Señalaba a la más cercana de las pieles.

Uriel sintió que el corazón se le encogía en el pecho cuando vio los rasgos de un hombre en la parte superior del gran lienzo de piel. Estaba

estirada hasta casi hacerlos irreconocibles, pero aun así era un hombre.

—Santa sangre. Pero ¿cómo puede un hombre hacerse tan grande? —dijo Pasanius.

Uriel negó con la cabeza.

—No mediante procedimientos naturales.

—Pero ¿cómo?

—Los métodos del Enemigo son desconocidos —dijo Uriel—. Es mejor que permanezcan así.

—¿Qué vamos a hacer?

Uriel se dio la vuelta para ver las filas de caras en las pieles que rodeaban la plataforma, rasgos fláccidos y muertos de hombres y mujeres que lo miraban fijamente, como si él fuera el protagonista en la sala de operaciones.

—Quémalas —dijo—. Quémalas todas.



SEIS

Con el olor a carne quemada todavía presente, Uriel y Pasanius abandonaron la depresión de la roca, dejando que los restos ardieran lentamente bajo el viento abrasivo. Revitalizados y dotados de una nueva determinación a causa de las muertes de las cosas mutantes, sus pasos eran rápidos y llenos de energía, pero para cuando quisieron pasar a través de la estrecha franja de la cara de la roca y comenzar a subir los gastados escalones esculpidos en la roca, el gran peso del mundo demoníaco cayó encima de ellos una vez más.

Uriel echó un vistazo atrás, hacia las pieles en llamas, sintiendo cómo ardía con la misma fuerza su odio hacia lo que se le había hecho a esas personas. Sabía que la imagen de los rasgos del hombre despellejado lo perseguiría siempre, y le recordaba el horror de la escultura de carne creada por el abominable cirujano alienígena bajo la mansión de Kasimir de Vahos, en Pavonis.

Sólo por estar allí se sentía contaminado, como si su propia alma se estuviera endureciendo o se le estuviera escurriendo del cuerpo para alimentar la roca muerta que tenía bajo los pies, e iba dejando de ser él mismo. El vacío de Medrengard lo estaba dejando hueco, una cáscara de su previo yo.

—¿Qué quedará —susurró— cuando este mundo me quite lo que queda de mí?

Vio que Pasanius se sentía igual. Tenía las mejillas hundidas y los ojos vidriosos mientras subía con pesadez la serpenteante escalera. En ese mismo momento, mientras lo estaba observando, Pasanius tropezó y alargó el brazo plateado para detener la caída, aunque en el último segundo lo apartó y cayó sobre las rodillas.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Uriel.

—Sí —asintió Pasanius—. Es sólo que es difícil mantenerse atento sin un enemigo con quien luchar.

—No temas, amigo mío —dijo Uriel—. Cuando lleguemos a esa fortaleza, estoy seguro de que tendremos enemigos de sobra. Si es verdad lo que nos ha contado el Daemonium Omphalos, nos vamos a hartar de ellos.

—¿Crees que un demonio del Señor de los Cráneos es capaz de decir la verdad?

—No lo sé con certeza —contestó Uriel con total sinceridad—, pero creo que los demonios sólo encubren con mentiras lo que creen necesario, envolviendo los ápices de verdad con velos de engaños. Parte de lo que nos ha dicho es verdad, estoy seguro, pero ¿qué parte?… bueno, ¿quién sabe?

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Pasanius, caminado pesadamente tras Uriel.

—Lo que podamos, amigo mío —dijo este—. Actuaremos con coraje y honor y esperemos que eso sea suficiente.

—Tendrá que serlo —dijo Pasanius—. Es todo lo que nos queda.

La caminata a través de las montañas no parecía acabarse nunca y, el recorrido a través de la oscura desolación rocosa estaba minando sus espíritus a cada paso que daban. Vieron más conductos de ventilación cerrados por parrillas y el hedor ácido de las grandes chimeneas era su constante compañero mientras se acercaban a la cima de un nuevo peñasco rocoso.

Cuanto más avanzaban, más signos de muerte encontraban. Los huesos blanqueados estaban desperdigados por todas partes, pero Uriel no podía imaginarse cómo habían llegado a ese sitio. No quedaba ni una hebra de carne en los huesos, pero era imposible afirmar si habían sido limpiados por las alimañas o si los habían hervido para quitarles la carne. Las nubes tóxicas de humo y niebla mezcladas con cenizas abrazaban el suelo; venenosas y contaminadas, acechaban en las grietas de las rocas como depredadores soltando hilillos retorcidos de niebla meciéndose en el aire como algas en el mar.

Uriel se quitó un momento el casco para toser y expulsar una bocanada de flemas ligeramente saladas, de consistencia densa y fibrosa. Su metabolismo mejorado le permitía sobrevivir a esas sustancia contaminantes en el aire, pero no conseguía hacerlas menos desagradables.

Se habían visto obligados a atravesar varias veces los ríos sibilantes de metal fundido que fluían a lo largo de grandes canales basálticos que conducían a las fundiciones y forjas situadas en las llanuras que había más

abajo. El calor de las montañas iba en aumento y los conductos de ventilación y las grietas de la roca escupían grandes géiseres de vapor abrasador y cenizas ardientes. Si no fuera por su bendita servoarmadura y por su fisiología modificada por ingeniería biológica, ni Uriel ni Pasanius podrían haber sobrevivido al viaje.

Una vez más Uriel creyó haber visto las cosas rojizas que Pasanius pensaba que los estaban siguiendo, pero siempre desaparecían entre las rocas y permanecían invisibles. Varias bandadas de espectros del delirio daban vueltas muy por encima de ellos, y Uriel sospechaba que el calor de los ríos de metal ardiente como lava y las columnas de agua hirviendo que salían a borbotones los mantenían lejos de ellos.

De repente, un chorro de agua hirviendo salió de una grieta del terreno cuando pasaba a su lado. El vapor se arremolinó a su alrededor, cegándolo, y dio unos pasos vacilantes mientras repiqueteaba en torno suyo una lluvia de objetos que caían desde algún sitio por encima de él. Comenzó a toser y a resoplar, sintiendo que el calor le abrasaba el esófago. Se limpió la humedad del visor y observó cómo caía una lluvia de huesos sobre la montaña, expulsados por los géiseres desde algún lugar en las profundidades de la tierra.

—Bueno, al menos ya sabemos de dónde proceden los huesos —dijo Pasanius.

Los extraños objetos que había visto Pasanius en el cielo antes de que descubrieran la plataforma donde curtían las pieles volvieron a aparecer cuando se acercaban a la cima, unos hinchados objetos similares a globos, de textura similar al cuero y de los que colgaban unos cables que oscilaban en el aire sobre algo que estaba más allá de la cresta de roca negra. Ahora que estaban más cerca, Uriel vio que su suposición inicial de que eran algún tipo de globos de barrera parecía ser correcta. Docenas de ellos flotaban en el aire. Su superficie era un tapiz de retales diferentes y, después de lo que habían visto hasta entonces en Medrengard, Uriel no quería pensar demasiado sobre la procedencia de esos retales.

El ruido del asedio ya no era tan distante, y el estruendo de la artillería se iba acercando a cada paso que daban.

—Quienquiera que esté intentando tomar esa fortaleza parece decidido a ello para mantener un gasto tan increíble de artillería —dijo Uriel mientras se subía a otro bloque de roca cortado a pico. Las rocas de Medrengard, cortantes como cuchillas, les rasgaban los guanteletes, maltrechos y llenos de marcas, cada vez que se agarraban a ellas.

Pasanius asintió con la cabeza, respirando con dificultad mientras ascendía para unirse a Uriel. El enorme sargento se quitó el casco y se sacó de la boca el sabor de aquel mundo de un escupitajo.

—Sí, no creo que seamos los únicos interesados en ese Corazón de Sangre.

—¿Crees que es eso lo que busca el que los está sitiando?

—No lo sé, pero eso desde luego lo explicaría. Como tú mismo has dicho, quien quiera que sea parece decidido a hacerlo.

—Las fuerzas de los Poderes Siniestros se enfrentan en combate unas contra otras por pura diversión. No significa nada necesariamente.

—Cierto, pero todo lo que he aprendido sobre los Guerreros de Hierro del bibliotecario Tigurius me lleva a pensar que los consume la amargura y la maldad, no que se entreguen a caprichosos antojos. Quienquiera que esté atacando esa fortaleza lo está haciendo por algo más que por pura diversión.

—Tal vez tengas razón —asintió Uriel—. Vamos. Sólo hay una manera de averiguarlo. La cima está cerca.

Volvieron a ponerse en marcha y coronaron la cima después de no más de una hora de escalada a través de nubes de vapor maloliente mecidas por el viento e incluso de más pilas de huesos. Uriel esperaba que el terreno tuviese una fuerte pendiente al otro lado, descendiendo hasta la llanura que había más abajo, pero en vez de ello el terreno se extendía plano formando una meseta cubierta por escombros, rocas irregulares y puntiagudas y serpenteantes grietas que despedían una niebla amarillenta. Uno de los globos hinchados estaba prácticamente encima de ellos y Uriel podía ver ahora que los cables que colgaban de él estaban llenos de púas y que tenían el grosor del muslo de un hombre. Sus movimientos oscilantes dibujaban grandes surcos en el polvo gris del suelo.

—Escucha —dijo Uriel, agachándose para apoyarse en una rodilla.

Pasanius se quedó en silencio e inclinó la cabeza escuchando lo que Uriel había oído.

Entre el estruendo grave del fuego de artillería y el martilleo de las distantes forjas se distinguía un sonido mecánico e intermitente, como el que pudiera emitir un grupo de generadores. Aunque era difícil localizar su procedencia entre el omnipresente ruido de fondo de Medrengard, Uriel estaba seguro de que procedía de algún sitio cercano ante ellos.

—¿Qué crees que es? —preguntó.

—¿Serán motores? —sugirió Pasanius.

—Puede —asintió Uriel.

—Tal vez algo que podamos robar.

—Eso estaba pensando —sonrió Uriel, poniéndose en pie y moviéndose cautelosamente entre las ondulantes nubes de niebla maloliente al tiempo que abrazaba los altos pilares de roca. El ruido se iba haciendo más intenso a medida que se acercaban, y cuando las masas de niebla se fueron aclarando, Uriel vio la fuente.

Un extenso complejo de edificios de metal corrugado ocupaba la meseta, rodeado por una alta valla de alambre de espino rematado por bosques de púas de hierro. Varios cuerpos colgaban de unas gruesas maderas a lo largo de la valla. Tenían la carne reseca y las extremidades retorcidas formando ángulos nada naturales alrededor de los soportes. De un edificio de ladrillo negro cercano al centro del campamento ascendían columnas de humo ceniciento, y un quedo gemido impregnaba el aire. Un sedimento grasiento recubría las rocas, y Uriel notó un horrible hedor a carne podrida.

—Este lugar apesta a muerte —susurró.

En el centro del campamento se elevaba al cielo una alta torre blindada, de la que sobresalían unas gruesas vigas de hierro y unos fuertes cables que soportaban una monstruosa construcción que recordaba la cabeza de una especie de gigantesca criatura demoníaca. De los ojos y narices brotaba fuego y la boca abierta estaba erizada de largos cañones. Dos búnkers de tejados inclinados y circundados por hierros aguzados guardaban la entrada al campamento. Uriel distinguió el brillo de armas pesadas a través de las

troneras, y sabía que tendrían que atravesar los campos de fuego entrecruzado de ambos búnkers para aproximarse a ese campamento de exterminio.

Uriel vio guerreros vestidos con una armadura grisácea patrullando el interior del campamento más allá de la barrera de alambre de espino y sintió cómo afloraba a la superficie su odio instintivo.

—¡Guerreros de Hierro! —dijo en voz baja Pasanius.

—Guerreros de Hierro —repitió Uriel, agarrando con mano firme la empuñadura de su espada.

Traidores. Abominaciones. Marines espaciales del caos… ¿Habría un enemigo tan vil como ese?

Aquellos guerreros buscaban la destrucción de todo aquello en lo que creía Uriel y el fin del dominio del Emperador. Toda su alma clamaba venganza.

—¿Qué será este sitio? —preguntó Pasanius justo cuando rechinaron hasta abrirse las puertas correderas de uno de los almacenes y emergió un grupo de las desgarbadas cosas mutantes que habían matado anteriormente. Detrás de ellas venía un lastimoso grupo de hombres que caminaban arrastrando los pies, con las cabezas gachas y que iban envueltos en ropas anchas del color de la carne.

—¿Será una especie de prisión? —aventuró Uriel, mientras los mutantes conducían a los prisioneros como si fueran ganado hacia las puertas del campamento. ¿Estarían todos los edificios llenos de prisioneros? La gran cabeza demoníaca de la torre giró sobre sus chirriantes engranajes para quedar frente a la columna de cientos de personas al mismo tiempo que sus ojos escupían grandes llamaradas. El rugido de una voz retumbó en su boca, hablando un idioma que Uriel no comprendió, pero que hizo que un espasmo le recorriera los músculos y las articulaciones, como si el sonido resonara en el interior de los recovecos más oscuros de su cerebro.

Los prisioneros marchaban a través del campamento recibiendo las descargas de las cortas picas eléctricas y los golpes de las porras con puntas de hierro. Los guerreros de hierro iban delante de la columna, con sus terriblemente modificados bólters cruzados sobre los petos de las

armaduras. Cuando ya estaban cerca, la puerta chirrió al abrirse y los cadáveres que colgaban de ella oscilaron en una grotesca imitación de la vida.

—¿Adonde los llevan? —se preguntó Uriel.

—Oh, Emperador, no —susurró Pasanius—. Los llevan…

—A despellejarlos vivos —terminó la frase Uriel cuando vio que los prisioneros no estaban vestidos ni mucho menos con ropas anchas, sino que estaban completamente desnudos. La carne les colgaba en grandes faldones, distendidos más allá de unas proporciones normales por medios desconocidos. Unos enormes pliegues les colgaban de los demacrados brazos, pechos, piernas y glúteos. Los hombres y mujeres sujetaban con fuerza contra sus cuerpos aquellos pliegues y pliegues de piel estirada por miedo a tropezar con ellos. Los vientres fláccidos y los pechos escurridos colgaban como sacos vacíos de cuero seco de sus consumidos armazones.

—Los llevan a la plataforma de despellejamiento. No, no… —dijo Uriel —. Pero ¿por qué?

—¿Importa eso? —lo interrumpió Pasanius, agarrando con fuerza el lanzallamas y acariciando el botón de encendido con su dedo plateado—. ¡No podemos dejar sin castigo este horror!

Uriel asintió, sintiendo que su odio por los Guerreros de Hierro adquiría nuevas cotas, pero se obligó a recuperar la calma. Atacar esa columna sería un suicidio, ya que estaban justo enfrente de los búnkers y la torre armada, sin mencionar los tres guerreros de hierro.

¿Dejarían pasar una afrenta contra la humanidad como aquella? ¿Permitirían que esos traidores masacraran a aquella gente como si fueran animales?

Pasanius estaba en lo cierto, no se podía permitir.

Podía ver una justificada ira en los ojos de Pasanius, pero también algo más, algo más oscuro. Uriel vio la luz de un fanático en los ojos de su hermano de batalla, la luz de alguien que entra en batalla con un ansia de muerte, donde la supervivencia es algo irrelevante.

¿Había algo más en el deseo de lucha de Pasanius que las razones humanitarias más obvias?

A Uriel le parecía que sí, pero era una pregunta que debería plantearse cuando hubieran pasado, si sobrevivían, los próximos minutos.

Desenvainó la espada y acarició con el pulgar la runa de activación.

Agarró a Pasanius por la hombrera para hablarle con franqueza.

—Si no sobrevivimos, ha sido un honor tenerte como amigo.

Pasanius asintió sin contestar. Su mirada permanecía fija en la columna de esclavos, mutantes y guerreros de hierro que se estaba acercando a ellos.

De repente, entrecerró los ojos y señaló con la cabeza por encima del hombro de Uriel.

—Pero ¡en nombre del Emperador…!

Uriel se volvió y vio varias figuras moviéndose sigilosamente entre los altos peñascos que rodeaban el campamento.

—¿Son ésas las cosas que nos han estado siguiendo a través de las montañas?

—No —dijo Pasanius—. Creo que no. Parecen…

—¡Marines espaciales! —dijo en voz baja Uriel cuando vio a dos figuras vestidas con servoarmadura verde aparecer tras un grupo de grandes piedras y apuntar con sus lanzacohetes al campamento. Los guerreros de hierro que tenían debajo no habían advertido a las figuras que se movían sobre ellos, y Uriel se dio cuenta con gran entusiasmo de que con toda seguridad iban a ser testigos de una emboscada.

Las armas de los marines espaciales dispararon un par de cohetes que alcanzaron el bunker situado más a la izquierda, estrellándose contra el rococemento y oscureciéndolo en una brillante explosión de fuego y humo. Otras dos estelas relampagueantes golpearon el otro bunker desde algún lugar por encima de Uriel y Pasanius y el segundo búnker se esfumó en mitad de una terrible explosión.

Los prisioneros chillaban y los guerreros de hierro gritaban órdenes a los guardianes mutantes. Más guerreros vestidos con servoarmadura salieron de su escondite ahora que la trampa había causado su efecto sorpresa. Los proyectiles bólter trazaban un sendero explosivo entre los prisioneros, cuyos gritos y sangre llenaban la noche cuando morían. Varios

cohetes más salieron disparados y explotaron contra los búnkers. Uriel oyó el ruido de los muros de piedra viniéndose abajo por efecto del ataque.

—¡Vamos! —gritó Uriel, activando la espada y saliendo de su posición lucia la aterrorizada columna de prisioneros. Pasanius estuvo presto para seguirlo, acompañado de su arma en cuyo extremo prendió una llama azul.

Uriel vio a un guerrero de hierro golpeando a un prisionero con la culata del arma y dirigió su carga hacia él. El guerrero era bastante más alto que Uriel y su armadura estaba claveteada y pintarrajeada con símbolos impíos.

Un par de cuernos retorcidos sobresalían de su casco, y blandía una brutal espada de impresionantes dientes de sierra. Se dio la vuelta cuando oyó la carga salvaje de Uriel y alzó el arma, pero era demasiado tarde. Uriel atravesó el peto de la armadura del guerrero de hierro con su espada provocando la aparición de un chorro de sangre negra y un grito de dolor de su enemigo.

Pasanius roció con una lámina de fuego a un segundo guerrero de hierro, uno que tenía unas chasqueantes garras mecánicas en lugar de manos, provocando una explosión que diezmó el grupo de prisioneros cuando detonó el tanque lleno de combustible que llevaba a la espalda el marine del Caos.

Uriel oyó el rugido del fuego de bólters desde lo alto y distinguió a muchos guerreros vestidos con servoarmaduras de diferentes colores abriendo fuego desde sus escondites. Se inclinó hacia un lado para evitar el tosco arco descrito por la espada del guerrero de hierro que pretendía descabezarle y lanzó una estocada contra el flanco del enemigo, abriéndole una brecha de la anchura de una mano en la armadura. Más cohetes atravesaron el aire desde las alturas y estallaron contra la imponente cabeza de demonio inclinándola hacia atrás. Los gruesos cables se partieron y restallaron alrededor mientras la torre demoníaca rugía.

Su boca escupió una lluvia de proyectiles de gran calibre que abrieron grandes boquetes en la tierra, alcanzando a amigos y enemigos por igual. Los mutantes vestidos con los trajes monopieza vulcanizados hicieron volver a empujones y golpes a los prisioneros al campamento, provocando lastimeros gritos y abriendo heridas en los cuerpos de los desdichados.

El guerrero de hierro rugió loco de ira, dando un paso hacia adelante para estrellar su puño contra el pecho de Uriel. Su fuerza era extraordinaria, incluso para alguien modificado genéticamente para aumentar su fortaleza. Uriel fue arrojado hacia atrás, resbalando entre las cenizas mientras su atacante levantaba la espada con las dos manos para asestar el golpe final. Sacó la pistola e hizo dos disparos que rebotaron en la armadura del guerrero de hierro.

—¡Ahora muere, renegado! —aulló el traidor.

Uriel echó a rodar hacia un lado al tiempo que la espada silbaba hasta clavarse en el suelo y le dio una patada al guerrero de hierro en la rótula. Lanzó un grito al golpear, poniendo toda su fuerza en el golpe, y sintió cómo se astillaba la armadura del enemigo y cómo se hacía trizas en mil fragmentos su rodilla. El guerrero de hierro aulló de dolor y cayó al suelo. Uriel no le dio la oportunidad de recuperarse y se echó encima de él, clavando limpiamente la espada en el pecho del guerrero de hierro.

El guerrero lo agarró por el cuello y lanzó una ahogada risa, una risa áspera y gutural de muerte. Uriel sintió la inmensa fuerza de sus manos. Giró la hoja y se salpicó las manos con la sangre que salía de la herida al aumentarle el tamaño. El guerrero de hierro lo agarró con más fuerza del cuello y Uriel oyó como saltaba y se partía una juntura de la gorguera cuando su enemigo moribundo intentó ahogarlo. Uriel lanzó el puño contra un lado del casco del guerrero una y otra vez, golpeando su cráneo con saña hasta que finalmente le soltó el cuello.

Uriel se incorporó tambaleándose del cadáver del marine del Caos y con templó la entrada de los marines espaciales a través de la vía abierta en la valla de alambre de espino. Los búnkers eran ruinas humeantes y su interior parecía el de un matadero. Las armas de la torre demoníaca abrieron fuego, alcanzando de lleno a las filas de marines espaciales. Algunos cayeron, pero la mayoría se levantaron para agacharse y esconderse en el mejor sitio que pudieron encontrar. Los mutantes huían ante la ira de los atacantes, pero fueron abatidos sin piedad, acuchillados hasta morir con las espadas o golpeados hasta morir también con los guanteletes de las armaduras.

El fuego procedente de la torre estaba castigando a los atacantes, y cuando con su feroz mirada recorrió la meseta, Uriel tuvo la enfermiza sensación de que lo había visto, lo había visto y lo había reconocido…

Mientras contemplaba la escena, vio a un guerrero vestido con una servoarmadura negra como la noche saltar desde un saliente de roca hasta un lateral del campamento. Un fuego abrasador se encendió en su espalda y Uriel vio que el guerrero llevaba un retrorreactor. El fuego y las llamas que aparecieron en las aberturas de ventilación lo impulsaron en el aire para aterrizar sobre la cabeza de la torre demoníaca. Sus ojos estallaron en llamas y la torre se estremeció violentamente, pero era imposible saber si eso era en respuesta al aterrizaje del marine espacial sobre él o si era la propia furia del demonio.

El guerrero golpeó la cabeza demoníaca con las cuchillas relámpago que había desenfundado, produciendo arcos de energía azul. Luego se balanceó sobre una mano y sujetó algo al lateral de la cabeza. La torre se estremeció violentamente, como si estuviera intentando desalojar al atacante, pero el guerrero de armadura oscura clavó sus cuchillas relámpago en la cabeza del demonio y se mantuvo firme. Dio un giro alrededor de la torre cortando los gruesos cables que la mantenían en su sitio antes de empujarse con los pies y salir disparado. Sus retrorreactores se encendieron justo cuando detonó la carga de fusión que había colocado sobre la cabeza del demonio, y salió despedido por la onda expansiva de una explosión que hizo desaparecer la parte superior de la torre en una nube de energía incandescente.

La torre se balanceó con un gran estruendo, y los cables que quedaban vibraron intensamente al ponerse tensos antes de romperse con el estallido de un disparo. La torre se vino abajo majestuosamente, estrellándose contra el tejado de metal corrugado del almacén que estaba más próximo y enviando al aire columnas de polvo y humo.

Se oyeron disparos de forma esporádica procedentes del campamento mientras los últimos trabajadores mutantes eran acorralados y abatidos. Uriel respiró profundamente cuando vio que la batalla había acabado.

Sacó la espada del pecho del cuerpo que tenía ante él. Mirando alrededor, vio a un guerrero de hierro arrodillado. La sangre le brotaba del peto de la armadura mientras Pasanius lo acuchillaba con su propio cuchillo de sierra. Ambos brazos le habían sido amputados y le habían sacado las tripas, que yacían sobre la tierra oscura.

La lucha había acabado para el guerrero de hierro, pero Pasanius seguía vengándose en él. Un grupo de marines espaciales habían rodeado al último guerrero de hierro y le disparaban hasta matarlo sin piedad alguna. Los proyectiles de bólter penetraban en la armadura desgarrada y explotaban en el interior de su cuerpo.

Sólo entonces, con la batalla acabada, Uriel prestó atención a la armadura de los marines espaciales con quienes acababa de luchar. No más de dos o tres tenían colores o diseños semejantes, y todas mostraban el testimonio de muchas duras peleas, con antiguas cicatrices de batalla reparadas de forma precipitada e imperfecta con burdos injertos y rellenos. Casi todos lucían un símbolo diferente de capítulo en las hombreras y muchos llevaban pintada una irregular cruz roja.

Los esclavos estaban acuclillados sobre sus pliegues de carne o se sostenían unos a otros compartiendo su mísera suerte. Uriel fue corriendo hasta Pasanius, ya que éste continuaba descuartizando al guerrero de hierro caído.

—¡Pasanius! —gritó Uriel.

Agarró el brazo de Pasanius, que se preparaba para asestar otro golpe.

—¡Pasanius, está muerto!

Este volvió la cabeza con brusquedad. Los ojos le ardían de furia. Durante un breve momento Uriel temió que algo horrible hubiera poseído a su amigo, pero entonces la luz asesina desapareció. Dejó caer el arma del guerrero de hierro y soltó una profunda y estremecida exhalación. El sargento cayó de rodillas, con la cara pálida ante la furia que había desatado.

—La ira de tu camarada le da más mérito —dijo una voz detrás de Uriel.

El ultramarine se dio la vuelta para ver al guerrero de negro que había destruido la torre. Su armadura no tenía el brillo reluciente que era usual entre las servoarmaduras de los marines espaciales, ya que estaba marcada con melladuras, cicatrices y remiendos. De los hombros le salían vapores a alta temperatura procedentes de las toberas del retrorreactor, y le habían pintado una cruz roja irregular encima de un símbolo blanco, un pájaro de presa de algún tipo. El casco lucía un símbolo similar en el visor.

—Parecéis expertos matando guerreros de hierro —dijo.

Uriel estudió con precaución al marine espacial antes de contestar, y observó cierta jactancia, lindando con la arrogancia, en sus gestos.

—Soy Uriel Ventris de los Ultramarines, y éste es Pasanius Lysane. ¿Tú quién eres?

El guerrero envainó las cuchillas relámpago en los guanteletes y alzó la mano para soltar los sellos de vacío de la gorguera. Se quitó el casco y respiró con fuerza el aire rancio de Medrengard antes de contestar.

—Mi nombre es Ardaric Vaanes y estuve en el capítulo de la Guardia del Cuervo —dijo, pasándose la mano por el cabello.

El pelo de Vaanes era largo y oscuro, recogido en una prieta cola de caballo, y sus rasgos eran angulosos y pálidos, con unos profundos ojos de color violeta de párpados caídos. Tenía las mejillas surcadas por cicatrices y lucía un trío de marcas redondas en la frente encima del ojo izquierdo, donde parecía que le habían quitado unas tachuelas que había llevado durante mucho tiempo.

—¿Estuviste? —preguntó Uriel cautelosamente.

—Sí, estuve —respondió Vaanes, dando un paso adelante y ofreciéndole la mano a Uriel.

El ultramarine miró la mano que le ofrecía.

—Eres un renegado.

Vaanes mantuvo la mano durante un instante antes de aceptar que Uriel no iba a darle la suya y dejarla caer a un lado. Asintió con la cabeza.

—Algunos nos llaman eso, sí.

Los tres marines espaciales se quedaron mirándose unos a otros en silencio durante unos largos segundos antes de que Vaanes se encogiera de

hombros y se marchara en dirección al campamento destruido.

—Espera —dijo Uriel, dándose la vuelta y siguiendo al renegado—. No lo entiendo. ¿Cómo es que estás aquí?

—Uriel Ventris, es una historia muy larga —contestó Vaanes, mientras atravesaban la puerta del campamento en llamas—. Pero tenemos que destruir este lugar y marcharnos cuanto antes. Los sinpiel están cerca y el olor a muerte los atraerá rápidamente.

—¿Y qué va a pasar con toda esta gente? —preguntó Pasanius, abarcando con el brazo a los prisioneros que estaban llorando fuera del campamento.

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo vamos a sacarlos a todos de aquí?

—No lo vamos a hacer —le contestó Vaanes.

—¿No lo vais a hacer? —replicó bruscamente Uriel—. Entonces, ¿por qué habéis venido a rescatarlos?

—¿A rescatarlos? —se extrañó Vaanes, señalando a sus guerreros, que de forma metódica habían comenzado a recorrer los edificios y a colocar cargas explosivas—. No hemos venido a rescatarlos; hemos venido a destruir este campamento y eso es todo. Estas personas no significan nada para mí.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Míralos!

—Si tú quieres rescatarlos, entonces que tengas buena suerte, Uriel Ventris. La vas a necesitar.

—Maldita sea, Vaanes, ¿no tienes honor alguno?

—Ninguno del que pueda hablar —replicó Vaanes—. Míralas, esas valiosas personas que quieres salvar. No valen nada. La mayoría no sobreviven para llegar a la sima de despellejamiento, y los que lo consiguen no tardan mucho en desear no haberlo conseguido.

—Pero no puedes sencillamente abandonarlos —insistió Uriel.

—Puedo y lo voy a hacer.

—¿Qué es este campamento de todas formas? —preguntó Pasanius—. ¿Una prisión? ¿Un campamento de exterminio?

Vaanes negó con la cabeza.

—No, nada tan prosaico. Es mucho peor que eso.

—Entonces, ¿qué?

Vaanes agarró las manillas de las puertas correderas del almacén más cercano y las abrió de un tirón.

—¿Por qué no lo averiguáis vosotros?

Uriel cruzó una mirada recelosa con Pasanius mientras Vaanes les hacía un gesto para que entraran en el edificio. Un poderoso hedor de desperdicios humanos llegó a ellos desde el interior, mezclado con la fetidez de la carne descompuesta y la pestilencia de la desesperación. Unas luces parpadeante, chisporrotearon en el interior y un suave murmullo de sollozos les llegó flotando en el aire.

Uriel entró en el edificio de ladrillos y los ojos se le acostumbraron rápidamente a la penumbra del interior. El almacén resultó ser una fábrica mecanizada, con vigas de hierro que corrían a lo largo del edificio y de las que colgaban cadenas y grandes poleas sobre guías engrasadas. A la izquierda del edificio había alineadas unas jaulas de malla metálica sobre plataformas elevadas que contenían unos amasijos de carne pálida. Sobresalían de ellas unos tubos gorgoteantes que caían de unos repletos sacos de alimentación suspendidos en el techo.

Un regato que apestaba a heces humanas corría por debajo de las jaulas, obstruido y atestado de insectos que se alimentaban de detritus. Uriel se cubrió la boca y la nariz, ya que incluso su prodigioso metabolismo tenía dificultades para protegerlo del terrible hedor. Dio unos pasos y sus botas resonaron sobre la rejilla del suelo mientras se acercaba a la primera jaula.

Dentro había un hombre desnudo, aunque llamarle eso era seguramente llevar muy lejos el término. Sus formas eran inmensas, hinchadas y fofas y la piel tenía el color y textura de la bilis, con un horrible brillo húmedo. Unas pinzas oxidadas mantenían abiertas sus mandíbulas, y unos tubos acanalados vibraban con unos grotescos movimientos peristálticos mediante los cuales le estaban bombeando nutrientes y alimentos mezclados con hormonas del crecimiento, mientras que otro tubo transportaba sus deyecciones. Unas clavijas de colores atravesaban la carne de su caído pecho, sin duda para regularle artificialmente el corazón y para impedir el

paro cardíaco que su gran peso debería haber provocado hacía mucho tiempo.

Sus extremidades eran gruesas, unos bultos pastosos de carne gris, mantenidas inmóviles por cables muy tensos. Los rasgos se le perdían en la fofa inmensidad del cráneo y sus ojos hablaban de una mente que se había refugiado mucho tiempo atrás en la locura. Uriel sintió una inmensa tristeza y horror por la terrible situación del hombre. ¿Qué tipo de monstruo podía hacerle esto a un ser humano?

Se dirigió a la siguiente jaula, donde encontró una imagen similar, sólo que esta vez era una mujer desnuda. Su cuerpo también estaba hinchado y resultaba espantoso. Su vientre estaba lleno de cicatrices y destrozado por lo que parecía una serie de múltiples e innecesarias cirugías. A diferencia del ocupante de la jaula anterior, sus ojos conservaban un vestigio de cordura y hablaban a Uriel de su tormento con toda elocuencia.

Se dio la vuelta, horrorizado por un espanto de tal calibre, y vio que había cientos de jaulas como ésas en el interior de aquel oscuro infierno. Sintiendo un rechazo indescriptible, y sin embargo, impulsado a continuar con su exploración, atravesó la cámara para ver lo que había al otro lado del edificio. Más jaulas ocupaban la parte derecha del edificio, pero éstas eran más estrechas y estaban ocupadas por individuos estirados que tenían la misma apariencia que los pobres desdichados que Uriel había visto en una ocasión en un mundo colmena que había sido aislado del mundo agrícola del que dependía para el suministro de alimentos. Hombres y mujeres famélicos estaban colgados de ganchos de hierro, conectados mediante cables a máquinas que los mantenían en un infernal limbo entre la vida y la muerte mientras que un sistema de bombas sibilantes y maquinaria de riego industrial extraían por la fuerza la grasa de sus cuerpos.

La piel les colgaba suelta y pendía en láminas purulentas de sus enflaquecidos cuerpos. Uriel ya sabía ahora el destino de los que estaban en las jaulas a su espalda. Se les engordaba de forma artificial para que la piel se estirara hasta alcanzar proporciones obscenas y luego se les despojaba de forma ultrarrápida de toda la masa corporal que podían perder para obtener grandes porciones de piel fresca.

Pero ¿por qué? ¿Por qué alguien había organizado todo esto para cultivar unas cantidades tan grandes de piel humana? La respuesta era un misterio para Uriel y sentía una pena que lo consumía en su interior ante la dramática situación de estos prisioneros.

—¿Lo ves? —dijo Ardaric Vaanes colocándose detrás de él—. No hay nada que puedas hacer por ellos. Liberar a estas… cosas es inútil, sólo la muerte será una bendita liberación para ellos.

—Por el Emperador —susurró Uriel—. ¿Qué fin tiene esta crueldad?

Vaanes se encogió de hombros.

—No lo sé, ni tampoco me importa. Los guerreros de hierro han construido docenas de estos campamentos en las montañas durante los últimos meses. Parecen ser importantes para ellos, así que yo los destruyo. El «por qué» es irrelevante.

—¿Todos los edificios son como este? —preguntó Pasanius con la cara surcada por el dolor.

—Sí —confirmó Vaanes—. Ya hemos destruido dos campamentos y eran todos como este. Tenemos que destruirlo ya, porque si no lo hacemos, los sinpiel vendrán y tendrá lugar una carnicería y un festín tal que no podéis ni imaginároslos.

—No lo entiendo —dijo Uriel—. ¿Los sinpiel? ¿Qué son?

—Bestias procedentes de vuestras peores pesadillas —respondió Vaanes —. Son los fallos de producción de los guerreros de hierro, abortos que han logrado sobrevivir y que escaparon de los vivisectoria de los mortuarios bestiales para vagar por las montañas. Son muchos y nosotros somos muy pocos. Ahora vamos, ha llegado el momento de que nos marchemos.

Uriel asintió cansado, apenas escuchando a Vaanes, y siguió al renegado de vuelta a las ruinas del campamento. Aunque atontado, se dio cuenta del tamaño del campamento: dos docenas de edificios como éste lo llenaban, cada uno de ellos un oscuro infierno para aquellos a los que se criaba en su interior. Por mucho que odiara admitirlo, Vaanes estaba en lo cierto, cuanto antes se destruyeran las instalaciones y todo lo que contenían, mejor.

Un marine espacial con los colores grises de un capítulo que Uriel no pudo reconocer se acercó corriendo a Vaanes.

—Ya están aquí. ¡El hermano Svoljard acaba de captar su rastro!

—¿A qué distancia? —preguntó Vaanes sujetándose el casco y llamando al resto de los guerreros por medio de la línea de comunicaciones de su armadura.

—A poca, tal vez a trescientos o cuatrocientos metros —contestó el guerrero—. Vienen con el viento a su favor.

—Maldición. Están aprendiendo —dijo entre dientes Vaanes—. Todo el mundo fuera de aquí. Dirigios al sur, hacia las montañas, y que cada uno emprenda el camino de vuelta al santuario.

—¿De qué se trata? —preguntó Uriel.

—Los sinpiel —dijo Vaanes.



SIETE

Impulsado por la urgencia del tono del renegado, Uriel lo siguió rápidamente a través del campamento mientras detonaba la primera de las cargas con una explosión hueca. Llovieron sobre ellos cascotes y restos humanos cuando explotó uno de los edificios de engorde intensivo de humanos, liberando así a los prisioneros de su agonía en un llameante baño de libertad.

Fueron estallando las otras cargas arrasando el resto de los edificios infernales. Uriel rezaba para que las almas de los que estaban dentro les perdonaran y para que encontraran su camino hasta los brazos del Emperador. Las llamas y el humo ascendían de los restos carbonizados del campamento a medida que iban destruyéndolo, y los marines espaciales corrieron en busca de la seguridad de las montañas.

Uriel y Pasanius siguieron a Ardaric Vaanes y a sus renegados en dirección sur, ascendiendo desde el campamento al mismo tiempo que Uriel oía un coro enloquecido de aullidos procedente de las montañas que tenían a ambos lados.

Se quedó sin aliento y aflojó el paso cuando vio a los sinpiel, que caminaban arrastrando los pies desde las montañas hacia el campamento en llamas con un paso desgarbado y contrahecho. De tamaño monstruosamente grande, eran un descontrol de anatomía, un carnaval de lo grotesco donde no había dos iguales en tamaño o forma. De complexión enorme e inmensamente altos, estaban terriblemente hinchados y su piel brillaba con tonos rojizos y húmedos. Las formas tensas de su musculatura no guardaban ninguna proporción con los cuerpos. Uriel observó que, además de su enorme tamaño y de su falta de piel, todos ellos tenían otras deformaciones de pesadilla que recordaban los desechos de la mesa de un loco cirujano-escultor.

Uno de ellos era una criatura de dos cabezas unidas por la mandíbula y con cuatro ojos con cataratas que se habían juntado en una órbita deforme; otro llevaba un monstruoso gemelo fetal atrofiado en el estómago, cuyos brazos deformes se agarraban firmemente a su progenitor.

Otro de ellos caminaba arrastrando los pies ladera abajo con brazos como pistones, las piernas estaban atrofiadas hasta parecer poco más que

unas garras prensiles. Un trío de bestias, tal vez relacionadas de alguna forma, compartían cierta similitud en sus deformidades y portaban unas láminas ondeantes de piel curtida. Tenían los cráneos hinchados y provistos de grandes colmillos, y les crecían unas crestas óseas por todo el cuerpo.

Pero entre la marea de horrores rugientes que avanzaban a la carga hacia el campamento destacaba la bestia gigantesca que iba al frente. Más alto y ancho que todos los demás, su físico era más grande que el mayor de sus monstruosos seguidores, y llevaba la cabeza amorfa metida entre los hombros. Aunque estaba a cierta distancia de Uriel, sus rasgos despellejados mostraban el brillo inconfundible de la inteligencia salvaje, y la posibilidad de que una criatura así poseyera incluso el más mínimo atisbo de conciencia le producía una repulsión que sobrepasaba lo razonable.

—Vamos, ultramarine —gritó Vaanes—. ¡No hay tiempo para mirar embobados a los monstruos!

Uriel no le hizo caso a Vaanes y se quedó mirando a las criaturas mientras éstas echaban abajo la valla de alambre de espino, haciendo caso omiso de las púas que rasgaban sus cuerpos húmedos y rojizos. Uriel se preguntó si serían inmunes al dolor.

—¿Qué son? —quiso saber.

—Ya te lo he dicho —le contestó gritando Vaanes—. ¡Vamos! Hay suficiente carne ahí abajo para mantenerlos ocupados durante un rato, pero cuando se hayan saciado, intentarán cazarnos. Si no venís ahora, os dejaremos a su merced.

Uriel continuó contemplando con morbosa fascinación el espeluznante espectáculo que estaba teniendo lugar allí abajo, observando cómo se abrían camino los sinpiel entre las ruinas de los almacenes. Apartaban las inmensas vigas como si fueran cerillas y se atiborraban en la carne carbonizada que encontraban bajo ellas. Desde su posición podían oír los terribles sonidos que producían los sinpiel al caer sobre los prisioneros que se habían quedado fuera del campamento tras el ataque de los renegados y romper sus huesos y rasgar su carne.

La mayoría murieron en los primeros momentos del ataque, descuartizados por el frenesí de los sinpiel. Otros fueron devorados vivos y

sus extremidades y trozos de carne volaban mientras los monstruos peleaban por cada bocado y sus terribles rugidos de repugnante apetito resonaban con el eco de las montañas.

Pasanius lo agarró del brazo.

—¡Tenemos que irnos, Uriel!

—Los hemos dejado morir —dijo Uriel de forma sombría—. Los hemos abandonado. Nos habría dado lo mismo haberlos matado nosotros mismos.

—No podíamos salvarlos, pero podemos vengarlos.

—¿Cómo? —dijo Uriel.

—Siguiendo vivos —contestó Pasanius.

Uriel asintió y se alejó del espantoso espectáculo, intentando no pensar en los sonidos del festín y en los orgiásticos aullidos de placer y sintiendo que una parte de su corazón se enfriaba y endurecía mientras abandonaba a su suerte a esas personas.

Khalan-Ghol estaba en llamas. Sus pináculos eran ruinas y los bastiones habían sido reducidos a cenizas por lo continuos bombardeos. Los incendios provocados por los proyectiles de Berossus habían quemado varios kilómetros cuadrados, que no eran más que una mera fracción del tamaño de la fortaleza. Unas negras nubes de humo cruzadas por relámpagos flotaban a baja altura y bloqueaban la blancura apagada del cielo, provocando una oscuridad artificial que envolvía la fortaleza. El oscuro cerro estaba rodeado por kilómetros de trincheras serpenteantes rematadas con alambre de espino, reductos que acababan de ser construidos, búnkers, fortines y torres cuyas poderosas armas bombardeaban con ruido ensordecedor el refugio de Honsou, iluminando el paisaje con el resplandor del fuego.

En la llanura se habían erigido unas humeantes fábricas y flotaba en el aire el sonido del repetitivo martilleo de la industria. Las brillantes forjas de luz anaranjada no dejaban de producir proyectiles, armas y material de guerra, y Honsou sabía que su ritmo de producción avergonzaría al mejor de los mundos forja del Imperio. Veía las inmensas siluetas de los titanes en

el horizonte, cuyas formas diabólicas empequeñecían todo lo que tenían a su alrededor. No podían hacer mucho más que servir de plataformas de tiro, ya que los gigantes no podían escalar las laderas de Khalan-Ghol hasta que se terminara la inmensa rampa que estaba construyendo Berossus.

Descendió junto a un pequeño grupo de sus mejores guerreros con grandes dificultades la irregular ladera en busca de las fuerzas desplegadas por debajo de ellos. Honsou se deslizó debajo de un montón de rocas y brazos esqueléticos y corrompidos que sobresalían de las grietas, pero si pertenecían a uno de sus guerreros o a uno de sus enemigos era algo que no sabía ni le importaba.

Berossus había sido extremadamente cuidadoso en sus quehaceres: los bastiones inferiores habían desaparecido, bombardeados hasta dejarlos como si nunca hubiesen existido, y el anillo exterior de fuertes había caído antes de su ataque.

Decenas de miles habían muerto ya en la batalla, pero Berossus no había sido tan estúpido como para desperdiciar a sus mejores guerreros en la batalla hasta ese momento. Los esclavos y la chusma al servicio del Caos se habían lanzado contra las murallas sólo para ser rechazados por el fuego y el acero.

Conjuntamente con la tropa de la gran compañía de Toramino, los dos herreros forjadores tenían suficiente potencial humano como para derribar las murallas de Khalan-Ghol; era sencillamente una cuestión de tiempo.

Tiempo que Honsou no tenía intención de darles.

—Berossus es un idiota —había dicho cuando abordaban el plan que ahora lo llevaba a acercarse con toda cautela a las líneas de centinelas de las trincheras más avanzadas del enemigo—. Llevaremos la lucha hasta él.

—¿Al otro lado de las murallas? —preguntó Obax Zakayo.

—Sí —replicó Honsou—. Hasta el mismo corazón de su ejército.

—Una locura —dijo Zakayo.

—Exactamente —contestó Honsou con una sonrisa—. Por eso Berossus nunca se esperaría algo así. Ya conoces a Berossus. Para él, los sitios son sencillamente una cuestión de logística. Como antiguo vasallo de Forrix, pensaba que entenderías su valor, Zakayo.

—Lo hago, pero dejar la protección de nuestras murallas…

—Berossus es un esclavo de la mecánica de un asedio. «Este» modo de actuar conduce a «ese» resultado; así es como él piensa. Está demasiado aferrado a la gran tradición de la batalla desde los antiguos tiempos como para pensar en algo más allá que en la pureza de un asalto, como para esperar lo inesperado.

—No le ha fallado nunca —señaló Obax Zakayo.

—Nunca ha luchado contra mí —dijo Honsou.

Las trincheras que tenían delante estaban iluminadas por el fuego de los bidones, y el sonido de las palas cavando y el ruido de las máquinas que movían la tierra quedaba completamente ahogado por el estruendo de las armas.

—Onyx —susurró Honsou al mismo tiempo que empuñaba su hacha de hoja negra—. Ahora.

Onyx, una sombra resbaladiza y completamente invisible en la oscuridad, asintió con la cabeza y se deslizó sobre su vientre hacia la línea de trincheras. Su perfil fue difuminándose y fundiéndose con la noche.

—Si es descubierto, moriremos todos aquí —comentó Obax Zakayo.

—Entonces, moriremos —le replicó Honsou con brusquedad—. Ahora permanece en silencio o yo mismo te mataré.

Suficientemente escarmentado, Obax Zakayo no dijo nada más cuando llegó a sus oídos el sonido de gritos ahogados y cuchilladas. Honsou vio cómo salía la sangre a chorros por encima de la línea de trincheras y supo que ya sería seguro acercarse.

Se aproximó arrastrándose al lugar donde Onyx se había abierto camino a través del alambre de espino y se deslizó hasta la trinchera. Esta y el refugio subterráneo adyacente estaban llenos de cadáveres y la sangre, brillante y grasienta a la luz del fuego, recubría las paredes y se colaba entre los tablones del suelo. Los cuerpos yacían desparramados en ángulos imposibles, como si les hubieran roto todos los huesos. Todos tenían un largo y profundo corte en el centro de la espalda por donde les habían arrancado la columna vertebral. El propio Onyx permanecía inmóvil en el centro de la trinchera, retrayendo lentamente sus garras de bronce en la

carne gris de las manos mientras el fuego plateado de sus venas ardía incluso de forma más brillante de lo normal. El demonio que estaba en su interior se estaba deleitando con la carnicería y ya permitía que su parte humana volviera a la superficie una vez más.

—Buen trabajo —dijo Honsou mientras sus guerreros de hierro se dejaban caer en la trinchera, desplegándose y protegiendo su punto de entrada. Corrió hasta la trinchera de comunicaciones situada en la parte trasera de la zona donde se encontraba y agachó la cabeza en la esquina. Justo como esperaba, sólo podía ver parte de la trinchera, ya que tenía un diseño estándar en zigzag. Más adelante había soldados con uniformes de color rojo y esclavos.

—¿No tienes imaginación, Berossus? —rio entre dientes—. Haces que esto sea demasiado fácil. —Se dio la vuelta y reunió a sus guerreros en torno a él—. Ha llegado el momento. Vamos, y recordad que somos leales guerreros de hierro de Berossus. No dejéis que nadie os lo discuta.

Sus guerreros asintieron y, con Honsou a la cabeza, se dirigieron hacia la trinchera de comunicaciones. Iban andando con el aire arrogante y seguro de sí mismos de los guerreros que saben que no tienen igual, y todos los trabajadores mutantes y humanos de Berossus se inclinaban ante ellos a su paso.

Pasaron por refugios subterráneos llenos de criaturas mutantes contrahechas reunidas en grupos que estaban cantando alrededor de los santuarios dedicados a los Dioses Oscuros, supervisados por hechiceros vestidos con ropas doradas. Nadie los importunó, aunque tampoco es que tuvieran razones para ello, ya que se sentían muy honrados de tener entre ellos a unos antiguos guerreros del Caos. Honsou vio unas brillantes luces de arco suspendidas de unas torres barrocas de hierro que se alzaban en la noche y de las que colgaban todo tipo de trofeos sangrientos. Unas figuras con túnicas que cantaban en grupo rodeaban las torres.

Honsou se detuvo para hacer una pregunta.

—Zakayo, ¿qué son esas torres? Esto no se parece nada a lo que haría Berossus.

—No estoy seguro —contestó Obax Zakayo—. Nunca había visto nada así.

—Pretenden echar abajo las murallas de Khalan-Ghol con la brujería —dijo Onyx—. Las torres están saturadas de energía mística. Puedo sentirlo, y el demonio que hay en mi interior se baña en ella.

—¿Qué? —barbotó Honsou, desconfiando de repente—. ¿Su magia es lo bastante fuerte para vencer a la cábala y al Corazón de Sangre?

—No —dijo Onyx—. Ni mucho menos. Hay una gran energía aquí, pero el Corazón de Sangre ha durado una eternidad y ningún poder ejercido por un mortal puede derrotarlo.

Honsou asintió, sintiéndose más tranquilo al oír que resistirían las defensas místicas de su fortaleza. Echó un vistazo a las torres.

—Esto huele a Toramino —dijo—. Berossus no habría pensado en ello.

—Sí —aceptó Obax Zakayo—. Lord Toramino tiene una gran astucia.

—Sí, es verdad, pero veré a ese arrogante bastardo muerto antes de que tome Khalan-Ghol, con brujería o sin ella.

Honsou y sus guerreros dejaron atrás las torres y emergieron de las líneas de trincheras sin incidentes, donde contemplaron cómo intentaba el esforzado y sudoroso ejército de Berossus convertir en una ruina la fortaleza. Los transportes de oruga cargados de proyectiles marchaban con gran estruendo por detrás de los altos terraplenes, y Honsou no tuvo más remedio que admirar la concienzuda perfección de los trabajos de asedio. El propio Forrix habría estado orgulloso.

Una refinería de hierro lanzaba al aire grandes llamaradas. El fragor de las plantas de procesamiento fabricando explosivos y el martilleo de las forjas resonaba en toda la llanura; millones de personas trabajando para derrotarlo. Las reservas de munición y proyectiles con carcasa de cobre estaban almacenadas en polvorines blindados, y según iban pasando al lado de cada uno, Obax Zakayo entraba y colocaba una carga explosiva del dispensador que llevaba en la espalda. Honsou sabía que Obax Zakayo era, con toda probabilidad, una carga, demasiado atrincherado en las antiguas formas de su anterior señor para ser parte del cuadro de mando de Honsou, pero no había nadie que supiera de explosivos y demoliciones como él.

Y además, había una crueldad en él por la que el sentido del Caos de Honsou se sentía atraído.

Cuanto más se adentraban y se alejaban de las trincheras de primera línea, mayor era el riesgo de que se viesen descubiertos. Vio búnkers-barracones construidos con toda solidez y grandes fosos de artillería que obviamente habían sido cavados por los guerreros de hierro. También oyó unos rugientes bramidos que sólo podían significar que los fosos de jaulas de los dreadnoughts estaban cerca.

—Es una locura continuar, mi señor, debemos retirarnos ya —dijo Obax Zakayo—. Ya hemos colocado suficientes explosivos para crear problemas durante meses a Berossus.

—No, no, todavía no —replicó Honsou, impulsado en su camino por una temeraria sensación de desenfreno cuando vio un estandarte que le era familiar ondeando al viento sobre un pabellón acorazado. Se agachó bajo la sombra de uno de los colosales titanes, más allá de un bosque de alambre de espino y una serie escalonada de búnkers—. No cuando tenemos una oportunidad para hacer llegar algo un poco más personal al propio lord Berossus.

Obax Zakayo vio el estandarte.

—¡Por los grandes dioses del Caos, no puede hablar en serio!

—Sabes que lo hago, Zakayo —dijo Honsou—. Nunca bromeo cuando hablo de matar.

Excavado siete metros en la roca, los lados del foso de artillería estaban reforzados por un muro de rococemento mezclado con acero de al menos dos metros de grosor. Unos parapetos en ángulo, diseñados para desviar los proyectiles de la artillería enemiga, volaban por encima de la tronera por la que disparaba la gran arma de asedio. Honsou sabía que ninguna de sus piezas de artillería podía llegar tan lejos, y que una obra de ingeniería como ésta era un esfuerzo inútil, pero era típico de Berossus haberlos construido de todas formas.

La silueta del cañón de bronce de la poderosa arma se dibujaba contra las nubes en movimiento, grabado con grandes hechizos de destrucción y con gruesas y húmedas cadenas de hierro profanado. Estaba dispuesto en la

base de una ladera provista de raíles, de forma que tras cada disparo rodaba a su posición inicial de disparo.

Tal vez un centenar de soldados humanos rodeaban el gran cañón, guardias para proteger la poderosa arma de asedio. Honsou y sus guerreros marchaban con la mayor naturalidad hacia el foso de artillería, retando a los soldados para que los detuvieran. Aunque sus guerreros y él lucían los distintivos de los Guerreros de Hierro, los soldados no tardarían mucho en darse cuenta de que no tenían que estar allí y darían la alarma.

Honsou se dio cuenta de que estaban atrayendo miradas, pero aun así siguieron adelante, dispuesto a continuar con el engaño hasta que los descubrieran, hasta que un guerrero de hierro con una cabeza y brazos de un tamaño muy superior al normal ascendió del foso de artillería. Unas luces rojas parpadeaban en su casco, dotado de telémetros, calculador de trayectoria y cogitadores, y Honsou comprendió que estaba delante de uno de los quirumeks de Berossus. Más máquina que hombre, el profesional de las artes negras de la tecnología lo miró de arriba abajo antes de que una gran arma sujeta a su espalda diera un giro sobre un armazón sibilante y les apuntara.

Onyx no le dio oportunidad para que disparara el arma y saltó hacia delante con la velocidad de ataque de una serpiente. Sus contornos se difuminaron, volviéndose aceitosos y borrosos mientras se movía. Un destello de garras de bronce y un desgarro de la carne y el quirumek se desplomó, con su columna vertebral sostenida en alto por el simbionte demoníaco.

—¡Rápido! —gritó Honsou, corriendo hacia el foso de artillería ahora que todas las esperanzas de seguir con el engaño se habían desvanecido. Descendió al foso, abriendo fuego con su bólter contra el resto de los ocupantes. Los esclavos cargadores murieron en la refriega, volados en pedazos por los proyectiles explosivos, y los quirumeks se tiraron al suelo para protegerse ante la entrada en tropel de los guerreros de hierro.

Los soldados humanos lanzaron gritos y alaridos de aviso, pero como continuaba el rugido de las armas, la mayoría fueron silenciados en seguida. Honsou sabía que no tenían mucho tiempo.

—¡Zakayo, baja aquí!

El pesado gigante descendió al foso mientras Honsou y sus guerreros hacían una carnicería entre el resto de la dotación del arma. El gran cañón silbó y retumbó, disfrutando del baño de sangre que estaba teniendo lugar alrededor de él, y podía sentir el ansia demoníaca por matar que reinaba en su interior. Obax Zakayo se subió al puesto del artillero y comenzó a tirar de las palancas de bronce.

Riéndose por la ironía de la situación, Honsou también subió por la escalera hasta la posición del artillero mientras la torreta comenzaba a girar de la dirección de Khalan-Ghol hacia el pabellón de Berossus.

El ruidoso cañón descendió hasta que estuvo prácticamente horizontal, al mismo tiempo que el fuego de los bólters tableteaba desde los laterales del foso de artillería y los guerreros de hierro de la gran compañía de Berossus salían en tropel de sus barracones, junto con sus ayudantes humanos, para lanzar un contraataque.

—¿No puedes darte más prisa? —lo urgió Honsou.

—¡No, la verdad es que no! —gritó Obax Zakayo, tirando de las gruesas palancas y de las pesadas cadenas que estaban sujetas a la recámara del arma del demonio.

Honsou se inclinó por encima de las barandillas de la plataforma del artillero y gritó a sus guerreros:

—¡Preparaos para recargar el cañón cuando disparemos! ¡Quiero al menos un par de disparos antes de que tengamos que escapar!

Cuatro guerreros dejaron la cobertura del foso del cañón y empezaron a tirar de las cadenas de las poleas que atravesaban una gran puerta de hierro situada en el suelo del foso de artillería para llegar al polvorín blindado que se encontraba debajo. Pocos segundos después, la puerta de hierro se abrió rechinando y emergió un enorme proyectil. Resoplando por el esfuerzo, los guerreros de hierro movieron a pulso el proyectil en la plataforma con ruedas que lo introduciría en el cañón. Era extremadamente peligroso tener el polvorín abierto cuando se disparaba, pero Honsou pensó que como no era su arma, pues tampoco importaba mucho si explotaba o no.

—¡Listos para abrir fuego! —gritó Obax Zakayo.

Honsou ajustó la mira reticulada de disparo, por la que pudo ver el techo del pabellón de Berossus y los colores oro y negro de su estandarte.

—¡Fuego! —gritó, y Obax Zakayo tiró de la cadena de disparo.

Honsou trastabilló por efecto del tremendo retroceso del arma, que casi lo lanzó fuera de la plataforma del artillero, aparte de que el estruendo del disparo casi lo dejó sordo. La boca arrojó un humo espeso y acre cuando el gran cañón aulló de placer. La recámara demoníaca se abrió sola con un sonido metálico y sus guerreros de hierro colocaron el siguiente proyectil en los raíles y en el interior del cañón.

Mientras sacaban otro proyectil del polvorín, Honsou vio que el primer disparo había sido asombrosamente preciso. El estandarte de Berossus ya no estaba en su lugar, completamente destruido por la explosión. La parte superior del pabellón había desaparecido, y no quedaba más que una ruina en forma de dientes de sierra. Mientras observaba la lluvia de cascotes se dio cuenta de que los restos en llamas estaban provocando explosiones secundarias. El cañón volvió a disparar.

Esta vez estaba preparado, pero incluso así, el retroceso casi lo volvió a derribar. Una vez más el pabellón desapareció en una lengua de fuego cuando el segundo proyectil lo impactó. Metieron otro proyectil, pero cuando la recámara se cerró con un sonido metálico, Honsou sintió un gran temblor que recorría la tierra, seguido rápidamente por otro.

Alzó la vista entre las tinieblas para ver una inmensa sombra moviéndose en la oscuridad, y contempló con un estremecimiento de miedo cómo se acercaba a ellos uno de los titanes. El terreno temblaba con cada uno de sus pesados pasos, los pasos de un iracundo dios de la guerra que venía a destruirlos.

—¡Vamos! —le gritó a Obax Zakayo—. ¡Un disparo más y habrá llegado el momento de irse!

Obax Zakayo asintió, lanzando miradas temerosas por encima de la cobertura de protección con cada uno de los atronadores pasos del titán a medida que se acercaba. La poderosa arma demoníaca volvió a disparar, alcanzando esta vez el barracón que se encontraba junto al pabellón y reduciéndolo a cascotes en llamas.

—¡Todos fuera! —gritó Honsou saltando del cañón y echando a correr hacia las escaleras que conducían fuera del foso de artillería.

Honsou abrió de un tirón la puerta de hierro del polvorín cuando pasó a su lado y lanzó un manojo de granadas dentro. Se subió a la escalera de un salto al tiempo que una sombra enorme envolvía el foso de artillería, y miró hacia arriba a tiempo para ver el inmenso pie con garras del titán descendiendo sobre él.

Trepó por la escalera y se echó a rodar hacia un lado mientras la atronadora pisada golpeaba el suelo, arrasando el arma demoníaca en un santiamén y fallando por menos de un metro. Rodó hacia el otro lado y se puso en pie, todavía mareado por el violento impacto del pie del titán, cuando detonaron las granadas que había lanzado al polvorín.

El terreno sufrió una convulsión cuando grandes géiseres de llamas y humo rasgaron el suelo al explotar cientos de toneladas de armamento en una terrible y poderosa detonación. Honsou salió despedido por el aire a más de cien metros por el estallido, cayendo sobre una rampa de tierra y rodando hasta una pila de tierra excavada.

Se puso en pie, tosiendo y tambaleándose por el impacto, para evaluar lo que le rodeaba. Se giró cuando oyó un crujido y vio tambalearse como un borracho al titán que había destruido el foso del cañón. Tenía la pierna destruida desde la rodilla para abajo por la explosión del polvorín. Sus conductos y cables seccionados echaban chispas y fuego de plasma. La gran máquina demoníaca comenzó a perder el equilibrio mientras la miraba, aunque los brazos movidos por pistones se movían en el aire para intentar recuperar el equilibrio según se caía.

Se dio la vuelta, riéndose ante los consternados soldados y horrorizados guerreros de hierro que contemplaban cómo era destruida una de sus más poderosas máquinas ante sus propios ojos. El terreno tembló cuando el titán se estrelló contra el suelo y se partió en pedazos, pero Honsou ya estaba en camino de vuelta a Khalan-Ghol. No tenía forma de saber qué había pasado con el resto de sus guerreros, pero confiaba en que tuvieran la suficiente experiencia y recursos como para volver por su cuenta a Khalan-Ghol en medio de toda la confusión.

Una forma oscura emergió entre el humo a su lado y reconoció la sinuosa forma de Onyx. Las garras del simbionte demoníaco estaban a la vista, llenas de sangre, y el fuego brillante de sus ojos resplandecía con un fulgor letal. Había tenido una buena caza.

—Una provechosa incursión —dijo Onyx con uno de sus acostumbrados eufemismos.

—Sí —asintió Honsou—. No ha estado nada mal.

El santuario del que les había hablado Ardaric Vaanes resultó estar escondido en un valle sombrío que dominaba la llanura situada ante la poderosa fortaleza envuelta en nubes oscuras y explosiones. Hasta ellos seguía llegando desde abajo el estruendo de los sonidos de la batalla, y Uriel vio un tremendo incendio en el campamento del ejército sitiador. Su huida de los sinpiel había sido un viaje caótico repleto de pistas falsas y recorridos en círculo para impedir que las bestias les siguieran los pasos.

Uriel no podía quitarse de encima el sonido de los sinpiel dándose el banquete con los prisioneros, pero se sorprendió de lo poco que le molestaba ya. Tal vez Vaanes estaba en lo cierto y no había nada que hubieran podido hacer por aquellos pobres desdichados, siendo la muerte lo mejor que podía pasarles.

Los renegados se habían separado una vez que abandonaron el campamento de exterminio y ahora volvían a su base en grupos de uno o dos, descendiendo las laderas del valle o marchando desde abajo.

—Nuestro santuario —dijo Vaanes, señalando hacia una serie de búnkers desmoronados y blocaos que se habían deteriorado y que estaba claro que habían conocido días mejores.

Delante de las ruinosas construcciones había unas trincheras parcialmente rellenadas y unas bobinas oxidadas de alambre de espino colocadas en ángulo, pero el ojo entrenado de Uriel podía ver que no era un lugar sin defensas. Unos nidos de armas dominaban las vías de llegada y dudaba de que alguien se pudiera acercar sin que recibiera algún tipo de aviso.

—¿Para qué se utilizaba este sitio? —preguntó Pasanius.

Vaanes se encogió de hombros.

—¿Un viejo depósito de municiones, un cuartel, un ejercicio práctico de construcción? ¿Quién sabe? Todo lo que sé es que cuando encontramos este sitio, estaba abandonado y nadie se acercaba hasta aquí. Con eso me vale.

Uriel asintió con la cabeza mientras cruzaban una trinchera por encima de una serie de planchas de hierro y Vaanes se puso delante de ellos en dirección al blocao situado más allá de los búnkers.

Pasanius se acercó a Uriel.

—¿Qué estamos haciendo? ¡Estos marines espaciales son unos renegados! ¿Vamos a condenarnos más aún a los ojos del Emperador? —le susurró.

—Ya lo sé —dijo Uriel con amargura—, pero ¿qué otra elección tenemos?

—Podemos emprender el camino por nuestra cuenta.

—Sí, y puede que lo hagamos, pero ellos llevan aquí más tiempo que nosotros y es posible que podamos aprender algo de su mundo y de sus peligros.

Pasanius no parecía muy convencido, pero no dijo nada más. Entretanto, habían llegado a las puertas blindadas del blocao. Cualquiera que fuese el mecanismo que solía abrirlas y cerrarlas era obvio que ya no funcionaba, y Vaanes tiró con todas sus fuerzas para abrirlas antes de desaparecer en el interior e indicarles que lo siguieran.

Uriel se agachó para entrar en el blocao, cuyo interior estaba sorprendentemente bien iluminado por numerosos agujeros en el techo. Unos pozos de luz blanca mortecina se combinaban en el suelo de rococemento y se reflejaban en las desconchadas paredes de plastek.

—Comprendo que esto pueda ser un poco más lujoso que a lo que estáis acostumbrados como ultramarines, pero es lo más cercano a un hogar que tenemos —dijo con una sonrisa Vaanes mientras entraba por delante de ellos en la cámara principal del blocao.

La luz entraba a raudales por las troneras y Uriel vio que en la cámara había los mismos marines espaciales que habían atacado anteriormente el

campamento. La mayoría estaban enfrascados en la limpieza de las armas o en la reparación de la armadura, y Uriel se quedó impresionado por el número de símbolos diferentes de capítulos que tenía a la vista.

Los Grifos Aullantes, los Cónsules Blancos, los Hermanos de la Manada, los Puños Carmesíes y muchos más que no lograba reconocer.

Pero lo más sorprendente de todo eran las dos figuras agachadas en una esquina de la cámara principal y que estaban limpiando unos rifles láser. Vestidos con el traje de faena maltrecho y la chaqueta de uniforme rota de la Guardia Imperial, alzaron la vista cuando entraron Uriel y Pasanius. Ambos hombres estaban tan sucios y desaliñados que era imposible saber a qué regimiento habían pertenecido, pero ambos tenían una expresión de orgulloso y cansado coraje.

—¡Dos nuevos guerreros para nuestra banda! —gritó Vaanes, antes de apoyarse en una pared y quitarse el casco.

Uriel se abstuvo de comentar esa afirmación mientras el más delgado de los dos guardias se ponía en pie y avanzaba cojeando hacia Uriel. Su piel tenía una apariencia pálida y cansada, llena de manchas y malsana, y los ojos estaban inyectados de sangre.

El hombre extendió una mano temblorosa.

—Teniente coronel Mikhail Leonid, del 383 de Dragones Jouranos.

—Uriel Ventris, y éste es Pasanius Lysane.

—¿Qué clase de marines espaciales sois? —preguntó Leonid ahogando la tos—. No veo ningún distintivo.

—Somos ultramarines —contestó Uriel—. Nos han enviado desde nuestro capítulo para cumplir un juramento de muerte.

Leonid se encogió de hombros.

—Una razón mejor que la mayoría para estar aquí.

—Tal vez —asintió Uriel—. ¿Y qué hace aquí un coronel de la Guardia Imperial?

—Eso —dijo Leonid— es una historia muy larga…



OCHO

Leonid y el sargento Ellard, el compañero del coronel de suave voz, emplearon la siguiente hora y media contando a Uriel y a Pasanius cómo habían acabado como esclavos en el desolado mundo demoníaco de Medrengard, comenzando con el asalto devastador de los Guerreros de Hierro al mundo de Hydra Cordatus, justo antes de la invasión del Saqueador a través de la Puerta de Cadia.

Habló de semanas de bombardeo constante, de tanques y de titanes y de los cánceres letales con los que la traición rastrera había infectado a los hombres y mujeres de su regimiento. Pero además habló de un noble coraje. Habló de un guerrero llamado Eshara, un marine espacial del capítulo de los Puños Imperiales, y del sacrificio que él y sus hombres habían hecho ante la Puerta Valedictoria. Uriel sintió un fiero orgullo en lo más profundo de su interior al pensar en un noble guerrero luchando contra fuerzas superiores y deseó haber conocido a un héroe tan valiente.

Sin embargo, la historia no tenía un final feliz. Al final, los Guerreros de Hierro tomaron la ciudadela antes de que pudieran llegar los refuerzos imperiales, y Leonid lloró mientras explicaba la brutal carnicería que tuvo lugar tras la caída final.

—Fue una pesadilla —dijo Leonid—. No tuvieron ninguna piedad.

—Los Guerreros de Hierro sirven a los Poderes Siniestros —dijo Uriel —. No conocen el significado de esa palabra.

—El capitán Eshara nos consiguió algo de tiempo, pero no fue suficiente.

La caverna situada debajo era demasiado grande y había demasiada simiente genética para destruir. Nosotros…

—Espera —lo interrumpió Uriel—. ¿Simiente genética? ¿Había simiente genética de los marines espaciales debajo de tu ciudadela?

—Sí —asintió Leonid—. Un magos Adeptus Mechánicus me dijo que era uno de los pocos sitios en la galaxia donde se podía almacenar. El herrero forjador Honsou la robó y la trajo a este mundo junto con los esclavos que tomó para las forjas al final de la batalla.

—¿Quién es Honsou? —preguntó Pasanius.

—Es el señor de la guerra que habita en la fortaleza que visteis cuando entrasteis en el valle —dijo Ardaric Vaanes.

—¿Es la fortaleza de Honsou la que está sitiada? —dijo Uriel, incapaz de disimular su interés.

—Sí —confirmó Vaanes, acercándose para unirse a la conversación y poniéndose en cuclillas—. ¿Por qué estáis tan interesados en Honsou?

—Tenemos que entrar en esa fortaleza.

Vaanes se echó a reír.

—Entonces sí que estáis aquí en un juramento de muerte. ¿Por qué necesitáis entrar en la fortaleza de Honsou?

Uriel hizo una pausa, no muy seguro de cuánto podía confiar en Vaanes, pero se dio cuenta de que no tenía elección.

—A nuestro bibliotecario jefe le fue concedida una visión por el Emperador, una visión de Medrengard y de unas criaturas matriz demoníacas e hinchadas llamadas daemonculati dando a luz a marines espaciales degradados y corruptos. Estamos aquí para destruirlas, y creo que lo que nos ha traído a este lugar ha sido algo más que una mera casualidad.

—¿Por qué? —preguntó Vaanes.

—¿Puede ser una coincidencia que este Honsou haya vuelto aquí con una cantidad de simiente genética para esas daemonculati y que lo averigüemos por boca de un hombre que estuvo allí para ver cómo se la llevaba?

Vaanes miró a Ellard y Leonid de arriba abajo.

—Me preguntaba por qué no os dejé para que murierais con los demás esclavos en el Daemonium Omphalos. Tal vez fuera otra cosa distinta a la curiosidad lo que detuviera mi mano.

Uriel se sobresaltó.

—¿Conoces el Daemonium Omphalos?

—Por supuesto —dijo Vaanes—. Hay pocos en Medrengard que no lo conozcan. ¿Cómo es que lo conocéis vosotros?

—Nos ha traído aquí —dijo Pasanius—. Apareció en nuestra nave cuando hicimos la transición al immaterium. Mató a todo el mundo y luego

nos trajo aquí.

—¿Viajasteis voluntariamente en el Daemonium Omphalos? —dijo Vaanes, horrorizado.

—Por supuesto que no —replicó Uriel—. Sus criaturas demoníacas nos dominaron.

—Los sarcomatas… —asintió Vaanes.

—Sí, entonces el gigante de hierro que está dentro de la máquina demoníaca nos trajo aquí.

—¿El gigante de hierro? —preguntó Leonid—. ¿El Carnicero?

—¿El Carnicero? No, dijo que sólo lucía la carne del Carnicero, que era la voluntad del Daemonium Omphalos la que mandaba.

—¡Entonces el demonio está libre! —dijo en voz baja Vaanes.

—Pero ¿qué es? —preguntó Uriel.

—Nadie lo sabe con seguridad —comenzó a decir un marine espacial de piel cetrina de cierta edad que vestía una armadura de color rojo oscuro y hueso, con una cabeza de cuervo sobre la hombrera—. Pero hay muchos relatos, ya lo creo, relatos de sobra.

—¿Y te importaría compartir alguno de ellos? —preguntó Vaanes, impaciente.

—Estaba a punto —gruñó el marine espacial—, si me dejas hablar.

El marine espacial se volvió hacia Uriel.

—Soy Seraphys, de los Cuervos de Sangre y serví en el Librarium de mi capítulo durante unos años antes de mi desgracia. Una de las grandes motivaciones de mi capítulo es la búsqueda del conocimiento siniestro y del saber prohibido, y durante milenios de nuestra existencia hemos descubierto mucho, y todo ello fue reunido en la fortaleza de nuestro capítulo.

—¿Tu capítulo conocía el Daemonium Omphalos?

—Ya lo creo. De hecho, ha sido una fuente de especial interés para muchos de nuestros maestros del secreto. Durante siglos he leído mucho sobre esa entidad demoníaca, y aunque buena parte de lo que se ha dicho creo que es falso, hay algunas cosas que intuyo que pueden ser verdad. Se ha dicho que fue un antiguo y poderoso príncipe demoníaco, un sirviente del Dios de la Sangre que sólo vivía para la matanza. Los cráneos que apiló

ante su maestro de la oscuridad fueron legión, pero una criatura siempre lo superó, uno de los avatares favoritos del Dios de la Sangre, un demonio conocido como el Corazón de Sangre. Es tan terrible que se dice que tiene el poder de convocar tormentas de sangre y extraer el fluido vital de sus víctimas sin siquiera tocarles la carne con la espada.

Tanto Uriel y Pasanius se sobresaltaron mientras Seraphys continuaba.

—Este avatar era un demonio de habilidad letal que se forjó una armadura en la que vertió toda su malicia, todo su odio y todo su ingenio, y que hacía que los golpes de sus enemigos se volvieran contra ellos.

—¿Qué ocurrió con esos demonios? —dijo Uriel.

Seraphys se inclinó sobre ellos, entusiasmándose con el relato.

—Algunos cuentan que libraron una gran batalla que rompió en pedazos la misma estructura del universo, lanzando los restos por todo el firmamento y así es como nacieron las galaxias y los planetas. Otros dicen que el avatar del Dios de la Sangre fue más listo que el Daemonium Omphalos y lo atrapó dentro del salvaje corazón de una poderosa máquina demoníaca vinculada al servicio de los Guerreros de Hierro, convirtiéndose en el temible carro del Carnicero, para sufrir siempre por su deseo de venganza.

—Entonces, ¿cómo es que está libre?

—Ah, bueno, eso no lo cuentan las antiguas leyendas —dijo Seraphys con expresión triste.

—Creo que lo sé —dijo Leonid.

—¿Tú? —dijo Seraphys—. ¿Cómo puede saber de esas cosas un humilde guardia?

Leonid hizo caso omiso del tono condescendiente del Cuervo de Sangre.

—Tal vez porque cuando Ardaric Vaanes y sus guerreros nos liberaron de nuestro cautiverio fuimos capaces de derrotar al Carnicero y de meterlo en la caldera de la máquina demoníaca. Pensamos que lo habíamos destruido.

—Pero todo lo que hizo fue liberar al demonio en el interior de la caldera para tomar la carne del Carnicero por sí mismo —dijo Vaanes.

—¿Alguien sabe qué pasó con el rival del Daemonium Omphalos, el avatar? —preguntó el sargento Ellard dubitativamente.

—No hay nada en los relatos que he leído sobre su último destino —dijo Seraphys—. ¿Por qué?

—Porque creo que lo he visto.

—¿Qué? ¿Cuándo? —preguntó Leonid.

—En Hydra Cordatus —explicó Ellard—. Señor, ¿recuerda las historias que circularon cuando cayó el bastión Mori?

—Sí —asintió Leonid—. Locuras, desvarios sobre un guerrero gigante que mataba a todos en el bastión sólo con la voz y un remolino que… se alimentaba con sangre.

Para entonces se había reunido un grupo de tamaño considerable para escuchar aquellos relatos, y a nadie se le escapó la sincronía de esas revelaciones.

Ellard asintió con la cabeza.

—Yo también lo vi, pero… no dije nada. Pensé que seguro que me sancionarían si decía lo que había visto.

—No nos tengas en suspense, sargento, ¿qué le ocurrió? —le preguntó Vaanes.

—No lo sé seguro —dijo Ellard—, pero cuando mató al bibliotecario Corwin abrió algún tipo de… puerta… creo. No estoy muy seguro. Fue una especie de cosa negra que pasó y desapareció. Esa fue la última vez que lo vi.

Vaanes se incorporó de su postura en cuclillas.

—Creo que traes problemas, Uriel Ventris de los Ultramarines. Este es un mundo letal, pero podemos sobrevivir aquí. Robamos lo que nos hace falta a los guerreros de hierro y ellos, a cambio, nos intentan cazar. Es un buen juego, pero creo que vuestra llegada a Medrengard ha desequilibrado ese juego.

—Entonces tal vez sea una buena cosa —apuntó Uriel.

—Yo no apostaría nada por ello —lo avisó Vaanes.

Pasanius se sentó solo en las rocas fuera del blocao, más cansado de lo que nunca recordaba haber estado. Llevaba despierto… ¿días?, ¿semanas? No podría decirlo, pero sabía que era mucho tiempo. El cielo que tenían encima seguía siendo de ese maldito color blanco. ¿Cómo podía nadie vivir en un mundo como ese, donde no había cambio alguno para marcar el paso del tiempo? Era algo que no entendía. La aplastante monotonía de un panorama tan desolador le producía ganas de llorar.

Extendió los brazos ante el pecho, girando ambas manos delante de la cara. El guantelete izquierdo estaba rajado y lleno de marcas, destrozado por el ascenso continuo sobre las rocas cortantes como cuchillas, pero el derecho estaba tan inmaculado como el día que le fue injertado en la carne y hueso del codo. Hasta ese momento había sido capaz de ocultar a sus hermanos de batalla su habilidad única para repararse solo, pero sabía que era solamente una cuestión de tiempo que se conocieran sus poderes milagrosos. Pasanius golpeó el suelo con el puño, pulverizando un cráter de la roca y destrozándose los dedos, pero lo siguiente que vio con gran disgusto fue cómo se recomponían ellos solos una vez más.

La vergüenza que sentía por tener que esconder tal maldad a sus hermanos era algo casi imposible de soportar, y la mera idea de defraudar a Uriel lo aterrorizaba. Sin embargo, admitir dicha debilidad era una deshonra similar, y el sentimiento de culpa que le causaba este secreto le había abierto un agujero en el corazón que no podía olvidar.

No le quedaba duda alguna de que había sido bajo la superficie de Pavonis, enfrentándose al antiguo dios estelar conocido como el Portador de la Noche, donde había sido maldecido. Recordaba el doloroso frío del golpe de su guadaña que le había amputado el brazo, la sensación hormigueante de carne muerta donde antes había tejido vivo. ¿Sería posible que el arma del Portador de la Noche le hubiera transmitido algún tipo de corrupción y que su cuerpo se hubiera infectado con esa horrible enfermedad?

Los adeptos de Pavonis le habían proporcionado rápidamente un nuevo brazo, el mejor que su mundo podía facilitar, para que se lo recolocaran el

tecnomarine Harkus y el apotecario Selenus. Nunca se había sentido cómodo con la idea de un brazo implantado, pero no había sido hasta las batallas a bordo del Muerte de la Virtud cuando comenzó a sospechar que su nueva extremidad escondía algo más de lo que aparentaba a simple vista.

¿Qué crimen había cometido para ser castigado de esta manera? ¿Por qué le había tocado a él una desgracia como esa? No sabía la razón, pero mientras se quitaba el peto de la armadura y sacaba el cuchillo, deseaba pagar por ello con sangre.

Uriel se acostó e intentó dormir. Sentía los párpados pesados y caídos. Al menos en el blocao había zonas que quedaban fuera de la luz perpetua del cielo muerto donde se podían encontrar el sueño y la oscuridad. Sin embargo, el sueño le estaba resultando difícil de alcanzar, ya que los pensamientos le daban vueltas en profundo desorden dentro de la cabeza.

Uriel estaba seguro ahora de que había algo más en aquella empresa de lo que había pensado inicialmente. Sabía que no debería haberse sorprendido tanto cuando supo que el Corazón de Sangre era algo más que un mero artefacto, ya que los planes de los demonios no eran nunca simples. ¿Serían él y Pasanius parte de alguna elaborada venganza que había planeado el Daemonium Omphalos contra su antiguo rival? Podría ser, pero Uriel juró que no permitiría que lo utilizaran de esa forma. Había en marcha unos planes siniestros y se había producido una confluencia de acontecimientos que los había llevado a ese punto. A pesar de los cambios de su entorno, sentía a algún nivel intelectual que la voluntad del Emperador se estaba cumpliendo a través de su persona.

Entonces, ¿por qué se sentía tan vacío, tan hueco?

Uriel había leído acerca de muchos santos del Imperio y había oído bastantes sermones dados con una oratoria apasionada desde algún púlpito sobre la naturaleza del poder del Emperador, que era como un fuego interior que ardía más intensamente que la estrella más brillante. Sin embargo, Uriel no sentía ese fuego, ninguna luz ardía en el interior de su pecho y nunca se había sentido tan solo.

Los sermones siempre hablaban de los héroes como resplandecientes ejemplos de virtud: puros de corazón, no corrompidos por la duda y limpios de todo engrandecimiento propio.

Teniendo en cuenta esas cualidades, él sabía que no era ningún héroe; era un marginado, alguien a quien le era negado incluso el nombre de su capítulo y que había sido arrojado al interior del Ojo del Terror con renegados y traidores. ¿Dónde estaba la brillante luz del Emperador que debía arder en su interior?

Cambió de posición para intentar ponerse más cómodo sobre el duro suelo de rococemento, de forma que pudiera descansar lo suficiente para continuar hasta la fortaleza. Sabía que las probabilidades de sobrevivir al viaje a la fortaleza de Honsou eran mínimas, pero tal vez hubiera alguna forma de persuadir a aquellos renegados para que se unieran a ellos. Con toda probabilidad morirían todos, pero quién iba a echar de menos a unos seres tan insignificantes como estos.

Cuando se dio la vuelta captó la silueta de un marine espacial en la puerta y cambió su postura para sentarse. Ardaric Vaanes entró y se sentó apoyando la espalda contra la pared situada enfrente de Uriel.

Una fina luz penetraba a través de la puerta y de la leve neblina de polvo que flotaba en el aire donde los pasos de Vaanes la habían levantado. Los dos marines espaciales estuvieron sentados en silencio durante unos largos minutos.

—¿Por qué estáis aquí, Ventris? —dijo al fin Vaanes.

—Ya te lo dije. Estamos aquí para destruir a las daemonculati.

Vaanes asintió con la cabeza.

—Sí, dijisteis eso, pero hay algo más, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Vi la forma en que os mirasteis tú y tu sargento cuando Seraphys mencionó el Corazón de Sangre. Ese nombre tiene algún significado para vosotros, ¿verdad?

—Tal vez lo tenga. ¿Qué hay de malo?

—Como ya dije, creo que oléis a problemas, pero soy incapaz de decidir si es un problema del que quiera formar parte.

—¿Debo fiarme de ti, Vaanes?

—Probablemente no —admitió éste con una sonrisa—. Y otra cosa. He notado que habéis rehuido muy deliberadamente explicar por qué el Daemonium Omphalos hizo lo imposible para traeros aquí.

—Es una criatura demoníaca, ¿quién puede saber cuáles son sus motivos? —dijo Uriel, poco dispuesto a revelar el pacto, aunque fuera un pacto falso, que había hecho con el Daemonium Omphalos.

—Muy oportuno —dijo Vaanes de forma seca—. Pero sigo esperando una respuesta.

—No tengo ninguna que darte.

—Muy bien, guarda tus secretos, Ventris, pero os quiero fuera de aquí cuando hayáis descansado.

Uriel se puso en pie y atravesó la habitación para arrodillarse junto a Vaanes.

—Ya sé que no tienes razón alguna para hacerlo, pero confía en mí. Sé que estamos todos aquí en nombre del Emperador, están pasando demasiadas cosas para que sea todo un accidente. Venid con nosotros, nos podéis servir de ayuda. Tus hombres luchan bien y juntos podremos recuperar nuestro honor.

—¿Recuperar nuestro honor? —dijo Vaanes—. No tengo ningún honor que recuperar, ¿por qué crees que estoy aquí y no con los hermanos de batalla de mi capítulo?

—No lo sé —replicó Uriel—. ¿Por qué? Cuéntamelo.

Vaanes sacudió la cabeza.

—No. Tú y yo no somos lo bastante amigos para compartir esas vergüenzas. Ya es suficiente. No iremos con vosotros. Es una misión suicida.

—¿Hablas por todos? —preguntó secamente Uriel.

—Más o menos.

—¿Y daríais la espalda a un hermano marine espacial que necesita vuestras fuerzas?

—Sí —dijo Vaanes—. Lo haríamos.

Sintiendo una súbita indignación, Uriel se puso en pie y replicó agriamente.

—No debería haber esperado otra cosa de un maldito renegado.

—No te olvides —Vaanes se echó a reír, poniéndose también en pie y dándose la vuelta para irse— de que tú también eres un renegado. Ya no eres un guerrero del Emperador y va siendo hora de que lo aceptes.

Uriel abrió la boca para replicar, pero no dijo nada ya que le vino a la cabeza la última línea del sermón que le había oído dar al capellán Clausel fuera del Templo de la Corrección.

Susurró en voz baja la línea mientras Vaanes dejaba la habitación.

«Debe ponerse un manto blanco sobre el alma para poder rebajarse a luchar entre la inmundicia y a pesar de ello morir como un santo».

Uriel despertó sobresaltado, asustado y desorientado. No era consciente de haberse dormido y le sobrevino una extraña sensación de desubicación cuando se dio cuenta de lo que le rodeaba mientras parpadeaba para desperezarse. Se impulsó para ponerse en pie, repitiendo una oración de agradecimiento por un nuevo día y sintiendo cómo su mente se enfocaba cuando el nodo catalepsiano de su cerebro volvió a despertar todas sus funciones cognitivas.

El nodo catalepsiano «desenchufaba» zonas del cerebro de forma secuencial, permitiendo que un marine espacial se quedara dormido y permaneciera despierto al mismo tiempo gracias a la influencia que ejercía sobre los ritmos circadianos del sueño y la respuesta de su cuerpo a la privación del sueño. Dicho proceso no reemplazaba por completo al sueño normal, pero permitía que el marine espacial continuara percibiendo su entorno mientras descansaba.

Se pasó una mano por el cabello y salió de la habitación en sombras cuando olió el suculento aroma de comida caliente. Entró en la cámara principal del blocao, donde reinaba la misma luz apagada que penetraba por las troneras y estaban reunidos varios grupos de marines espaciales alrededor de un fuego en el que burbujeaba una olla con una espesa papilla

que recordaba las gachas de avena. En el mejor de los casos era una comida pobre, pero en aquel momento era tan apetecible como el bocado más tierno de jabalí asado.

Varias figuras estaban tumbadas por toda la cámara. Los marines espaciales descansaban. Leonid y Ellard estaban durmiendo debajo de las troneras y utilizando sus rifles como almohadas.

—Diría «buenos días», pero ésas no son palabras que se puedan usar en este mundo —dijo Ardaric Vaanes, sirviendo una cucharada de gachas en un tosco cuenco de metal gastado por el uso y dándoselo a Uriel—. No es gran cosa, sólo unos paquetes de racionamiento robados y estirados para que duren.

—Está bien. Gracias —dijo Uriel, aceptando el cuenco y sentándose junto a Pasanius, que lo saludó con un movimiento de cabeza mientras se llevaba una cucharada de la papilla grisácea a la boca—. ¿No te preocupa que alguien vea el humo del fuego?

—¿En Medrengard? No, las columnas de humo no son nada inusual en este planeta.

—No, supongo que no —dijo Uriel con la boca llena.

Las gachas eran poco espesas y podía notar los nutrientes aguados, una papilla que apenas engañaría al hambre y que difícilmente serviría de alimento. Aun así, tenía más sabor que la pasta reciclada que le proporcionaba la armadura.

—¿Has pensado algo más acerca de lo que te pedí? —dijo Uriel, acabando el cuenco de gachas y colocándolo a su lado.

—Sí —asintió Vaanes.

—¿Y?

—Me intrigas, Ventris. Hay algo en ti que no es lo que parece, pero que me aspen si sé qué. Dices que estás aquí para cumplir un juramento de muerte, y te creo. Pero hay algo más que no me estás contando y me temo que será la muerte de todos nosotros.

—Tienes razón —dijo Uriel, viendo que no tenía otra elección que contra estos renegados la verdad—. Hay algo más y te lo voy a contar todo. Reúne a tus guerreros fuera y os lo explicaré con detalle.

Vaanes entrecerró los ojos, temiendo dejar a Uriel hablar directamente con sus hombres, pero se dio cuenta de que no podía negarse.

—Muy bien. Oigamos lo que tienes que decir.

Uriel asintió y siguió a Vaanes y a sus hombres en el aire en calma bajo la intensa luz del sol negro. Los marines espaciales salieron en fila del blocao y descendieron de sus puestos en los picos que rodeaban las instalaciones del bunker a medida que los llamaban. Bostezando y parpadeando, Leonid y Ellard salieron a la claridad del valle con los rifles láser apoyados sobre los hombros.

Vaanes habló cuando se juntó toda la banda de guerreros renegados, unos treinta marines espaciales de diversos capítulos.

—Es tu turno, Ventris.

Uriel respiró profundamente al tiempo que Pasanius le hablaba en susurros.

—¿Estás seguro de que esto es sensato?

—No tenemos elección, amigo mío —le contestó Uriel—. Tiene que ser de esta manera.

Pasanius se encogió de hombros mientras Uriel se acercaba al centro del círculo que formaban los marines espaciales y empezaba a hablar con voz alta y clara.

—Me llamo Uriel Ventris y hasta hace muy poco fui capitán de los Ultramarines. Mandaba la cuarta compañía y Pasanius era mi sargento. Fuimos expulsados de nuestro capítulo por no respetar el Codex Astartes, y para nuestros hermanos ya no somos ultramarines.

Uriel recorrió con la vista el círculo de guerreros y elevó la voz.

—Ya no somos ultramarines, pero seguimos siendo marines espaciales, guerreros del Emperador, y seguiremos siéndolo hasta el día de nuestra muerte. ¡Como tú, y tú, y tú!

Uriel señaló con el puño a los marines espaciales que estaban alrededor del círculo mientras hablaba.

—No sé por qué estáis aquí todos vosotros, qué circunstancias os alejaron de vuestro capítulo y os trajeron a este lugar, y tampoco necesito

saberlo. Pero os ofrezco una oportunidad para recuperar vuestro honor, para demostrar que sois verdaderos guerreros.

—¿Qué es lo que nos estás pidiendo? —dijo un inmenso marine espacial con los distintivos de los Puños Carmesíes y poseedor de un cráneo marcado y afeitado.

—¿Cómo te llamas, hermano?

—Kyama Shae —dijo el puño carmesí.

—Te estoy pidiendo que te unas a nuestra empresa, hermano Shae —dijo Uriel—. Infiltrarnos en la fortaleza de Honsou y destruir a las daemonculati. Algunos de vosotros ya lo sabéis, pero hay algo más. El Daemonium Omphalos, el demonio que nos trajo aquí, lo hizo por una razón. Nos habló del Corazón de Sangre y nos dijo que reside en el interior de las cámaras secretas de la fortaleza de Honsou.

Una oleada de murmullos de horrorizada sorpresa recorrió el círculo mientras Uriel continuaba hablando.

—Nos encargó que consiguiéramos el Corazón de Sangre para él y aceptamos.

—¡Traidores! —exclamó un cónsul blanco—. ¡Os habéis asociado con los demonios!

Pasanius se puso en pie súbitamente.

—¡Jamás! ¡Vuelve a decir algo así y te mataré!

Uriel se interpuso entre los dos marines espaciales.

—Aceptamos porque nuestros mundos natales estaban amenazados con la destrucción, hermano, pero no temas, no tenemos ninguna intención de cumplir ese acuerdo. Cuando encuentre ese Corazón de Sangre en la fortaleza, lo destruiré. Tienes mi palabra de que lo haré.

—¿Por qué debemos fiarnos de vosotros? —preguntó Vaanes.

—Sólo te puedo dar mi palabra, Vaanes, pero piénsalo. El señor de la guerra Honsou acaba de volver de una campaña y tiene un cargamento de simiente genética robada. ¿Para qué creéis que lo está utilizando? ¿Cómo pensáis que están produciendo las daemonculati esas abominaciones que acaban de nacer? Con una cantidad suficiente de semilla genética, Honsou puede crear cientos, tal vez incluso miles de nuevos guerreros para sus

ejércitos. Pronto vendrán a destruiros. Lo sabéis. ¿Así que por qué no les atacamos ahora antes de que ellos sean capaces de hacerlo?

Uriel se dio cuenta de que los marines espaciales lo estaban escuchando con atención y continuó.

—Decís que la razón última de todo lo que hacéis es perjudicar a los guerreros de hierro. Bien, ¿qué les va a doler más que esto, que les destruyan a sus nuevos guerreros antes de que puedan luchar? Como poco, podemos causar tanto sufrimiento a los guerreros de hierro que tardarán mucho en olvidarnos. ¡Si tenemos que morir aquí, que sea al menos recuperando nuestro honor!

—¿Para qué diablos sirve el honor si estamos todos muertos? —preguntó Vaanes.

—Muerte y honor —dijo Uriel—. Si una cosa trae la otra, entonces es una buena muerte.

—Eso es fácil de decir, Ventris.

Uriel sacudió la cabeza.

—No, Vaanes, no lo es. ¿Crees que quiero morir? No quiero morir. Lo que quiero es vivir durante mucho tiempo y llevar la muerte a mis enemigos durante muchos años, pero si tengo que morir, no puedo pensar una forma mejor que luchando por una causa noble junto a mis hermanos marines espaciales.

—¿Noble? ¿A quién crees que le importa? —replicó bruscamente Vaanes—. Si morimos en esta misión suicida tuya, ¿qué importancia va a tener todo esto? ¿Quién va a saber algo de tu precioso honor?

—Yo —dijo Uriel con voz suave—. Y eso será suficiente.

Se hizo el silencio y Uriel sintió que los marines espaciales renegados se debatían entre mantener el *statu quo* de su existencia cotidiana y la oportunidad de la reivindicación de su honor. Sin embargo, no podía predecir de qué lado se inclinarían.

Justo cuando ya estaba empezando a creer que nadie haría frente al reto que les había ofrecido, el coronel Leonid y el sargento Ellard se pusieron en pie y cruzaron el círculo hacia él.

Leonid le saludó.

—Lucharemos a su lado, capitán Ventris. De todas maneras, nos estamos muriendo aquí, y si podemos matar unos cuantos guerreros de hierro antes de que eso ocurra, pues mucho mejor.

Uriel sonrió y aceptó la mano de Leonid.

—Eres un hombre valiente, coronel.

—Tal vez —dijo Leonid—. O un hombre que no tiene nada que perder.

—Os doy las gracias a ambos —agregó Uriel al tiempo que el hermano Seraphys se adelantaba también para unirse a ellos.

—Iré contigo, Uriel —dijo Seraphys—. Todo lo que aprenda sobre las maquinaciones de los Poderes Siniestros sólo puede jugar a nuestro favor.

Uriel se lo agradeció con un gesto de la cabeza cuando primero un marine espacial y luego otros se adelantaron para unirse a él. Se fueron incorporando de uno en uno o de dos en dos, hasta que el último de los marines espaciales renegados se pasó al lado de Uriel y Pasanius, salvo Ardaric Vaanes.

El antiguo marine espacial del capítulo de la Guardia del Cuervo se rio entre dientes.

—Eres bueno con las palabras, Ventris, te concedo eso.

—¡Únete a nosotros, Vaanes! —lo apremió Uriel—. Aprovecha esta oportunidad para recuperar tu honor. ¡Recuerda quién eres, para qué fuiste creado!

Vaanes se puso en pie y se acercó a Uriel.

—Eso lo sé muy bien, Ventris.

—¡Entonces únete a nosotros!

El renegado suspiró, lanzando una mirada alrededor de las ruinas del búnker que había llamado su hogar y a los marines espaciales que ahora estaban junto a Uriel.

—Muy bien, te ayudaré a entrar en la fortaleza, pero no voy a hacer que me maten para ayudarte a cumplir tu juramento de muerte. Siempre y cuando entiendas eso…

—Lo entiendo —le aseguró Uriel.

Vaanes sonrió de repente y negó con la cabeza.

—Maldita sea, sabía que traerías problemas…



NUEVE

La banda de guerreros reunió las armas y el equipo, imbuidos de una nueva motivación mientras se preparaban para dejar el santuario. Uriel limpió la armadura lo mejor que pudo y se arrodilló para dar gracias a su equipo de combate, colocando el arma y la espada ante él y pidiéndoles que lo ayudaran a cumplir las órdenes del Emperador.

Pasanius rellenó su lanzallamas con el último promethium que quedaba, y aunque le doliera, sabía que iba a tener que abandonarlo pronto. Una arma sin munición no era una arma.

Por fin estuvieron preparados y Uriel abrió el camino con gesto de orgullo al variopinto grupo de marines espaciales dejando atrás los ruinosos búnkers y en dirección a la entrada del sombrío valle. Ardaric Vaanes marchaba a su lado.

—¿Te das cuenta de que probablemente nos vas a matar a todos y cada uno de nosotros?

—Esa es otra posibilidad —admitió Uriel.

—Bien, sólo quería asegurarme de que lo sabías.

El cielo se oscurecía cuando llegaron al final del valle, una oscuridad nada natural de bajas y amenazadoras nubes de humo. Por un instante, Uriel se preguntó si habría una cosa a la que se pudiera llamar clima en Medrengard, pero en seguida desechó la idea. ¿Qué necesidad tenían los guerreros de hierro del clima? En este sitio nada crecía o necesitaba nutrientes del cielo.

Delante de ellos tenían su destino final, y ahora que Uriel lo veía con claridad, comprendió la afirmación de Vaanes de que intentar introducirse en las defensas de una plaza fuerte como ésta era una misión suicida.

La fortaleza de Honsou era un colmillo negro de pesadilla que se elevaba hacia el cielo, torres de ébano de piedra manchada de sangre que atravesaban las nubes de ceniza y donde chisporroteaban oscuros relámpagos. Las torres y las salas abovedadas de la fortaleza estaban rodeadas de bastiones plagados de cicatrices que tenían muros de cientos de metros de altura. Los niveles superiores resistían inmaculados al asedio del ejército que tenían a sus pies, pero los confines inferiores eran un infierno de llamas y guerra repleto de cráteres. Una neblina de poderosas energías

rodeaba la fortaleza como si ésta no fuera totalmente real. Uriel tenía que parpadear para mitigar el escozor de la humedad que se le formaba en los ojos si se quedaba mirando demasiado tiempo su demencial arquitectura.

El rugido de las poderosas máquinas resonaba en la misma tierra, y el rítmico tamborileo de los martillos sonaba como el latido de un monstruoso corazón mecánico. Los ejércitos de los atacantes de Honsou estaban desplegados alrededor de la fortaleza como una infestación de hongos malignos que se extendía en líneas irregulares de circunvalación y en zapas de aproximación que serpenteaban entre las estribaciones de la fortaleza y que finalizaban en paralelas fuertemente fortificadas y salpicadas de enormes búnkers y reductos. Los estallidos de las explosiones envolvían la fortaleza, y la llanura situada ante ella brillaba de forma intermitente con los constantes fogonazos de los monstruosos cañones y obuses.

A kilómetros de distancia se estaba construyendo una enorme rampa que permitiría el acceso de los tanques pesados y titanes a los niveles superiores de la fortaleza. Uriel vio que la llanura hervía con millones de guerreros. Se habían construido extensos campamentos y ciudades enteras para dar cabida a los soldados, pero no conseguía comprender cómo iban a conseguir pasar a través de tantos enemigos para alcanzar la fortaleza.

—¿Has cambiado de opinión? —preguntó Vaanes.

—No —dijo Uriel.

—¿Seguro?

—Estoy seguro, Vaanes. Podemos hacerlo. No será fácil, pero podemos hacerlo.

Vaanes no parecía convencido, pero señaló el punto donde se estrechaba la meseta para convertirse en un corte casi vertical en la roca que tallaba un camino por el flanco de la montaña.

—Ese es el camino que conduce a la llanura que tenemos ahí abajo. Es empinado, muy empinado, y si caes, estás muerto.

—¿Cómo demonios se supone que vamos a bajar por ahí? —dijo en voz baja Leonid.

—Con mucho cuidado —dijo Vaanes—. Así que no te caigas.

—Eso para ti está muy bien —dijo Ellard, colocándose el rifle en bandolera y dirigiéndose al camino—. ¡Si caes, tienes un retrorreactor!

—¿Qué? ¿Quieres que anuncie a todos nuestra presencia? —replicó Vaanes.

Uriel siguió al renegado y lo invadió una mareante sensación de vértigo cuando vio la ruta que iban a emprender.

La llanura estaba a miles de metros por debajo de su posición, y las cascadas humeantes de metal fundido salpicaban su recorrido por los canales de basalto hacia unos brillantes lagos de color naranja situados abajo.

—Tienes que bajar de cara a la roca —explicó Vaanes—. Avanzando poco a poco por el camino, apenas medio metro, y metiendo los dedos en las grietas de la roca para agarrarte.

Con mucho cuidado fue progresando poco a poco por el camino, inclinándose sobre la roca y deslizándose lateralmente hacia abajo.

Uriel fue el siguiente, agarrándose a la roca y moviéndose con sumo cuidado por el estrecho camino. Mantenía su peso hacia adelante, sabedor de que cualquier descompensación del equilibrio lo haría caer en picado miles de metros hasta la muerte. El viento frío le azotaba y podía sentir los latidos del corazón como martillazos en el pecho.

Continuó su lento avance, siguiendo el ejemplo de Vaanes y procurando utilizar los mismos sitios para agarrarse siempre que podía. Tras unas pocas horas, los músculos le dolían y los dedos le quemaban a causa de la fatiga, y apenas estaban a mitad de camino. Le faltaba el aire, jadeaba con intensidad y era todo lo que podía hacer para no mirar hacia abajo.

Avanzaban y arrastraban los pies palmo a palmo lateralmente hasta que llegaron a un punto donde la pendiente se hacía menor y era posible descender directamente en vertical una corta distancia.

Cuando Uriel llegó a una estrecha cornisa, flexionó los dedos y vio que las almohadillas con relieve de sus guanteletes estaban rajadas e inservibles.

Los brazos le pesaban como el plomo y esperaba tener fuerzas para llegar al fondo. Con un poco más de espacio para maniobrar sobre la

cornisa, se dio la vuelta con cuidado y contempló las terroríficas dimensiones del asedio que estaba teniendo lugar allí abajo.

¿Qué habría provocado el sitio? ¿Sería algún conflicto mortífero para ambos o la carnicería que estaba teniendo lugar allí abajo tendría algún otro propósito? ¿Tendrían los atacantes conocimiento del Corazón de Sangre o de las daemonculati?

Suponía que no importaba la razón de la guerra entre los seguidores de los Poderes Oscuros; cuanto más se mataran entre ellos, menos quedarían para atacar los dominios del Emperador.

Un grito de sorpresa lo sacó bruscamente de sus pensamientos y echó un vistazo hacia arriba justo a tiempo para ver cómo caía una lluvia de piedras dando rápidos botes por la ladera, seguida muy de cerca por el coronel Leonid, que gritaba aterrorizado mientras bajaba dando volteretas.

Uriel se apretó todo lo que pudo contra la cara de la roca y se inclinó peligrosamente hacia un lado cuando Leonid pasó cayendo en picado por su lado.

Cerró los dedos sobre la chaqueta del uniforme de Leonid y apretó los dientes agarrándose fuertemente a las rocas, ya que el peso del coronel amenazaba con tirar a ambos de la cornisa. Bajo circunstancias normales, Uriel no habría tenido ningún problema en atrapar así a Leonid, pero en equilibrio sobre el borde de un saliente de roca que se deshacía podía sentir cómo era arrastrado hacia el desfiladero cuando sus dedos desesperados resbalaban de la efímera presa que habían hecho.

—¡No puedo aguantar! —gritó. El borde de la cornisa se deshacía, y tierra y pequeñas piedras caían formando espirales hasta la llanura que estaba tan lejos bajo sus pies.

—¡No me sueltes! —gritó Leonid—. ¡Por favor!

Uriel se esforzaba por aguantar, pero sabía que no podría. ¿Debía soltarlo? Seguramente la presencia o la ausencia de Leonid no afectarían a su misión. Era un hombre normal entre marines espaciales, no había mucho que pudiera aportar.

Sin embargo, antes de que pudiera soltarlo, sintió que una mano lo agarraba por la hombrera y tiraba de él. Por encima de ellos, el sargento

Ellard lo había agarrado por la armadura y se esforzaba por tirar de él. Uriel era demasiado pesado para él, pero la fuerza de Ellard era prodigiosa y sostuvo a Uriel el tiempo suficiente para que éste pudiera agarrar mejor a Leonid y recuperar el equilibrio. Centímetro a centímetro, Uriel se fue colocando en la parte más firme de la cornisa y logró depositar a Leonid en la ladera.

El coronel estaba hiperventilando, con la cara pálida por el terror.

—Ahora estás seguro, Mikhail —dijo Uriel, utilizando de forma deliberada el nombre de pila del coronel.

Leonid tomó unas grandes bocanadas de aire, apartando la vista del corte que tenía a su espalda. El cuerpo le temblaba, pero logró contestarle.

—Gracias.

Uriel no le respondió, pero alzó la vista para ver al sargento Ellard sin aliento y agarrado a la cara de la roca con lo que parecían las uñas. Uriel le hizo un gesto con la cabeza con todo respeto, y aquél le devolvió el gesto.

—Señor, ¿puede continuar? —preguntó Ellard.

—Sí… —dijo Leonid respirando con dificultad—. Estoy bien, sólo dame un par de minutos.

Los tres esperaron el tiempo suficiente para reunir el coraje necesario para continuar el descenso, Uriel por delante y Ellard cerrando la marcha. Los pasos del coronel eran dubitativos e inseguros al principio, pero la confianza fue volviendo a él y no tuvo más sobresaltos.

El descenso por las montañas se difuminó en una dolorosa serie de estampas: recorridos por puntales de roca terroríficamente estrechos y caídas estremecedoras sobre cornisas fragmentadas. Uriel continuó bajando por la ladera de la montaña, apretándose contra la roca hasta que sintió cómo alguien le tocaba el hombro y miró alrededor para encontrarse con que había alcanzado la base del corte de la roca, que estaba en una ancha pendiente de cenizas y trozos de hierro. Una masa revuelta de tierra desmenuzada descendía suavemente a la oscura llanura que se extendía por debajo de ellos.

El grupo de guerreros se había desperdigado, exhaustos tras el descenso. Uriel alzó la vista para ver cómo Leonid y Ellard completaban la bajada. Su

admiración por su resistencia y coraje se disparó, al igual que su vergüenza cuando recordó que había pensado en dejar caer a Leonid.

Ardaric Vaanes se acercó a él.

—Lo conseguiste.

—Tenías razón —dijo Uriel—. No ha sido fácil.

—No, pero aquí estamos todos. ¿Ahora qué?

Esa era una buena pregunta. Todavía quedaban muchos kilómetros hasta la fortaleza y Uriel no podía ni aventurar el número de soldados enemigos que se encontraban entre ellos y los niveles inferiores de la misma. Reconoció el terreno que tenía debajo de él, identificando un montón de cuadrillas de trabajo y máquinas para mover el terreno que transportaban centenares de toneladas de tierra para construir la rampa que conduciría a la fortaleza. Un lago sibilante de metal fundido se concentraba en la base de la ladera, bañándolo todo con un infernal brillo anaranjado, y flotaba en el aire el rumor de las máquinas y voces soltando maldiciones procedentes de las obras.

—Sabes de sobra que avanzar entre tantos soldados es completamente imposible. Aunque la mayoría sean tan sólo humanos.

—Lo sé —replicó Uriel echando un vistazo a los enormes volquetes de transporte de tierra—. Pero quizá no necesitemos hacerlo.

El calor que irradiaba el lago de metal fundido era sofocante y llenaba el aire de humos fétidos que hacían difícil y doloroso respirar. Uriel se movió con cautela alrededor de un montón de láminas de acero apiladas y esperó a que pasara arrastrándose la última cuadrilla de trabajadores, encadenados unos a otros por el cuello y vestidos con asquerosos harapos. Los sirvientes de los guerreros de hierro, vestidos con trajes de vacío estancos, lanzaban gorgoteantes gritos a los esclavos, golpeándolos y azotándolos a placer.

El rugido de los pesados volquetes de transporte y las explosiones de las armas de fuego cubrían la aproximación de los marines espaciales desde la parte baja de las laderas de la montaña, y la oscuridad que producían las nubes de humo los ayudaba en su labor de llegar al lugar de las obras sin ser

observados. Las enormes máquinas eran más grandes que el mayor tanque superpesado que Uriel hubiera visto en su vida, y estaban controladas por una cabina montada a gran altura sobre una inmensa unidad motriz provista de orugas que tiraba de un enorme contenedor sobre ruedas que tenían el diámetro de tres hombres de estatura elevada.

Cargados con toneladas de tierra y rocas, ascendían la majestuosa rampa antes de depositar su carga sobre el terraplén frontal y luego daban la vuelta para deshacer su camino y volver a cargar. Aunque ya se habían utilizado millones de toneladas de tierra, la rampa apenas llegaba a mitad de camino de los niveles superiores de la fortaleza. Uriel contemplaba cómo se aproximaba un trío de volquetes de transporte al pie de la rampa, y se volvió a Pasanius.

—Ya se acercan —susurró por medio de la unidad de comunicaciones de su armadura.

—Ya los veo —confirmó Vaanes.

Uriel vio a Vaanes al otro lado de las obras escalando el lateral de la rampa, ganando altura desde la que pudiera utilizar su retrorreactor para obtener un mayor efecto. Otros marines espaciales estaban preparados esperando la orden de ataque.

El primero de los volquetes de transporte completó su amplio giro y llegó al suelo para penetrar en el humo en busca de más tierra. Uriel se mordía el labio en su nerviosa espera.

—El segundo ya casi ha dado la vuelta —dijo Pasanius. Uriel podía sentir la tensión de la espera en la voz del sargento.

—Sí —asintió—. ¿Listo?

—Como nunca.

—En momentos como este, desearía que Idaeus estuviera todavía aquí —dijo Uriel.

Pasanius sonrió.

—Este ataque sería justo lo que le gustaba.

—¿Qué? ¿Sin ninguna probabilidad y sin poder acudir al Codex Astartes?

—Exacto —dijo Pasanius, señalando con la cabeza en la dirección de la rampa—. El último ya ha llegado abajo.

Uriel volvió a mirar al volquete de transporte mientras describía un amplio arco a los pies de la rampa y giraba hacia la fortaleza. Cuando la cabina salió de la curva y se enderezó pero el gran remolque todavía seguía en plena curva, se puso en pie.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritó por la línea de comunicación y echó a correr al espacio abierto.

Varios grupos separados de esclavos alzaron la vista para mirarlos mientras corrían hacia la formidable máquina, aunque no les prestaron más atención. De cerca, los volquetes de transporte eran incluso más grandes de lo que parecían a primera vista, unos nueve metros de altura y construidos a base de láminas abolladas de grueso hierro y vigas de bronce. Las ruedas eran sólidas y trazaban surcos profundos en el terreno. Afortunadamente, seguía moviéndose con la suficiente lentitud como para atraparlo, y Uriel se subió de un salto a la escalera de hierro que llevaba hasta la cabina.

Los marines espaciales fueron corriendo junto al volquete de transporte, se encaramaron a los estribos y luego comenzaron a escalar los escarpados laterales del remolque. Uriel ascendió rápidamente por la escalera hasta la plataforma que estaba sujeta al lateral de la cabina del conductor, donde oyó un fuerte golpe de algo aterrizando sobre el techo de la cabina. El metal se rasgó y oyó gritos.

Continuó su escalada y vio cómo se abría de golpe la puerta por encima de él y emergía una criatura vestida con un traje de vacío y arnés de cuero del interior de la cabina. Su placa facial emitió unos chirridos de miedo ásperos y estáticos cuando vio a Uriel, pero éste no le dio tiempo a reaccionar: alargó la mano y lo agarró por el arnés.

Intentó sacar una pistola, pero Uriel tiró con fuerza y lo hizo salir volando y dando vueltas desde la cabina del conductor al suelo. Kyama Shae, el marine espacial del capítulo de los Puños Carmesíes que iba sobre el estribo, disparó al mutante en la cabeza, y los grupos de esclavos apiñados alrededor de esa parte de la rampa aclamaron su muerte.

Uriel subió la escalera y se metió en la cabina del conductor dispuesto a luchar, pero vio que no habría ninguna necesidad. Otras dos criaturas, vestidas con los mismos trajes de vacío negros, como la que Uriel había lanzado al suelo, yacían muertas en sus asientos envolventes, abiertas desde el cuello a la ingle por las cuchillas relámpago de Ardaric Vaanes.

El renegado se sentó dificultosamente ante un panel de control ya que su retrorreactor casi ocupaba toda la cabina. Forcejeó con unas cuantas palancas y un volante gigante situado bajo un gran desgarrón que había en el techo de acero.

—¿Sabes cómo conducir esta cosa?

—No —dijo Uriel—. Pero tampoco puede ser tan difícil.

—Bueno, estamos a punto de descubrirlo —dijo Vaanes.

Uriel limpió con la mano el parabrisas manchado de sangre y miró detenidamente los extremos traseros de los dos volquetes de transporte que tenía enfrente.

—Sólo mantenlo recto e intenta seguir con los dos que tenemos delante todo lo que puedas.

Vaanes asintió, demasiado concentrado en intentar descifrar los mandos del volquete de transporte como para contestar. Uriel lo dejó con ello y saltó a la plataforma que estaba a un lado de la cabina.

Los marines espaciales estaban acercándose por los estribos a las escaleras situadas en los laterales y en la parte trasera del volquete de transporte, intentando llegar arriba para ocultarse en el interior del remolque vacío.

Satisfecho de que pudieran acercarse sin un riego significativo de que los descubrieran, Uriel volvió a trepar hasta la cabina del conductor y arrastró fuera los cuerpos muertos de los conductores mutantes. Los lanzó desde la cabina y los esclavos encadenados en la proximidad del sitio donde cayeron los cuerpos los destrozaron con un desenfreno de satisfacción.

—En realidad no es tan difícil —dijo Vaanes cuando Uriel cerró la puerta al entrar.

—¿No?

—No, un Rhino es más difícil de controlar que esto. Tan sólo es un poco más grande.

—Sólo un poco —bromeó Uriel.

Dejó que Vaanes se pelease con los mandos y se quedó mirando a través del parabrisas las obras que tenían delante, quedándose sin habla ante las dimensiones de la batalla.

Pasaron junto a grandes fosos de artillería; armas enormes, muchas veces más grandes que las piezas de artillería más pesadas de la Guardia Imperial, que lanzaban proyectiles del tamaño de tanques hacia la fortaleza. Distribuidos por todo el campamento había altas torres de las que colgaban cuerpos y búnkers rodeados de pinchos. Habían construido una extensa infraestructura para apoyar el inmenso esfuerzo que suponía la toma de la fortaleza de Honsou. Portentos siniestros y visiones monstruosas los recibían en cada recodo, un sinfín de horrores de un mundo demoníaco en guerra.

Los volquetes de transporte marchaban por carreteras jalonadas por cuerpos colgados, plazas pavimentadas con cráneos donde los dementes desnudos daban brincos alrededor de altos ídolos de los que colgaban entrañas y pilares de hierro que crepitaban con poderosas energías. Vieron a mutantes lanzando esclavos lisiados a estanques burbujeantes de metal fundido, riéndose mientras lo hacían, y Uriel se dio la vuelta. No podía salvarlos a todos, así que no salvaría a ninguno. Le destrozaba el alma permitir que atrocidades como aquéllas quedaran sin castigo, pero estaba empezando a pensar que Vaanes estaba en lo cierto: mejor dejarlos morir que morir intentando salvarlos y fracasar.

A medida que el volquete de transporte devoraba la distancia entre los alrededores del campamento y las líneas de asedio, pasaron por encima de unos grandes puentes de hierro que cruzaban profundas trincheras, a través de kilómetros de alambre de espino y alrededor de profundos pozos que contenían monstruos mecánicos que no dejaban de dar gritos. Unas sombras de grandes extremidades provistas con garras oscilaban a la luz del fuego, y Uriel sintió un estremecimiento de horror del solo pensamiento de posar la vista en unas máquinas demoníacas como estas.

El calor en la cabina era opresivo, pero no se atrevía a abrir la puerta por miedo a que lo descubrieran. Hasta ese momento habían sido capaces de continuar detrás de los otros volquetes de transporte, pero tan pronto como el que iba al frente se desviara de la fortaleza, sólo sería una cuestión de tiempo antes de que descubrieran el ardid.

Los volquetes de transporte continuaron su avance por el campamento de los guerreros de hierro, atravesando grandes poblados de chabolas repletos de soldados vestidos de rojo y fuegos en bidones encendidos. Los soldados cantaban en alabanza a sus señores y disparaban al aire mientras bailaban alrededor de las llamas.

—Estos son los soldados de lord Berossus —dijo Vaanes, señalando un estandarte negro y oro que ondeaba en el límite del campamento.

—¿Y quién es ese? ¿Un rival de Honsou?

—Eso parece. Es el líder de una gran compañía de guerreros de hierro, un vasallo de lord Toramino, uno de los más poderosos señores de la guerra.

—¿Cómo sabes todo esto? —preguntó Uriel.

—Alguna vez hemos hecho prisioneros —contestó Vaanes—. Y no nos importa interrogarlos. Si Berossus está aquí, entonces también está Toramino. Cualquiera que sea la razón para organizar un asedio a la fortaleza de Honsou, debe ser verdaderamente poderosa.

—Tal vez sepan lo que Honsou trajo de Hydra Cordatus y quieran su parte del botín de la victoria.

—¿La semilla genética? Sí, puede que sea eso.

—No podemos dejar que ocurra.

Vaanes se echó a reír.

—No somos más que treinta guerreros y quieres que los derrotemos.

—¿Por qué no? —dijo Uriel—. Somos marines espaciales del Emperador. No hay nada que no podamos hacer.

—No sé por qué, ya que probablemente vas a hacer que me maten, pero me caes bien, Uriel Ventris. Tienes un absurdo sentido de intentar lo imposible que me agrada.

Uriel volvió la vista a las obras del asedio, agradecido por el halago, cuando el volquete que iba primero llegó a un ancho cruce de caminos y

comenzó a describir un amplio giro hacia un inmenso montón de tierra.

—Maldita sea, están girando —dijo Vaanes cuando vio también lo que hacía el volquete.

—Estamos demasiado lejos para llegar a pie —dijo Uriel—. Tenemos por delante regimientos enteros.

—¿En qué piensas?

—¡Acelera! —dijo Uriel—. Sigue directo a la fortaleza y mataremos a todo aquel que se interponga en nuestro camino. Los atropellaremos o les dispararemos, sólo acércanos todo lo que puedas a esa fortaleza.

—¡Lo intentaré! —gritó Vaanes, poniendo la marcha más rápida del volquete de transporte y pisando a tope el acelerador—. No tardaremos en encontrar problemas, así que prepárate para cubrirme.

Uriel asintió con la cabeza y abandonó la cabina del conductor. Llamó a los demás marines espaciales del grupo y los puso al corriente de la situación. Las confirmaciones parpadearon en su visor y Uriel preparó la espada y el bólter mientras el volquete de transporte rugía hacia el cruce. La ruta principal que utilizaban los volquetes de transporte era claramente visible, con su curva a la izquierda, pero en lugar de ralentizar la marcha para hacer el giro, su transporte aumentó la velocidad y siguió de frente, dando saltos bruscos sobre una superficie que no estaba diseñada para un vehículo tan pesado como aquel.

Se alzaron aullidos y gritos de alarma a su paso cuando comenzaron a aplastar tiendas, depósitos y barracas prefabricadas. Los soldados de rojo, esclavos y mutantes se dispersaban ante ellos. Aquellos que no eran lo suficientemente rápidos para escapar de su avance desenfrenado morían aplastados.

Los disparos rebotaban en los laterales del volquete de transporte, pero de forma esporádica y precipitada, por lo que Uriel sabía que no tenían que preocuparse por el fuego de unas armas tan pequeñas. Cuando se corriera la voz por delante de ellos sería cuando tendrían que preocuparse.

En efecto, vio a varios pelotones delante de ellos haciendo girar plataformas de armas pesadas que podrían reducir su vehículo a cenizas.

—¡Guerreros, fuego! —gritó por la línea de comunicaciones.

Los marines espaciales, que habían estado esperando la orden, emergieron de la protección que les ofrecían los laterales del remolque y abrieron fuego. Sus proyectiles bólter barrieron a los artilleros de las dotaciones de armas pesadas e hicieron trizas sus armas. El volquete de transporte penetró en las líneas de trincheras, cavando un tremendo surco a su paso mientras disminuía de velocidad sobre un terreno más blando.

Los soldados saltaron dentro de sus trincheras entre gritos, pero no servían de refugio alguno, ya que el descomunal peso del volquete las aplastó y enterró a un gran número de hombres bajo toneladas de tierra y cascotes. Uriel observaba sin compasión alguna, deleitándose en la destrucción que estaban causando. Disparó su arma contra los soldados, gritando palabras de ánimo a los otros marines espaciales de su grupo a medida que iban matando enemigos.

Alzó la vista a tiempo para ver un brillante destello de luz, y se agachó cuando una enorme explosión hizo temblar el terreno a su lado. El volquete de transporte dio un bandazo y por un momento Uriel estuvo convencido de que volcaría.

Pero el Emperador estaba con ellos y el volquete se estabilizó, golpeando el suelo con una fuerza estremecedora. Uriel se puso en pie y vio varias piezas de artillería apuntando hacia ellos con los cañones a baja altura. Otra explosión hizo impacto a su lado, lanzando una lluvia de escombros y tierra, además de humo, sobre el volquete. Los artilleros estaban buscando la distancia de tiro sin que les importara cuántos de sus hombres morían en la labor, y Uriel sabía que sólo les quedaban unos pocos segundos en el mejor de los casos hasta que una de las armas acertara y los volara en pedazos.

—¡Todo el mundo fuera! —gritó—. ¡Ahora!

Tras dos disparos tan cerca, ninguno de los marines espaciales necesitaba que lo animasen. Treparon por los laterales del volquete de transporte y saltaron del vehículo. Uriel vio a Pasanius cayendo al suelo y echándose a rodar, y abrió de un tirón la cabina del conductor.

—¡Vaanes! ¡Venga, vámonos! —gritó por encima del estruendo del tiroteo y las explosiones.

—¡Vete! —gritó—. ¡Yo voy en seguida!

Uriel asintió y saltó de la plataforma situada fuera de la cabina. Chocó con fuerza contra el suelo y se echó a rodar, derribando a una docena de soldados tan pronto aterrizó. En un instante se puso en pie, golpeando con la espada y echando a correr hacia la montaña. Los disparos levantaron polvo a su alrededor y rebotaron contra su armadura mientras corría.

Vio a Ardaric Vaanes saltando de la cabina del conductor justo cuando el proyectil de una de las armas pesadas por fin alcanzó el volquete de transporte. La sección del motor desapareció en una lengua de fuego y los restos del vehículo siguieron su camino unos pocos segundos antes de chocar contra una valla de alambre de espino y explotar con la fuerza de un grupo de cargas de demolición. Rápidamente siguieron otras explosiones cuando se incendiaron los depósitos de combustible y los proyectiles de asedio tras el gran estallido. Uriel llegó a la conclusión de que Vaanes debía de haber utilizado esos últimos segundos para guiar el volquete hacia un valioso objetivo antes de escapar de la cabina.

La tierra temblaba mientras los proyectiles describían arcos en el cielo y lenguas ardientes de combustible salían disparadas en todas direcciones. Los soldados enemigos se agacharon y echaron a correr en busca de protección en medio del pandemónium de explosiones de proyectiles y columnas ardientes de abrasadoras llamas, pero Uriel y los marines espaciales no pararon de correr.

Por delante de ellos tenían la base de las montañas, donde los ingenieros de Berossus habían instalado sobre la roca unos vastos raíles para un funicular que ascendían hasta los picos más altos de las montañas. Un funicular gigante, bordeado por barandillas de hierro, escalaba los raíles transportando a cientos de soldados de los Guerreros de Hierro hacia la batalla que estaba teniendo lugar arriba.

Miles de soldados se concentraban en la base de la montaña, esperando a que llegara su turno para remontar la ladera y unirse al asalto. El ruido de las explosiones y los disparos no era nada nuevo para ellos, y no se habían percatado todavía de la carga de los marines espaciales a sus espaldas. Uriel

vio a Pasanius y a Vaanes que iban en cabeza y los llamó por la línea de comunicación.

—¡La plataforma de la derecha! —gritó—. Está bajando un vagón vacío. ¡Tenemos que tomarlo!

—Ya lo veo —contestó Vaanes.

Los marines espaciales se abalanzaron como un tren de mercancías sobre los soldados reunidos, matando a muchos de ellos en los primeros instantes del ataque. Fueron abriéndose camino costara lo que costara, acuchillando, cortando y matando todo lo que encontraban en su camino en una orgía de sangre.

Completamente desprevenidos ante aquel ataque, los soldados se esforzaron por apartarse de su camino y Uriel pronto se encontró con una ruta despejada hasta la plataforma. Vaanes llegó allí antes que él y ya se había abierto un espacio ante el vagón de funicular que se estaba aproximando.

Uriel subió los peldaños de dos en dos, mirando por encima del hombro para comprobar que el resto de sus guerreros lo siguieran y manteniendo el cuerpo agachado para evitar lo peor del tiroteo dirigido hacia él. El vagón llegó a la plataforma con un fuerte sonido metálico y, apenas lo había hecho, los marines espaciales se arremolinaron a su alrededor.

El vagón estaba vacío excepto por un servidor de piel gris, fundido con el mecanismo de los mandos, cuya única función parecía ser manejar las palancas que lo hacían subir o bajar la montaña. Uriel y Pasanius, junto con Kyama Shae, se colocaron en el borde de la plataforma y abrieron fuego contra los soldados enemigos que se acercaban, quienes, después de la sorpresa, respondieron al ataque.

—¡Ventris! —gritó Vaanes—. ¡Vamos, el funicular se está marchando!

Uriel se colocó el bólter al hombro y dio una palmada en las hombreras a sus dos compañeros antes de echar a correr hacia el funicular. Los engranajes chirriantes y el motor jadeante lo separaron de la plataforma, pero le costaba moverse y Uriel trepó a bordo antes de que hubiera ascendido más de un metro. Se volvió para ayudar a Pasanius, agarrándolo por el brazo plateado y tirando de él. Observó con gran sorpresa que estaba

completamente intacto, sin ni siquiera un rasguño. ¿Cómo podía ser, cuando sus propios guanteletes estaban completamente marcados y rajados hasta el punto de resultar ya casi inútiles?

Pasanius pasó a su lado para buscar una posición de disparo en la barandilla y Uriel se volvió para ayudar a Kyama Shae a subir a bordo del vagón, que ya iba cogiendo velocidad.

El fuego de armas de pequeño calibre rebotaba en los laterales del vagón y en las barandillas, pero pronto estuvieron fuera del alcance de los rifles de los soldados.

Uriel miró a Pasanius antes de desviar la mirada a la montaña que tenían encima. Unas negras nubes de humo coronaban las laderas más altas, donde los fogonazos y explosiones iluminaban la oscuridad de la batalla.

—Bueno, ya estamos aquí —dijo Vaanes casi sin aliento.

Uriel se volvió para observar el terreno, que iba disminuyendo rápidamente de tamaño a medida que ascendían a las nubes y los absorbía la oscuridad.

—Llegar hasta aquí ha sido la parte fácil —dijo Uriel—. Ahora tenemos que penetrar en la fortaleza.



DIEZ

—Parece que su intento de provocar a lord Berossus bombardeando su pabellón ha tenido éxito —dijo Obax Zakayo sin necesidad mientras otra tanda de proyectiles impactaba contra los muros.

Las columnas de llamas y humo se elevaban hacia el cielo, y Honsou rio al ver caer los cuerpos entre las ruinas. El polvo los envolvía. De la muralla adoquinada se desprendían estrepitosamente trozos de manipostería, y Honsou tosió al tragar un puñado de ceniza. Quizá era una locura estar tan cerca de la línea del frente, pero nunca le había disgustado el fragor del combate, así que no quería dejar de disfrutar del estruendo de los cañones.

—Si, eso parece, ¿verdad? Es tan previsible que ya no tiene ninguna gracia derrotarlo.

—Pero, mi señor, en cuestión de días quebrantará los muros internos de Khalan-Ghol —dijo Onyx, respetuosamente de pie detrás de Honsou—. ¿En qué sentido puede esto beneficiarnos?

—Está bailando al son de mi música, Onyx, no de la suya. Si consigues que un enemigo reaccione según tus planes, lo dejarás completamente perdido. Prácticamente lo tengo justo donde quiero que esté. Pero Toramino… Con Toramino no es tan sencillo. Él es de quien tenemos que precavernos. No sé lo que está haciendo.

—Nuestros psíquicos no han observado nada destacable acerca de Toramino —dijo Obax Zakayo—. Parece que está esperando y que simplemente reserva a sus guerreros para más adelante, mientras Berossus lanza a los suyos contra nuestros muros.

—Lo sé, y eso es lo que me preocupa —respondió bruscamente Honsou, señalando la matanza que tenía lugar en los muros situados debajo de él—. Toramino es demasiado listo como para arrojarnos a sus hombres así, sin más. Sabe que Berossus no tiene otra estrategia y está esperando el momento perfecto para atacar. Debemos anticiparnos a ese momento y actuar antes que él. De lo contrario, estaremos perdidos.

Onyx se inclinó sobre el parapeto y fijó los brillantes ojos plateados a ambos lados de donde se encontraban él, Honsou y Obax Zakayo. Los guerreros de hierro estaban preparados para defender las murallas en caso

de que cayeran los bastiones que había debajo, lo cual era lo más probable si la fuerza del asalto era la prevista.

—Estamos demasiado cerca de la batalla —dijo.

Honsou negó con la cabeza.

—No, tengo que estar ahí.

—Puedo protegerle del filo de una espada o de una bala asesina —dijo Onyx—, pero no puedo decir lo mismo de un bombardeo como este. Si permito que muera mientras está bajo mi protección, me espera una eternidad de tormentos inimaginables.

—¿Por qué debería preocuparme por tu eternidad de tormentos?

—No lo haría, estaría muerto.

Honsou pensó en aquellas palabras durante un momento.

—En eso tienes razón, Onyx.

El simbionte demoníaco asintió respetuosamente mientras otra andanada estallaba estrepitosamente contra los muros que había debajo. Honsou se dio la vuelta, satisfecho porque el bastión en el que se encontraba era tan seguro como podía esperar. Los guerreros que había elegido para que lo acompañaran al campamento de Berossus comandaban esta sección de la muralla, y no había mejores guerreros en toda su gran compañía.

Había dado un paso hacia adelante cuando presintió algo amenazador que lo hizo mirar hacia arriba.

—¡Al suelo! —gritó.

Honsou nunca sabría si fue por pura suerte o por intuición, pero otra andanada impactó desde abajo contra el borde de las murallas sobre las que se encontraban él y sus guerreros. El muro se quebró y se desprendió de los soportes, lo que provocó un cataclismo estruendoso. Honsou se apresuró a ponerse en pie para intentar llegar a la explanada que había detrás de las murallas, pero ya era demasiado tarde.

Tras el estrepitoso derrumbamiento del muro, él y centenares de sus mejores soldados cayeron precipitadamente en medio de una avalancha de escombros y bloques de piedra hecha pedazos.

Emerger de aquel humo era como nacer directamente en el infierno, pensó Uriel. Al principio se sintió frustrado por no ser capaz de ver su destino final, pero después de atravesar las oscuras nubes de la montaña y verlo de cerca por primera vez, deseó que le fuera arrebatada aquella visión.

La fortaleza de Honsou, que se erigía hacia el cielo muerto como si fuera a perforarlo, era la presunción de un loco hecha realidad: las piedras se amontonaban unas encima de las otras de tal modo que los ángulos parecían erróneos y suponían una afrenta para los sentidos. Sus oscuros muros jaspeados se erigían desafiando las leyes de la perspectiva, eran colosales y de aspecto amenazador, con gigantescas casetas con troneras construidas en voladizo y chapiteles envueltos por rayos cegadores. De la deslumbrante estructura sobresalían cuchillas y pinchos, y una lluvia negra, como si fuera la sangre de la fortaleza, se derramaba por los orificios que habían dejado los impactos de los proyectiles. Ríos rebosantes de metal fundido brotaban a gran velocidad por los candentes acueductos y bajaban por la ladera de la montaña como torrentes de lava de un volcán en erupción.

Las armas disparaban desde las aspilleras con forma de rostro infernal, y la sangre demoníaca ardiente se derramaba desde unas enormes calderas de hierro sobre los soldados que gritaban desde abajo. Las llamas danzaban en las murallas y en la masa de soldados que todavía resistían. La muerte y la destrucción acechaban el campo de batalla, y estaban haciendo una buena cacería.

Miles de soldados se aglomeraban bajo los escombros de la fortaleza, luchando por hacerse un sitio entre las ruinas de lo que antes había sido un bastión. Las explosiones lanzaban cuerpos por los aires cuando las minas que había escondidas bajo tierra arrastraban a cientos a la muerte. Las monstruosas siluetas de dos titanes de combate avanzaban entre los escombros, aplastando a los hombres y las máquinas que encontraban a su paso mientras combatían entre las llamas.

Uriel y los marines espaciales observaban la feroz batalla que tenía lugar a sus pies. El funicular se detuvo con un gran estruendo cuando llegó a la plataforma superior en la que los depositaría y desde la que empezaría su viaje de vuelta montaña abajo.

—El Emperador nos protege —dijo Vaanes en voz baja—. Nunca había visto nada igual.

—Lo sé… —asintió Uriel, desenvainando su espada mientras el vagón iniciaba su camino de regreso desde la plataforma y la verja de bronce se abría emitiendo un sonido agudo.

—¿Cómo podemos tener la esperanza de sobrevivir a esto?

Uriel se volvió hacia Vaanes.

—Recuerda lo que te dije: muerte y honor. Si una lleva al otro, entonces es una muerte digna.

—No… —refutó Vaanes—. Ninguna muerte es digna. Así no.

Ninguno de los marines espaciales se movía, pues también estaban atónitos ante el terrible y magnífico espectáculo de guerra a un nivel que pocos habían experimentado. Uriel se dio cuenta de que tenía que hacerlos avanzar antes de que la inmensidad de la batalla y su impulso de supervivencia superaran el renovado sentido del honor y del deber que les había inculcado.

Por suerte, en aquel momento Pasanius gritó:

—¡Vamos, moveos! ¡Todo el mundo fuera de aquí!

Los marines espaciales reaccionaron con rapidez gracias al reflejo imbuido por el entrenamiento y desembarcaron velozmente del funicular. Pasanius no dejó de azuzarlos hasta que descendieron todos. Solamente Uriel y Ardaric Vaanes permanecieron a bordo.

—Vamos —dijo Uriel—. Tenemos mucho que hacer.

Vaanes no dijo nada, pero asintió con la cabeza y siguió a Uriel fuera del funicular. Cruzaron la plataforma y Vaanes desenvainó las chasqueantes garras.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Uriel.

—Los funiculares funcionan bajo el principio de la compensación —explicó Vaanes mientras deslizaba las afiladas garras por los delgados

cables que sujetaban el vehículo.

La plataforma crujió y el cable chasqueó emitiendo un sonido metálico agudo y dando latigazos en el aire. El vehículo cayó montaña abajo, hacia el humo. La caída fue acompañada del sonido del metal que chasqueaba y de chispas anaranjadas.

—Nadie subirá hasta aquí durante un buen rato —dijo Vaanes mientras seguía trepando para alcanzar a Uriel.

—Astuto —dijo Uriel.

Los dos marines espaciales avanzaron hasta el lugar donde se había recluido el resto del grupo de guerreros y se escondieron en el plegamiento de una roca que había bajo un saliente para poder observar la batalla con cierta seguridad. Los cohetes y demás proyectiles se entrecruzaban en el aire. El ruido de las explosiones y de los disparos era ensordecedor. La montaña temblaba con el paso de los titanes, quienes se movían sin prestar atención al resto de la batalla mientras luchaban y se golpeaban. Las cabezas demoníacas chocaban entre sí con furia al mismo tiempo que las enormes espadas abrían grandes brechas en las armaduras y las colas rematadas en pinchos echaban abajo lienzos enteros de muralla.

—¿Y ahora qué? —gritó Pasanius, a quien casi no se le oía debido al gran estruendo de la batalla.

—¡Tenemos que entrar! —exclamó Uriel.

—¿Estás diciendo que tenemos que unirnos al asalto? —preguntó Vaanes—. ¡Imposible!

—¿Qué alternativa tenemos? —gritó Uriel.

—¡Podemos largarnos de esta montaña! ¡Te dije que te ayudaría a entrar, Ventris, pero también te dije que no iba a permitir que me mataran por tu juramento de muerte!

—Maldita sea, Vaanes, ¡ahora ya estamos aquí! ¡Tenemos que continuar avanzando!

Vaanes parecía estar a punto de responder cuando les pasó por encima otra andanada de artillería que impactó contra el borde del bastión que

tenían precisamente encima. Sobre ellos cayó una avalancha de polvo y escombros. Las rocas se desplomaban estrepitosamente por la ladera a medida quise iban desprendiendo de la montaña.

—¡Cuidado! —gritó Uriel cuando el bastión se tambaleó y se deslizó hacia ellos convertido en un alud de cascotes y bloques de piedras hechas añicos.

Honsou sintió cómo las rocas lo golpeaban mientras caía, lo magullaban y amenazaban con aplastarlo por completo. Dio vueltas y más vueltas, y sus sentidos enloquecieron en un caleidoscopio de ruido y ráfagas de luz. Al aterrizar se quedó sin aliento y se echó rodando hacia un costado mientras enormes bloques de manipostería le pasaban por ambos lados. Unas nubes asfixiantes de polvo negro y humo invadieron el aire, y aunque se sentía tremendamente magullado por la caída, no tenía la sensación de tener ningún hueso u órgano roto.

—¡Onyx! —gritó con voz ronca—. ¡Zakayo!

—¡Aquí! —tosió Zakayo—. ¡Estoy vivo!

—Yo también —dijo Onyx—, pero necesito ayuda.

Honsou hizo un esfuerzo para acercarse al lugar donde yacía su guardaespaldas, prácticamente enterrado bajo un montón de rocas destrozadas de las que sobresalían unas barras de hierro retorcidas. El torso y la parte inferior del cuerpo de Onyx estaban atrapados bajo una cantidad de escombros que habrían aplastado incluso a una servoarmadura, pero la energía incorpórea que había impregnado hasta saturar la carne del simbionte demoníaco lo había vuelto inmune a este tipo de sucesos.

Honsou agarró los escombros y tiró para levantar aquel enorme peso, pero era demasiado incluso para alguien con una fuerza modificada como él. Obax Zakayo también se acercó al lugar, y con los brazos mecánicos que tenía implantados en la parte trasera de la armadura agarró las barras metálicas que sobresalían de las rocas.

Los guerreros de hierro empezaron a levantarse entre los escombros. Los que no habían sido aplastados por el desprendimiento del muro o no

habían muerto debido al derrumbe del bastión prestaron sus esfuerzos para socorrer a Onyx.

Honsou se hizo a un lado, miró alrededor y observó a través de su visor las imágenes de lo que había ocurrido en la batalla. Sacudió la cabeza para apartar aquella visión y tomar conciencia del lugar al que les había llevado la caída del bastión.

La atronadora lucha que cerca del lugar habían mantenido los dos titanes de combate había provocado el desprendimiento de nuevos escombros, y Honsou vio que no les resultaría muy difícil regresar a la fortaleza. Por suerte, el bombardeo había derrumbado una buena parte del muro que había debajo del bastión y acababa de crear una pendiente que llevaba directamente a las murallas.

Eso si lograban llegar vivos a la fortaleza, pensó, viendo como unas borrosas siluetas se acercaban a ellos a través de las arremolinadas nubes de humo y polvo.

Uriel se quitó el casco: el visor se había roto y había quedado inservible. Además, los cierres de sellado que lo mantenían unido a la gorguera estaban inservibles. Murmuró una plegaria de agradecimiento y despedida por el espíritu del casco y lo dejó en el suelo. Sin sus sentidos automáticos sólo podía ver un vago horizonte a través del humo y de las ruinas que la caída del bastión había provocado; sin embargo, al quitarse las motas de polvo de los ojos, vio que el Emperador los había bendecido una vez más.

—¡Ahí! —gritó mientras señalaba la gran hendidura en el lado de la fortaleza del que había caído el bastión. Se trataba de un camino de escombros y rocas amontonadas, abrupto pero factible, que subía hacia las murallas. Uriel sabía que nunca tendrían una oportunidad tan buena como ésta para entrar en la fortaleza.

Se puso en cabeza e inició el ascenso. Vio unas confusas siluetas con servoarmaduras que trepaban detrás de él. Al principio dio por sentado que se trataba de los marines espaciales de su grupo de guerreros, pero cuando el polvo se asentó un poco más, vio que no se trataba de ellos.

Eran guerreros de hierro.

Honsou vio que un marine espacial emergía entre el humo. Tenía la armadura azul estropeada y cubierta de polvo. Le dio un vuelco el corazón cuando el guerrero emitió un gruñido y desenvainó una reluciente espada. ¿Sería uno de los guerreros del Falso Emperador? ¿Allí? La sorpresa casi le costó la vida cuando la espada se dirigió hacia su cuello. Apenas le dio tiempo a detener el ataque con el hacha y agacharse para esquivar el siguiente golpe de reverso.

El hacha aulló cuando su espíritu guerrero despertó. Honsou vio que la armadura azul del guerrero que lo atacaba no tenía ninguna insignia ni señal. ¿Era un renegado? ¿Un mercenario?

¿Era todo aquello cosa de Toramino? ¿Se estaba dedicando a reunir a los despreciables renegados que se escondían en las montañas para que lucharan por su causa? Fuera como fuese, no tenía tiempo para preguntarse de dónde había salido el guerrero, pues lo atacó de nuevo con la espada.

—¡Guerreros de hierro! —gritó—. ¡A mí!

Uriel intentó clavarle la espada al guerrero de hierro, pero una gran hacha de guerra con filo dentado y lustroso detuvo el golpe. El enemigo llamó a sus guerreros y más siluetas emergieron entre el polvo alzando hachas y espadas y perforando el humo con los disparos de bólter.

—¡Que el Emperador guíe mi espada! —gritó mientras volvía a atacar.

—Aquí no tiene ningún poder —respondió el guerrero de hierro mientras giraba el hacha y atacaba a su vez.

Uriel esquivó el golpe dando un paso lateral y blandió la espada con la intención de decapitar a su oponente, pero falló, pues su adversario rodó hacia adelante para esquivar el golpe y blandió el hacha contra su espalda. Uriel también se arrojó al suelo, y el filo del hacha aullante pasó a unos pocos centímetros de su armadura. Luego rodó a un lado y el hacha se clavó en el suelo haciendo temblar la tierra con fuerza.

Uriel propinó una patada al guerrero de hierro y lo hizo caer de rodillas, luego blandió el arma en un amplio arco de nuevo hacia la cabeza de su

enemigo. La punta de la espada impactó en el casco del guerrero de hierro y lo hizo rodar por la ladera. Se puso en pie mientras más marines espaciales se unían a la lucha y quedaban tapados por la vasta sombra de los titanes de batalla. La furia del combate de las máquinas del demonio empequeñecía aquella otra lucha, pero aun así seguía siendo igual de brutal y despiadada. Intercambiaron feroces ráfagas de disparos y se trabaron en combate cuerpo a cuerpo. Los bólters rugían y por doquier se oían gritos de dolor y rabia que llenaban el aire cuando los proyectiles impactaban contra las armaduras y los filos de las espadas cortaban la carne. Echó atrás la espada para destripar a un guerrero de hierro, pero de repente apareció un serpenteante látigo de energía que le inmovilizó la extremidad.

Un dolor atroz le recorrió el brazo, y tuvo que esforzarse para mantener agarrada la espada ante los fuertes estallidos de agonía que lo atravesaban procedentes del látigo de energía. Uriel cayó de rodillas mientras se le acercaba un gigantesco guerrero de hierro. Unos enormes brazos mecanizados le sobresalían por encima de los hombros. El restallante látigo de energía lo empuñaba otra de sus torcidas garras.

—¡Te has atrevido a atacar al amo de Khalan-Ghol! ¡Morirás por ello! —gritó el guerrero con una voz desagradable y crepitante. Un chorro de fuego cruzó el lugar del combate y Uriel percibió el asqueroso hedor de carne quemada. La tierra se agitó de nuevo y un pie gigantesco pisó con violencia la ladera de la montaña a menos de tres metros de Uriel, dejando un profundo cráter allí donde se había posado.

Vio cómo los enormes titanes se alzaban por encima de ellos mientras luchaba contra el devastador dolor provocado por el látigo de energía. La garra lo mantuvo inmóvil y el guerrero de hierro movió las manos que tenía libres para desenvainar una hacha sierra de aspecto brutal y primitivo, pero que sin duda alguna era muy efectiva.

—¡Obax Zakayo! —gritó una voz, pero Uriel no pudo ver quién gritaba debido al dolor que le recorría todo el cuerpo.

Varios disparos impactaron contra la armadura del guerrero de hierro que lanzaba un golpe con su hacha.

—¿Vosotros? —rio el guerrero de hierro—. Ya os tuve bajo mi látigo una vez, esclavos, y escapasteis. No permitiré que vuelva a ocurrir.

Por una milésima de segundo, aquello lo distrajo de su atención hacia Uriel, pero eso fue todo lo que éste necesitó. Hizo girar la espada y cortó el látigo de energía. El dolor desapareció. Quedó aturdido unos momentos, pero libre ya de la agonía que lo había inmovilizado durante un tiempo. Uriel se puso en pie y vio al coronel Leonid y al sargento Ellard encarados con el guerrero de hierro.

Varios rayos láser lo golpearon en el voluminoso cuerpo, pero su impía servoarmadura era capaz de soportar aquello y rugió blandiendo el hacha para destripar a Leonid. El coronel dio un salto hacia atrás, tropezó con unos cascotes y cayó al suelo. Obax Zakayo se acercó para rematarlo, pero Ellard saltó encima del guerrero de hierro aporreándole la cabeza con los puños.

Ellard era un hombre grande, pero al lado del guerrero de hierro pare cía un niño. Obax Zakayo se lo quitó de la espalda y lo arrojó a lo lejos con fuerza. Uriel se acercó y le dio un tajo entre los hombros a Zakayo. La espada chasqueó al atravesar las placas de ceramita de la armadura, pero resbaló antes de clavarse en la carne.

Obax Zakayo blandió el hacha contra la ingle de Uriel, pero el feroz gol pe no llegó a impactar porque el suelo se estremeció y crujió. Un chorro de metal fundido saltó al aire cuando las atronadoras pisadas de los titanes de combate finalmente partieron la montaña. El metal caliente al rojo blanco chisporroteó al deslizarse ruidosamente por las rocas, derritiéndolas en cuestión de segundos. Uriel huyó de prisa de la fisura cada vez más amplia del suelo y envainó la espada al ver que no había forma de que su adversario pudiera alcanzarlo a través del lago de metal fundido.

Del río de metal fundido emergieron ráfagas de nubes de humo irritante, y Uriel se alejó de aquel calor tan insoportable mientras Leonid y Ellard trepaban por las rocas para alcanzarlo.

—¡Aquí Uriel Ventris! —gritó, con la esperanza de que el microrreceptor conectado a su laringe todavía funcionara—. ¡Si alguien

puede oírme, que se dirija ahora mismo hacia la brecha que tenemos encima!

Se oyó el estruendo de los bólters detrás de él, y el ruido atronador de las explosiones prácticamente ahogó sus órdenes. Sin embargo, mientras iba trepando entre las nubes cegadoras de vapor y humo, vio las borrosas siluetas de su grupo de guerreros que ascendían hacia el lugar en el que él se encontraba.

La brecha estaba encima de ellos, a casi treinta metros. Los lados de la fortaleza estaban cubiertos de escombros que los guiaban hacia adelante.

Lo habían conseguido. Habían encontrado el camino para entrar en ella.

La sangre lo cegaba y el áspero chirrido de la estática le inundó los sentidos. Honsou se quitó el casco, lo echó a un lado con furia y se limpió la sangre que le cubría los ojos. Las corrientes de vapor caliente le llenaron la cara de chorros de sudor. Se puso en pie mientras el estruendo de la batalla volvía a él con toda su furia.

—En nombre de los Dioses Oscuros, ¿qué demonios está pasando? —gritó a nadie en concreto.

—¡Mi señor! —respondió Obax Zakayo mientras se abría camino con cuidado a través de las rocas para acercarse. La humedad y la sangre le resbalaban por la armadura, su látigo de energía crepitaba y lanzaba chispas en las partes por las que se había roto—. Son…

—¡Renegados! —rugió Honsou—. ¿A esto es a lo que se ha visto obligado Toramino?

—Sí, renegados —asintió Obax Zakayo—. Renegados y esclavos fugitivos. Están…

—Me equivoqué al temerle, Obax Zakayo —dijo Honsou, recuperando la calma—. ¿Están todos muertos?

—No, mi señor. La montaña se abrió y nos separamos.

Honsou miró hacia arriba con brusquedad.

—Entonces, ¿dónde están? —preguntó.

—Es lo que estoy intentando decirle. Nos adelantaron y se dirigieron a la brecha.

—¡Maldita sea! —maldijo Honsou—. Entonces, en el nombre del Caos, ¿qué haces todavía ahí de pie?

—Mi señor, un río de metal fundido nos separa. Por ahora, no hay forma de llegar al otro lado.

—Quizá no la haya para ti —se burló Honsou, y empezó a avanzar rápidamente por el escenario de la batalla hasta el lugar donde estaba atrapado su paladín—. ¡Onyx!

Los guerreros de hierro todavía estaban esforzándose por apartar los escombros que habían enterrado al simbionte, pero al ver la furia y la prisa de su señor duplicaron sus esfuerzos. En cuestión de minutos habían retirado la cantidad suficiente de ruinas como para permitir que Onyx pudiera salir de los escombros. Onyx, con agilidad y sin mostrar signos de haber estado a las puertas de la muerte, se acercó con brío a Honsou. Su negra armadura no tenía ni una brecha o arañazo, y Honsou vio que los demoníacos poderes de Onyx renacían por debajo de la superficie de su piel de vetas plateadas. Los ojos le brillaban con ardor mientras Honsou señalaba la brecha.

—Encuentra a los renegados —ordenó a Onyx—. Encuéntralos y tráemelos.

La criatura demoníaca asintió e inició su marcha por la pendiente de la montaña.

Los restos destrozados de aquella parte de las murallas estaban espeluznantemente desiertos. El ruido de la batalla había enmudecido y Uriel se abrió camino entre el caos de las piedras con la ayuda de unas barras de acero de color anaranjado. Avanzó alerta ante los posibles peligros, pero no observó ninguno. La amenazadora presencia de la fortaleza todavía se erigía ante él, pero no quiso fijar la mirada en sus monstruosas formas. Se volvió para ayudar al resto del grupo a subir el muro.

Las murallas se extendían alrededor de la montaña, siguiendo el contorno de sus curvas y ángulos, aparentemente al azar. Las hordas de soldados humanos y mutantes disparaban desde las murallas sitiadas hacia la multitud de atacantes que se aproximaban. Miles de guerreros luchaban en la brecha Desde allí, la escena parecía una enorme serpiente que se agitaba y se convulsionaba mientras se abría camino, metro a metro, a través de las pendientes llenas de escombros.

Pasanius y Vaanes treparon seguidos por Leonid y Ellard y por el resto de guerreros. Uriel apenas podía creérselo: ¡estaban dentro de los muros de la fortaleza!

—¡Trono de Tierra! —dijo Pasanius sin aliento—. ¡Eso ha sido difícil!

—Todavía no ha terminado —advirtió Uriel, y se volvió para inspeccionar mejor los alrededores. Una hilera de grandes arcadas indicaba el camino de entrada a la fortaleza. Las arcadas eran tan altas como un titán de combate y estaban rodeadas de esculturas grotescas que se retorcían entre la roca, como si el inquieto material de los bloques estuviera remodelándose mientras lo miraban.

—¿Qué camino tomamos? —preguntó Vaanes cuando el último marine espacial llegó a las murallas.

—No lo sé —admitió Uriel—. No hay nada que nos indique qué elección debemos hacer.

—Entonces, cojamos el que cojamos, no tenemos nada que perder —recalcó Vaanes mientras se dirigía a la arcada central.

—Supongo —dijo Uriel, a pesar de que una intuición le dijo que había algo diferente en esta arcada. No podía asegurarlo con certeza, pero como no sabía qué camino elegir, empezó a caminar tras Vaanes. Los marines espaciales lo siguieron, levantando las armas con prudente aprensión.

Vaanes lo esperó en la entrada de la arcada, y mientras Uriel pasaba por debajo de su espectacular inmensidad, se hizo la señal del aquila en el pecho. Se oyó un quejido lejano, como si del lento latido del corazón de un monstruo durmiente se tratara.

—Volvemos a estar en el vientre de la bestia, Uriel —dijo Pasanius.

La titilante llama azul de la bocacha de su lanzallamas les iluminaba el rostro dibujándoles unos rasgos angulosos, haciendo que las figuras del interior de los arcos parecieran burlarse y bailar por las paredes.

—Lo sé —asintió Uriel, rezando para que la blanca capa que se había puesto sobre el alma lo protegiera de la maldad que sin duda encontrarían en el corazón de la guarida del enemigo.

Onyx se esfumó por el borde del bastión destruido. Las garras de bronce se le deslizaron lentamente dentro de la carne. Los ojos plateados examinaron las almenas para detectar algún indicio de los renegados, pero no observó nada destacable. Moviéndose como una sombra, Onyx olfateó el aire; cuanta más energía demoníaca concentraba en seguir la pista de los intrusos, más le ardían las venas plateadas.

Concentró la mirada en aquellos reinos de visiones impenetrables para los hombres mortales, donde podía verse lo que acababa de pasar con sólo oír los ecos en el aire. Vio las borrosas siluetas que trepaban por las murallas, del mismo modo en que él lo acababa de hacer. Era un grupo de guerreros, liderados por uno cuya alma brillaba con más fuerza por la determinación y por otro cuya alma estaba marchita y sin vida.

Sus siluetas eran etéreas e insustanciales, como si estuvieran hechas de partículas de humo arremolinadas, pero Onyx las podía ver con tanta claridad como si hubiera estado allí para verlas llegar. Habían pasado por allí unos minutos antes. Sus ecos fantasmagóricos salían de las almenas y se encaminaban hacia las monstruosas arcadas cavadas en la ladera de la montaña.

Onyx miró cómo las figuras fantasmagóricas eran absorbidas por la susurrante oscuridad de las arcadas y envainó del todo las garras. Tendría que entrar en la fortaleza por otro camino para dar con los intrusos, ya que si Khalan-Ghol los había atraído hacia los portales de la locura, era muy probable que ya estuvieran muertos.



ONCE

Uriel sabía que aquel recorrido por la arcada a oscuras sería algo que jamás olvidaría. La sensación de ser espiado por cada centímetro cuadrado del muro era insoportable. Estaba seguro de oír el susurro de unas voces que murmuraban justo en el umbral de su capacidad auditiva. Aquellas palabras, si es que lo eran, eran ininteligibles, pero Uriel sabía en su fuero interno que susurraban cosas viles y terribles.

… deshonor; infamia y fracaso…

Pensó que al menos eso lo podía soportar, ya que había sido testigo de los acontecimientos más horribles imaginables cuando se encontraba ante la presencia del Portador de la Noche. Aun así…

La penumbra parecía no acabarse nunca, y Uriel no tardó en perder la noción del tiempo que llevaban caminando en aquel túnel maldito.

… no se acaba nunca, sigue y sigue…

—¡Imperator! ¿Es que no se acaba nunca? —gruñó Vaanes mientras se adentraban más y más en la interminable oscuridad.

—Te entiendo —le contestó Uriel—. Me parece que no transitamos por mi camino normal. No podemos fiarnos de nada, ni siquiera de nuestros propios sentidos.

—Entonces, ¿cómo encontraremos lo que estamos buscando?

… no lo haréis…

—Tenemos que confiar en que el Emperador nos mostrará el modo —respondió Uriel, irritado por las constantes preguntas de Vaanes.

Este negó con la cabeza en un gesto de exasperación.

—Sabía que no debía venir a esta misión. Estaba condenada a fracasar desde el principio.

… sí, condenada, sólo os espera la muerte…

—¿Para qué viniste entonces? —le espetó Uriel perdiendo la paciencia y volviéndose hacia el antiguo miembro de la Guardia del Cuervo.

… te odia y te traicionará…

—Ni me acuerdo —gruñó Vaanes acercando la cara a escasos centímetros de la de Uriel—. ¡Quizá porque pensaba que tenías algo más que una simple idea sobre el modo de entrar aquí y encontrar lo que hemos venido a buscar!

… no la tiene, hará que te maten…

—¡Maldita sea, Vaanes! ¿Por qué tienes que procurar siempre socavar mi autoridad? —le soltó Uriel al mismo tiempo que oía unas risas suaves y malignas. El susurro procedente de las paredes le resonó con más fuerza en los oídos—. A cada paso que hemos dado no has hecho más que insistir que ésta es una misión inútil. Puede que así sea, pero somos marines espaciales atrapados en un mundo demoníaco, y nuestra misión sagrada es luchar contra los enemigos de la humanidad allá donde los encontremos.

… ya no. Rendíos, sois despreciables, sin importancia alguna…

—¿Es que no te enteras? ¡Ya no somos marines espaciales! —le gritó Vaanes. La luz azul del túnel se reflejó en sus ojos enfurecidos—. Ya no. Somos exiliados, deshonrados y expulsados por nuestros capítulos. No les debemos nada ni a ellos ni al Emperador, y por lo que a mí se refiere, ya estoy harto de oír tu cháchara santurrona diciéndome lo que deberíamos hacer.

… sí, mátalo, ¿qué te importa él en realidad…?

Uriel dio un respingo cuando Vaanes le dio una palmada en una de las hombreras.

—¿Dónde está el emblema de tu capítulo, Ventris? No lo veo. ¿Alguien lo ve?

—¿Qué te pasó, Vaanes? —le preguntó Uriel apartándole el brazo de un manotazo iracundo y empuñando la espada con la otra mano—. ¿Cómo es posible que hayas perdido tanto?

… porque ha perdido el honor. ¡Se merece morir…!

—Porque dejé demasiado a menudo que me metieran en situaciones como ésta —contestó Vaanes con un siseo—. Juré que no seguiría a ciegas a nadie más para que me llevara a la muerte, pero, maldita sea mi suerte, he vuelto a hacerlo.

Uriel desenvainó la espada. Se enfureció todavía más cuando oyó de nuevo los suaves murmullos de las paredes susurrantes. Las palabras y los sentimientos que había detrás se abrieron paso hasta el interior del cerebro.

… más, di algo más, expresa todas tus dudas internas, todos tus miedos y frustraciones…

Las voces se le insinuaron dentro de la cabeza y se le aposentaron en la lengua, deseando que pronunciara aquellas palabras perversas por pura furia y maldad. Uriel se tapó los oídos cuando algo de entendimiento logró cruzar el velo de amargura que le llenaba la mente.

Las voces le oprimían el cerebro con más fuerza, ya que su subterfugio había quedado al descubierto. Uriel se tambaleó y alargó un brazo para mantenerse en pie. La mano rozó la pared y descubrió que tenía una superficie húmeda y fluida.

—¡Salid de mi cabeza! —gritó al mismo tiempo que caía de rodillas.

… no, ser despreciable, ser sin sentido, ser insignificante, ser olvidado…

—¿Uriel? ¿Estás bien? ¿Qué pasa? —le preguntó Pasanius a gritos mientras corría hacia donde estaba arrodillado.

Vaanes se apartó de Uriel sacudiendo la cabeza y agarrándosela por las sienes como si le doliera.

—¿Qué demonios está pasando? —gritó con todas sus fuerzas un momento antes de que el rugido de voces, de miles de voces, aumentara de volumen y llenara el lugar.

… mátalo, sería un favor… es el único modo…

—¡No las escuchéis! —les advirtió Uriel—. ¡No dejéis que entren!

Los demás marines espaciales sintieron en ese momento todo el poder de las voces enloquecidas. Soltaron las armas a medida que la necesidad de apuntarlas contra ellos mismos se hizo insoportable. Sonó un disparo, y uno de los miembros del grupo, un Águila de Muerte, se desplomó con el cráneo convertido en poco más que un cuenco chamuscado lleno de sangre. El lugar donde cayó quedó salpicado de trozos de hueso y de materia cerebral licuada.

Uriel lanzó a un lado la pistola para luchar contra el mismo impulso cuando empezó a sentir que los músculos del brazo respondían a las voces.

… es inútil, no tiene sentido luchar, nada puede resistirse a la majestad del Caos…

Cerró con fuerza los ojos y no dejó de repetir las Letanías del Odio que le había enseñado el capellán Clausel desde el púlpito. Los catecismos de

aborrecimiento y los ritos de aversión los había aprendido mientras estaba al servicio del Ordo Xenos.

… no sirve de nada resistirse a lo inevitable. ¡Uníos a nosotros! Entregaos y mataos…

Uriel luchó contra el impulso de encogerse sobre sí mismo y rendirse. Recordó las glorias pasadas donde la victoria sí había tenido importancia, donde mediante la derrota de enemigos terribles se había conseguido algo de verdad. Rememoró la victoria en Tarsis Ultra, la derrota de Kasimir de Valtos y la captura del psíquico de nivel alfa en Epsilon Regalis. El poder de las voces disminuía con cada victoria que recordaba. La desesperación que provocaban era rechazada por la fuerza de su sentido del deber y de su propia valía.

Se puso en pie trastabillando y vio que Pasanius había desconectado la unidad de promethium del lanzallamas y que estaba sacando una granada de fragmentación.

—¡No! —gritó Uriel arrancándole la granada de la mano de una patada.

Pasanius se puso en pie con toda su tremenda estatura y el rostro contraído por una mueca de rabia. Tenía la cara cubierta de lágrimas.

—¿Por qué? —le gritó—. ¿Por qué no me dejas morir? ¡Merezco morir!

… ¡así es! ¡Déjalo morir! ¡De todas maneras lo odias…!

—¡No! —jadeó Uriel enfrentándose al mortífero poder de las voces—. ¡Tienes que luchar!

—¡No puedo! —gimió Pasanius poniéndose el brazo plateado delante de la cara—. ¿Es que no lo ves? Tengo que morir.

Uriel agarró por los hombros a su amigo. En el túnel resonó otro disparo: otro guerrero había sucumbido a la tentación suicida de las voces.

—¿Recuerdas cómo conseguiste ese brazo? —le gritó Uriel—. Ayudaste a salvar el planeta Pavonis. Te plantaste delante de un dios estelar y lo desafiaste. ¡Pasanius, eres un héroe! ¡Todos vosotros sois héroes! ¡Sois los mejores guerreros que haya visto jamás la galaxia! ¡Tenéis más fuerza, más valor y más habilidad que cualquier persona normal!

… no, no, no, no, no, no, no, no, no, no, no, no, no, no, no, no, no, no, no…

Uriel soltó a Pasanius y fue de guerrero en guerrero gritándoles cada vez más fuerte a medida que se enardecía.

—¡No olvidéis quiénes sois! —gritó por encima de los furibundos susurros—. Sois marines espaciales. Sois guerreros del Emperador de la Humanidad y combatís contra los Poderes Siniestros allá donde los encontráis. Sois fuertes, sois orgullosos y sois guerreros. ¡Habéis combatido durante siglos y vuestro honor es vuestra vida, así que no permitáis que nadie os lo arrebate!

Desenvainó la espada y la activó, lo que provocó que la hoja desprendiera el destello típico de energía antes de alzarla por encima de la cabeza.

—¡Cada enemigo que matamos es importante! —gritó Uriel dando tajos a la pared del túnel con cada palabra—. Cada batalla que ganamos es importante. ¡Nosotros somos importantes! Recordad cada combate que habéis ganado, cada enemigo al que habéis vencido, cada condecoración que os han concedido. Representan todo por lo que hemos sido creados para servir y obedecer. ¡Recordadlo todo y las voces no tendrán poder sobre vosotros!

Las inscripciones serpenteantes de las paredes chillaron de frustración y se hundieron en las profundidades de la roca ante la brillante hoja del arma de Uriel cuando sus palabras conjuraron el engaño. Se oyó un nuevo sonido que apagó del todo los odiosos murmullos: un coro de voces que proclamaban las grandes victorias del Imperio.

El Asalto a Corinto, la Jaula de Hierro, la Isla del Fénix, la Liberación de Vogen, Armageddon, la Caída de Sharendus, el Saliente Eleggan, la Batalla de Macragge y un centenar de victorias más resonaron en desafío a las viles tentaciones de los susurros. Las paredes se hicieron más sólidas a medida que el volumen del cántico crecía.

Uriel casi lloró por la sensación de triunfo cuando la oscuridad de las paredes desapareció y la naturaleza ilusoria del túnel quedó al descubierto, lo que dejó a la vista la salida, que relucía con un suave brillo, y que se encontraba delante de ellos. La luz impía de Medrengard llenó el túnel, y

aunque no prometía nada más que muerte y desolación, Uriel se alegró de verla.

—¡Por aquí! —gritó. Recogió el bolter del suelo antes de dirigirse tambaleante y agotado hacia la salida.

El grupo de guerreros también recuperó sus armas antes de seguirlo por la boca de aquel lugar infernal y enloquecido.

Uriel vio en cuanto salieron de los túneles de la desesperación que apenas se habían alejado de las murallas de la fortaleza. El guerrero de hierro armado con el reluciente látigo de energía había llamado a aquel lugar Khalan-Ghol.

Uriel miró con cautela hacia las hambrientas fauces del túnel que acababan de dejar atrás y se preguntó si era el nombre que le habían dado a la fortaleza o se lo habría puesto ella misma. El aire estaba saturado de una maldad poderosa, de una sensación de conciencia antigua que acechaba en las propias rocas y mortero que la constituían.

Los marines espaciales, el coronel Leonid y el sargento Ellard se desplomaron, agotados, después de huir un rato por la oscura ladera de la montaña. Sacudieron la cabeza para librarse de los últimos restos de la maldad del túnel. Se habían detenido en un saliente elevado que daba a unas largas escaleras serpenteantes de roca negra y que permitía ver la locura del interior de la fortaleza de Honsou.

Las enormes torres, factorías y claustros siniestros se disputaban el espacio con gigantescas estatuas y reductos rodeados de estacas. Los techos de tejas oscuras y las enloquecidas estructuras ajenas a la geometría normal que dañaban la vista y violaban los sentidos estaban apiñados dentro de la arquitectura irregular y hostil de la fortaleza. Las avenidas con horcas alineadas a los lados discurrían entre todo aquello de un modo imposible. Una débil luz esmeralda lo cubría todo, sólo atravesada por el resplandor de color naranja enfermizo procedente de las forjas y de los templos. Chorros de metal líquido corrían por canales de basalto a través de la fortaleza. El calor resultante lo bañaba todo con gotas de reluciente condensación metálica.

Las gárgolas de cobre manchado de verde despedían vaharadas de vapor. Unas altas torres torcidas de ladrillo negro vomitaban nubes de contaminación a la atmósfera, nubes producidas por grandes plantas de energía movidas por pistones. Figuras grises cruzaban la ciudad, y unas criaturas oscuras y reptantes se deslizaban como sombras por las calles de pesadilla del recinto amurallado en dirección al centro de la montaña, donde se alzaba una solitaria torre de hierro de unas dimensiones inmensas e imposibles.

Atravesaba la capa de nubes que cubría el lugar, una masa giratoria de energías vaporosas de extraños colores que rodeaban las montañas más alta. Miles de troneras agujereaban la torre. La base quedaba fuera de la vista detrás de las humeantes forjas que se agolpaban a sus pies. Uriel sabía que el señor de la horrible fortaleza debía encontrarse en el interior de aquella maligna torre, por lo que supo con certeza absoluta que allí era donde debían dirigirse.

Varias bandadas de espectros del delirio revoloteaban en la cúspide de la torre. Sus gritos roncos resonaban de una forma extraña en los demás chapiteles e innumerables prominencias. Las elevadas cimas de las montañas negras se alzaban muy por encima de ellos, y aunque les pareció que habían caminado durante muchos kilómetros por el interior rocoso de la montaña, el fragor de la batalla sonaba cercano, como si sólo hubieran viajado una corta distancia.

—¿Cómo es posible? —se preguntó Vaanes en voz alta, como si hubiera adivinado el pensamiento a Uriel.

—No lo sé —contestó este—. No podemos confiar en los sentidos. Es posible que nos engañen a cada paso que damos en un lugar semejante.

—Uriel… Oye, respecto a lo que pasó en el túnel y a lo que dije…

—No importa. Eran las voces. Se nos metieron en la cabeza y nos obligaron a decir todo eso.

Vaanes meneó la cabeza.

—¿Qué eran? ¿Demonios? ¿Espíritus?

—No lo sé, pero los derrotamos.

—Tú los derrotaste. Te diste cuenta de lo que estaban intentando hacer. Yo casi me rindo… Quería hacerlo.

—Pero tenías la fuerza necesaria para derrotarlos —le insistió Uriel—. Esa fuerza vino de tu interior. Yo sólo te recordé que la tenías.

—Es posible, pero soy débil, Ventris —contestó Vaanes en un rapto de sinceridad—. No he sido un marine espacial del Emperador desde hace décadas, y no creo que tenga la fuerza necesaria para serlo de nuevo.

—Creo que te equivocas. —Uriel le puso una mano sobre la placa pectoral de la armadura—. Tienes valor, y veo en tu interior coraje y honor, Vaanes. Lo que ocurre es que te has olvidado de quién eres en realidad.

Vaanes asintió con un gesto seco y se alejó sin contestarle. Uriel deseó haber sido capaz de haber convencido al antiguo miembro de la Guardia del Cuervo de su valía. Aquel lugar infernal los pondría a prueba hasta los límites del valor de cada uno, y buscaría cualquier fisura en esa armadura para destruirlos si podía.

Vio que Pasanius lo miraba, pero su amigo apartó la vista con rapidez y le dio la espalda.

—Pasanius, ¿estás listo para seguir avanzando? —le preguntó.

El sargento asintió.

—Sí. No sabemos lo que puede llegar a salir de esos túneles, así que, cuanto antes nos marchemos, mejor.

Uriel se acercó a Pasanius antes de que se pusiera en marcha.

—¿Estás bien?

—Por supuesto —le contestó con sequedad Pasanius antes de apartarlo al pasar en dirección a las escaleras.

Los peldaños eran de roca negra y pulida, con aspecto vitreo. Tendrían que ir con mucho cuidado para evitar resbalar y partirse el cuello.

Pasanius encabezó la marcha. Los demás marines espaciales y los dos guardias imperiales lo siguieron con cuidado. La maquinaria retumbante de la fortaleza escupía llamas y humo. El estampido de los martillos hidráulicos del tamaño de tanques de batalla resonaba en las paredes ennegrecidas de los edificios sin ventanas. Pero sobre todo aquello se cernía

el terrible peso del espíritu de la torre de hierro. El conocimiento de su existencia era un peso que aplastaba el alma.

Mientras descendían hacia la fortaleza Uriel vio unas extrañas criaturas de luz que se movían entre las enormes estructuras. Eran unos seres de estatura elevada y aspecto elegante que caminaban sobre unos zancos dorados que dejaban atrás en el aire un rastro de fuego ámbar. Entre ellos había suspendidos unos curiosos carruajes, repletos de unas ondulaciones de luz y de engranajes y pistones. Toda una procesión de aquellas criaturas pasó por delante de la fortaleza, pero pronto se la perdió de vista en aquel intrincado e ilógico laberinto de calles.

Unas excavadoras gigantescas, parecidas al vehículo del que se habían apoderado, pasaron rugiendo por las avenidas más anchas. Eran de color rojo y tenían un aspecto repulsivo. Llevaban unos largos estandartes con la estrella de ocho puntas y arrastraban vagonetas de hierro que derramaban grandes chorros de sangre, por lo que dejaban un rastro repugnante a su paso a medida que se alejaban de los combates en las murallas camino de la torre situada en el centro de la fortaleza. En la superficie del líquido sanguinolento aparecían de vez en cuando miembros retorcidos. Los cadáveres chocaban entre sí al compás del bamboleo de las excavadoras. Estaba claro por el tamaño y por la masa muscular que se trataba de los cuerpos de los guerreros de hierro.

—¿Adonde los llevan? —preguntó Leonid.

—Quizá los van a enterrar —sugirió Uriel.

—No sabía que a los Guerreros de Hierro les preocupara tanto la idea de honrar a sus muertos.

—Yo tampoco, pero si no, ¿para qué meter los cadáveres en la ciudadela?

—Quién sabe, pero tengo el presentimiento de que pronto nos enteraremos —comentó Vaanes con voz lúgubre.

—Si está relacionado con nuestra misión, entonces seguro que aciertas —le dijo Uriel sin dejar de bajar por las escaleras que llevaban al interior de la fortaleza.

Los peldaños de piedra reflejaban la luz de las nubes de color púrpura que flotaban sobre la torre de hierro. Uriel se preguntó qué planes y actos malignos se habrían llevado a cabo en sus oscuras profundidades. Las escaleras descendían por la ladera de la montaña y se ensanchaban hasta formar una amplia avenida que dada a una explanada pavimentada con huesos donde se alineaban postes de ejecución de hierro a intervalos regulares.

De tres de los postes colgaban unos cadáveres resecos. La piel estaba curtida y manchada. Uriel no les prestó atención y se quedó mirando la oscura masa de edificios martilleantes y el laberinto de calles serpenteantes y siniestras que llevaban hasta la torre.

El brillo de color esmeralda que se extendía por el interior de la montaña relucía con más fuerza en la parte inferior de las escaleras, aunque el origen de aquel fulgor enfermizo seguía siendo invisible. Las factorías se alzaban por encima de ellos. El ruido de los pistones al girar, de las válvulas al sisear y de los martillos al golpear resonaba por doquier. Uriel notó un sabor a ceniza y a metal caliente en el aire.

—Vamos —dijo tanto para obligarse a ponerse en marcha como por dar una orden.

Siguió caminando con el bolter preparado para disparar y con el grupo de guerreros a la espalda. Todos habían adoptado una formación defensiva de modo instintivo, con Leonid y Ellard en el centro y todas las armas apuntando hacia fuera.

Sintieron un estremecimiento frío en el alma cuando entraron bajo la siniestra sombra de Khalan-Ghol. Era una sensación parecida a meterse en el agua negra de un lago subterráneo que jamás hubiese disfrutado de un cálido rayo de sol. Uriel tembló al notar un millar de ojos fijos en él, pero no vio nada ni nadie a su alrededor.

—¿Dónde está la gente que vimos desde arriba? —preguntó Vaanes.

—Yo me estaba preguntando lo mismo —comentó Pasanius—. Este lugar parecía estar bastante repleto.

—Quizá se esconden a nuestro paso —sugirió Ellard.

—O quizá sólo parecía repleto —contestó Uriel sin dejar de mirar alrededor y captando breves indicios de movimientos entre las sombras—. Este sitio nos confunde los sentidos e intenta engañarnos con ilusiones y falsedades. Recordad lo que ocurrió en el túnel.

Las vías y los estrechos callejones de Khalan-Ghol giraban al azar. Zigzaguearon y se retorcieron hasta que Uriel ya no estuvo seguro de hacia donde se dirigían. Deseó tener su casco a mano, pero ni siquiera estaba seguro de que el auspex localizador de direcciones sirviera para algo allí. No veía la torre de hierro por lo estrecho de las calles, así que tuvo que confiar en que su instinto los estuviese llevando hacia allí.

Unas largas sombras bailaban sobre las paredes dando saltos a lo largo de los costados de los edificios de ladrillo negro, como si echaran una carrera por el interior de la fortaleza. La oscuridad se cernió alrededor de ellos, y Uriel se sintió absurdamente agradecido por los escasos retazos de cielo blanco que llegaban a verse. Sentía el poder del sol negro por encima de la cabeza, pero no lo miró por temor a la locura que prometía su interior tenebroso.

Procedente de las paredes y de las sombras les llegaba el sonido de unas risas agudas parecidas a las de los niños. Uriel vio que los demás miembros del grupo se mostraban muy inquietos por aquel sonido. Le recordó a los gritos de júbilo que lanzaban al morir los espectros del delirio, y se preguntó si habría criaturas semejantes acechando por los alrededores.

Tuvo la sensación de haber deambulado durante horas, perdidos y confundidos por las locuras de aquella ciudad demoníaca. Uriel no encontró ningún rasgo característico o destacable que le sirviera para saber a qué atenerse a la hora de elegir una dirección, ya que la torre de hierro seguía oculta por las forjas sin ventanas y las sombras impenetrables provocadas por el sol negro.

Al final decidió detenerse unos momentos. Se pasó una mano por el cuero cabelludo cubierto de sudor. El diseño de la fortaleza no seguía ninguna razón lógica, si es que alguna vez había existido un diseño. Seguir la misma calle dos veces no era garantía de que se llegara al mismo sitio, y regresar no implicaba volver al mismo punto de partida.

Unas leyes físicas imposibles los confundían a cada vuelta de esquina. Uriel no sabía cómo proceder. Se puso en cuclillas, colocó el bolter sobre los muslos y dejó descansar la cabeza contra los viejos ladrillos del edificio que tenía a la espalda.

Notó el martilleo de la maquinaria pesada a través de la pared del edificio. A pesar de haberse encontrado con edificios de todas formas y tamaños, ninguno tenía una ventana o una entrada, sólo chimeneas humeantes y salidas de ventilación.

—¿Y ahora qué? —preguntó Vaanes—. Estamos perdidos, ¿verdad?

Uriel se limitó a asentir, demasiado cansado y asqueado para contestar.

Vaanes se colgó el arma del hombro, como si no hubiera esperado otra respuesta. Miró a ambos extremos de la estrecha calle en la que se encontraban. La superficie del lugar era negra y tenía un aspecto aceitoso, iluminada sólo por la iridiscencia propia del promethium derramado.

—¿Me lo parece a mí o este sitio está cada vez más oscuro? —preguntó de repente.

—¿Cómo es posible que esté cada vez más oscuro, Vaanes? —le soltó Uriel—. Ese maldito sol negro jamás se pone, ni siquiera se mueve por el cielo, así que, por favor, ¡dime cómo es posible que esté cada vez más oscuro!

—No lo sé —le contestó Vaanes con un susurro—. Pero así es. ¡Míralo por ti mismo!

Uriel volvió la cabeza a un lado y a otro y vio que Vaanes estaba en lo cierto. Unas sombras fluidas y amenazantes estaban cubriendo las paredes, devorando la luz y oscureciendo la superficie de los edificios. Las sombras, de un negro absoluto, bajaron ondulando de las paredes y se extendieron como charcos de aceite por el suelo hasta llegar a ambos extremos de la calle empedrada para así rodearlos.

—¿Qué demonios está pasando? —murmuró sorprendido Uriel al ver que aquellas sombras imposibles y siniestras empezaban a solidificarse ante ellos formando horribles charcos de una fétida iridiscencia negra que surgieron de las paredes y de la calle y se dirigieron hacia ellos desde todas direcciones.

Delante de ellos avanzaban unas apestosas nubes de vapor salidas directamente del abismo, compuestas por gases tóxicos y contaminantes. Unas conglobaciones informes de burbujas protoplásmicas surgieron de las sustancias sin silueta precisa, y Uriel descubrió cuál era el origen de la pálida luz esmeralda que inundaba la ciudad cuando una miríada de ojos se formaron y desaparecieron en aquellas horrendas profundidades, iluminándolo todo con su propia luminiscencia.

—¿Qué son? —preguntó a gritos cuando la repulsiva masa reptante de criaturas, o criatura, avanzó rezumante.

—¿Qué importa? —le contestó también a gritos Vaanes—. ¡Matadlos!

Los bólters dispararon proyectiles explosivos contra la masa de podredumbre. Estallaron en el interior de aquella amalgama de cuerpos con la consistencia de la gelatina. De las heridas surgió un insoportable hedor a contaminantes químicos y biológicos.

Uriel aspiró una bocanada de aire y cayó inmediatamente de rodillas para vomitar de un modo copioso en el suelo. Ni siquiera las formidables mejoras biológicas de un marine espacial eran capaces de superar el repugnante y horrible hedor que habían provocado con los disparos.

Los demás marines también fueron cayendo de rodillas dando arcadas entre sacudidas ante la increíble inmundicia de las criaturas.

—¡Pasanius! —dijo Uriel entre jadeos—. ¡Utiliza el lanzallamas!

No estuvo seguro de si su hermano de batalla lo había oído hasta segundos después, cuando Pasanius cubrió a las bestias que avanzaban con las lenguas de fuego disparadas por la siseante arma. Las llamas envolvieron a las criaturas de una forma devoradora, ardiendo con una fuerza terrorífica, como si contuvieran todas las sustancias inflamables conocidas por la humanidad.

La masa burbujeante ardió con llamaradas blancas. Pasanius cambió de objetivo y apuntó contra las criaturas de sombra que se acercaban por detrás de ellos. Varios chorros de llamas después, los ensordecedores aullidos de las criaturas se hicieron más fuertes mientras ardían sin parar. Los ojos enloquecidos ardían y aparecían otros nuevos en la fluida carne de la bestia a medida que se quemaban los anteriores. De aquel incendio surgieron

vaharadas de humo cegadoras, pero aunque parecía que las bestias estaban sufriendo terribles dolores, no se retiraron, y los mantuvieron atrapados en aquella callejuela estrecha.

El calor era intenso, pero los marines estaban protegidos por las servoarmaduras, por lo que eran inmunes a aquellas temperaturas letales. Entre todos resguardaron a los dos guardias imperiales lo mejor que pudieron ante el calor infernal, pero Uriel se dio cuenta de que tanto Leonid como Ellard estaban al borde del colapso. Las llamas hicieron desaparecer el hedor más fuerte y Uriel se apoyó en la pared para ponerse en pie.

—¿Por qué no se mueren de una vez? —se preguntó Vaanes furibundo.

Tenía el bolter preparado, y Uriel se percató de que estaba ansioso por disparar pero que mantenía el dedo apartado del gatillo, ya que había visto el poco efecto que había tenido la andanada inicial. Los marines espaciales se recuperaron y formaron un cordón defensivo entre las murallas de fuego que había en ambos extremos de la calle.

—¿Por qué no nos atacan? —preguntó Pasanius extrañado—. Hasta que empezaron a quemarse parecían dispuestas a acabar con nosotros.

—No estoy tan seguro —le contestó Uriel, que empezaba a albergar una sospecha inquietante—. Creo que es posible que no intentaran matarnos, que quizá intentaran otra cosa.

—¿Qué? —le preguntó Vaanes.

—Creo que quizá intentaban acorralarnos aquí —fue la respuesta de Uriel cuando vio que se acercaba un guerrero con servoarmadura negra brillante decorada con una reluciente tracería plateada que imitaba la forma de las venas. Aquel ser caminó entre las llamas cuando la materia rezumante se apartó para dejarle paso.

Unas garras de bronce surgieron de cada mano de piel gris. Los ojos le brillaban con una luz plateada inhumana.

—Os encontré —dijo el guerrero.



DOCE

—Sobrevivisteis a los portales de la locura —les dijo a continuación.

Lo expresó con cierta admiración mientras caminaba hacia los marines espaciales. La armadura era totalmente negra. Ni siquiera las llamas se reflejaban en la superficie pulida. Uriel se fijó en que el guerrero no llevaba ninguna arma de fuego, pero eso no lo tranquilizó. Al fin y al cabo, ¿qué clase de tremenda confianza en sí mismo debía poseer un guerrero para enfrentarse a más de dos docenas de marines espaciales sin arma alguna?

Uriel pensó que decir que aquel guerrero iba desarmado era un error, ya que poseía unas largas y reluciente garras de bronce.

—¿Quién eres? —le preguntó.

El guerrero sonrió y una luz argéntea apagada le salió de la boca mientras hablaba.

—No dispones de las configuraciones auditivas o vocales para oír o pronunciar mi nombre, así que me llamarás Onyx.

Los marines espaciales le apuntaron con las armas. Las llamas comenzaron a apagarse cuando nuevos charcos de sombra entraron en la calle y las cubrieron de oscuridad.

—¿Son criaturas tuyas? —le preguntó Uriel al mismo tiempo que alzaba el arma para apuntarle también.

—¿Los exuviae? No, no son más que los desechos contaminados de Khalan-Ghol, material de residuo producido por la industria que ha tomado esta forma de vida sin inteligencia. Infestan todo el lugar, pero tienen cierta utilidad.

—Será mejor que nos dejes pasar —le advirtió Vaanes con un gruñido.

Onyx negó con la cabeza.

—No, mi señor me ha ordenado que os lleve a su presencia.

—¿Tu señor? ¿Honsou? —le preguntó Uriel.

—Así es.

Uriel se dio cuenta de que no iban a poder dejar atrás a Onyx sin alguna clase de acto violento. No tenía ni idea de lo temible que sería Onyx como guerrero en combate cuerpo a cuerpo, pero no tenía ningunas ganas de averiguarlo.

—Matadlo —dijo con voz tranquila.

La calle se vio sacudida por los disparos de bolter, pero Onyx se movió como un rayo y se convirtió en una sombra que se deslizaba entre los proyectiles y que saltaba por encima de ellos con increíbles piruetas. Las garras de bronce se lanzaron a por el estómago de Uriel, pero éste logró echarse atrás y pegarse a la pared justo a tiempo de evitar ser destripado por el arma de Onyx.

Pasanius lanzó una patada contra el guerrero de armadura negra, pero Onyx giró sobre sí mismo y le propinó un codazo en plena cara antes de saltar por encima de él para darle una patada a Ardaric Vaanes. Kyama Shae le disparó con el bolter a quemarropa, pero los proyectiles rebotaron en la reluciente protección del asesino.

Onyx cargó contra él y le estampó los puños contra el estómago. Las garras de bronce perforaron la armadura del Puño Carmesí y la abrieron hacia arriba. Onyx se alejó de un salto de su víctima. Se oyó un fuerte crujido de huesos y mostró la espina dorsal del marine espacial en la mano. Shae cayó de rodillas con la sangre saliendo a borbotones de la tremenda herida. Se quedó mirando por un segundo con fascinación horrorizada su columna vertebral en manos de otro antes de desplomarse boca abajo en el suelo.

Uriel se quedó boquiabierto al ver que la espina dorsal ensangrentada quedaba absorbida por la brillante armadura negra. El asesino de ojos plateados dio un salto hacia arriba y otra andanada de disparos bolter acribilló la pared que había tenido a la espalda. Se alejó de la pared y giró el cuerpo en mitad del salto para atacar con las garras y con los pies, aplastando la tráquea de un marine espacial y decapitando a otro.

Cuando aterrizó, clavó las garras ensangrentadas en cada una de las dos víctimas y les arrancó la espina dorsal con un tremendo sonido de huesos al partirse. Ya habían caído cinco marines espaciales y todavía no habían conseguido derramar una sola gota de sangre de aquella criatura. Uriel intentó acribillar a Onyx, pero no importaba cuánto se esforzara por anticiparse a los movimientos de su oponente: siempre parecía ir demasiado lento para ello.

—¡Que el Emperador nos ayude! ¡Es demasiado veloz! —gritó Vaanes.

Cayó otro marine espacial despanzurrado desde la entrepierna hasta el esternón. Uriel se dio cuenta de que Onyx no iba a ser muy puntilloso en lo referente a cumplir las órdenes de su señor. El guerrero de armadura negra giraba y giraba en el aire. La tracería y los ojos plateados dejaban rastros brillantes en el aire mientras se movía con aquella rapidez sobrenatural.

Uriel alzó más el bolter cuando vio que Onyx saltaba a por él, pero se percató de que no sería lo bastante veloz. Uno de los puños de su enemigo le impactó en la tráquea y la garra lo empujó contra la pared que tenía detrás. La cabeza sonó con un crujido al chocar contra los ladrillos y Uriel sintió que la sangre le empapaba el cabello. Luego se dio cuenta de que la garra central del puño de Onyx no estaba extendida del todo, ya que la punta se había quedado detenida sobre la piel de la garganta.

—¡Si alguien se mueve, vuestro jefe muere! —gritó Onyx iluminando a Uriel con un destello plateado al hablar.

Las llamas que quemaban a los exuviae se habían apagado y las nuevas bestias sombrías y aceitosas avanzaron arrastrándose antes de alzarse como unos cuerpos amorfos que tomaron cierto aspecto de solidez. Los supervivientes del grupo de guerreros rodearon a Onyx y a Uriel apuntando con las armas a la espalda del simbionte.

—Creí que habías dicho que tu señor quería que nos llevaras ante su presencia —dijo Uriel jadeante.

—Eso he dicho, pero no especificó si os quería vivos o muertos.

—No es nuestro jefe —le dijo Vaanes—. Así que adelante, mátalo, ¡pero tú serás el siguiente en morir!

—Me temo que no estoy de acuerdo —contestó Onyx—. Veo que en su alma arde la luz de la determinación.

—¡Vaanes, matadlo! —gritó Uriel retorciéndose bajo la presa de Onyx.

Cerró los ojos cuando los disparos de los bólters acribillaron el aire a su alrededor con un rugido ensordecedor. Sintió cómo Onyx se estremecía al recibir los impactos. Oyó al guerrero reírse bajo la tormenta de disparos, y gritó de dolor cuando sintió que la tercera garra de Onyx le atravesaba la garganta y se hundía en la pared.

Onyx le sacó las tres garras y Uriel cayó deslizándose contra la pared. La sangre le salió de la garganta y de los agujeros de la armadura en una serie de chorros carmesíes antes de que las células de Larraman lograran coagular la sangre y detener la hemorragia. Uriel jadeó cuando la respiración se le atascó en la garganta, y fue entonces cuando se dio cuenta de que le había cortado por completo la tráquea. Cerró los ojos cuando empezó a verlo todo de color gris mientras su cuerpo se esforzaba por conseguir oxígeno. El pecho se movía de un modo convulsivo. Se esforzó por mantenerse concentrado en ello, ya que sabía que si perdía la conciencia, moriría. Cambió el proceso de obtención de oxígeno al tercer pulmón que tenía acoplado al sistema respiratorio. El procedimiento alternativo cerró el músculo esfínter que habitualmente dejaba entrar el aire y tomó una bocanada cuando su físico alterado se ocupó de obtener nuevo oxígeno.

Onyx saltó por encima de la lluvia de proyectiles y aterrizó detrás de los marines espaciales al mismo tiempo que lanzaba un sanguinario aullido de combate. Las garras crecieron hasta convertirse en unas monstruosas espadas doradas y tres marines espaciales cayeron despedazados con otros tantos golpes. El rostro de Onyx se hinchó y onduló. De las sienes le surgieron unos cuernos negros y retorcidos al mismo tiempo que las partes artificiales implantadas en su cuerpo se hicieron visibles cuando la entidad demoníaca que habitaba en el interior del guerrero tomó posesión completa de ese cuerpo.

Los ojos le ardían, y Uriel se dio cuenta de que aquella criatura bestial deseaba hacerles más daño, pero todo el cuerpo se le estremeció antes de que pudiera llevarlo a cabo y el ser demoníaco en que se había convertido Onyx desapareció en el interior de la forma terrenal. Las espadas doradas se encogieron y retrocedieron hacia las manos para desaparecer también por completo.

Onyx recuperó su forma habitual ante los ojos de Uriel.

La criatura dejó escapar un largo suspiro y cayó sobre una rodilla, pero antes de que ninguno de los marines espaciales pudiera aprovechar la ocasión, las ondulantes siluetas de los exuviae rugieron como una feroz

marea negra y se abalanzaron sobre ellos. Uriel intentó ponerse en pie, pero los residuos contaminados vivientes lo rodearon y lo inmovilizaron por los brazos de un modo inexorable.

Unos ojos apagados y sin conciencia surgieron de la materia tóxica. Parpadearon con expresión idiota mientras Uriel oía los gritos asqueados de los marines espaciales supervivientes que quedaban atrapados en el repugnante abrazo de los apestosos exuviae.

La delirante arquitectura del interior de Khalan-Ghol pareció quedar definida ante la presencia de Onyx, que encabezaba la marcha. Allá donde la naturaleza caótica del lugar había provocado antes que Uriel y sus hermanos de batalla deambularan sin rumbo fijo por las calles envueltas en sombras, en esos momentos cedía y facilitaba el paso de la criatura demoníaca y de sus reptantes seguidores. Los exuviae se arrastraban rodando por las calles empedradas con un grotesco movimiento ondulante mientras mantenían inmovilizadas a sus presas en el interior de sus repugnantes cuerpos fluidos.

Sólo Uriel, Pasanius, Vaanes, Seraphys, Leonid, Ellard y otros nueve marines espaciales habían sobrevivido en el interior de la fortaleza, pero el antiguo capitán sabía que mientras estuviera vivo jamás renunciaría al juramento que había hecho. Las calles manchadas de hollín de la fortaleza quedaron atrás en muy poco tiempo y dejaron al descubierto su destinación final: el centro de la fortaleza y la gigantesca torre de hierro.

Uriel no supo el motivo exacto, pero ya fuese por un truco de la perspectiva o por los engañosos poderes del Caos, se quedó boquiabierto y sin palabras ante la increíble inmensidad de la torre. La parte superior se perdía de vista entre las nubes de color púrpura que la coronaban, y era imposible abarcar de una sola mirada su anchura. De los costados surgían otras torres retorcidas, que en realidad eran forjas que expulsaban más productos tóxicos a la atmósfera. Varias criaturas aladas sobrevolaban los huecos y cavidades donde anidaban y de las aspilleras surgían rayos de luz maligna. La base de la torre estaba rodeada por una alta muralla, con las almenas repletas de guerreros de hierro y de armas defensivas.

La entrada de la torre estaba defendida por una enorme puerta de hierro negro con una barbacana blindada a cada lado. Onyx se dirigió hacia allí y el terrorífico portal se abrió con un grito de angustia agonizante. Los exuviae atravesaron el umbral sin soltarlos, y Uriel vio en el trayecto los chorros de vapor que surgían de las troneras rodeadas de pinchos situadas en el techo.

Cuando salieron del opresivo pasillo que se extendía bajo la entrada de la muralla, Uriel volvió a quedarse boquiabierto al ver que la torre no estaba cimentada sobre la roca de la propia montaña, sino sobre un gigantesco vacío que reflejaba el cielo muerto sobre cientos de inmensas cadenas. Cada eslabón era tan grueso como una de las columnas que soportaban el peso del gran pórtico que se alzaba delante del Templo de la Corrección. Uriel se fijó mientras se encaminaban hacia un puente que la torre también se hundía varios miles de metros en aquel vacío.

—Que el Emperador nos proteja… —murmuró Uriel.

—No malgastes fuerzas —le contestó Onyx—. ¿Crees que él tiene algún poder en este lugar?

Uriel no se dignó en responder. No quería ni siquiera hablar con alguien afectado por los siniestros poderes del immaterium. Una larga losa de basalto cruzaba el vacío. Tenía la superficie desgastada por el paso de incontables pies y llevaba hasta otra inmensa entrada que atravesaba la propia torre. Uriel vio cuando cruzaron el puente que estaba fabricada con alguna clase de material mortífero que siseaba y chisporroteaba como si estuviera recién salido de la forja. Era de un tamaño colosal: a través de ella podrían pasar regimientos enteros en formación y el más alto de los titanes no tendría que agacharse lo más mínimo para pasar al otro lado.

Onyx los condujo hacia la puerta, una pequeña poterna tachonada que daba acceso al resonante interior de la torre. Allí, Uriel sintió el poder de eones pasados, y esa malignidad antigua era una cualidad del propio aire.

—Khalan-Ghol —dijo Onyx con orgullo—. El poder y la majestuosidad de un dios viviente ayudaron a construir esta fortaleza y le dieron una forma agradable a él, sin traba alguna por parte de las leyes de la naturaleza.

—¡Es una abominación! —exclamó Pasanius.

—No —le replicó el simbionte demoníaco—. Es el futuro.

El interior de la torre no era menos horrible que el exterior. Por doquier se veían salones polvorientos llenos de estatuas y enormes forjas resonantes que escupían chispas y ríos de metal de color naranja. Un tremendo calor inundaba la torre y provocaba que de las profundidades oscuras de las bóvedas del techo cayeran gotas de humedad negra. Uriel oyó gritos lejanos y el retumbar de unos pesados martillazos más abajo. Sonaban con más fuerza de lo que había oído hasta ese momento en Medrengard.

Unas sombras serpenteantes, quizá más exuviae, acechaban desde los claustros elevados, aunque los habitantes más numerosos de la torre parecían ser unos seres vestidos con túnicas negras que caminaban con un lento bamboleo mecánico.

Varios ojos artificiales de color rojo los miraron con interés mientras Onyx se adentraba más en la torre seguido por el séquito de exuviae. Los chasqueantes miembros de bronce los señalaron con ansia siseante. Las túnicas estaban adornadas con símbolos de engranajes deformados combinados con la estrella de ocho puntas del Caos. Hablaban entre ellos con gorgoteantes voces algorítmicas mientras se encargaban del funcionamiento de las enormes máquinas polvorientas cuya función Uriel fue incapaz de discernir.

Al pasar al lado de un gigantesco artefacto de bronce equipado con unos tremendos pistones engrasados y con una placa pictográfica montada en un armazón, un enorme monstruo sibilante salió de la sombra de la máquina y se interpuso en su camino.

Uriel vio que Onyx se puso tenso cuando la criatura se colocó en un círculo de luz. Al ver a la criatura, el marine espacial sintió que un estremecimiento de horror le recorría la espalda. Se movía sobre seis curiosas patas parecidas a las de una araña, sólo que eran de hierro remachado. El cuerpo se encontraba en el interior de un exoesqueleto manchado de aceite situado en el centro de las seis patas. Los trozos de piel que Uriel llegó a ver estaban resecos y eran de color gris. Los huesos que sobresalían estaban cubiertos de todo un entramado de huellas de sutura. La cabeza era grande y pesada y le colgaba sobre los hombros. Unas varillas de

bronce le atravesaban a lo ancho el cráneo y lo mantenían en su sitio mediante un andamiaje en forma de jaula atornillado a las sienes. La cara, que medio tapaba la capucha, era casi una calavera con la piel apergaminada, aunque con la parte inferior de metal reluciente y desprovista de todo pellejo. Los ojos habían sido sustituidos por unas chirriantes monturas ópticas mecánicas.

Una multitud de tubos transparentes le atravesaban la carne y le rodeaban el cuerpo en espirales gorgoteantes. Varias válvulas siseantes expelían gases nocivos cada vez que el pecho se combaba por el esfuerzo de respirar. Alargó hacia Uriel unos largos brazos artificiales implantados repletos de escalpelos, taladros y sopletes.

Onyx se puso delante de la criatura y desenvainó las garras.

—No —le dijo—. Estos pertenecen al señor de Khalan-Ghol.

La bestia siseó enfurecida. Abrió y cerró las garras de los brazos en gesto de frustración, y los taladros chirriaron muy cerca de la cabeza de Onyx. Luego se dispuso a apartado de su camino, pero el guerrero de armadura negra se negó a moverse.

—He dicho que no —insistió—. Puede que los mortuarios bestiales dispongan de ellos dentro de un tiempo, pero ese momento no ha llegado todavía.

La criatura pareció pensar en aquello unos instantes antes de que la horrenda calavera asintiera y se retirara de nuevo bajo la sombra de la máquina.

Onyx contempló cómo se marchaba. Mientras estaba distraído, Uriel forcejeó en el interior de aquella maloliente prisión junto a Pasanius y a Vaanes, pero no sirvió para nada: siguieron inmovilizados por completo. Por fin, cuando ya estuvo seguro de que el mortuario bestial no lo esperaba emboscado, Onyx envainó las garras e indicó a los exuviae que llevaban a los prisioneros que avanzaran.

La frustración que Uriel sentía creció con cada sala oscura que atravesaban y con cada tramo de escalera de ángulos imposibles por el que bajaban o subían, ya que seguía sin poder mover ni un solo músculo. El enloquecedor sonido del martilleo se hacía más fuerte a medida que se

adentraban, lo mismo que la luz de color esmeralda que se extendía por toda la ciudad más allá de la torre, que iba aumentando de brillo a medida que dejaban atrás los pasillos y las estancias construidas por la mano del hombre hasta llegar a una gigantesca caverna bordeada por enormes pistones movidos por vapor.

Un reluciente puente plateado cruzaba un profundo abismo del cual surgían grandes columnas de humo sulfuroso y el sabor a metal trabajado. Al otro lado del puente se alzaba una colosal muralla de piedra oscura veteada de verde. La presidía una gran puerta de hierro cubierta de enormes pinchos serrados y flanqueada por dos titanes de rostros demoníacos con las placas de blindaje llenas de cicatrices provocadas por milenios de combates. Uriel vio con asco que los estandartes de victoria de las armas mostraban el repulsivo símbolo de la Legio Mortis.

—¡Contemplad el sanctasanctórum de la fortaleza de Khalan-Ghol! ¡Debéis sentiros honrados! —gritó Onyx mientras cruzaban el puente que salvaba el abismo.

Cuando ya estuvieron cerca de la puerta, las dos hojas se separaron levemente con un retumbar reverberante que desprendió el polvo acumulado sobre las gárgolas del techo del lugar y los titanes alargaron los brazos para tirar de ellas y abrirlas por completo.

Onyx les hizo cruzar el umbral y Uriel y sus compañeros por fin se vieron cara a cara con el señor de Khalan-Ghol.

Las paredes interiores de aquel sanctasanctórum eran de piedra negra veteada de oro y plata y que relucían por la humedad. Una decena de ventanas altas y estrechas se abrían en una de las paredes, y la luz muerta del cielo se reflejaba en unas largas hileras lechosas sobre el suelo.

En un trono de color blanco plateado estaba sentado un guerrero de aspecto curtido con el cabello negro cortado a cepillo. Lo rodeaban dos docenas de guerreros de hierro. La armadura que llevaba estaba mellada y cubierta de huellas de combate. Su rostro era cruel y mostraba una expresión de interés taimado. En la sien derecha mostraba la marca de una cicatriz provocada por una herida curada hacía poco. Detrás de él estaba de pie el guerrero que había incapacitado a Uriel con el látigo de energía.

—Onyx, líbrate de los exuviae —dijo el guerrero.

Onyx asintió y se volvió hacia los monstruos deslizantes. Las líneas plateadas del rostro brillaron por un momento y el siseo que lanzó dejó escapar un leve resplandor argénteo por la boca. Uriel notó que la solidez de las criaturas se hacía menos constrictora e instantes después se esparcieron por el suelo cuando retomaron la forma líquida y pegajosa habitual. La sustancia se apartó de la luz en el suelo en cuanto se convirtieron otra vez en sinuosas siluetas sombrías. Se retiraron a las esquinas como perros apaleados antes de salir por la gran puerta y volver a la mórbida oscuridad de la fortaleza.

Uriel pensó por un momento en desenvainar la espada, pero cuando alzó la mirada vio los cañones de unos cuarenta bólters, con los laterales cubiertos de símbolos repugnantes y decorados con la estrella de ocho puntas. Los guerreros de hierro los despojaron de sus armas y les indicaron que debían acercarse al guerrero sentado en el trono.

Uriel vio mientras se acercaban que el guerrero tenía en el regazo una gigantesca hacha de combate y se percató de que se trataba del guerrero de hierro con el que se había encontrado durante el ascenso por la brecha. Había estado a punto de decapitarlo con la espada.

—Te conozco —dijo el guerrero al reconocerlo.

—¿Tú eres Honsou? —contestó Uriel.

Uno de los guerreros de hierro se le acercó y lo golpeó con la culata del arma en la nuca. Uriel cayó sobre una rodilla. La herida de la cabeza se le abrió de nuevo y la sangre le empapó de nuevo la armadura.

Honsou asintió.

—Me conoces, pero yo no sé quién eres. ¿Cómo te llamas?

—No me sacarás nada por la fuerza —le respondió Uriel mientras se ponía en pie y se masajeaba la cabeza.

—Sólo es una pregunta —le indicó Honsou al mismo tiempo que se pasaba un dedo por la herida de la sien—. Me gustaría saber el nombre del guerrero que me ha hecho sangrar.

—Muy bien. Soy Uriel Ventris, y éstos son mis guerreros.

Honsou miró más allá de Uriel.

—Tienes extraños compañeros, Uriel Ventris. Renegados, traidores y esclavos fugitivos.

Uriel no le contestó, ya que se había dado cuenta de que Honsou creía que él mismo no era más que otro renegado. No mostraba insignia o emblema alguno, por lo que nada indicaba que todavía se tratara de un guerrero del verdadero Emperador de la Humanidad.

Se esforzó por pensar en alguna manera de aprovechar la equivocación mientras Honsou seguía hablando.

—¿Cómo es que me conoces? ¿Te lo dijo Toramino?

—¿Quién?

—No te hagas el inocente conmigo —le advirtió Honsou—. Pronto te darás cuenta de que no tengo paciencia. Ya sabes quién es Toramino.

Uriel siguió sin contestar y Honsou dejó escapar un suspiro.

—No tiene ningún sentido que intentes comportarte de una manera noble. Me enteraré de lo que quiero saber. Los mortuarios bestiales te lo sacarán en muy poco tiempo. Créeme, harías bien en decirme lo que quiero saber antes que empezar a sufrir en sus manos.

—Sí, Toramino me habló de ti —dijo Uriel por fin.

Honsou soltó unas risotadas.

—¿Ves, Zakayo? Toramino ha caído tan bajo que se humilla contratando mercenarios. Eso no tiene mucho que ver con sus ideales de pureza, ¿verdad?

—Así es —le contestó Obax Zakayo mientras rodeaba el trono de Honsou para agarrar y levantar en el aire a Leonid y a Ellard con las poderosas garras que le asomaban por encima de los hombros. Ambos forcejearon para liberarse, pero fueron incapaces de resistirse a la fuerza del gigante—. Os prometí que estarías bajo mi cuchillo, esclavos.

—Déjalos, Zakayo. Su sangre no merece el honor de ser derramada aquí. Ponlos a trabajar en las forjas.

Obax Zakayo asintió y soltó a los dos guardias imperiales, pero se quedó al lado de ellos. Era evidente que quería hacerles daño, mucho daño.

—¿Por qué estáis dentro de las murallas de mi fortaleza, Ventris? —le preguntó Honsou.

—Como bien has dicho, somos mercenarios.

—Cruzaron los portales de la locura y se dirigían a la ciudadela interior cuando los encontré —dijo Onyx—. Creo que son asesinos.

—¿Es verdad eso, Ventris? ¿Sois asesinos?

—Yo no soy más que un simple soldado.

—No, eso no es verdad —le replicó Honsou. Se puso en pie y se dirigió hacia Uriel con paso tranquilo y confiado—. Un simple soldado no habría conseguido que sus guerreros sobrevivieran a los portales de la locura o que penetraran tan al interior de Khalan-Ghol.

Honsou le agarró la barbilla a Uriel y le hizo girar la cabeza a un lado y a otro. El antiguo ultramarine se fijó en que el brazo del traidor era un implante de metal negro, con la superficie pulida y brillante como el caparazón de un insecto. Le dio asco que lo tocara con aquello.

—¿Por qué estáis en Medrengard? —le preguntó Honsou a Uriel mirándolo fijamente a los ojos.

Uriel le sostuvo la mirada y los dos guerreros permanecieron así, desafiándose a que fuera el otro quien apartara la vista en primer lugar. Uriel era un guerrero del Emperador de la Humanidad y Honsou un traidor. Uno tenía poco más de cien años y el otro había combatido en los campos de batalla de hacía miles de años. Aunque los separaba un abismo de tiempo y de creencias, Uriel se dio cuenta de que Honsou tenía un auténtico espíritu guerrero y una profunda amargura que le era inquietantemente familiar.

No sabía si se trataba de que la estancia en el Ojo del Terror le había agudizado los sentidos o si sentía alguna clase de afinidad siniestra con el señor de Khalan-Ghol, pero lo cierto era que descubrió con horror que no había tanta diferencia entre ellos como había pensado en un principio.

Vio que a ambos los impulsaba la misma ansia de demostrar su valía ante sus iguales, que ambos sentían la misma frustración por qué se les negara su puesto por derecho debido a la ceguera de otro. Una parte de él admiraba el tesón de Honsou a la hora de perseguir sus objetivos.

Quizá si las circunstancias hubiesen sido diferentes los dos hubieran sido camaradas en el campo de batalla. ¿Habría Uriel formado parte de las

Cruzadas Negras o habría combatido Honsou hombro con hombro junto a sus hermanos marines espaciales en la defensa de Tarsis Ultra?

Vio el reconocimiento y la admiración en el rostro de Honsou cuando su enemigo también comprendió su legado compartido.

—Hemos venido a Medrengard a combatir —le dijo con sencillez.

—Eso veo —asintió Honsou—. Luchasteis bien delante de las murallas. Creo que debo daros las gracias por destruir los elevadores de tropas de Berossus.

—Sí —contestó Vaanes con orgullo—. Yo corté el cable.

—Entonces está claro que no servís a Berossus. Quizá sólo a Toramino… —dedujo con satisfacción—. De cualquier manera, me habéis prestado un gran servicio. Berossus no fue capaz de asaltar sin refuerzos las murallas. Si no hubiese sido por vosotros, Khalan-Ghol estaría en manos de ese idiota.

Honsou caminó alrededor del grupo de marines espaciales y estudió con atención a cada uno de ellos. Se detuvo al lado de Pasanius y tomó en las manos el brazo plateado para examinar con más atención la superficie impoluta.

—Es un trabajo excelente. ¿Tuyo?

—No —contestó Pasanius con los dientes apretados—. Los adeptos de Pavonis lo fabricaron para mí.

—¿Pavonis? No he oído hablar de ese planeta. ¿Es un mundo de los Adeptus Mechánicus?

—No.

Honsou sonrió.

—Me odias, ¿verdad?

Pasanius volvió la cabeza para mirarlo.

—Sí, te odio. A ti y a todos los traidores como tú, cabrón.

Honsou dio una vuelta alrededor de Pasanius y le quitó de la armadura algunos restos pegajosos de los exuviae para ver con mayor claridad el color de las placas de protección. Regresó al lado de Uriel y también le examinó la armadura.

—No veo ninguna insignia —comentó—. ¿De qué capítulo sois?

—¿Y eso qué importa aquí?

—Me gusta el modo en que me has contestado.

—¿Cómo he contestado?

—Con mucho cuidado —le indicó Honsou riéndose—. ¿Quieres saber lo que pienso?

—¿Serviría para algo que te dijera que no?

—No, la verdad es que no. Para que lo sepas, creo que sois ultramarines, aunque me aterra pensar que monstruoso crimen debe cometer un ultramarine para que lo destierren al Ojo del Terror. ¿Fuisteis hacia la izquierda en vez de hacia la derecha en un desfile? ¿Os olvidasteis de rezar las plegarias matutinas?

Uriel sintió que se enfurecía cada vez más, pero se obligó a sí mismo a no responder a las burlas de Honsou.

—Sí, somos ultramarines, pero las razones por las que estamos aquí no tienen ninguna importancia. Estamos aquí para combatir.

—Entonces, ¿te importa para quién combates?

Uriel se lo pensó unos momentos antes de responder.

—No en especial.

—Pues a mí me vendrían muy bien guerreros como vosotros —le dijo Honsou a la vez que alargaba una mano hacia él—. Puedo ofreceros mucho más que Toramino o que Berossus. ¿Os uniréis a mí?

Uriel se quedó mirando la mano del guerrero de hierro y se sintió sacudido por una multitud de emociones. Honsou y él compartían muchas cualidades como guerreros, pero jamás podrían conciliar sus diferencias de fe… ¿O sí podrían?

Ya no tenía capítulo al que servir, así que, ¿no sería mejor elegir un jefe guerrero de gran valor y visión por el que luchar?

Todo lo que le habían enseñado a creer y todo lo que había aprendido en los entrenamientos como marine espacial luchó contra la amargura que había sentido al ser expulsado de los Ultramarines. Miró de nuevo a Honsou a los ojos y vio que sólo le quedaba una salida.



TERCERA PARTE
EN LOS DOMINIOS DE LOS SINPIEL



TRECE

Uriel se echó a un lado y le dio un codazo en la garganta al guerrero de hierro que se había quedado con su espada de energía y la atrapó al vuelo cuando el traidor se agarró con las dos manos la tráquea partida. La hoja siseó con ferocidad al salir.

—¡Soy un guerrero del Emperador de la Humanidad y un marine espacial! —gritó—. ¡Jamás me uniré a alguien como tú!

Honsou ni siquiera se movió mientras la espada de Uriel iba directa a su garganta. De repente aparecieron las garras de bronce de Onyx y se interpusieron deteniendo el golpe. El otro puño de Onyx golpeó a Uriel en mitad del pecho y lo lanzó de espaldas al suelo de hueso molido, dejándolo sin respiración. Soltó la espada y jadeó intentando conseguir oxígeno a través de la tráquea cortada antes de que las funciones autónomas empezasen a utilizar el tercer pulmón.

Alargó la mano para empuñar de nuevo la espada, pero una pesada bota la pisó.

—¿Es que crees que soy estúpido, Ventris? —le espetó Honsou con un gruñido—. ¿Crees que me convertí en el señor de esta fortaleza por pura suerte? ¡No, me la gané siendo más listo que cualquiera de los que intentaron arrebatármela!

Honsou le propino una patada en la cara y sonó el chasquido de un hueso al romperse. Uriel rodó sobre sí mismo para alejarse de los pies de Honsou. Los demás guerreros de hierro amenazaron con los bólters a los miembros de su grupo cuando mostraron la intención de acudir en ayuda de Uriel.

Este se esforzó por levantarse, pero Honsou no le dio ninguna oportunidad para ello: le colocó una rodilla en la espalda y empezó a darle fuertes puñetazos en las costillas. Luego lo agarró por la parte de atrás de la cabeza y le estrelló la cara contra el suelo. Uriel notó que se partían la nariz y un pómulo e intentó girar la cabeza para evitar más daños en el mismo sitio, pero Honsou era un luchador sucio y le agarró la cabeza con el brazo y empezó a machacarle la cara con el otro puño.

—¡Ya verás! ¡Desearás haber aceptado la oferta! —le gritó Honsou furibundo mientras se limpiaba la sangre de Uriel de la cara—. Te entregaré

a los mortuarios bestiales y ellos se encargarán de torturarte la carne y de hacerte conocer una agonía como jamás habías experimentado. Tu cuerpo será su obra de arte y, cuando hayan acabado, tu carne servirá para reponer sus maltrechos organismos.

Uriel rodó de nuevo y se quedó tumbado de espaldas. Tenía la boca llena de sangre y le sobrevino un ataque de tos que le dejó la armadura manchada de rojo. Se incorporó sobre un codo para hablar.

—Soy Uriel Ventris de los Ultramarines, leal servidor del benefactor Emperador de la Humanidad y enemigo de todos los traicioneros seguidores de los Poderes Siniestros. Nada que hagas podrá cambiar es eso.

Honsou lanzó un gruñido, se puso en cuclillas sobre la placa pectoral de Uriel y lo golpeó de nuevo en la cara. La sangre salpicó el suelo mientras le gritaba.

—¡Maldito seas! ¿Cómo te atreves a enfrentarte a mí? ¡No eres nada! ¡Nadie! ¡Tu propio capítulo te ha rechazado! No eres nada para ellos. ¿Qué vas a ganar honrándolos?

Uriel alargó con rapidez una mano y atrapó el puño de Honsou.

—¡Conservar mi honor y mi fe! —le replicó un momento antes de golpearlo con el otro puño y derribarlo.

Uriel se puso en pie con dificultad y avanzó trastabillando para reunirse con lo que quedaba de su grupo de guerreros. Los marines espaciales y los dos guardias imperiales formaron un círculo desafiante encarado hacia los guerreros de hierro. Uriel soltó un salivazo cargado de sangre y de algunos dientes antes de apoyarse en Pasanius para sostenerse.

—Por un momento me tuviste preocupado —le dijo Pasanius.

Lo dijo con voz tranquila, pero incluso en su lamentable estado Uriel se dio cuenta de la inquietud su amigo.

—Soy un guerrero del Emperador —dijo entre jadeos—. Jamás seguiré a los Poderes Siniestros. Deberías saberlo.

—Y lo sé —le confirmó Pasanius.

—Bueno, la verdad es que engañaste a ese cabrón —le comentó Vaanes mientras se colocaba a su lado y desenvainaba las cuchillas relámpago—. Y a mí también. Ventris, no pienso morir así.

—Yo tampoco si puedo evitarlo —le contestó Uriel.

Los guerreros de hierro los rodearon apuntándoles al pecho con los bólters mientras Honsou se ponía en pie limpiándose la sangre de la cara.

—Me aseguraré de que te destrocen, Ventris —le prometió—. Dejaré que te entreguen a las daémonculati y que luego te echen a los sinpiel. Veamos cómo logras detenerlos con esos maravillosos ideales tuyos.

—Nada que me hagas podrá hacerme renegar de mi fe.

—¿Fe? —contestó Honsou en tono burlón—. Tu fe no es más que una ignorancia cargada de esperanza. Los Guerreros de Hierro también tuvieron fe antaño, pero ¿qué consiguieron con ella? Que el Emperador los traicionara y los exiliara al Ojo del Terror. ¡Si eso es lo que se consigue teniendo fe en el Emperador, pues al infierno con ella, lo mismo que tú!

Pasanius lanzó un rugido de rabia y se abalanzó contra él, pero Onyx intervino de nuevo para proteger a su señor y detuvo con las garras de bronce el golpe dirigido contra la garganta de Honsou. Pasanius se movió con una rapidez sorprendente para ser un individuo tan grande y desvió el ataque de Onyx para a continuación propinar al demonio simbionte un tremendo puñetazo en la cara.

Onyx rugió y cayó de espaldas al mismo tiempo que un chorro de fuego plateado salía a borbotones de la carne rasgada. Pasanius agarró a Honsou de la armadura y echó atrás el brazo plateado para asestarle un golpe mortífero.

Sin embargo, antes de que pudiera golpearlo, una garra se cerró sobre el brazo y Obax Zakayo lo apartó de un tirón. La garra hidráulica apretó con fuerza el antebrazo de Pasanius y casi cortó por completo el brazo, Zakayo blandió el puño martillo y el golpe hizo salir despedido por los aires al sargento. Se acercó para rematar al marine espacial con el hacha que empuñaba normalmente. Alzó el arma por encima de la cabeza, pero no llegó a dar el golpe. El guerrero de hierro se quedó paralizado e incrédulo al ver lo que estaba ocurriendo delante de él.

Uriel contempló horrorizado y estupefacto cómo el metal aplastado y casi seccionado del brazo de Pasanius fluía como el mercurio. Los daños que había provocado el ataque de Obax Zakayo desaparecieron por

completo, con cada arañazo, melladura e imperfección reparados hasta que quedó pulido como el mismo día que se lo colocaron en el muñón del codo.

—Pasanius… —murmuró Uriel—. ¿Qué…? ¿Cómo…?

Su amigo rodó hacia un lado para ocultar de la vista de Uriel el recién reparado brazo plateado.

—Lo siento mucho… —gimió—. Debería haber…

Honsou se inclinó sobre Pasanius y le separó el brazo del pecho, donde lo tenía pegado Pasanius. Pasó sus dedos artificiales por la perfección plateada del brazo mecánico del sargento y miró su propio brazo artificial, negro y brillante, con un gesto de expectación.

—Lleváoslos a las Cámaras de los Mortuarios Bestiales, pero decidles que deben mantener con vida a éste… Quiero su brazo.

Honsou se puso en pie y se acercó a Uriel con el rostro contraído por la rabia.

—Que entreguen a Ventris a las daemonculati. No sirve para nada más. Que utilicen y abusen de su cuerpo para tomar lo que deseen y que luego arrojen lo que quede.

El trayecto hasta las estancias de los mortuarios bestiales estaba repleto de tantas visiones enloquecedoras y apariciones delirantes como el que les había llevado hasta el sanctasanctórum. El interior de la torre desafiaba las leyes de la naturaleza y de la física con perspectivas enfermizas y ángulos imposibles que luchaban contra los sentidos de Uriel.

Descendieron por una serpenteante escalera en espiral que giraba alrededor de otras en una vertiginosa hélice doble. Vieron por encima de ellos esclavos que arrastraban los pies, acólitos de túnicas doradas y guerreros de hierro que subían o bajaban (Uriel no estaba seguro de cuáles subían y cuáles bajaban), y todo ello desafiando las leyes de la gravedad.

Obax Zakayo, Onyx y los cuarenta guerreros habían obligado a Uriel y a los suyos a salir de la estancia para luego recorrer la misma cámara sobre el abismo y cruzarse con los titanes antes de dirigirse hacia los siniestros claustros de la torre. Uriel no fue capaz de fijarse en la ruta por la que les habían conducido sus captores. La caótica arquitectura de la torre hizo

fracasar todo los intentos que hizo por recordar el camino que habían seguido.

Magullados, desarmados y con las cabezas inclinadas por la derrota, los marines espaciales y los guardias imperiales fueron conducidos por pasillos polvorientos y oscuros. Pasanius se mantenía alejado de Uriel y le apartaba la mirada. Aquella pasividad contradecía el sentido del honor de Uriel, pero sabía que los matarían a todos si atacaban a sus captores en aquel momento, y aunque también sabía que tenía un juramento de muerte por cumplir mientras viviera, estaba seguro de que ya llegaría el momento de luchar.

Siguieron caminando hacia el lugar que Honsou había llamado las Cámaras de los Mortuarios Bestiales. Uriel había percibido bastante miedo ante la mención de aquellos individuos y no le apetecía en absoluto descubrir el motivo de ese miedo. ¿Sería la criatura que había intentado apoderarse de ellos cuando habían entrado en la torre de uno de ellos? Uriel tenía la terrible sospecha de que lo averiguarían muy pronto.

Se pararon de repente y Obax Zakayo se aproximó dubitativo a una arcada baja e iluminada. Los bordes tenían alineados ganchos, largas agujas y varios garfios de los que colgaban jirones de piel humana con las ropas todavía puestas. Del interior surgían gritos aterradores y el siseo de la carne al quemarse, acompañados del olor a sangre y a desesperación. Algo se movió al pasar por delante de la arcada desde el otro lado: una silueta contrahecha que cojeaba.

Obax Zakayo volvió a dudar un momento antes de pasar bajo la reluciente arcada. El sonido chasqueante de unas garras metálicas sobre la piedra y el eco de un enorme corazón palpitante resonaban más allá de la arcada. La aprensión de los guerreros de hierro era muy evidente. Onyx no mostró temor alguno y pasó a los dominios de los mortuarios bestiales sin rastro de preocupación.

Uriel sintió una calidez fétida en cuanto lo cruzaron y miró alrededor para descubrir qué era lo que inquietaba tanto a los guerreros de hierro. El fuego plateado de los ojos y de las venas de Onyx lanzaba un tenue brillo por la estancia, aunque Uriel se sintió agradecido de repente por la oscuridad del lugar, ya que lo que se veía eran indicios macabros de toda

clase de experimentos grotescos que colgaban de las paredes o estaban metidos dentro de jarras llenas de un fluido lechoso. El ocupante del lugar se dirigió cojeando hacia Obax Zakayo. Era evidente que cada paso que daba le provocaba dolor.

Uriel se dio cuenta de que aquel cuerpo desnudo era una extraña combinación de extremidades y de apéndices del Emperador sabía cuantos cuerpos. Tenía la cabeza cosida hacia atrás, con los ojos y los oídos sustituidos por implantes de cobre corroídos. Se alzaba sobre dos piernas que obviamente habían pertenecido a dos personas de estatura muy distinta y tenía el torso cubierto de cicatrices quirúrgicas mal curadas. Quizá había tenido sexo antaño, pero no quedaba nada en la entrepierna que indicara cuál. Los brazos de la criatura le colgaban del pecho formando un lazo asimétrico, ya que las manos estaban unidas en una masa fundida de carne y hueso.

—¿Qué querer? —farfulló con una boca llena de saliva goteante—. No sois venidos bien.

—Sabatier —dijo Onyx—. Traemos ofrendas para vuestros señores. Carne nueva.

La criatura llamada Sabatier miró a los guerreros del grupo de Uriel y se dirigió con gesto de dolor hacia Ardaric Vaanes. Alargó los brazos para tocarle la cara con las manos fundidas en una, pero Vaanes se apartó de aquella masa de carne antes de que pudiera hacerlo.

—No me toques, monstruo —le gruñó.

Sabatier se echó a reír, o más bien gargajeó, no había forma de saberlo con seguridad, y volvió a mirar a Onyx.

—Desafiante —dijo un momento antes de que Vaanes se lanzara contra él y lo agarrara del cuello. Luego lo giró con fuerza y se oyó un tremendo chasquido de huesos rotos. La Criatura soltó un suspiro y sé desplomó en el suelo. Obax Zakayo se acercó al marine espacial y lo levantó por el aire con las garras mecánicas incrustadas en la armadura mientras gritaba de furia.

—Y fuerte… —dijo Sabatier desde el suelo antes de empezar a levantarse. La cabeza le bailaba sobre los hombros y un trozo afilado de hueso roto sobresalía cortando la piel remendada. Le hizo un gesto a Obax

Zakayo con la circunferencia formada por los brazos fundidos—. Suelta. Amos prefieren carne fuerte, no criaturas débiles y hambrientas como traéis siempre. Quizá tenga suerte y los amos lo conviertan como yo. Muerto, pero no frío en el suelo.

—Sería una suerte —comentó Obax Zakayo soltando a Vaanes en el suelo.

—No, no sería —contestó Sabatier antes de alzar la cabeza y recitar una letanía gutural.

La pared más alejada de la arcada brilló un momento antes de desaparecer al oír la voz cargada de flema del monstruo. El sonido dé los gritos y del corazón palpitante llenó la atestada cámara. Al otro lado se veía una gran jaula con rejilla metálica, hacia la que los guerreros de hierro los empujaron Con golpes brutales de los bólters.

En cuanto los prisioneros y los captores entraron en la jaula, Sabatier pasó el lazo formado por sus brazos por encima de una palanca de franjas negras y amarillas y tiró de ella con cierta dificultad hasta cerrar la puerta. La jaula se estremeció en cuanto se cerró y un chirriante crujido resonó por encima de sus cabezas cuando unos viejos mecanismos se pusieron en marcha y el artefacto comenzó a descender hacia las profundidades de la torre.

Uriel miró hacia abajo a través del suelo de rejilla y sólo logró ver un pozo ligeramente reluciente construido con hojas de hierro batido de un brillo aceitoso. El fondo se perdía en la lejanía, y Uriel se dio cuenta de que era físicamente imposible que aquel pozo estuviera dentro de la torre. Aquel hecho, la imposibilidad espacial de la existencia del pozo, ya ni siquiera le extrañó.

Vaanes se movió hasta colocarse al lado de Uriel mientras el ascensor continuaba el descenso y ganaba velocidad hasta que las paredes de metal pasaron siseantes a toda velocidad.

—Tenemos que salir de aquí cuanto antes. No me gusta nada lo de esos mortuarios bestiales.

—A mí tampoco —contestó Uriel—. Nada que atemorice a los Guerreros de Hierro puede ser bueno.

—Quizá tu sargento pueda abrirse paso gracias a ese brazo autorreparador. ¿Dónde demonios ha conseguido algo así?

—Ojalá lo supiera… —respondió Uriel un momento antes de que la jaula empezara a frenar antes de detenerse con otro estremecimiento.

Sabatier abrió las puertas situadas al otro lado de la jaula y los guerreros de hierro los hicieron salir a golpes a un pasillo que se ensanchaba de forma gradual hasta formar un túnel cortado en la roca. Al final del mismo se veía un palpitante brillo rojo y se oía un coro de gritos acompañados de siseos, estampidos metálicos y el martilleo de maquinaria. Sin embargo, todo aquello quedaba ahogado bajo el golpeteo continuo de un palpitar ensordecedor.

El brillo rojo y la cacofonía infernal siguieron aumentando hasta que entraron en la gigantesca caverna que se abría al final del túnel.

—Oh, no… —murmuró Uriel cuando vio por fin las Cámaras de los Mortuarios Bestiales.

—Pero ¿qué…? —dijo Vaanes con el rostro iluminado por el demoníaco brillo enrojecido de la caverna.

El otro extremo del lugar se perdía más allá de la vista. Las paredes de hierro remachado se alzaban a una altura impresionante, donde máquinas palpitantes y turbinas poderosas bramaban. Unos gruesos cables y tubos cruzaban las paredes y el techo curvado, desde donde caía una fina lluvia de fluidos corporales que empapaba el hediondo suelo rocoso. Varias hileras de jaulas oscuras, similares a las que Uriel había visto en el campamento de carne de la montaña se alineaban en las paredes interiores de la caverna. Por debajo de cada una corría un canalón, mientras que de unas grandes vejigas suspendidas del techo salían varias tuberías.

Lo obligaron a adentrarse en la caverna y Uriel notó de repente que perdía agudeza en todos los sentidos, igual que si estuviera bajo los efectos de un poderoso bálsamo para el dolor. Todo pareció perder color, sabor y olor, como si le hubieran anulado todos los órganos sensoriales del cuerpo.

El suelo de la caverna era escabroso e irregular. Por toda la cámara había estructuras y horcas construidas unas sobre otras, con mesas mortuorias, algunas ocupadas y otras no, dispersas de un modo caprichoso.

Varios monstruos de túnicas negras atravesaron el lugar atraídos por el ruido del ascensor al llegar y avanzaron sobre distintos tipos de locomoción. Unos caminaban sobre patas arácnidas, otros sobre unos largos zancos, y algunos incluso sobre unidades de orugas claveteadas. Los brazos que agitaban eran una mezcla ecléctica de cuchillas, garras, abrazaderas, sierras de hueso y chirriantes taladros craneales. No había dos iguales, pero todos mostraban las cicatrices de las tremendas operaciones quirúrgicas que habían llevado a cabo sobre ellos mismos. Sus cuerpos eran repugnantes y aterrorizadores.

Llevaban sobre la túnica una versión corrompida del símbolo del engranaje y del cráneo del Adeptus Mechánicus, aunque a Uriel le costó relacionar aquellas abominaciones con los sacerdotes del Dios Máquina. Tenían la piel muerta y barbotaban una serie de chasquidos ininteligibles que a Uriel le parecieron un galimatías.

Onyx cruzó la caverna seguido muy de cerca por Sabatier. Los mortuarios bestiales no tardaron en rodearlos y empezaron a toquetear a Onyx con los brazos y a clavarle agujas.

—Un regalo de parte de lord Honsou —dijo el simbionte demoníaco sin hacer caso del examen al que lo estaban sometiendo.

Aquellos cirujanos infames no encontraron nada de interés en su cuerpo demoníaco, así que lo dejaron atrás y se aproximaron al grupo de guerreros con un ansia esquelética y enfermiza en sus ojos sin alma. Uno de aquellos monstruos de pesadilla se volvió hacia Onyx y Uriel lo reconoció como el que habían visto al entrar en la torre. Abrió la boca y se oyó un mensaje siseante y chasqueante.

—Regalo aceptable —tradujo Sabatier—. Podéis marchar sin sufrir cirugía.

Onyx se limitó a asentir y Uriel se fijó en las siniestras maravillas que encerraba la caverna. Sin embargo, a pesar de las cercanas y terroríficas formas de los mortuarios bestiales, la mirada de Uriel se vio atraída de un modo irresistible hacia el centro de la cámara.

Lo que colgaba sobre un lago de sangre burbujeante suspendido de tres gruesas cadenas y agarrado por tres relucientes argollas plateadas que le

atravesaban el torso era un hinchado demonio rojo, antiguo y repleto de energía restallante. Tenía la piel escamada, y del cráneo cornudo le colgaban unos gruesos mechones de cabello apelmazado y enmarañado que le cubrían la espalda. Las patas acabadas en pezuñas se agitaban en el aire cada vez que intentaba liberarse de sus ataduras sin lograrlo. Uriel se fijó en las grandes heridas que tenía en la espalda, de donde le habían arrancado un par de alas. La criatura hinchó el pecho de forma violenta al mismo tiempo que resonaba un retumbante eco por toda la caverna, por lo que Uriel dedujo que el origen de aquel sonido debía ser el demonio encadenado.

—Lo reconoceréis en cuanto lo veáis… —murmuró Pasanius.

—¿Qué?

—Eso es lo que nos dijo el Daemonium Omphalos.

—¿Sobre qué?

—Sobre el Corazón de Sangre —le aclaró Pasanius—. Lo reconoceréis en cuanto lo veáis.

Uriel alzó la vista hacia el demonio y se dio cuenta de que Pasanius tenía razón. Aquello no podía ser otra cosa más que el Corazón de Sangre, la criatura demoníaca que, según les había contado Seraphys, había logrado engallar al Daemonium Omphalos y lo había condenado a una eternidad de tormentos en el interior de la caldera de una terrorífica máquina demoníaca.

Alrededor del lago de sangre se alineaban cientos de ataúdes de hierro negro colocados en vertical. Unos gorgoteantes tubos rojos les entraban por la parte superior. En el interior de cada uno se encontraba un hechicero de túnica dorada que no paraba de Canturrear. En aquellos cuerpos resecos había clavadas decenas de agujáis que les sacaban sangre que iba a parar directamente al lago de líquido Siseante que se encontraba bajo el demonio prisionero. Un tubo palpitante salía del lago y penetraba en el pecho del demonio, y por allí le introducían la sangre de los psíquicos en la carne inmaterial. La criatura se retorcía sobre el lago en una agonía constante. Una vaharada de aire psíquicamente muerto salía del cráneo de la entidad del espacio disforme y llenaba la parte superior de la cámara. El tormento que sufría el demonio con aquel cautiverio era más que evidente. Uriel se dio cuenta de que aquél era el motivo del aletargamiento de sus sentidos.

—Lord Honsou os pide que éste —dijo Onyx señalando a Uriel— acabe en las daemonculati, y que al que tiene el brazo plateado se lo quitéis y se lo llevéis al sanctasanctórum. ¿Es aceptable?

La criatura avanzó tambaleándose y alzó en el aire a Pasanius con una garra siseante que le salía del montaje de una pierna neumática. Dé la armazón de la muñeca surgió una cuchilla radial y con unos cuantos cortes brutales y eficaces serró las piezas de la armadura de Pasanius a la altura del brazo, lo que dejó a la vista los músculos y la unión entre Carne y metal.

—¡Suéltame, escoria del Gaos! —gritó Pasanius mientras le propinaba al mortuario bestial varias patadas en el reseco pechó.

La criatura lanzó un siseo, cómo si no estuviera acostumbrada a semejante resistencia. Por debajo de la cuchilla radial surgió una aguja gruesa que atravesó la placa pectoral de Pasanius. En pocos segundos, el forcejeo del sargento cesó y el monstruo entregó el cuerpo a uno de sus hermanos Cirujanos.

Uriel se lanzó en su persecución, pero tener los sentidos aletargados hizo que se moviera con más lentitud. Onyx lo detuvo poniéndole una garra de bronce en la garganta.

—No —se limitó a decirle—. Su destino será mucho mejor que el tuyo.

Uriel no le contestó y los mortuarios bestiales los rodearon y se los llevaron con las garras mecánicas.

—Te mataré —le prometió Uriel mientras lo alzaban en el aire—. Será mejor que me pegues un tiro ahora mismo, porque me encargaré de ti si no lo haces.

—Si los poderes decretan que ésa es mi suerte, que así sea, pero creo que te equivocas. Morirás aquí, Uriel Ventris —le contestó Onyx antes de volverse y regresar al túnel que llevaba hasta la jaula ascensor con un Obax Zakayo de aspecto satisfecho.

Uriel forcejeó en vano con las garras del mortuario bestial, pero la fuerza de su captor era enorme y no pudo moverse. El rostro muerto siseaba mientras examinaba su cuerpo con detenimiento. Unos relucientes brazos de bronce lo mantuvieron inmovilizado mientras las pinzas y las tenazas le atravesaban la carne.

De debajo de la capucha de la criatura surgieron unas varillas telescópicas que llevaban en el extremo una pieza bucal de rejilla que se encajó entre las mandíbulas del monstruo. De la pieza surgieron unos diminutos taladros que se clavaron en la mandíbula metálica del mortuario bestial provocando una lluvia de fragmentos plateados.

De la unidad de rejilla salió un siseo de estática y el mortuario bestial le habló.

—Tú serás entregado a las daemonculati. Desperdicio de carne. Se podrían hacer muchos cortes en ti. Lo desconocido se haría conocido. Habrá otros.

—¿Qué vais a hacer con nosotros? —le preguntó Vaanes a gritos mientras forcejeaba en vano inmovilizado por un monstruo de gran estatura vestido con una túnica negra que caminaba sobre unas piernas mecánicas siseantes que tenían las articulaciones al revés, como las de un Sentinel.

—Somos los cirujanos del fallecimiento —le contestó el monstruo—. Monarcas del reino de los muertos. Os mostraremos el significado del dolor. Os cegaremos con metal ardiente y luego os abriremos con cuchillos. Haremos nuestra vuestra carne.

Los siniestros sacerdotes de la carne y la máquina se adentraron en las profundidades de la caverna llevándose consigo a los miembros del grupo de guerreros hacia las mesas de experimentación mientras discutían entre ellos sobre las operaciones quirúrgicas que iban a realizar en su chasqueante lenguaje mecánico.

El mortuario bestial que llevaba a Uriel se dirigió hacia otro lugar. Las múltiples zancadas de sus numerosas piernas le hicieron atravesar con rapidez el lugar. Uriel contempló espectáculos horribles mientras lo trasladaba por la infernal caverna: cuerpos despellejados, grupos de prisioneros cosidos entre sí, dementes aullantes con la cabeza llena de líquido hasta el punto que la presión hacía salir el fluido por los ojos a punto de saltar.

Vio hombres y mujeres a los que estaban haciendo girar sobre grandes hogueras. La piel quemada se desprendía y caía provocando siseos sobre la plancha de hierro que había debajo. Otros mutantes como Sabatier,

deformados y vueltos a montar con total desprecio de las leyes de la anatomía, se ocupaban de los experimentos más corrientes y anotaban los gritos de las víctimas, registrando así todos y cada uno de los aspectos de su sufrimiento en largas hojas de pergamino.

Se vieron obligados a desviarse en numerosas ocasiones para esquivar a las repugnantes excavadoras rojas que habían visto desde lo alto de las escaleras que llevaban a la fortaleza. Todavía arrastraban detrás de ellas las vagonetas llenas de sangre hasta los bordes con los cadáveres de los guerreros de hierro en el interior. Se abrían paso por la cámara de experimentos llevando los cuerpos a un destino desconocido.

Uriel perdió de vista las excavadoras cuando el mortuario bestial subió por una larga rampa que llevaba hasta la primera fila de jaulas alineadas a lo largo del borde de la cámara. Unos cuantos conductos suspendidos de unos ganchos de hierro de aspecto letal seguían la curva de las paredes de la enorme cueva y soportaban tuberías gorgoteantes, cables eléctricos chasqueantes y un tubo transparente lleno de una sustancia viscosa y cartilaginosa. Cuando llegaron al extremo superior de la rampa, Uriel vio que, efectivamente, las jaulas estaban ocupadas por pobres víctimas que se parecían a los desgraciados que habían muerto en el campamento de carne de la montaña. Pero por horrible que hubiera sido aquello, lo que tenía ante los ojos lo superaba.

Las enormes criaturas hinchadas que había en las jaulas eran hembras, aunque los cuerpos estaban hinchados más allá de toda semejanza con una persona. Estaban encadenadas a las jaulas y gorgoteaban y babeaban en una locura y un tormento sin voz, ya que les habían cortado las cuerdas vocales mucho tiempo atrás. Las habían hecho engordar mediante métodos antinaturales, pero Uriel se percató de que su enorme tamaño no se debía tan sólo a las monstruosas dosis de hormonas de crecimiento o al uso de la hechicería.

Aquellas inmensas hembras estaban embarazadas.

Uriel se dio cuenta de que no eran embarazos normales. Los vientres hinchados se ondulaban debido a unas criaturas enormes y movedizas casi del tamaño de un marine espacial…

Uriel se dio cuenta con una mezcla de horror y asco que lo que estaba viendo eran las daemonculati, las viles y terribles matrices demoníacas de donde procedían los nuevos marines espaciales del Caos. Cada jaula contenía uno de aquellos monstruos embarazados y Uriel lloró por el trágico destino que habían sufrido.

Aquel era el objetivo de su juramento de muerte. Si las destruía, recuperaría su lugar en el capítulo. Forcejeó de nuevo y con más energía cuando el mortuario bestial empezó a cortar la armadura y a arrancársela del cuerpo con una eficiente y brutal combinación de cuchillas y cortadores de plasma.

Aquello no tenía nada de quirúrgico o meticuloso. Gritó varias veces cuando lo cortó, lo quemó o le atravesó el cuerpo durante el proceso. Los trozos de la armadura repiquetearon al caer al suelo, y Uriel lloró por la violación que había sufrido el espíritu del artefacto. Lo primero que cayó fue la placa pectoral, cortada por la mitad. Luego le arrancó la gorguera y partió las hombreras antes de arrancarlas de cuajo.

—No luches —le advirtió el monstruo—. Vas a ser de las daemonculati.

—¡Quítame esas sucias manos de encima, sucio engendro demoníaco!

La irritada criatura lo golpeó con un puño en la cabeza. La sangre empezó a correrle por la frente mientras la vista se le llenaba de puntitos brillantes. La criatura lo llevó un poco más lejos a lo largo de la fila de jaulas. La sangre le cubrió los ojos cuando le dio la vuelta y lo dejó mirando boca abajo a través del suelo enrejado.

Debajo vio una gran máquina con una cinta transportadora manchada de sangre y cargada de cadáveres acribillados o de cuerpos a los que les faltaba algún miembro. Unos grandes rodillos apisonadores esperaban los cuerpos de los guerreros de hierro muertos, que en el interior de la máquina quedaban convertidos en una pasta espesa que los tubos palpitantes transportaban a las jaulas de las daemonculati.

Uriel adivinó que Honsou además de utilizar la semilla genética que había robado en Hydra Cordatus empleaba ese método para reaprovechar el material genético de los muertos. Aquella blasfemia contra un símbolo tan

valioso y tan sagrado de los marines espaciales fue algo insoportable para él y juró que mataría a Honsou con sus propias manos.

Lo pusieron de nuevo boca arriba y vio a un grupo de mortuarios vestidos con túnicas negras que trabajaban alrededor de una daemonculati que sufría convulsiones. A aquellas pobres criaturas les cortaban el vientre en canal y luego mantenían abiertos con grapas los pliegues de carne rosada y grasienta mientras los mutantes deformes colocaban los cuerpos de niños aterrorizados en el interior de los úteros abiertos.

Allí, el material genético suministrado a las daemonculati pasaría a los niños implantados…

Los niños chillaban de terror, suplicando por sus vidas o que los dejaran volver con sus madres, pero los monstruos de túnica negra no les prestaban atención y continuaban con aquel macabro procedimiento.

Uriel se retorció para soltarse, esforzándose con desesperación cuando vio el vientre abierto de una daemonculati ante él.

—¡No! —rugió—. ¡No!

Otro mortuario bestial ayudó a su colega cirujano con el procedimiento de ovariotomía, y Uriel rugió de nuevo de rabia cuando notó que le clavaban una aguja a través del escudo óseo que protegía los órganos de la cavidad torácica.

Forcejeó cada vez con menos intensidad a medida que el poderoso somnífero le recorría las venas y vencía la tremenda resistencia de su metabolismo. Sintió que unas manos rugosas lo colocaban en el suave y blando interior de la matriz de una daemonculati. La tibieza lo envolvió mientras le suturaban los miembros al útero ensangrentado.

Sintió los órganos palpitantes a su alrededor y por encima de la cabeza el rápido tabaleo de un corazón que latía a demasiada velocidad.

—Ahora mueres —le dijo, el mortuario bestial—. Demasiado viejo para convertirte en guerrero de hierro. La semilla genética producirá tejidos nuevos que romperán tu carne. Tejidos mutantes y resultados desconocidos. Pronto estarás en trozos. En frascos.

—No… —balbuceó luchando débilmente contra la droga incapacitadora —. Te mataré…

Pero ya estaban colocando sobre su cuerpo tendido las bandas de carne esponjosa de la daemonculati y dejándolo atrapado en la oscuridad. El tejido blando y húmedo le cubrió la cara. Luchó por soltarse las manos, pero un cálido aturdimiento le inundó todo el cuerpo.

Lo último que Uriel oyó antes caer inconsciente fue el sonido del grueso y correoso pellejo de la matriz del demonio al ser cosido para cerrarse por encima de él.



CATORCE

Ardaric Vaanes forcejeó con el mortuario bestial durante todo el camino, aunque no le sirvió de nada. Lo tenía bien inmovilizado con las garras de bronce. Sólo podía mover la cabeza. El monstruoso cirujano caminaba por la cámara llena de gritos dando largos trancos sobre unas piernas parecidas a zancos a pesar de lo desigual del suelo. Se alzaba por encima de las abominables creaciones híbridas que se afanaban sobre las mesas de experimentación llenas de sangre y se dirigía hacia algún otro destino igual de odioso.

—¡Pasanius! —gritó—. ¿Puedes oírme?

El sargento de los Ultramarines asintió con gesto aturdido. La cabeza le colgaba floja sobre los dormidos músculos del cuello, así que, Vaanes supo que no tendría ayuda por ese lado hasta que se pasaran los efectos deja droga. Vio que, a excepción de Ventris, los monstruos de túnicas negras los llevaban a todos al mismo lugar. Era una procesión de criaturas grotescas que los llevaban a su condenación. Pasanius estaba casi, inconsciente; a su espalda, seguido muy de cerca por Seraphys, el cuervo sangriento, y los dos guardias imperiales. Los otros nueve supervivientes del grupo de guerreros también estaban allí.

Vaanes maldijo a Ventris, y no por primera vez desde que habían emprendido el viaje hasta Khalan-Ghol, por embaucarlos y hacerles creer que podían llevar a cabo aquella misión suicida. Sobre todo se maldecía a sí mismo por dejarse convencer por su palabrería sobre él coraje. Vaanes no se hacía ilusiones sobre su falta de honor, y no debería haber caído en las mismas y viejas mentiras.

Honsou tenía razón cuando les dijo hasta dónde llevaba el honor. Vaanes había dejado de tener fe en algo semejante hacía mucho tiempo ya, y lo único que había conseguido era décadas de vagar por las estrellas como un mercenario sin hogar hasta que había acabado en aquel planeta infernal.

Se había atrevido a creer que Ventris representaba su última oportunidad de redención, que al aprovecharla quedaría redimido ante los ojos del Emperador. Ahora sabía que no sería así, que aquella promesa se había convertido en humo.

Hizo caso omiso de los gritos y los gemidos de los pobres desgraciados que sufrían bajo el ansia de conocimiento de los mortuarios bestiales. Sus lastimeros sollozos no lograron penetrar en su corazón de piedra. Eran débiles por permitirse sentir. Por sentir dolor, por sentir remordimientos, o angustia y pena. Hacía tiempo que Vaanes se había librado de esas emociones, y sabía que eso lo hacía ser más fuerte.

—Los fuertes, solos lo son más —murmuró para sí al recordar aquellas palabras que oyó de labios de uno de sus primeros contratantes.

El viaje infernal acabó por fin y entraron en una zona circular con una decena de mesas mortuarias de acero colocadas en circunferencia. Todas ellas disponían de un canalón de desagüe en uno de los lados. Una serie de postes de hierro, con una disposición parecida a la de una gran pérgola, rodeaba la zona de trabajo de los cirujanos y soportaba el peso de un aparejo de poleas rematadas con ganchos para colgar carne que había sobre cada mesa. Había varios toneles y bidones colocados en intervalos adecuados para recoger la sangre y los restos desechados, además de un largo conducto lleno de agua negra. En el centro del círculo había una sólida mesa de trabajo, donde se encontraban toda clase de cuchillos largos y cortos, sierras para metales, hachuelas y demás herramientas de corte.

Los mortuarios bestiales colocaron con rapidez a los guerreros del grupo en las mesas y les inmovilizaron los miembros con unas gruesas anillas de hierro con sus correspondientes pernos. Vaanes le soltó una patada a la bestia que lo llevaba cuando le arrancó el retrorreactor de un solo golpe y lo tiró encima de la mesa. El mortuario lo golpeó con una garra de bronce y Vaanes parpadeó para quitarse de los ojos la sangre que salió de la herida hasta el hueso que le había abierto en la cara.

La criatura acercó el rostro muerto al de Vaanes y le siseó algo en su lenguaje chasqueante e ininteligible. Vaanes le escupió un chorro de sangre al ojo. El monstruo alzó la garra para golpearlo de nuevo, pero otro de los mortuarios bestiales le lanzó un siseo enfurecido que lo detuvo. En vez de eso lo inmovilizó sobre la mesa y se aseguró de que las manos estuvieran atadas de forma que no pudiera sacar las garras relámpago.

Vaanes contempló cómo el monstruo que se movía sobre orugas llevaba las armas del grupo a una mesa de investigación y los mortuarios empezaban a catalogarlas con interés científico. Tironeó de las ataduras en un esfuerzo por liberarse y poder matar a sus enemigos.

No esperaba escapar con vida, pero confiaba en matar a unos cuantos de aquellos malnacidos antes de que acabaran con él. Pasanius estaba inmovilizado sobre otra mesa. La parte metálica del brazo le colgaba sobre el borde, y el resto permanecía atado a la superficie lisa por encima de la unión entre la carne y el metal. Los mortuarios bestiales se marcharon en cuanto los dejaron encadenados, ansiosos por continuar con sus propios experimentos macabros.

Sólo se quedaron dos. Vaanes supo que tenía que aprovechar aquella oportunidad para escapar. La criatura mutante que su captor demoníaco había llamado Sabatier entró cojeando en el lugar. Hizo un gesto de satisfacción con la cabeza deformada, que tenía doblada sobre el hombro, al ver a todos los marines espaciales inmovilizados por completo.

—No tan desafiante ahora —le dijo a Vaanes.

—¡En cuanto me suelte, te voy a arrancar la cabeza de cuajo y ya veremos si eres capaz de ponértela de nuevo, monstruo repugnante! —le gritó el marine espacial.

Sabatier se rio con un sonido gorgoteante.

—No. Yo te veré colgado de los ganchos y descuartizado. A ti y a tus amigos.

—¡Te mataré! —aulló Vaanes forcejeando inútilmente contra los cierres metálicos que lo tenían prisionero.

Sabatier se inclinó para acercarse a él, lo que provocó que la cabeza se le bamboleara.

—Disfrutaré con tu muerte. Veré cómo lloras y te cagas encima cuando te destripen y las entrañas se desparramen delante de ti.

Vaanes oyó la tos familiar de Leonid. Volvió la cabeza y desahogó la rabia que sentía con una exclamación de rabia.

—¿Te vas a callar de una vez? —le gritó—. ¡Cállate o muérete ya de una vez, pero deja de hacer ruidos tan patéticos!

Sin embargo, la tos de Leonid quedó apagada por el sonido de una cuchilla giratoria al ponerse en marcha. Vaanes volvió de nuevo la cabeza y vio a los mortuarios bestiales inclinarse sobre Pasanius. Uno de ellos le colocó unas abrazaderas metálicas en el brazo para inmovilizárselo del todo mientras que otro bajó la sierra chirriante hacia la carne, dos dedos por encima del codo del sargento.

Vaanes, horrorizado pero a la vez fascinado de un modo morboso, contempló cómo la sierra mordía la carne del brazo de Pasanius y provocaba una lluvia de sangre por todo el lugar. Pasanius aulló mientras el mortuario bestial profundizaba con la herramienta en el brazo, que no dejaba de agitarse, ya que el dolor venció al sedante que le habían dado. El chirrido de la sierra cambió de tono y Vaanes sintió el hedor del hueso quemado a medida que la cuchilla cortaba el húmero.

La sangre salió a chorros de la herida y se derramó por el suelo, donde se deslizó hasta un agujero medio tapado por coágulos por donde se coló con un gorgoteo repugnante. Vaanes oyó a los dos guardias imperiales llorar de terror ante lo que estaba ocurriendo, pero se los sacó de la cabeza para seguir contemplando la tremenda amputación.

El proceso terminó pocos momentos después, y el mortuario bestial que tenía agarrado el brazo metálico lo separó de su anterior dueño. El dolor le había despejado la mente a Pasanius, así que volvió la cabeza para ver la tremenda carnicería que le habían hecho, y aunque la luz de aquel ominoso lugar era muy escasa, a Vaanes le pareció que en el rostro del sargento aparecía una leve sonrisa.

Acercaron un reluciente cofre criogénico, del que salieron volutas de aire helado cuando lo abrieron para colocar con gran cuidado el miembro amputado en su interior.

Los mortuarios bestiales se apartaron de la mesa y se acercaron hasta el siguiente cuerpo: Seraphys.

—Verás morir a tus hombres uno por uno —le dijo Sabatier con voz ras posa—; Luego te reunirás con ellos.

No sentía dolor, y eso era bueno.

El aire era agradable y la condensación caía como una suave llovizna tibia desde el techo de la caverna. Uriel sabía que debería estar trabajando en la cosecha del campo repleto de largos tallos ondulantes, pero sentía que por las venas de las extremidades le corría almíbar tibio en vez de sangre, por lo que no pudo reunir las fuerzas suficientes para hacerlo.

Le invadió una sensación de tranquilidad reconfortante. Abrió los ojos y vio los tallos que se mecían por encima de su cabeza. Sabía que su padre lo castigaría si no llenaba las suficientes cestas, pero, curiosamente, eso no le importaba. El olor dulce de la condensación de la savia de la cosecha llenaba el aire y tomó una gran bocanada del familiar aroma.

Se incorporó al cabo de un momento y se masajeó la nuca, que se le había quedado algo rígida después de la siesta. Luego movió la cabeza de un lado a otro y de arriba abajo. Le dolían los músculos por el ejercicio que había hecho, y sabía que tendría que estirarlos a conciencia si quería evitar unas dolorosas agujetas más tarde. De todas maneras, los ejercicios calisténicos del clérigo Cantilus por la tarde deberían ser más que suficientes para evitar esos calambres.

Se sentía a gusto con la suave lluvia tibia que le caía sobre la piel sudorosa, y le dio las gracias al Emperador por haberle concedido una vida tan pacífica. Era posible que Calth no fuese el planeta más emocionante donde criarse, pero las pruebas de admisión para el campamento Agiselus serían dentro de poco tiempo, y sabía que allí tendría la oportunidad de demostrar que estaba preparado para hacer grandes cosas.

Quizá si lo hacía lo bastante bien incluso podría…

Pruebas…

¿Qué?

Bajó la vista a las extremidades y vio los poderosos brazos musculados de un marine espacial, no los flacos brazos del chaval de seis años que soñaba con ingresar en la misma academia militar donde Roboute Guilliman en persona se había entrenado. Se puso en pie y descubrió que la

cabeza y los hombros sobresalían por encima de los tallos que antes le habían parecido tan altos.

La gente de la granja colectiva donde había crecido estaba dispersa por los campos. Iban vestidos con las sencillas túnicas de color azul claro y trabajaban con denuedo, pero con satisfacción, para recoger la cosecha. El campo llenaba la caverna y se extendía alejándose en una suave curva siguiendo la línea de las paredes rocosas del refugio subterráneo. Una máquina plateada de, irrigación zumbaba y expelía ráfagas periódicas de una fina rociada de líquido sobre la cosecha. Uriel sonrió al recordar los muchos días felices que había pasado trabajando en aquella caverna cuando era un niño.

Pero eso había sido antes…

Antes de que hubiera viajado a Macragge y hubiera comenzado su periplo hacia su transformación en un guerrero del Adeptus Astartes. Aquello había sucedido muchos años atrás, y se quedó sorprendido de la nitidez con la que lo recordaba, algo que pensaba que se había desvanecido de su memoria y que al parecer tenía grabado en la mente.

¿Cómo era posible que estuviera allí con el recuerdo de algo acaecido tanto tiempo atrás?

Uriel cruzó el campo hacia una serie de edificios blancos de aspecto sencillo dispuestos en un trazado simétrico y elegante. Su hogar estaba en aquella granja colectiva, y la idea de estar allí de nuevo le hacía sentir unas emociones que creía desaparecidas hacía tiempo ya.

El aire se oscureció mientras caminaba, y Uriel se estremeció cuando sintió un escalofrío sobrenatural a lo largo de la espalda.

—Yo no iría allí —dijo una voz detrás de él—. Aceptarás que esto es real si lo haces, y es posible que jamás regreses.

Uriel se volvió y vio que se trataba de un camarada, un marine espacial, que iba vestido con la misma túnica azul que los campesinos que trabajaban en la cosecha. Sonrió al reconocerlo.

—¡Capitán Idaeus! —exclamó con alegría—. ¡Está vivo!

Idaeus negó con la cabeza, llena de cicatrices y sin cabello alguno.

—No, no lo estoy. Morí en Tracia, ¿recuerdas?

—Sí, lo recuerdo —dijo Uriel asintiendo con gesto triste—. Destruyó el puente que había sobre el desfiladero.

—Así es. Morí cumpliendo nuestra misión —le contestó Idaeus de forma intencionada.

—¿Por qué está aquí entonces? Aunque la verdad es que ni siquiera sé dónde está este lugar.

—Claro que lo sabes. Es Calth, la semana antes de que dieras los primeros pasos en el camino que al final te ha traído de vuelta aquí —le contestó Idaeus mientras paseaba con tranquilidad por el sendero que se alejaba de la granja y llevaba hasta uno de los aparatos de irrigación plateados.

Uriel se apresuró a seguir a su antiguo capitán.

—Pero ¿por qué estoy aquí? ¿Por qué está usted aquí? ¿Y por qué no debería ir a la granja?

Idaeus se encogió de hombros.

—Tan lleno de preguntas como siempre —dijo con una sonrisa—. No puedo decir con seguridad por qué estamos aquí. Después de todo, es tu mente. Tú recuperaste este recuerdo y me trajiste a mí aquí.

—Pero ¿por qué aquí?

—Quizá porque era un lugar seguro al que retirarse —le sugirió Idaeus antes de sacar un pequeño odre de vino que llevaba al cinto para beber un largo trago. Le pasó el odre a Uriel, quien también bebió y disfrutó de un sorbo de auténtico vino de Calth.

—¿Retirarse? —preguntó devolviéndole el odre—. ¿Retirarse ante que?

—Ante el dolor.

—¿Qué dolor? No siento ninguna clase de dolor.

—¿No? —le espetó Idaeus—. ¿No sientes el dolor? ¿El dolor del fracaso?

—No —contestó Uriel alzando la mirada cuando unas densas nubes negras empezaron a arremolinarse en lo más alto de la cueva y unos pensamientos malignos empezaron a interferir aquella escena bucólica.

Cielos muertos, el regusto del hierro. Horrores sin nombre y abominaciones demasiado horribles de contemplar…

El distante retumbar de un trueno hizo retemblar las nubes y Uriel levantó la vista confundido. Aquello no formaba parte de su recuerdo. En las cavernas subterráneas de Calth no se producían tormentas semejantes. Sobre su cabeza empezaron a formarse más nubes, y sintió que lo invadía un temor repentino cuando se acumularon a mayor velocidad todavía.

Idaeus se acercó a Uriel.

—Te estás muriendo. Te están arrebatando todo lo que te convierte en lo que tú eres… ¿No lo sientes?

—No siento nada.

—¡Inténtalo! —lo apremió Idaeus—. Tienes que regresar al dolor.

—¡No! —gritó Uriel cuando comenzó a caer una lluvia oscura y densa. Las gruesas gotas levantaban grandes surtidores de barro.

Asfixiante, coagulante, unas manos que rebuscan dentro de su cuerpo, una horrible sensación de violación…

—¡No quiero volver! —gritó Uriel.

—Tienes que hacerlo. Es el único modo de salvarte a ti mismo.

—¡No lo entiendo!

—¡Piensa! ¿Es que no aprendiste nada de lo que te enseñé? —le preguntó Idaeus mientras la lluvia caía con más fuerza arrancándole la carne de los huesos—. Un marine espacial jamás admite la derrota, jamás deja de luchar y jamás le da la espalda a sus hermanos de batalla.

La lluvia machacó los campos y los braceros corrieron amedrentados hacia la granja. Uriel sintió un deseo casi incontrolable de unirse a ellos, pero Idaeus le puso una mano en el pecho y se esforzó por hablar antes de disolverse por completo.

—No. El guerrero al que le entregué mi espada no se retiraría. Se daría la vuelta y se enfrentaría al dolor.

Uriel bajó la mirada y notó el peso de una espada equilibrada a la perfección en la mano. La hoja relucía con un brillo plateado y la empuñadura dorada destellaba como el sol. Sentía que el peso era algo bueno, algo natural. Cerró los ojos al recordar que había forjado aquella espada en el agradable calor de la noche de Macragge.

—¿Qué me espera si regreso?

—Sufrimiento y muerte —admitió Idaeus—. Dolor y angustia.

Uriel asintió.

—No puedo abandonar a mis amigos…

—Ese es mi Uriel… —dijo Idaeus con una sonrisa. Su voz se desvanecía y su cuerpo ya estaba diluido casi por completo por la fuerte lluvia—. Pero antes de que te vayas… tengo un último regalo para ti.

—¿Qué?

Uriel sintió que la fantasía se esfumaba y que disminuía su capacidad de percepción. Cuando la imagen del capitán desapareció, a Uriel le pareció que decía una última frase, una advertencia susurrada que se desvaneció como la niebla de la mañana…: «Cuidado con tu negro… ¿sol?». Pero las palabras desaparecieron antes de captar por completo el sentido.

Uriel abrió los ojos y sintió el picor del fluido amniótico en la piel. Oyó por encimá de la cabeza el palpitar del corazón de la daemonculati cuando la realidad se hizo presente de nuevo. Rugió de rabia al sentir varios tentáculos umbilicales invadirle el cuerpo. Entraban por los huecos de conexión que tenía abiertos en el cuerpo y a través de los cuales los sistemas de control de la armadura se comunicaban de forma directa con sus órganos internos.

Unos parásitos chupadores se retorcían dentro de su cuerpo, alimentandose y tomando muestras de su carne.

Varias cadenas tintinearon cuando un par de ganchos colgantes unidos por una barra de hierro horizontal bajaron del andamiaje que abarcaba toda la zona de trabajo de los cirujanos. Los pesados ganchos, conectados al resistente sistema de poleas, descendieron sobre la camilla metálica donde se encontraba inmovilizado Seraphys, Un mortuario bestial se dedicó a cortarle la armadura con una facilidad fruto de la práctica mientras el otro preparaba los ganchos. Lo último que le quitó al marine espacial fue el casco. Después, en una de sus extremidades mecánicas apareció un pesado mazo de hierro.

Antes de que a Seraphys le diera tiempo a hacer otra cosa que gritar, la criatura lo golpeó en la cabeza repetidas veces con el mazo.

Seraphys gruñó de dolor, pero los ojos se le pusieron vidriosos después del sexto golpe y la cabeza quedó lacia. El mortuario hizo un gesto afirmativo con la cabeza a su compañero, quien levantó las piernas del marine espacial inconsciente y le atravesó la carne por detrás de los tendones de Aquiles para luego dejar clavados allí unos ganchos. Las piernas de Seraphys estaban separadas de modo que los pies sobresalían de los hombros. Una vez comprobó que el cuerpo estaba asegurado, el mortuario bestial tiró de las cadenas de las poleas y alzó el cuerpo en el aire.

—¿Qué estáis haciendo? —les gritó Vaanes—. ¡Por el amor del Emperador, matadlo ya y acabad de una vez!

—No —siseó Sabatier—. No lo mataremos, No cuando tiene tanta carne suculenta. ¿Ves que le mantienen los brazos paralelos a las piernas? Eso permite un fácil acceso a la pelvis y mantiene los brazos en una posición que permite apartarlos con facilidad.

Sabatier lanzó unas cuantas risitas gorgoteantes antes de seguir con aquella explicación repugnante.

—Si observas la anatomía y el esqueleto, verás que los humanos no estáis preparados para ser trinchados. La gran pelvis central y los anchos omóplatos interfieren demasiado a la hora de hacer cortes perfectos. Además, sois demasiado magros, nada de grasa. Un poco de grasa, aunque no demasiada, le da mayor sabor y jugosidad a la carne.

—¡Maldito seas! —le gritó Vaanes mientras veía al mortuario bestial inclinarse sobre el inconsciente marine espacial. Teñía la cara cubierta de cositas de sangre seca procedentes de las brechas que le había abierto el mazo. Luego, con un largo cuchillo le cortaron de oreja a oreja el cuello, atravesándole la laringe y seccionando las arterías carótidas externas e internas.

La sangre salió a chorro por la tremenda herida antes de que el metabolismo modificado de Seraphys empezase a coagular el flujo, pero Sabatier se acercó cojeando e impidió que la herida se cerrara por completo metiendo las manos en el corte y permitiendo así que la brillante sangre arterial siguiera derramándose sobre un barreño de hierro manchado.

Vaanes fue incapaz de seguir viendo cómo sus captores disfrutaban matando a su camarada como si fuese un simple animal y apartó la mirada de la repugnante operación mientras el mortuario se preparaba para separar la cabeza de su víctima.

Vaanes oyó el repugnante sonido de los músculos al ser cortados y de los tendones y la piel al ser arrancados cuando el mortuario bestial se dedicó a tirar de la cabeza a un lado y a otro en el punto donde la médula ósea se unía al cráneo.

Cerró con fuerza los ojos y tiró con firmeza de los grilletes que lo mantenían inmovilizado sobre la mesa. La cara se le puso púrpura y las venas se le saltaron por el tremendo esfuerzo.

—No sirve luchar, así que no lo hagas —le dijo Sabatier al ver sus forcejeos—. La carne se vuelve más dura. Daña la piel también, pero a nadie le importa eso. Tenemos bastante de los campamentos de carne de las montañas, a pesar de todo lo que destruisteis y quemasteis.

Vaanes sintió un repentino interés a pesar del horror del momento.

—¿Y para qué necesitáis las pieles?

—¡Para vestir a los recién nacidos! —contestó Sabatier con orgullo—. La progenie de las daemonculati sale de sus matrices como criaturas gimientes y sin piel. A los que sobreviven les ponemos piel nueva para unirla a su carne y dejarlos completos, ¡preparados para convertirse en uno de los señores de hierro!

Vaanes sintió que su propia piel se erizaba ante aquella vileza. Que los campamentos de las montañas se utilizaran para producir en masa piel para los guerreros recién nacidos de los Guerreros de Hierro era una abominación demasiado horrible. Abrió los ojos a tiempo de ver a Pasanius mirándolo y haciendo desesperadamente gestos con sus ojos para que Vaanes siguiera hablando. Por un segundo se preguntó para qué, pero luego vio que al tener el brazo cortado, Pasanius casi había logrado sacar el muñón cauterizado del grillete de hierro que mantenía la extremidad sobre la mesa. Se obligó a mismo a volver a mirar el despiece de su camarada.

—Dijiste que a los que sobreviven se les cose la piel a la carne. ¿Qué les pasa a los que no sobreviven?

Sabatier se rio y centró su atención en Vaanes.

—Los recién nacidos que son demasiado deformes o que están demasiado mutados son arrojados a las montañas con los demás desperdicios de Khalan-Ghol. Tus huesos y tu piel desgarrada se reunirán con ellos dentro de poco.

—Los sinpiel… —murmuró Vaanes al reconocer en la breve descripción de Sabatier a los terribles monstruos rojos que vagabundeaban por las montañas—. Son nacimientos fallidos…

—Sí —siseó Sabatier—. La mayoría mueren a los pocos minutos, pero algunos logran sobrevivir.

—Pagarás por esto —le prometió Vaanes al ver que Pasanius había conseguido por fin sacar el brazo del grillete mientras los mortuarios bestiales seguían con su ruidosa tarea en el cadáver colgante.

Uriel intentó gritar, pero el ácido fluido matricial le llenó la boca, y su cuerpo sufrió espasmos cuando su debilitado sistema respiratorio se esforzó por sacar tanto oxígeno como pudo del líquido que le llenaba el pulmón. Estaba flotando en la asquerosa gelatina amniótica de la matriz de la daemonculati. La piel le ardía a causa de los ácidos gástricos que se habían filtrado a causa de la virulencia de los sortilegios utilizados para deformar y mutar el cuerpo de la mujer.

Forcejeó contra las suturas que lo mantenían inmovilizado. Sintió que ganaba fuerza con cada una que arrancaba de la piel llena de ampollas. El afán por liberarse le ardía como un fuego en el pecho. Manoteó y luchó como una bestia feroz. Arrancó las últimas suturas y se quedó flotando y libre en la matriz.

Uriel desgarró con las manos y mordió los pliegues de carne. Notó en la boca el sabor de la sangre y de los tejidos grasientos mientras se abría camino hacia arriba. Cada inhalación era una puñalada de fuego en el pulmón. Empezó a ver puntitos y los latidos le sonaban en los oídos igual que cañonazos, un retumbar que tenía un eco extraño, como si estuviese oyendo algo más que su corazón en aquella celda de carne.

Se retorció y pateó, siempre empujándose hacia arriba y atravesando la carne con las manos.

De repente, la mano derecha salió a un lugar seco al atravesar la piel tensa del vientre de la daemonculati. Espoleado por la perspectiva de estar a punto de quedar libre, Uriel redobló sus esfuerzos y metió la otra mano en la fisura para ensancharla. La piel se rasgó a la altura de los puntos de sutura y los fluidos llenos de espumarajos del interior del vientre de la bestia se derramaron sobre el suelo de rejilla. Uriel sacó la cabeza de la daemonculati y vomitó el asqueroso fluido matricial para luego aspirar una gran bocanada de aire. Aunque el lugar apestaba a sangre y a putrefacción, le pareció el aire más puro de las montañas de Macragge comparado con el interior de la matriz.

Se retorció una y otra vez hasta que consiguió hacer pasar sus anchos hombros, y luego hizo palanca con todo el cuerpo para sacar el torso del interior de la daemonculati. Uriel cayó al suelo desde el vientre de la criatura envuelto en un apestoso baño de sangre, visceras y fluidos patriciales.

Se quedó allí tosiendo y jadeando en busca de aire mientras oía gritos de alarma a su alrededor. Levantó la cabeza y vio a un par de mutantes jorobados vestidos con monos de faena enterizos de goma negra que corrían hacia él. Iban armados con unas alabardas de gran longitud y hojas curvadas. La rabia se apoderó de Uriel cuando los vio.

Se puso en pie algo inseguro, Se abalanzaron contra él apuntando las armas contra su vientre. Uriel esquivó la primera alabarda y se apartó de la segunda, dirigida contra la ingle. Agarró el asta de la primera alabarda y le propinó un puñetazo al mutante en el visor que le aplastó el cráneo. Le dio la vuelta con rapidez al arma y bloqueó con facilidad un torpe ataque contra la cabeza para después atravesar por completo a su oponente a la altura del estómago. El mutante aulló de dolor y Uriel sacó la alabarda empujando con el pie el cuerpo convulso.

Se dejó caer de rodillas al lado de los dos cadáveres, llorando y aullando de rabia. Se encogió sobre sí mismo mientras la furia y el horror

amenazaban con apoderarse de él. Escupió un salivazo de fluido gris y en ese momento oyó una voz que maldecía a gritos a alguien.

Uriel se obligó a sí mismo a contener las emociones que lo embargaban cuando reconoció la voz de Ardaric Vaanes. No captó las palabras exactas del renegado, pero percibió con claridad la amargura y la ira de la voz.

El corazón se le endureció poseído por una rabia vengativa y se puso en pie, todavía algo tambaleante, con la ayuda de la alabarda y se dirigió hacía el origen de los gritos.



QUINCE

—¡Que el Emperador te condene a las mismísimas profundidades del infierno! —gritó Vaanes mientras descolgaban el cadáver desmembrado de Seraphys de los ganchos del aparejo de poleas.

Los trozos de carne que no sé destinaban al consumo se tiraban a los mismos barriles que rebosaban sangre, y el repiqueteante aparejo fue desplazado alrededor de la circunferencia de la sala hasta el siguiente marine espacial.

Los mortuarios bestiales no hicieron caso de sus maldiciones y Sabatier sólo se rio, pero la atención de todos ellos estaba puesta en él o en su próxima víctima, y eso era lo que importaba.

Se arriesgó a echar una mirada hacia Pasanius y se esforzó por evitar que apareciera una sonrisa de venganza en su cara al ver cómo el sargento se inclinaba sobre la mesa quirúrgica. Utilizó el muñón destrozado para empujar el pasador del grillete que le sujetaba el otro brazo. El ruido de las cadenas, los gritos de Vaanes y el estruendo del Corazón de Sangre enmascararon el chirrido del metal oxidado cuando el pasador Se deslizó a través del grillete.

Pasanius no tuvo ninguna dificultad para aflojar los pasadores que le sujetaban el torso y las piernas con el brazo bueno ya libre.

Vaanes siguió gritando.

—¡Sabatier! Los sinpiel, ¿qué ocurre con ellos?

Sabatier alzó la vista de los restos de Seraphys que estaba arrastrando con el rostro babeante contraído por la rabia.

—¡Haces demasiadas preguntas! ¡Te voy a cortar la lengua lo primero!

Vaanes vio cómo Pasanius se ponía en pie sobre la mesa quirúrgica.

—¡Entonces ven aquí y hazlo, basura del Caos! —le gritó Vaanes, mientras observaba cómo el repugnante cadáver mutante finalmente se daba cuenta de que Pasanius estaba libre.

La criatura lanzó un chillido de aviso a los mortuarios bestiales, quienes se dieron la vuelta para situarse de cara a él, de forma sorprendentemente ágil para unas criaturas de apariencia tan desgarbada. Dieron grandes alaridos presos de furia, sonando más a ultraje que ninguna otra cosa.

Sabatier se agachó detrás del barril de sangre, pero los mortuarios bestiales atravesaron a gran velocidad la sala, impulsados con una terrorífica velocidad por sus piernas como pistones y blandiendo sus brazos con cuchillas.

—¡Pasanius, cuidado! —gritó Vaanes, pero el sargento no tenía intención alguna de evitar la llegada de los monstruos. En lugar de ello, dio un salto con los pies por delante hacia el más cercano y Vaanes oyó el crujido de huesos y metal bajo los talones de sus botas. Intentó herir a Pasanius sacudiendo los brazos, pero los zumbantes taladros y cortantes cuchillas seccionaron su propia carne muerta al golpearlo el sargento.

Vaanes forcejeó inútilmente una vez más mientras observaba la desigual batalla, en la que Pasanius se agarraba con una mano a la ropa negra del mortuario bestial mientras éste intentaba apartarlo de su cuerpo. El sargento soltó la mano y agarró el andamiaje de malla metálica que soportaba el cráneo de la criatura para propinarle un cabezazo con la frente en la cara. Incluso por encima de los gritos de los demás mortuarios, Vaanes oyó el crujido de los huesos al partirse.

El mortuario bestial se derrumbó. Sus piernas de araña se doblaron al tambalearse por efecto del impacto. Pasanius aflojó la presa mientras caía y lo dejó desplomarse despacio junto a sus pies. La segunda criatura internó alcanzarlo, pero Pasanius colocó a la aturdida criatura entre él y las cortantes cuchillas.

La criatura retrocedió, desenvainando unas cuchillas más largas y lela les de las fundas de los brazos, y Pasanius aprovechó la oportunidad para dar un paso y atizarle un tremendo puñetazo a la criatura que tenía ante él cuando forcejeaba para ponerse en pie. Lanzó un aullido de dolor y Pasanius agarró su temblorosa armazón llena de armas, repleta de instrumentos cortantes y chirriantes, y se la incrustó al propio monstruo en la cara.

Cuando su puño le partió la cabeza en fragmentos putrefactos, salieron volando trozos de piel descompuesta ya hacía tiempo y fluidos muertos. La carne desecada y los huesos salieron pulverizados, y sus aullidos quedaron

silenciados cuando se desplomó hacia adelante con un prolongado gemido áspero de muerte.

—¡Pasanius! —gritó Vaanes—. ¡Suéltame! ¡Date prisa!

Parecía que Pasanius se iba a lanzar contra el segundo de los mortuarios, pero asintió con la cabeza, retrocediendo hacia Vaanes mientras la criatura saltaba hacia adelante apoyándose en sus largas piernas. Esquivó el primer ataque de las cuchillas, agachándose ante una segunda acometida por alto. La criatura lo atacó con las piernas y lo golpeó en el vientre, haciéndolo doblarse sobre sí mismo y dejándolo sin respiración.

Pasanius rodó hacia un lado un momento antes de que las cuchillas de la criatura atravesaran el suelo ensangrentado. Vaanes comprendió que el sargento no podría evitar sus ataques durante mucho más tiempo. Sabatier salió corriendo de la sala de disecciones tan rápido como sus andares deformados lo permitían. La criatura lanzó un grito pidiendo ayuda y Vaanes supo que, salvo que Pasanius pudiera liberarlo rápidamente, estaban completamente perdidos.

Pasanius se puso en pie y se abalanzó sobre los grilletes que retenían a Vaanes en la mesa quirúrgica. Se lanzó hacia el pasador del brazo de Vaanes y logró tocarlo con los dedos, que se cerraron sobre el metal un momento antes de que otro tremendo golpe lo hiciera volar por el aire. Pasanius aterrizó con gran estrépito metálico sobre la mesa cubierta de sierras, escalpelos y en la que también estaban sus armas, tirando los bólters y la espada con empuñadura de oro de Uriel al suelo.

Pero Vaanes notó que el esfuerzo del sargento había servido. Había desplazado y liberado el pasador justo cuando recibió la patada. Con un salvaje rugido de odio, Vaanes liberó el brazo de un tirón y desenvainó las chasqueantes cuchillas relámpago. El resto de los grilletes los desmanteló con unos pocos golpes rápidos y se bajó de la mesa quirúrgica retando a gritos al mortuario bestial que se elevaba como una torre sobre el apaleado cuerpo de Pasanius.

Pero antes de que pudiera hacer algo más que dar un simple paso hacia el amenazante monstruo, una figura ensangrentada y hedionda saltó sobre una mesa quirúrgica vacía y se abalanzó sobre la terrible forma del mutante.

La figura sostenía una gran alabarda sobre la cabeza con una hoja perversamente Curvada que dirigió hacia el torso del mortuario bestial. Aterrizó sobre la espalda de la criatura y hundió la alabarda en la columna vertebral del monstruo. La hoja del arma salió por el pecho en medio de un tórrente de apestosos gases y fluidos amarillentos procedentes del interior de la bestia.

A pesar de lo terrible que era la herida, la criatura no emitió ningún sonido, sino que se retorció sobre alguna clase de eje interno para librarse de su atacante manchado de sangre, aunque dejando la alabarda incrustada en su cuerpo.

—¡Uriel! —gritó Pasanius, lanzándole la espada de empuñadura de oro, y Vaanes se quedó estupefacto cuando se dio cuenta que la salvaje figura animal no era otro que el antiguo capitán de Ultramarines.

Ventris atrapó la espada según caía y la hoja se reactivó con un destello cuando apretó la runa de encendido. Sin pronunciar palabra alguna, Uriel y Vaanes se movieron a izquierda y derecha y el mortuario bestial se arrancó la alabarda del cuerpo y la tiró a un lado. Un fuerte chillido de aviso estalló en las unidades de comunicación de su garganta.

—¡Tenemos que terminar con esta cosa! —gritó Vaanes. Ventris no contestó y se lanzó hacia adelante para cortarle las piernas al mortuario. La criatura se echó hacia atrás para esquivarlo y luego lo atacó con la rugiente hoja de sierra más larga que jamás hubiera visto. Ventris rodó bajo el chirriante ataque y lanzó la espada hacia arriba contra el brazo, cercenándolo en una lluvia de chispas azules.

Vaanes también saltó para atacar; y se subió a la espalda arqueada de la criatura cuando ésta retrocedió ante el golpe de Uriel. Le clavó la garra en el cuello mientras el monstruo manoteaba intentando quitárselo de la espalda. Chocó contra los ganchos que colgaban de la estructura que rodeaba la sala, pero se sujetó con todas sus fuerzas y clavó las garras en el cuerpo del mortuario bestial una y otra vez.

La criatura aulló de dolor, y Vaanes saltó de la espalda de la bestia cuando Ventris le propinó un tajo en las piernas, que se agitaban violentamente Vaanes se alejó rodando del monstruoso cuerpo, que se

sacudía con fuerza y golpeaba el suelo agonizando mientras Ventris acuchillaba una y mil veces el repugnante cadáver.

—¡Ventris! —dijo—. Está muerto. ¡Vamos, larguémonos de aquí de una vez!

El ultramarine acuchilló una vez más el pecho de la criatura, respirando de forma profunda y bronca. Se parecía a uno de los seguidores del Dios de la Sangre mientras se deleitaba en la carnicería que acababa de perpetrar.

—¡Uriel, vamos! —lo apremió Pasanius—. Tenemos que irnos ahora mismo. Nos vamos a encontrar con más de estas cosas.

Ventris asintió con la cabeza, uniéndose a Vaanes y a Pasanius y recogiendo sus armas del lugar donde las habían tirado los mortuarios bestiales. El ensangrentado marine espacial estaba envainando la espada y levantando el bólter cuando oyó el grito de Leonid.

—¡Esperad! ¡No os vayáis, no nos dejéis!

—¿Porqué? —le preguntó Vaanes.

—¿Qué? —replicó Ellard, asombrado de que se le hubiera hecho una pregunta semejante—. ¡Porque moriremos si os vais!

—¿De qué os servirá que os liberemos? Vais a morir de todas formas —dijo Vaanes, dándose la vuelta y recogiendo sus armas.

—¡Uriel! —gritó Leonid—. No puedes decir en serio lo de dejarnos aquí. ¡Por favor!

Ventris no pronunció palabra durante unos largos segundos. Su pecho todavía jadeaba con la emoción y la adrenalina del combate. Vaanes pasó a su lado, pero Ventris le agarró el brazo y se lo quedó mirando fijamente, negando con un gesto lento de la cabeza.

—No dejaremos a nadie aquí —dijo con voz firme.

—No tenemos tiempo para esto —replicó Vaanes—. ¡Ellos no lo van a conseguir, pero puede que nosotros sí!

—Creó que me equivoqué contigo, Vaanes —le dijo Uriel con tristeza —. Creía que conservabas el coraje y el honor, pero tu corazón está muerto por dentro. Este sitio te ha destrozado el alma.

—Si no nos vamos ahora, moriremos todos, Ventris, reducidos a guiñapos repletos de sangre por otras de esas cosas.

—Todo el que sirve al Emperador muere rodeado de sangre, Vaanes —dijo Uriel—. Lo único que podemos escoger es cómo y dónde. Todo guerrero se merece eso, y yo no me marcho sin ellos.

Ventris se dio la vuelta y volvió corriendo a la sala y, con la ayuda de Pasanius, comenzó a liberar a los lastimosos restos de su una vez orgulloso grupo de guerreros.

—¡Si no te matan antes, sigue mis pasos! —gritó Vaanes—. Sabatier dijo algo sobre cómo lanzaban a las montañas la basura de Khalan-Ghol, así que tiene que haber un camino de salida.

Ventris asintió, demasiado ocupado para contestar, mientras se aproximaban los aullidos de los enemigos.

Maldiciendo la locura del ultramarine, Vaanes se puso en camino hacia las profundidades de la caverna.

Uriel liberó a los guardas imperiales Leonid y Ellard, quienes daban las gracias por gestos y entre toses mientras recuperaban la libertad y reunían sus armas. En poco tiempo habían liberado a los miembros supervivientes del grupo de guerreros y se habían encaminado a la macabra caverna, mientras resonaban de forma nada natural en las paredes rocosas de la caverna el gran latido y los gritos de los perseguidores y de las víctimas.

El rastro de Vaanes no era difícil de seguir: los cuerpos seccionados de mutantes y mesas quirúrgicas tiradas por los suelos marcaban de forma clara su camino por la caverna. Los sonidos de la persecución se fueron haciendo más cercanos, y su variopinto grupo estaba exhausto y a punto de desfallecer merced a una combinación de puro agotamiento físico y terror.

El sonido de fluidos en movimiento venía desde delante de ellos, y Uriel se quedó pasmado ante una inmensa cámara inundada que estaba cubierta por una multitud de conductos mugrientos y acueductos que atravesaban las paredes de la caverna, se elevaban desde el suelo o bajaban de los niveles superiores de las daemonculati. El rumor de toneladas de excrementos, materiales de deshecho y carne muerta rivalizaba con el ruido sordo del Corazón de Sangre. Todo ello era conducido a un estanque de residuos hediondos que a su vez discurrían luego por una colosal tubería sujeta a la pared de la caverna.

Una cascada de suciedad, órganos corporales, cadáveres y sustancias letales descompuestas fluía de la caverna y salía de la fortaleza. Una vía de salida…

Los cadáveres de mutantes llenaban la cámara, eliminados por la carrera desenfrenada de Vaanes hacia la libertad. Uriel comprendió que sólo había una manera de salir de aquel lugar maldito.

—¡No podemos hacerles frente aquí! ¡Al túnel! —gritó y se metió en el estanque que le llegaba hasta la cadera, vadeando los oscilantes detritos de materiales de desecho quirúrgicos. No tenía ni idea de a dónde conducía el amplio túnel ni tampoco de si su situación mejoraría metiéndose en él, pero con seguridad sería mejor que lo que tenía en ese momento.

Avanzó con lentitud, pero cuando volvió la vista por encima del hombro y vio aparecer en la cámara inundada a una docena o más de los mortuarios bestiales, aceleró la marcha a través del repulsivo fango con un renovado vigor, desenvainando la espada mientras lo vadeaba.

El grupo de guerreros alcanzó la atronadora cascada del túnel y uno por uno saltaron a la maloliente oscuridad. Uriel oyó el chapoteo de gruesos miembros mecánicos que caían al agua a su espalda y, sin echar un vistazo hacia atrás, saltó tras sus guerreros.

La basura lo envolvió, sus repugnantes componentes lo abofetearon mientras descendía con paso tambaleante. La oscuridad y la media luz pugnaban por abrirse camino y, mientras resbalaba bajo la capa de suciedad que formaba la superficie del fluido, agradecía que las sombras escondieran los letales horrores que desaguaban las cámaras de los mortuarios bestiales.

El estruendo del túnel era ensordecedor, la pendiente era demasiado pronunciada y las aguas demasiado profundas para poder agarrarse a algún sitio. Luchó por ganar la superficie, respirando con dificultad y tragando parte de la fétida sustancia espumosa. El sonido atronador de las grandes bombas y el zumbido de los enormes filtros resonaban en las paredes mugrientas. Uriel sentía cómo le ardía la piel al contacto con los vertidos tóxicos y contaminantes.

Se golpeó contra la pared del túnel cuando este torció hacia un lado, lo que hizo que soltara sin querer el bólter y que cayera al agua dando vueltas.

Sus dedos forcejearon para agarrarse bien, pero la corriente lo estaba arrastrando demasiado de prisa para lograrlo. Unas grandes cuchillas revolvían el agua, lanzando al aire órganos seccionados y cuerpos destripados. Uriel movió los pies de forma desesperada para escapar de ellas. Una gruesa barra de afilado metal cortaba el agua cerca de él, y el líquido apestoso lo cegaba mientras lo arrastraba dando vueltas debajo de la corriente.

Cuando sacó la cabeza a la superficie, Uriel vio una gran masa espumosa en el agua delante de él y oyó el sonido atronador de agua cayendo cientos de metros. Unos archipiélagos irregulares de carne podrida e islas fecales se habían acumulado formando masas descompuestas al borde de una catarata. Uriel intentó luchar contra la tremenda corriente del río de residuos para dirigir su frenético curso hacia una de aquellas islas.

El rugido de la catarata y el hedor de los residuos orgánicos y carne podrida le sobrecargaban los sentidos amenazando con doblegarlo. Mientras la corriente tiraba de él hacia adelante, lanzó un último intento desesperado para impulsarse y estiró las manos para agarrarse a la masa de órganos que tenía ante él. Las manos se le cerraron sobre la carne viscosa y grasienta rompieron la superficie y esparcieron una masa de entrañas podridas por el agua. Ojos muertos y rasgos vidriosos lo contemplaban desde los montículos inertes mientras la carne saturada de agua se desintegraba al contacto con sus dedos. Se alejó de allí dando vueltas sobre sí mismo y lanzó un grito al sentir cómo era arrastrado hacia el borde de la catarata.

De repente, Uriel estaba en caída libre, precipitándose en el aire y dando volteretas hacia las profundidades desconocidas. Mientras caía sacudió las extremidades de manera infructuosa y lanzó un rugido desafiante a la oscuridad que lo esperaba abajo. ¿Era así como iba a terminar todo? ¿Muriendo hecho pedazos entre la basura de los guerreros de hierro?

Captó un rayo de luz sobre la superficie del agua que había debajo y se preparó para reducir el inminente impacto. Su cuerpo se colocó como un cuchillo para entrar en el agua y las asquerosas tinieblas lo rodearon cuando entró en sus negras profundidades. Unos cadáveres flotaban en la fría

oscuridad a su alrededor, sus brazos podridos lo envolvían y los cráneos sin ojos se burlaban de él con sus miradas ciegas.

Uriel se impulsó para alcanzar la superficie, el aire le quemaba en su pulmón adicional, luchando con los cadáveres dé los mortuarios bestiales que tiraban de él para que yaciera para siempre con ellos.

Sacó la cabeza a la superficie e inhaló una gran bocanada de aire. Le dio la bienvenida al rancio hedor del túnel. Unas manchas de basura espumosa Se arremolinaban alrededor y, tras sacudir la cabeza, vio frente a él unas cuchillas gigantes que giraban rápidamente, empujando el agua y los restos hacia adelante, a una ciénaga de carne humana.

Uriel luchó contra la fuerte corriente y escupió el líquido con residuos que le entraba en la boca. Las grandes palas del ventilador giraban demasiado de prisa para esquivarlas, pero cuando estuvo más cerca vio que la parte superior de las palas no llegaban al techo de la caverna…

¿Sería posible que no llegaran tampoco al fondo de túnel?

Sabiendo que sólo tenía una oportunidad para sobrevivir, Uriel inspiro profundamente y se zambulló en el agua llena de cadáveres. Sintió cómo lo abofeteaban de un lado a otro las olas provocadas por el empuje de las grandes palas, que formaban espuma con el agua teñida de rojo. La arrolladora presión de las palas del ventilador era una fuerza salvaje que tiraba de él hacia adelante, pero Uriel consiguió nadar hacia el fondo del túnel gracias a sus poderosas brazadas y patadas.

El pulmón le ardía como el fuego y la visión se le estaba oscureciendo, pero entre las tinieblas que reinaban en el agua consiguió ver la base de rococemento manchada del túnel. Delante de él, una masa de burbujas oscurecía los bordes letales de las palas del ventilador, y no conseguía ver si había sitio suficiente para pasar por debajo. Como se había quedado sin opciones, se sumergió aún más y nadó hacia adelante, dejando que el poco aire que le quedaba en el pulmón tirara de él hacia la superficie cuando hubo rebasado las palas. Los esfuerzos y patadas de Uriel fueron disminuyendo progresivamente y sus extremidades se volvieron de plomo cuando la falta de oxígeno se cobró su precio en su ya debilitado físico.

Y en ese momento salió a la superficie una vez más y vomitó todas las sustancias contaminantes que había tragado, sintiendo náuseas al inspirar una bocanada de aire maloliente. La corriente al otro lado de las palas del ventilador seguía siendo fuerte, pero sintió que podía mantener la cabeza por encima del agua con muy poco esfuerzo.

Asombrado por seguir vivo, describió un círculo en el agua en busca de otros miembros del grupo de guerreros.

—¡Pasanius! —gritó—. ¡Vaanes!

Su voz rebotaba en las paredes empapadas del túnel, pero no encontró respuesta a su llamada y perdió la esperanza de encontrar algún otro superviviente. ¿Habrían sido cortados en trocitos irreconocibles de carne por las cuchillas de filtraje del túnel?

Ya que había dejado atrás el peligro más inmediato, Uriel se preguntó a dónde conduciría aquel túnel. No tenía forma de saberlo con absoluta seguridad, pero sabía que había recorrido muchos kilómetros a través de los infernales pasillos. Entonces, ¿dónde desaguaría?

En el mismo momento que pensaba en ello, sintió que aumentaba la velocidad del agua y vio un brillante punto de luz blanca muy por delante de él. Una vez más, oyó el sonido atronador de una catarata, pero esta vez no había ningún archipiélago que pudiera salvarle la vida al que agarrarse, y Uriel fue arrastrado por la corriente hacia la boca del túnel a una velocidad cada vez mayor.

El cielo blanco que podía verse a través de la abertura aumentó rápidamente de tamaño, hasta que fue arrastrado hacia el aire libre.

Las montañas se elevaban por encima de él y el cielo muerto extendía su blancura odiosa sobre las rocas negras de Medrengard cuando Uriel salió despedido de Khalan-Ghol a cientos de metros sobre el suelo.

Cayó en picado por el aire en dirección a un repulsivo estanque de espuma sucia, en el que vio fugazmente mientras caía a varios guerreros con armadura saliendo a gatas del agua. Se quedó sin respiración a causa del impacto contra la superficie del estanque, y tragó grandes cantidades de agua fétida.

Uriel comenzó a dar vueltas en el turbio líquido, pataleando, aunque no tuviera ni idea de en qué dirección estaba la superficie y en cuál el fondo. Sintió unas manos que lo agarraban, tiraban de él hacia arriba y lo sacaban del agua. Le dieron unas arcadas y vomitó una gran cantidad de agua espumosa y aceitosa. Rodó hacia un lado mientras unas manos le daban palmadas en la espalda.

Alzó la vista y se encontró con la cara mugrienta y marcada de Ardaric Vaanes, herido y apaleado.

—¿Así que lo conseguiste?

—Por los pelos —tosió Uriel, sintiéndose como si hubiera completado una docena de sesiones de entrenamiento con el capitán Agemman, líder de la compañía de veteranos de los Ultramarines. Se sentó, sintiendo cómo recuperaba parte de sus fuerzas con cada bocanada de aire rancio. Se tomó un respiro para inspeccionar los alrededores, y comprobó que el profundo estanque estaba en una depresión de una roca de paredes altas que se encontraba en la base de un pico de roca brillante y que su agua burbujeaba y se arremolinaba por efecto de las traicioneras corrientes. Un lado de la depresión contaba con una pared vertical de rococemento liso, una losa enhiesta de la que sobresalía el desagüe del que habían caído y que estaba situado cientos de metros por encima de donde ahora se encontraban.

Miró alrededor para ver quién más había sobrevivido al horror de Khalan-Ghol, sintiendo que lo invadía un odio frío cuando vio que la huida de las mazmorras de los Guerreros de Hierro les había costado caro. Ardan. Vaanes había sobrevivido, al igual que otros dos marines espaciales, uno del capítulo de los Hermanos de la Manada llamado Svoljard y otro de los Cónsules Blancos, cuyo nombre no conocía Uriel. Soltó un gran suspiro de alivio cuando vio a Pasanius sentado sobre las rocas mojadas que estaban al borde del estanque. Era tal su alegría que tardó un momento en darse cuenta de que el brazo de su sargento terminaba justo por encima del codo; que le habían quitado el antebrazo. Una masa endurecida de tejido cicatrizado lleno de nudos adornaba el muñón del brazo. Aunque la herida seguramente habría sido muy dolorosa, Pasanius no daba ninguna muestra de ello.

—¿Qué te ha ocurrido? —le preguntó.

—Esos monstruos me lo cortaron —dijo Pasanius—. Duele de narices.

Aunque no quería hacerlo, Uriel se echó a reír ante el comentario.

Leonid y Ellard estaban también entre los vivos, pero Uriel podía ver que el sargento Ellard estaba gravemente herido: una terrible cuchillada le atravesaba el vientre. Uriel no era apotecario, pero incluso él era capaz de darse cuenta de que la herida era letal.

—Eres un superviviente, coronel.

—Estaría muerto si no fuera por Pasanius —dijo Leonid, sosteniendo la cabeza de Ellard y contemplando la terrible herida de su amigo—. Pero no creo…

Uriel asintió con un gesto de comprensión.

—No…, pero estoy contento de que estés vivo —dijo Uriel.

Uriel apartó de su cabeza al sargento herido por un momento y se volvió a Ardaric Vaanes.

—¿Dónde estamos? ¿Conoces este sitio?

—Sí —dijo Vaanes—, y tenemos que irnos rápidamente de aquí.

—¿Por qué?

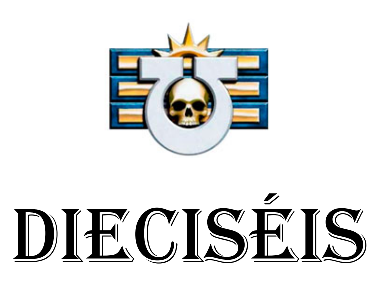
—Porque éste es el territorio de caza de los sinpiel —respondió Vaanes mirando a las crestas que rodeaban el estanque.

Uriel sintió un estremecimiento de miedo cuando recordó los deformes monstruos de piel roja que habían devorado a los desdichados habitantes del campamento de carne de los guerreros de hierro.

—Tienes razón —dijo, poniéndose en pie de forma inestable y agarrando la mugrienta empuñadura de oro de su espada—. Tenemos que irnos de aquí.

—Demasiado tarde —dijo Leonid, señalando hacia las crestas que bordeaban la circunferencia de la depresión—. Ya están aquí…

Uriel siguió el dedo de Leonid y se quedó sin respiración cuando vio las siluetas de tal vez un centenar de sinpiel que los estaban rodeando.



DIECISÉIS

Uriel observó las siluetas en la claridad mientras descendían de las altas laderas de las crestas. Bajaban con rapidez, moviéndose entre las rocas irregulares a gran velocidad a pesar de sus extremidades terriblemente malformadas. Los amplios pechos respiraban dando grandes bocanadas mientras olfateaban su presa, y abrían las babeantes mandíbulas para revelar unos grandes colmillos amarillentos. Unas garras ennegrecidas sobresalían de los dedos carnosos.

Tan terriblemente deformados como las bestias que habían visto atacando el campamento de carne, aquellos monstruos eran un horror similar de anatomías perturbadas. Extremidades colocadas al revés, órganos palpitantes mutados envueltos por esqueletos, cabezas y pechos fusionados con excreencias de huesos y tendones, gemelos siameses envueltos por cintas carnosas y algunos con vientres grotescamente hinchados que recordaban las madres demoníacas que les habían dado vida.

—De una sentencia de muerte a otra —observó Ardaric Vaanes agria mente, desenvainando sus cuchillas relámpago.

—¡Cállate, Vaanes! —lo cortó Uriel mientras sacaba la espada y activaba la hoja.

Los miembros del grupo de guerreros que habían conservado sus armas las empuñaron y se prepararon para la batalla. Iba a ser una lucha desigual, pero era una batalla que tenían que afrontar. Leonid dejó al herido Ellard y agarró una piedra de aristas irregulares.

Los sinpiel estrecharon el cerco sobre ellos. Sus extremidades grotescamente musculosas e hinchadas los propulsaban rápidamente por el suelo rocoso de la depresión, ávidos por saborear la carne cálida y sangrienta. La bestia más cercana chapoteó en el agua fétida del estanque sin que el ruido que producía el desagüe pudiera enmascarar sus bestiales gruñidos de monstruoso apetito. Sus musculosos miembros delanteros adoptaron la forma de poderosos puños cuando se preparó para atacar. Mientras las criaturas avanzaban a grandes zancadas, Uriel y los demás formaron un círculo, dispuestos a morir luchando y afrontando su muerte como guerreros.

—Sois carne… —dijo entre dientes el sinpiel mientras vadeaba el estanque hacia ellos.

Uriel se sobresaltó, sorprendido y asombrado de que la criatura pudiera hablar. Vaanes le había dicho que aquellas bestias eran los fallos de producción de los guerreros de hierro, y hasta ese momento había pensado que no eran otra cosa que experimentos fallidos llevados a cabo por los mortuarios bestiales, similares a Sabatier.

Sin embargo, viéndolos tan cerca y dado que él mismo había alimentado las matrices de las daemonculati, ya lo entendía todo mejor. Recordó cómo suturaban a los niños a las matrices demoníacas y comprendió que un método tan imperfecto de creación como aquél acarrearía más fracasos que éxitos…

—Por la sangre del Emperador —susurró Uriel cuando cayó en la cuenta de la relación que compartía con los sinpiel. Alzó la vista hacia la tubería de desagüe que se elevaba sobre ellos en la cara de la roca, comprendiendo por qué habitaban en las montañas esas bestias.

Devolvió toda su atención a los sinpiel cuando la bestia se alzó sobre las dos piernas y les lanzó un aullido de desafío. Uriel sintió una descarga de adrenalina en su sistema sanguíneo ante la altura de la cosa. Su pecho como un tonel estaba entrecruzado por pliegues de piel injertados de forma imperfecta, sujetos a su estructura muscular por fragmentos de hueso. La cabeza era una vasta pesadilla hidrocefálica con múltiples ojos amarillentos y una mandíbula distendida que dejaba ver unos colmillos romos, perfectos para triturar los huesos hasta convertirlos en una pasta digerible.

—Sangre —dijo el monstruo, asintiendo con su elefantina cabeza y lamiéndose los labios.

El resto de las criaturas se quedaron atrás mientras la bestia que iba en cabeza se acercaba. Uriel sintió que era testigo de una mentalidad tribal, de manada.

Uriel dio un paso hacia la bestia y aguantó en alto su espada, a dos manos, ante él.

—¿Qué haces? —dijo Pasanius.

—Creo que éste es el macho dominante del grupo —dijo Uriel—. Tal vez si lo mato, los demás no atacarán.

—O nos harán trizas más rápidamente —dijo Leonid.

—Cierto —admitió Uriel—, pero no creo que tengamos elección.

—Hazlo lo mejor que puedas —dijo Vaanes, envainando sus cuchillas.

La bestia observó cómo se acercaba Uriel, flexionando los grandes músculos de la mitad superior del cuerpo. Uriel intentaba leer su expresión, pero los amorfos rasgos no brindaban ninguna pista sobre sus pensamientos.

—¡Vamos! ¡Ven y atrápame si quieres comerme! —gritó.

El monstruo dio un salto hacia adelante y Uriel apenas pudo evitar un golpe que le habría arrancado la cabeza si hubiera logrado conectar. Se agachó cuando vio venir el golpe y se fue hacia un lado del sinpiel, desde donde lanzó la espada contra la espalda del monstruo. La hoja apenas se hincó un centímetro en la carne y Uriel sintió la vibración del golpe en los brazos, quedándose espantado al ver que la energía letal de su arma no había logrado cortar en dos al monstruo. Antes de poder recuperarse de la sorpresa, la bestia se echó encima de él y lo golpeó con los puños carnosos. Uriel cayó al agua y se alejó rodando de una atronadora pisada que provocó un géiser de líquido pútrido.

—¡Uriel! —gritó Pasanius, adelantándose para ir en su ayuda.

—¡No! —gritó Uriel, alejándose del monstruo a rastras sobre la espalda y metiéndose bajo la cortina de agua que caía de las cámaras de los mortuarios bestiales—. ¡Si me ayudas, atacarán!

Uriel salió del torrente espumoso y se lanzó hacia adelante, clavándole la espada al monstruo en la ingle. La punta de la espada apenas penetró en la superficie carnosa del sinpiel antes de resbalar sobre ella sin causar gran daño. La bestia lanzó un rugido y lo agarró con el puño, cerrando bruscamente las mandíbulas en uno de los costados de Uriel. Este chilló de dolor y se revolvió, salvándose de ser destripado, y clavó su espada en la cabeza del monstruo.

La hoja le rozó los globos oculares y el monstruo lanzó un aullido de dolor. Sus garras sufrieron un espasmo y soltó a Uriel, que cayó al suelo

ante el sinpiel, y con un rugido de rabia, lanzó un ataque en línea recta con la espada poniendo toda su fuerza en el golpe.

Dio un grito de triunfo cuando la punta de la hoja penetró en una parte más blanda de la carne del monstruo y pudo hundirle toda la espada en el cuerpo. Un pesado puño le impactó en el hombro y lo hizo caer de rodillas en el agua. Sintió cómo le crujía la clavícula y abrió el puño que sostenía la espada. Miró a los ojos inyectados en sangre del sinpiel y comprendió que no podía derrotarlo. A pesar de que una espada chisporroteante le estaba atravesando el vientre, el monstruo no daba señal alguna de notar la herida.

Uriel había hecho frente a la fuerza de un dios estelar, había destruido el corazón de una nave colmena de los tiránidos, se había enfrentado al poder inimaginable de un psíquico incontrolado y ahora estaba a punto de morir a manos de un monstruo que estaba muy cerca de él a nivel genético. Las garras del monstruo volaron hacia él, pero antes de que pudieran atrapar su cabeza y romperle el cráneo en pedazos, un atronador rugido resonó en los laterales de la depresión y, todos a una, los sinpiel que lo rodeaban se retiraron con un temeroso respeto.

De repente se hizo el silencio, una paz súbita, y Uriel vio cómo descendía lentamente a la depresión colmada de agua una bestia terrible, más grande que las demás. El sinpiel con el que acababa de luchar Uriel era una monstruosidad gigantesca e hinchada, pero aquella bestia pertenecía a una magnitud mayor. Su físico era colosal y estaba cubierto de crecimientos antinaturales de poderosos músculos. Una fuente de energía primaria y destructiva. Rojo y en carne viva, su cuerpo era una masa brillante de músculos húmedos al descubierto, donde podían verse los tendones hinchándose y contrayéndose cuando se movía. Si había un macho dominante entre los sinpiel, entonces con toda seguridad debía ser ese. Uriel reconoció a la cosa como la criatura que había liderado el ataque contra los esclavos amontonados en el campamento de carne.

Tenía la cabeza incrustada entre los hombros y mostraba una cara esquelética, con unos ardientes ojos amarillentos que destacaban en un fondo de rasgos cubiertos de sangre. Sin la cobertura de la piel, sus rasgos eran inertes y sin expresión, su boca no tenía labios y la nariz no era más

que un profundo corte torcido en el centro de la cara. A diferencia de muchos de sus hermanos, conservaba un grado de humanidad en sus formas, aunque su inmenso corpachón estaba incluso más allá de lo que contaban las antiguas leyendas sobre los primarcas.

Pero lo peor de todo era que Uriel podía ver un brillo de inteligencia escondido en el interior de su calculadora mirada. Aunque parecía que a los demás de su clase se les había ahorrado el pleno conocimiento de su destino y el horror de su existencia, Uriel sabía que esa terrible criatura sabía perfectamente la condena que suponía su sino.

Descendió al valle con una serie de gruñidos y rugidos guturales, y los sinpiel que los rodeaban dejaron paso a quien seguramente era su señor…, el jefe de los sinpiel. Uriel sintió un temblor al pronunciar la frase, no pudiendo evitar una mueca ante lo apropiada que era.

Entró en el estanque chapoteando y salpicando con los pies. Se dirigió hacia él y empujó a la criatura que tenía todavía la espada de Uriel en el vientre. Se agachó hacia el agua, pero su cabeza seguía metros por encima de la de Uriel, y tiró de él hasta colocarlo a sus pies, cerca de sus horribles rasgos.

Uriel forcejeó con la bestia, pero su fuerza era superior a la de un dreadnought y lo inmovilizó con firmeza. Lo levantó del agua y lo sostuvo cerca de su cara. Los pliegues irregulares de piel que tenía alrededor de la cavidad nasal aletearon cuando lo olfateó.

Una gruesa lengua le sobresalió de la boca y Uriel sintió náuseas ante el olor a cadáver del aliento del monstruo cuando el correoso apéndice le lamió la piel de la cara. Antes de que le sobreviniera una arcada, el jefe de los sinpiel lo dejó caer al agua, y Uriel soltó un gruñido de dolor cuando chocaron los extremos astillados de la clavícula.

La gran criatura se volvió a los sinpiel que estaban alrededor del estanque.

—¡No carne todavía! Tal vez despreciados como nosotros. Olor y sabor a madre de carne en él —dijo. Las palabras sonaban distorsionadas y guturales.

Los sinpiel echaron la cabeza hacia atrás y lanzaron un aullido lastimero que resonó en los altos picos de las montañas, y Uriel no pudo decidir si el grito era un gesto de bienvenida o un desesperado aullido de pena.

El sonido palpitante del Corazón de Sangre todavía resonaba en las cámaras de los mortuarios bestiales, el aire seguía llevando el hedor de la desesperación y el embotamiento psíquico seguía cubriendo el alma. Pero aunque todo siguiera igual, había un ligero cambio en la dinámica de la cámara Honsou no lo había notado al principio pero, mientras acompañaba al mortuario bestial de piernas de bronce por las sendas de los moribundos, lo advirtió en las abatidas caras esqueléticas de los monstruos vestidos de negro…

—¿Se ha dado cuenta…? —susurró Obax Zakayo, leyendo los pensamientos de su señor.

—Sí —replicó Honsou—. Tienen miedo, y eso no ocurre muy a menudo.

Honsou pensó que tenían buenas razones para sentir miedo. De los prisioneros que les había confiado el señor de Khalan-Ghol para que los destruyeran, habían matado a dos y el resto habían escapado. Como era obvio, los siniestros recuerdos del último señor de la fortaleza todavía ardían en las mentes de los mortuarios bestiales, y Honsou se encontró con que estaba disfrutando con su aprensión cuando llegó al círculo mortuario donde se había atado con grilletes a los marines espaciales que seguían a Ventris.

En el centro del círculo estaban los restos mutilados y desmembrados de los dos mortuarios, sus cuerpos convertidos en trozos de carne grisácea. Honsou se arrodilló junto al más cercano y tiró del brazo muerto que llevaba un peligroso taladro clavado a su vez en la cabeza destrozada.

—Me temo que es posible que haya subestimado a ese Ventris y su grupo —dijo.

—¿Piensa que sea algo más que uno de los mercenarios de Toramino?

Honsou asintió con la cabeza.

—Estoy empezando a pensar que puede que no tenga nada que ver con Toramino, que puede que esté aquí por sus propias razones.

—¿Qué razones?

Honsou no contestó al principio, pero luego chasqueó los dedos y ordenó que se acercara uno de los susurrantes y siniestros cirujanos. Una bestia alta de piernas de gruesas cuchillas y garras hidráulicas chasqueantes en lugar de brazos se encorvó para ponerse frente a él. Sus mandíbulas brillaban a pocos centímetros de la cara de Honsou.

—¿Tú pusiste a Ventris en la daemonculati? —preguntó.

—Sí. Lo cosí dentro. En la matriz, como los demás. No debería estar vivo.

—No —asintió Honsou—. Está claro que no debería estarlo. Enséñamelo.

—¿Enseñar qué al señor de Khalan-Ghol? —dijo entre dientes el mortuario bestial.

—Enséñame dónde lo implantaste —le ordenó Honsou—. Rápido.

La criatura asintió y se irguió, comenzando a andar con paso majestuoso entre los barriles de visceras y sangre en dirección hacia la rampa más cercana que conducía a las pasarelas de las daemonculati. Honsou y Obax Zakayo lo siguieron, observando con interés algunos de los más crueles e inusuales experimentos dolorosos que se estaban llevando a cabo en búsqueda del conocimiento letal.

—Con el debido respeto, mi señor —comenzó a decir Obax Zakayo—. ¿Es sensato preocuparse por la suerte de unos pocos renegados? Los ejércitos de lord Berossus están a las puertas de Khalan-Ghol.

—¿Y?

—Y les quedan algunos días como mucho para derribar las murallas…

—Berossus no entrará. Tengo planes para él.

—¿Alguno que quiera compartir?

—No, contigo no —le espetó Honsou mientras llegaban a la parte superior de la rampa—. A ver si lo entiendes, Obax Zakayo: eres mi sirviente, un mero funcionario y nada más. Tú serviste con un señor que había olvidado por qué participamos en la Guerra Eterna, un señor que

había permitido que se consumieran los amargos fuegos de la traición del Falso Emperador en lugar de brillar intensamente en su pecho. ¿Has olvidado cómo fue casi destruida guerrero por guerrero nuestra legión debido a sus traiciones irreflexivas y despreocupadas? ¿Has olvidado cómo permitió que nos estancáramos y nos convirtiéramos en poco más que carceleros? El Falso Emperador nos condujo a este destino, condenándonos a sufrir una eternidad de tormentos en el Ojo, y mientras que Forrix olvidó todo eso, yo no.

—Yo sólo quería decir… —comenzó a decir Obax Zakayo.

—Ya sé lo que querías decir —replicó Honsou, avanzando por la pasarela y dejando atrás las masas jadeantes de carne que se debatían agónicamente con la nueva vida—. ¿Crees que no sé nada de tus tratos con Toramino y con Berossus? Me has traicionado, Obax Zakayo. Lo sé todo.

Obax Zakayo abrió la boca para protestar, pero Honsou se dio la vuelta y negó con la cabeza.

—No digas nada. No te culpo. Viste una oportunidad y la aprovechaste. Pero pensar que alguien como tú pudiera ser más listo que yo… ¡Por favor!

Las servogarras encorvadas de los hombros de Obax Zakayo se enderezaron, abriéndose y cerrándose como las mandíbulas de una malévola serpiente mecánica, y el gigantesco guerrero de hierro agarró con fuerza su hacha sierra.

Honsou sonrió y volvió a negar con la cabeza al tiempo que dos mortuarios bestiales asomaron detrás de Obax Zakayo. Le arrebataron el hacha de las manos y la partieron como si de una pequeña rama se tratara mientras unas garras de bronce le atenazaban las extremidades y unas pinzas chasqueantes movidas por pistones le cortaban los brazos mecanizados de la espalda.

—¡No! —gritó Obax Zakayo mientras lo levantaban en el aire—. ¡Sé cosas que te interesan!

—No lo creo —dijo Honsou—. Toramino no es tan estúpido como para confiarte nada de importancia.

Honsou asintió con la cabeza al mortuario bestial.

—Haced con él lo que os plazca —le dijo.

Se dio la vuelta mientras Obax Zakayo lanzaba maldiciones contra él y era llevado por los mortuarios bestiales a su, con toda seguridad, destino sangriento. Honsou no estaba sorprendido por la traición de Obax Zakayo; y, desde luego, su traición le había resultado extremadamente útil. Pronto Berossus y Toramino aprenderían el coste de depositar la confianza en un pobre traidor como ese.

Se quitó a Obax Zakayo de la mente y comenzó a andar a lo largo de la rejilla de la pasarela hasta donde la criatura que lo había conducido allí estaba pinchando y cortando a una masa sibilante de carne desgarrada e hinchada. Los rasgos deformados por el dolor de la daemonculati lo miraban fijamente con una expresión silenciosa de horror; sus ojos vidriosos giraban enloquecidos en medio de un dolor indescriptible. Honsou hizo caso omiso de aquel sufrimiento y se inclinó para examinar el vientre rasgado, donde recientemente le habían abierto de forma bastante tosca la carne suturada.

—Desde el interior… —comentó Honsou—. Salió él solo.

El mortuario bestial negó con la cabeza, aunque Honsou podía ver claramente su confusión por semejante hecho.

—¿Cómo pudo Ventris hacer algo así? —preguntó Honsou.

—No lo sé. La daemonculati lo asimiló y le administró somníferos. No debería haber ocurrido —dijo con voz áspera el mortuario.

—Y sin embargo ocurrió —musitó Honsou, tirando de los grasientos pliegues de carne del vientre rasgado de la daemonculati.

Las resbaladizas entrañas de la gran bestia jadearon y se estremecieron cuando la tocaron, y Honsou se apartó al ver que la criatura estaba comenzando a sufrir un violento ataque y que todo el enorme cuerpo se estremecía. Aunque no poseía algo que pudiera llamarse voz, su destrozada garganta emitió un gemido agudo y penetrante y un chorro de sangre brotó de la herida abierta.

—¿Qué le está ocurriendo? —exigió saber Honsou.

—La matriz está lista para expulsar su producto —explicó el cirujano.

El vientre de la daemonculati evacuó más sangre y fluidos amnióticos y el mortuario bestial se estiró para dar un corte a su estructura interna con las

extremidades largas como espadas. Unos tubos sibilantes y gorgoteantes llevaban fuera los fluidos de desecho, y Honsou pudo oír un crujido de huesos y el sonido seco de los tendones al partirse en el interior del cuerpo de la daemonculati.

El mortuario hizo un corte para ampliar la herida y la criatura de la daemonculati cayó finalmente al suelo acompañada de un chapoteo de sangre y visceras azules y moradas.

Aterrizó con un golpe húmedo y carnoso. Poseía una poderosa musculatura y su proceso de creación había ido mucho más allá de la inexperta juventud que lo caracterizaba cuando fue implantado. Honsou se arrodilló ante el tembloroso recién nacido. El cuerpo sin piel temblaba debido a la violencia del parto. Incluso envuelto en el brillante y abultado cordón umbilical, Honsou podía ver que aquel nacimiento era perfecto, que no habría necesidad de echarlo por las tuberías con el resto de los desechos.

Una película residual recubría sus músculos, y en seguida comenzó a llorar de dolor cuando el mortuario bestial lo alzó del suelo.

—Espera —dijo Honsou, que avanzó hacia él y se puso a quitarle al recién nacido una gran cantidad de baba ensangrentada y salpicada de materia del brillante cráneo rojo y a limpiar los fluidos del parto de las facciones sin piel.

El recién nacido levantó la cabeza cuando lo tocó Honsou, mirándolo a la cara con una temible gravedad. Honsou dejó al marine espacial del Caos a su siniestro partero provisto de garras.

—Límpialo y vístelo con una piel nueva —ordenó—. Dale la armadura de Obax Zakayo y tráemelo cuando esté listo.

El mortuario bestial asintió con la cabeza y se llevó a rastras al recién nacido que no cesaba de llorar.

Y el señor de Khalan-Ghol se echó a reír cuando cayó en la cuenta de que los dioses del Caos podían tener a veces cierto sentido del humor.

Si la factoría había caído en desuso y luego había sido colonizada por los sinpiel o si éstos la habían tomado por la fuerza era algo imposible de saber,

pero a juzgar por su mal estado y los restos desparramados por todas partes, cualquiera de las dos explicaciones podía ser posible. Uriel se había quedado horrorizado por la fealdad de los sinpiel que había visto en la superficie de Medrengard, pero eso no era nada comparado con los horrores de aquellos que habían permanecido en la oscuridad allí abajo. Cómo podían vivir criaturas como ésas era algo que dejaba perplejo a Uriel, pero aunque sentía una gran repugnancia por sus horribles formas, también sentía una gran pena por ellos, ya que también eran víctimas de la maldad de los Guerreros de Hierro.

Uriel no tenía forma de medirlo, pero creía que habrían pasado unas diez o doce horas desde que habían escapado de las mazmorras de Khalan-Ghol. Conducidos por el jefe de los sinpiel en una agotadora marcha por los picos altos de las montañas, se dirigían a un destino desconocido, aunque les era imposible saber si los habían tomado como prisioneros o como compañeros de armas. Uriel y Pasanius habían vendado la herida de Ellard y lo llevaban con ellos, a pesar de las protestas de Vaanes diciendo que el hombre estaba medio muerto y que deberían dejarlo.

Después de dejar el estanque en la base de acantilado a donde los había llevado su frenética lucha desde las profundidades de Khalan-Ghol y a través de sus alcantarillas, Uriel había observado que estaban a muchos kilómetros de la fortaleza. Después de recorrer muchos más, el grupo de guerreros había llegado a una gran grieta de la ladera de la montaña de donde salían unas ominosas nubes de vapor y se acumulaban montones de despojos y huesos.

Descendiendo en la siniestra oscuridad de la falda de la montaña, el pasaje de roca acababa por abrirse a una amplia cámara donde tal vez un terremoto había abierto en dos una factoría subterránea. Unas combadas columnas de hierro sostenían el techo abovedado que se apoyaba sobre unas inmensas vigas fijadas con remaches. Unos rayos de luz tenebrosa penetraban cual lanzas a través de unas torres de ventilación hechas añicos que perforaban el techo e iluminaban un espacio donde todo resonaba. Unos ondulantes puentes de cuerda anudada conectaban los bosques de columnas

y un gran foso que se había excavado en el centro del suelo de la factoría, donde algo que no podían ver brillaba y se retorcía en la tenue luz.

Pilas de oxidada maquinaria hecha añicos descansaban en charcos de humedad, y grupos de los sinpiel, cientos de ellos, se concentraban a su alrededor, con los rojos cuerpos húmedos y brillantes. Aquellos sinpiel eran los verdaderos monstruos, tan transformados y deformes que eran incapaces de cazar o, en algunos casos, ni siquiera podían moverse. Montones de carne modificada, innumerables extremidades retorcidas y simbiontes deformes de carne fundida que hablaban atropelladamente y aullaban a causa de constantes dolores.

—Son tantos… —dijo Uriel.

No pudo continuar con su comentario ya que fueron conducidos a las profundidades de la factoría y el jefe de los sinpiel les indicó que tenían que sentarse al abrigo de una prensa que tenía unos martillos pilones del tamaño de un tanque de batalla.

—Vosotros, no moveros.

—Espera —dijo Uriel—. ¿Qué quieres de nosotros?

—Tribu necesita hablar. Decidir si vosotros despreciados como nosotros o sólo carne. Probablemente os mataremos a todos —admitió el jefe de los sinpiel—. Buena carne en vuestros huesos y piel nueva para vestir.

—¿Matarnos? —replicó Vaanes—. Si al final vais a matarnos, ¿para qué narices os habéis molestado en traernos aquí, maldito adefesio?

—Débiles de tribu necesitan carne —dijo con voz áspera el monstruo, mirando a Ellard con poco disimulado apetito. El sargento los había sorprendido a todos sobreviviendo al viaje, aunque Uriel sabía que seguramente no duraría mucho más. La sangre estaba empapando el vendaje que habían improvisado con la chaqueta andrajosa de su uniforme y tenía la cara muy pálida—. No pueden cazar, así que traemos carne.

—Tenías que preguntar —gruñó Pasanius.

Vaanes se encogió de hombros y se dejó caer al suelo, dando la espalda a los ultramarines.

El jefe de los sinpiel se había ido para unirse a su tribu dejándolos en compañía de una docena de monstruos gigantescos, todos ellos más grandes

que un dreadnought y equipados con un temible conjunto de colmillos y largas y húmedas garras.

Desde entonces llevaban esperando horas en una penumbra maloliente mientras sus captores —o hermanos— discutían si matarlos o no. La criatura con la que había luchado Uriel en el estanque del desagüe era uno de los guardias, aunque aparentemente seguía sin molestarle mucho el arma que tenía alojada en su vientre.

—Maldita sea, ojalá supiera qué están haciendo —dijo Uriel, dando la espalda a las criaturas que los rodeaban.

—¿Ah, sí? —dijo Pasanius—. Yo no estoy tan seguro.

—No podemos seguir aquí. Tenemos que volver a la fortaleza.

—¿Volver a la fortaleza? —se echó a reír Ardaric Vaanes—. ¿Lo dices en serio?

—Totalmente en serio —asintió Uriel—. Tenemos que cumplir un juramento de muerte, destruir a las daemonculati o morir en el intento.

—Entonces vais a morir —aseguró Vaanes.

—Entonces moriremos —dijo Uriel—. ¿Has oído algo de todo lo que te he dicho, Vaanes?

—No te atrevas a sermonearme sobre el honor y el deber, Ventris —lo avisó Vaanes—. Ya he visto suficiente de lo que tu honor tiene que ofrecer. La mayor parte de los nuestros ha muerto, y ¿para qué?

—Ningún guerrero muere jamás en vano si muere por honor al servicio del Emperador.

—Ahórrame tu sabiduría de pacotilla, Ventris —dijo Vaanes con desdén —. Ya he tenido suficiente de todo eso. Si sobrevivimos a esto, no me voy a acercar otra vez a esa fortaleza. Ya estoy harto de tus heroísmos y te voy a dejar a tu suerte.

—Estaba equivocado contigo, Vaanes —dijo Uriel—. Pensé que aún te quedaba honor, pero ya veo ahora que no es así.

Vaanes no le hizo caso y se quedó mirando hoscamente a las bestias deformes que lo estaban observando.

Uriel se volvió hacia Pasanius.

—Estamos solos, amigo mío.

—Eso parece —asintió Pasanius lentamente, y Uriel entendió que su amigo estaba esforzándose para hablar teniendo que cargar con el terrible peso de la culpa.

Un silencio incómodo se hizo entre ellos. Ninguno de los dos sabía la forma adecuada de romperlo o de cómo comenzar a decir lo que se necesitaba decir.

—¿Por qué no me lo dijiste? —dijo Uriel por fin.

—¿Cómo podía hacerlo? —dijo entre sollozos Pasanius—. Estaba deshonrado. ¡Marcado por el mal y corrupto!

—¿Cómo? ¿Cuándo? —preguntó Uriel.

—En Pavonis, creo —dijo Pasanius, las palabras, ya sin freno, salían a borbotones en un arrebato de confesión—. ¿Recuerdas que odiaba el brazo implantado desde el mismo momento en que los artesanos de la corporación Shonai me lo injertaron?

—Sí —asintió Uriel, recordando cómo se quejaba Pasanius de que el brazo nunca podría ser tan bueno como uno que se fortalezca con una vida de guerras.

—No sabía ni la mitad de lo que me iba a pasar —continuó Pasanius—. Con el tiempo me acostumbré a él, incluso comencé a apreciar la fortaleza del brazo, pero cuando me di cuenta por primera vez de que algo iba mal fue cuando luchamos contra los orcos en la Muerte de la Virtud.

Uriel recordaba bien la lucha desesperada para destruir la nave espacial infestada de orcos y tiránidos que se había deslizado en el sistema de Tarsis Ultra y que anunciaba la gran batalla contra una flota secundaria de naves biológicas procedentes de la flota enjambre Leviathan.

—¿Qué ocurrió?

—Estábamos luchando contra los orcos, justo antes de que mataras al jefe, ¿recuerdas? Uno de los pieles verdes se colocó a mi espalda y por poco me dejó sin cabeza con su sierra mecánica.

—Sí, paraste el golpe con el brazo.

—Sí, eso es, y tú viste el tamaño de aquella hoja. Debería haberme partido el brazo en dos, pero no lo hizo. No tenía ni siquiera un rasguño.

—Pero eso es imposible —dijo Uriel.

—Eso es lo que yo pensé, pero para cuando dejamos aquel sitio y volvimos al Thunderhawk, estaba como nuevo y no tenía ni un arañazo.

—Lo recuerdo… —susurró Uriel, viendo el brazo de Pasanius estirándose para tirar de él y salvarlo cuando las cargas de demolición habían comenzado a destruir la nave espacial—. Brillaba como la plata.

—Lo sé —asintió Pasanius—, pero no me di cuenta de que mi brazo debería haber estado pulverizado hasta que volvimos a bordo del Vae Victus. Pensé que tal vez me había imaginado que me habían golpeado tan duro, pero ahora ya sé que no.

—¿Cómo es posible? ¿Crees que los adeptos de Pavonis tenían acceso a alguna forma de tecnología alienígena?

—No —dijo Pasanius sacudiendo la cabeza—. Los demonios de piel plateada con los que luchamos en Pavonis, los sirvientes del Portador de la Noche, podían hacer lo mismo. No importaba con cuánta fuerza se les cortara, acuchillara o disparara; ellos volvían a ponerse en pie y sus cuerpos se recomponían delante de nosotros.

—Los necrontyr —escupió Uriel.

Pasanius asintió.

—Sí, necrontyr. Creo que parte del Portador de la Noche entró en mí cuando me cortó el brazo, algo corrupto que esperó y luego encontró su hogar en el metal de mi nuevo brazo.

—¿Por qué no dijiste nada? —dijo Uriel—. Era tu deber informar de una cosa así.

—Lo sé —dijo Pasanius con desánimo—. Pero estaba avergonzado. Ya me conoces, siempre he afrontado las cosas por mi cuenta. Siempre he sido así desde que era un niño en Calth.

—Lo sé, pero aun así deberías haber informado a Clausel. Tendré que informar de ello cuando volvamos a Macragge.

—Quieres decir si volvemos —le recordó Pasanius.

—No —dijo Uriel de forma enfática—. Cuando.

Uriel se volvió cuando oyó el sonido de pasos acercándose. El coronel Leonid, con la cara cansada y demacrada, se puso a su espalda.

—El sargento Ellard ha muerto.

Uriel miró hacia donde yacía el gran hombre y se puso al lado de Leonid colocándole la mano en el hombro.

—Lo siento, amigo mío. Era un hombre bueno y un buen soldado.

—No tendría que haber muerto así, solo en la oscuridad.

—No estaba solo —dijo Uriel—. Tú estuviste con él hasta el final.

—Pero no está bien haber sobrevivido a tanto para luego morir así —susurró Leonid.

—Un hombre raramente puede elegir cómo morir —dijo Uriel—. La marca de un guerrero es la forma como vive. No conocía bien a Ellard, pero creo que encontrará un lugar junto al Emperador.

—Eso espero —asintió Leonid—. Y, por cierto, estás equivocado.

—¿Sobre qué?

—Sobre eso de tener que volver solos a Khalan-Ghol. Yo iré con vosotros.

Uriel sintió cómo crecía su admiración por Leonid.

—Eres un hombre excepcional, coronel, y acepto tu ofrecimiento. Aunque debes saber que Vaanes está en lo cierto: esto será con toda probabilidad la muerte de todos nosotros.

Leonid se encogió de hombros.

—Ya no me importa. Estoy viviendo de prestado desde que se mandó el 383 regimiento a Hydra Cordatus, así que tengo pensado escupir a la muerte en un ojo antes de que se me lleve.

Sonaron unos lentos aplausos y Uriel montó en cólera cuando vio a Vaanes mirándolos desdeñosamente. El renegado marine del capítulo de los Cuervos sacudía la cabeza.

—Estáis todos locos —dijo—. Rezaré una oración por vosotros si no nos matan estos monstruos.

—¡Guarda silencio! —dijo entre dientes Uriel—. Nadie como tú va a rezar una oración por mí, Vaanes. Tú ya no eres un marine espacial, no eres ni siquiera un hombre. ¡Eres un cobarde y un traidor!

Vaanes se puso rápidamente en pie. La ira le brillaba en los ojos violeta mientras desenvainaba sus cuchillas relámpago del guantelete.

—¡Ya te he dicho que nadie me llama eso dos veces!

Antes de que corriera la sangre, una gran sombra cayó sobre ellos y la forma poderosa del jefe de los sinpiel les tapó la luz. Lo acompañaba una camarilla de criaturas terriblemente deformadas. Un monstruo jorobado que tenía la cabeza fundida con la columna vertebral se acercó cojeando al cadáver de Ellard.

Metió una larga garra en el vientre abierto del sargento y llevó el dedo ensangrentado a la ranura que tenía por boca.

—Carne muerta —dijo—. Todavía caliente.

El jefe de los sinpiel asintió con su gruesa cabeza.

—Llévatelo. Carne para tribu.

—¡No! —gritó Leonid, mientras el jorobado levantaba sin esfuerzo el cuerpo del sargento.

Pasanius alargó el brazo que le quedaba y agarró a Leonid, hablándole en voz baja.

—No, no lo hagas. Ese ya no es tu amigo, sólo es la carne que vestía. Él está con el Emperador y no hay nada que estos monstruos puedan hacerle ya. Sólo vas a conseguir que te maten sin necesidad.

—¡Pero van a comérselo!

—Ya lo sé —dijo Uriel, colocándose junto al hombre—. Pero tú te has comprometido con nuestro juramento de muerte, y si lo rompes, lo haces por todos nosotros.

—¿Qué? —farfulló Leonid.

—Sí —asintió Uriel—. Ahora los tres estamos obligados a esta búsqueda. Pasanius, tú y yo.

Leonid parecía dispuesto a discutirlo, pero Uriel en seguida vio que la lucha cesaba en su interior cuando se dio cuenta del pacto que había hecho con los ultramarines. El hombre asintió como atontado y sus problemas desaparecieron cuando el jefe de los sinpiel se colocó a su lado.

—Venid ahora —dijo el monstruo.

—¿Adonde? —dijo Uriel.

—Con el Emperador. Él decidirá si morís o no.



DIECISIETE

La armadura del Emperador estaba sucia, cubierta por el residuo producido por milenios de actividad industrial. El águila de la placa pectoral la formaban una serie de tiras de bronce enmohecido. De los anchos hombros colgaban unas protecciones de metal batido y por la espalda asomaban un par de alas de metal manchado. Medía más de veinte metros de alto y estaba colgada de unas gruesas cadenas de hierro en el interior del gran pozo de la factoría. Era una creación producto de la devoción más profunda.

Uriel se sintió como un niño ante su tamaño. Recordó la primera vez que había visto una estatua del Emperador en la basílica Konor de Calth. Aunque aquella estatua la habían tallado con una maestría suprema a partir de un bellísimo mármol veteado sacado de las profundidades de Calth, la que tenía delante, a pesar de toda su improvisación, no era menos impresionante.

El Emperador de los sinpiel colgaba sobre la negrura del pozo, con la armadura y las extremidades creadas a partir de los restos y las mecánicas que habían quedado en la factoría cuando fue abandonada.

Aunque algunos de los predicadores más fanáticos del Ministorum pensarían que era algo blasfemo que semejantes criaturas hubiesen creado una imagen tan primitiva del Emperador, a Uriel le pareció conmovedor que lo hubieran hecho.

—¡Que el Emperador nos proteja! —murmuró Pasanius cuando vio la estatua colgada de las cadenas.

—Ahora veremos si lo hace —contestó Uriel cuando se dio cuenta de que la primera impresión había sido la correcta al sentirse como un niño ante aquel ídolo.

¿Quién sabía cuánto tiempo llevarían los sinpiel viviendo bajo la superficie de Medrengard o qué recuerdos tenían de sus vidas antes de que los hicieran prisioneros y los implantaran en el horror de las daemonculati?

Una cosa era evidente: en todos los niños inocentes que se habían transformado en los sinpiel había sobrevivido un recuerdo, una idea constante y duradera: el inmortal y benéfico Emperador de la Humanidad.

A pesar de todas las vilezas que habían sufrido, los sinpiel todavía recordaban el amor del Emperador. Uriel sintió una enorme tristeza por el

destino que habían sufrido. No importaba que los hubieran alterado hasta transformarlos en monstruos. Todavía recordaban al Emperador y habían creado una imagen de él para que los protegiera.

Empujaron con cierta rudeza a Uriel y a los demás hacia el borde del gran pozo mientras los sinpiel se acercaban. Se dio cuenta de que eran cientos. Muchos de ellos no podían caminar sobre unas piernas atrofiadas, o moverse a causa de unos huesos retorcidos, o eran incapaces de valerse por sí mismos porque sus extremidades eran masas bulbosas de carne, pero sus hermanos los ayudaban.

—¡Dios Emperador! ¡Míralos! —exclamó Vaanes—. ¿Cómo se puede permitir que criaturas semejantes sigan viviendo?

—Cállate, Vaanes —lo cortó Uriel con voz triste—. Son parientes nuestros, no lo olvides. La carne del Emperador está en ellos.

—No puedes hablar en serio. Míralos bien. Son malvados.

—¿Lo son? Yo no estoy tan seguro.

Una oleada de hambre y de autoaborrecimiento recorrió el pozo cuando el jefe de los sinpiel se volvió y se irguió por completo. Alargó una mano y se llevó a Uriel hacia adelante levantándolo con facilidad del suelo. Uriel, incapaz de resistirse, se quedó colgando sobre el pozo sin fondo.

—Olí en ti la carne de madre —rugió el jefe de los sinpiel—. Saliste de la montaña de los hombres de hierro, caíste desde la muralla, pero no te pareces a nosotros. ¿Por qué tienes piel?

Uriel pensó a toda prisa en una respuesta que no provocara que lo arrojaran al pozo. Los ojos amarillos del monstruo lo miraron con intensidad y Uriel vio un ansia desesperada en ellos, una necesidad infantil de… ¿De qué?

—¡Sí! —gritó—. Venimos de la montaña de los Guerreros de Hierro, pero somos sus enemigos.

—¿También sois desechados? ¿No sois amigos de los hombres de hierro?

—¡No! —siguió gritando Uriel para que todos los sinpiel lo oyeran—. ¡Odiamos a los hombres de hierro! ¡Hemos venido a destruirlos!

—Os he visto antes —gruñó el jefe de los sinpiel—. Os vi matar a los hombres de hierro en las montañas. Conseguimos mucha carne ese día.

—Lo sé. Lo vi.

—¿Matáis a hombres de hierro?

—¡Sí!

—¿La carne de madre está en ti?

Uriel asintió y la criatura habló de nuevo.

—Las madres de carne de los hombres de hierro nos hicieron así de horribles, pero el Emperador no nos odia como lo hacen los hombres de hierro. Él todavía nos ama. Los hombres de hierro quieren matarnos, pero nosotros somos fuertes y no morimos, aunque eso sería bueno para nosotros. Ya no habría dolor. El Emperador haría desaparecer el dolor y nos haría nuevos otra vez.

—No —contestó Uriel al entender por fin que aquella criatura, a pesar de su tremenda fuerza y enorme tamaño, no era más que un niño dentro de un cráneo monstruosamente sobredimensionado. Hablaba del amor del Emperador con la sencillez y la claridad de un niño. Cuando Uriel miró con más atención sus ojos, vio un ansia irreprimible de compensar su aspecto odioso—. El Emperador os ama. Él ama a todos sus hijos.

—¿El Emperador te habla? —le preguntó el jefe de los sinpiel.

—Sí —le confirmó Uriel. Aunque se odió por el engaño, comprendía que se trataba de una necesidad—. El Emperador nos ha enviado para destruir a los hombres de hierro y a las daemon… a las madres de carne que os hicieron así. Nos envió hasta vosotros para que nos ayudaseis.

La criatura se le acercó y Uriel sintió que su suspicacia y su hambre luchaban contra el profundo deseo de vengarse de sus creadores, aquellos que lo habían convertido en ese cuerpo deforme.

Lo olisqueó una vez más y Uriel deseó que su cuerpo todavía conservase el hedor de la daemonculati.

Pero el jefe de los sinpiel rugió de angustia, echó el brazo atrás y Uriel gritó cuando lo lanzó al otro lado del pozo.

Uriel cruzó el aire dando vueltas y vio un caleidoscopio de imágenes: bestias deformes que habían sido niños antaño, una cadena de hierro

oxidado, unos paneles plateados de metal batido y la oscuridad negra y sin fondo del pozo. Se estampó contra la efigie colgante del Emperador y se quedó sin respiración por la fuerza del tremendo impacto.

Se agarró a la superficie metálica intentando encontrar un asidero. Sintió que las uñas se le partían al chocar contra los remaches mientras se deslizaba hacia abajo. El vacío del pozo se abrió bajo él como una promesa de muerte segura, pero sus dedos tropezaron con un panel de hierro que sobresalía respecto al resto de la figura de la gigantesca estatua. Parte del borde estaba afilado y Uriel notó que el metal le seccionaba por completo la yema del dedo índice. El panel se dobló y chirrió al desgajarse un poco de la estructura de la estatua, pero al menos frenó lo bastante su descenso y le permitió agarrarse con firmeza al águila de bronce de la placa pectoral del Emperador.

Uriel se quedó colgando sobre el vacío del pozo, agarrado con una mano y balanceándose por encima de la oscuridad mientras los sinpiel que podían hacerlo rugían y pataleaban.

—¡Tribu! ¡Tribu! ¡Tribu! —gritaban sin cesar.

Uriel se agarró mejor y empezó a subir por las tiras de metal que formaban el águila para llegar hasta una de las hombreras del Emperador.

Se quedó allí jadeando en busca de aire mientras el jefe de los sinpiel se mantenía inmóvil en el borde del pozo. Uriel no sabía qué hacer. Vio como los sinpiel obligaban a los demás miembros del grupo de guerreros, Pasanius, Vaanes, Leonid y los demás marines espaciales, a avanzar hacia el borde del pozo.

—¡No! —gritó. Se arriesgó a ponerse en pie y se apoyó en el casco de la gigantesca estatua—. ¡No!

Entonces ocurrió el milagro.

Uriel jamás sabría con certeza si se trataba de algún mecanismo que había permanecido inactivo durante mucho tiempo en el interior de la maquinaria que formaba la cabeza del Emperador y al que habían puesto en marcha los movimientos de Uriel o del poder del propio Emperador, pero lo cierto fue que en ese momento del visor salió un chorro de luz brillante.

Del interior surgió un zumbido grave parecido al de un generador al ponerse en marcha. Todos los sinpiel retrocedieron atemorizados cuando el resplandor aumentó de intensidad. Uriel notó al tacto que el metal del casco se estaba calentando, y aunque no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo, sabía que no debía dejar pasar aquella oportunidad.

—¡Mira! —le gritó al jefe de los sinpiel—. ¡El Emperador quiere que nos ayudéis! ¡Juntos podemos destruir a las madres de carne y a los hombres de hierro!

La gran bestia se puso de rodillas con las amplias fauces abiertas de par en par al mismo tiempo que un terrible gemido surgía creciente de los demás sinpiel reunidos alrededor del pozo.

Del metal del casco empezaron a saltar chispas. Uriel se dio cuenta de que tendría que bajarse de la estatua a toda prisa o se arriesgaba a morir electrocutado por el artefacto que estaba provocando aquello. Caminó por la hombrera del Emperador mientras le pedía perdón al Señor de la Humanidad por aquel trato tan poco respetuoso de una imagen suya y se acercó hasta la cadena de soporte más cercana.

Apenas se había agarrado a los gruesos eslabones de la cadena y empezado a subir para alejarse del casco, que ya relucía con un tremendo brillo cegador, cuando estalló con un retumbar ensordecedor convertido en una relampagueante lluvia de chispas azules.

Los sinpiel gimieron de miedo cuando la estatua del Emperador se desplomó hacia la oscuridad del pozo. Las cadenas que lo sostenían se soltaron con un latigazo que resonó contra las paredes. Uriel se quedó colgando de la cadena y preparó las piernas para amortiguar el golpe contra la pared del pozo.

El impacto lo hizo girar con violencia sobre el abismo sin fondo. Los nudillos se le pusieron blancos de la fuerza que tuvo que emplear para agarrarse a los oxidados eslabones de la cadena. Se quedó allí hasta que recuperó el aliento y luego empezó a trepar con cuidado el largo trecho hasta el borde del pozo.

De repente, mientras subía, notó que alguien tiraba de la cadena desde arriba. Uriel sabía que no podía hacer nada, así que se resignó a que pasara

lo que el destino le tenía reservado. Miró hacia arriba y vio la enorme mano despellejada del jefe de los sinpiel que lo alzaba con cadena y todo.

Lo depositó en el suelo al lado de Pasanius y de Vaanes. Ambos lo miraron con expresión de asombro. Uriel se encogió de hombros, demasiado cansado para responder con palabras. El jefe de los sinpiel se arrodilló a su lado.

—El Emperador te ama —le dijo a Uriel.

—Creo que sí… —contestó jadeante.

El jefe de los sinpiel asintió antes de señalar al pozo.

—Sí. Todavía vives.

—Sí. Tienes razón. El Emperador me ama, lo mismo que a ti.

La criatura asintió con lentitud.

—Ayudaremos a matar a los hombres de hierro. A las madres de carne también. No debe haber más como nosotros.

—Gracias —murmuró Uriel.

—El Emperador nos ama, pero nosotros nos odiamos —le dijo el jefe de los sinpiel con voz doliente—. No hemos hecho nada para merecerlo. Queremos matar a los hombres de hierro, pero no sabemos entrar en la montaña. ¡No podemos luchar contra las murallas!

Uriel se puso en pie sin aliento y, a pesar de haber visto la muerte de cerca, sonrió al jefe de los sinpiel cuando recordó una parte del viaje hacia Khalan-Ghol con una claridad que sin duda era algo más que un simple retazo de memoria.

—Eso no importa —le dijo Uriel—. Conozco otro modo de entrar.

Khalan-Ghol se estremecía con la furia del bombardeo. Los proyectiles estallaban como feroces tempestades contra las antiguas murallas. Enormes legiones de tanques pesados y ejércitos enteros de soldados se arremolinaban en la base de la gigantesca rampa que llevaba hasta la altiplanicie montañosa, que era todo lo que quedaba de las defensas exteriores de la fortaleza y de la atalaya del torreón interior.

Unos reductos y terraplenes provisionales pero increíblemente robustos protegían a los trabajadores y la maquinaria que habían levantado la rampa, y Berossus comenzó el ataque final.

La rampa era una maravilla de la ingeniería. Ascendía miles y miles de metros por la ladera de la montaña después de empezar a muchos kilómetros atrás, en las altas tierras rocosas de su base, y estaba pavimentada con grandes hojas segmentadas de hierro. Los tanques avanzaban detrás de dos titanes monstruosos que tenían el blindaje manchado de rojo por la sangre de miles de sacrificios humanos. Las gruesas placas todavía estaban húmedas y goteantes. Iban equipados con enormes martillos de asedio, con perforadoras neumáticas de pistones y con un enorme cañón, pero aquellos gigantescos acorazados de tierra también transportaban a las mejores tropas de la gran compañía de Berossus. Aquellos guerreros encabezarían el asalto a través de las murallas de la fortaleza y la echarían abajo piedra a piedra.

Un túnel de boca inmensa llevaba hasta los cimientos rocosos de la rampa, y unos grandes raíles desaparecían en su interior para dirigirse hasta la base de la propia montaña. Las grandes máquinas perforadoras habían cruzado ya el túnel y se disponían a abrir una brecha en la vulnerable panza de la fortaleza y excavar hasta el mismo corazón del recinto de Honsou. Decenas de miles de soldados esperaban en la sofocante oscuridad del túnel para invadir la fortaleza desde abajo. El traidor, Obax Zakayo, les había proporcionado la información exacta sobre el mejor punto por donde penetrar en Khalan-Ghol. Aquello, unido al ataque frontal, hacía que a Honsou le quedaran horas de vida.

Berossus confiaba en que aquél sería el último ataque, y él lo dirigía al mando de casi un centenar de dreadnoughts enloquecidos.

La batalla final por Khalan-Ghol estaba a punto de empezar.

—No podremos detener este ataque —dijo Onyx mientras contemplaba el avance inexorable de los titanes de Berossus por la rampa. Aunque todavía estaban a varios kilómetros de la cima, el tamaño de su majestuosidad

demoníaca era magnífico—. Berossus acabará con nosotros en una tormenta de hierro y sangre.

Honsou no le contestó, pero sonrió levemente con una de las comisuras de los labios. También él estaba contemplando el avance de la enorme fuerza preparada para destruirlos. Cientos de aullantes guerreros demoníacos volaban y viraban en el cielo por encima de las falanges de monstruos capaces de metamorfosearse y cuya carne siseaba y burbujeaba por los circuitos mecaorgánicos. Decenas de chillonas máquinas demoníacas de patas arácnidas caminaban por la rampa mientras expelían humos venenosos, y las entidades demoníacas que albergaban en sus cuerpos de hierro estaban ansiosas por comenzar la matanza una vez habían quedado liberadas de sus jaulas.

Honsou seguía utilizando su mellada y baqueteada servoarmadura. No parecía impresionado por el destino que le esperaba. En su rostro se veía el gesto impaciente de quien desea combatir, y había sustituido el implante que le había regalado su antiguo señor por un reluciente brazo biónico de color plateado.

Onyx estaba sorprendido por todo aquello, pero ya hacía tiempo que se había dado cuenta de que el comportamiento del nuevo señor de Khalan-Ghol era un misterio para él. El mestizo parecía pensar o actuar de un modo completamente distinto a los herreros forjadores a los que había servido a lo largo de los milenios pasados al servicio de los señores de aquella fortaleza.

—No parece muy preocupado —comentó Onyx.

—No lo estoy —le contestó Honsou alejándose de las almenas agrietadas del bastión más elevado de la torre. Soplaba un viento caliente que les llevaba el sabor a ceniza y a metal. Honsou inspiró profundamente y por fin se volvió hacia Onyx.

—Berossus no me ha decepcionado hasta ahora —le dijo Honsou mientras miraba el gran túnel que llevaba hasta la rampa y, sin duda, hasta los cimientos de su fortaleza—. Espero que no lo haga ahora; no al final.

—No lo entiendo.

—No te preocupes, Onyx. Sé que estás inquieto por tu propia supervivencia, no por mi vida, pero no necesitas comprender nada. Lo

único que debes hacer es obedecerme.

—Estoy a vuestras órdenes.

—Pues confía en mí —le contestó Honsou con una sonrisa. Miró hacia abajo, donde el humo y el relampagueo continuado casi le impedían ver sus propios titanes y todo lo que le tenía preparado a Berossus. Alzó la vista hacia el cielo blanco y el sol negro que ardía como un agujero oscuro por encima de él—. He combatido en la Guerra Eterna casi tanto tiempo como Berossus y Toramino, y tengo estratagemas propias.

—Espero por nuestro bien que sea así —comentó Onyx—. Incluso si logramos detener este ataque, todavía tendremos que enfrentarnos a lord Toramino. Su ejército está intacto.

Honsou miró hacia el brillo de las hogueras y las forjas que se extendían más allá del campamento de Berossus, donde Toramino esperaba, oculto y desconocido. Onyx captó por fin un gesto de inquietud.

—Está esperando a que Berossus nos machaque a nosotros y a sus guerreros antes de venir para tomar Khalan-Ghol y convertirse en el señor de sus ruinas.

—Y ¿cómo lo detendremos?

Honsou se echó a reír.

—Los problemas uno por uno, Onyx, uno por uno.

El tremendo tronar del bombardeo de artillería sonaba apagado y lejano, aunque Uriel sabía que debía de estar produciéndose peligrosamente cerca para poder oírlo a aquella profundidad. El polvo caía del techo del túnel en suaves descargas. Los guijarros saltaban y bailaban en el suelo. La oscuridad era tan cerrada que incluso con su visión mejorada le costaba trabajo distinguir los alrededores.

El calor en el túnel era asfixiante y lo acompañaba el hedor fétido de los animales, aunque no eran animales, ya que eran, o al menos habían sido, seres humanos.

Cientos de sinpiel marchaban en fila por los temidos pasadizos bajo las montañas. Aquella ruta zigzagueante los llevó a través de cuevas de cristal

resonantes, factorías abandonadas y túneles con escaleras vertiginosas talladas en la misma roca. Sus enormes cuerpos llenaban los pasadizos mientras acompañaban a Uriel y a Pasanius de regreso a Khalan-Ghol.

Avanzaron en la oscuridad y por caminos secretos bajo las montañas, olvidados por todo el mundo menos por ellos. Las alcantarillas ocultas y pasadizos secretos que los llevaban hasta su destino.

Pasanius, que iba detrás de Uriel, gruñía por el esfuerzo, ya que le costaba más avanzar debido a la amputación de su extremidad, pero cuando tenía dificultades, aparecía el jefe de los sinpiel y lo ayudaba a seguir.

La gigantesca criatura encabezaba la marcha en la oscuridad. Su enorme silueta llenaba el ancho del túnel, y si no hubiese sido por su figura jorobada y la cabeza inclinada se hubiera machacado el cráneo contra las estalactitas.

El jefe de los sinpiel caminaba con un nuevo propósito en la vida. Sus largas zancadas obligaban a llevar un paso terrible por los senderos secretos de la montaña. A Uriel le dolía cada paso que daba. Le costaba respirar al disponer tan sólo de un pulmón, y a eso se le añadía el sufrimiento por la clavícula y las costillas rotas, que se le clavaban en la carne. Para colmo, no disponía de los dispensadores de analgésicos de la armadura para mitigar el dolor.

Un poco más atrás, una criatura deformada con un mellizo enflaquecido fusionado a la espalda se encargaba de transportar a Leonid. El hermano pequeño lo llevaba con fuerza en los brazos. En la retaguardia marchaban Ardaric Vaanes y los marines espaciales renegados supervivientes.

En cuanto la emoción provocada por la repentina animación de la estatua del Emperador ante los sinpiel se calmó, las criaturas habían aceptado la misión de Uriel con toda la fe y el celo de una cruzada. Reunieron a todos los que podían cazar y luchar para que marcharan con ellos. A Uriel casi le dieron ganas de llorar al ver la sagrada alegría que mostraban todos y cada uno de ellos. Aquello hizo que le resultara más difícil soportar el engaño al que los estaba sometiendo.

El jefe de los sinpiel había llamado a uno de los suyos cuando Uriel se puso en pie. Una de las bestias de la tribu se acercó el marine espacial, y

éste vio que se trataba de la criatura contra la que había luchado y que todavía tenía clavada su arma.

—Toma espada —le dijo el jefe de los sinpiel.

Uriel asintió y empuñó con cuidado el pomo del arma. Tiró de la espada y tuvo que flexionar todos los músculos para vencer la succión de la carne, llegando incluso a apoyar con firmeza los dos pies en el suelo para tener un mejor asidero. La espada estaba bien clavada en el cuerpo de la bestia, por lo que se vio obligado a retorcer la hoja para poder sacarla. Por fin salió con dificultad de la vaina de carne. El monstruo se había mantenido en silencio y tranquilo en todo momento. En el momento en que sacó la espada, la criatura se volvió y se reunió con el resto de sus asombrados hermanos.

—Gracias —dijo Uriel.

Los sinpiel asintieron con respeto, y él sintió que una débil esperanza regresaba a su corazón.

Sin embargo, la alegría que sentía por aquel cambio inesperado de situación desapareció cuando se reunió con sus camaradas y Ardaric Vaanes le habló.

—Te matarán en cuanto descubran que les has mentido —le dijo el renegado mientras los sinpiel se preparaban para la guerra empuñando unas mazas de hierro improvisadas. Sin embargo, la mayoría de ellos no necesitaban armas, ya que sus horribles mutaciones los equipaban para matar sin necesidad de más artilugios.

—¿Eso he hecho? —le contestó Uriel con cautela—. Hago el trabajo del Emperador, y lo mismo hacen ellos.

—¿Los sinpiel? —le preguntó Vaanes pasmado—. ¿Crees que el Emperador trabajaría con semejantes bestias? Míralos con atención. Son monstruos. ¿Cómo puedes pensar que unas criaturas así pueden ser capaces de actuar como instrumentos de Su voluntad? ¡Son malvados!

—Llevan la carne del Emperador en su interior —le espetó Uriel—. La sangre de héroes antiguos les corre por las venas, y no les fallaré.

—No creas que me puedes engañar, Ventris —se burló Vaanes—. Tú no eres ningún mensajero del Emperador, y veo en tu mirada que tú tampoco te lo crees.

—Ya no importa lo que yo crea o no. ¿Tú en qué crees?

—Creo que tenía razón respecto a ti.

—¿Qué quieres decir?

—Que desde que te vi supe que traerías problemas —le contestó Vaanes encogiéndose de hombros—. De todas maneras, ya no importa. En cuanto lleguemos a la superficie, ellos y yo nos marcharemos y os dejaremos con esa banda de monstruos.

—¿De verdad vais a dejarnos? ¿Después de todo por lo que hemos pasado, de toda la sangre derramada, del dolor y de la muerte? ¿De verdad vas a poder hacerlo?

—Puedo y lo haré —gruñó Vaanes—. ¿Quién me culparía por hacerlo? Mira a tu alrededor. Mira a esos monstruos. Todos van a morir dentro de poco, y su sangre te manchará las manos. Piensa en ello. Vas a asaltar una fortaleza ya asediada con una tribu de mutantes caníbales, un coronel de la Guardia Imperial moribundo y un sargento manco. Soy un guerrero, Ventris, así de fácil y de claro, y ya no me queda más que mi propia supervivencia. Regresar a Khalan-Ghol es una locura, y atacar esa fortaleza no es mi idea de ser valiente, sino más bien de suicidio. —Vaanes agarró a Uriel por el hombro—. No tienes por qué morir aquí. ¿Por qué Pasanius y tú no os unís a nosotros? Eres muy hábil en combate y me vendría muy bien un guerrero como tú.

Uriel se quitó la mano del hombro con un gesto brusco.

—Eres un guerrero excelente, Ardaric Vaanes, pero me equivoqué al pensar que podrías recuperar tu honor. Tienes coraje, pero me alegro de no volver a combatir a tu lado.

En los ojos del renegado apareció una mirada de odio y la expresión del rostro se le endureció como una roca. Vaanes no dijo ni una sola palabra más y se marchó.

Uriel apartó al renegado de la mente cuando vio un retazo de luz brillante un poco más adelante. También se dio cuenta de que el fragor de la batalla aumentaba de volumen. Trepó con renovado vigor detrás del jefe de los sinpiel y salió parpadeando a la brillante luz de Medrengard.

El ruido de los combates que se estaban librando alrededor de la fortaleza de Honsou era ensordecedor. Uriel vio que los caminos secretos de los sinpiel los habían llevado hasta la altiplanicie rocosa situada a los mismos pies de Khalan-Ghol. La llanura situada delante de la fortaleza se encontraba varios cientos de metros por debajo de ellos.

Las almenas de la fortaleza estaban envueltas en las llamas del combate y Uriel se dio cuenta de que iban a tener que subir hasta el mismo corazón del rugiente torbellino de fuego que rugía por encima de ellos.

A muchos kilómetros de distancia, el eco del martilleo de los picos y las palas resonaba en el sofocante espacio de la excavación bajo la rampa. La galería era amplia, de unos novecientos metros de anchura y con una leve subida. Un guerrero con una armadura de hierro manchada observaba con atención a los cientos de esclavos y capataces que arrastraban grandes vagonetas cargadas de explosivos y combustible que luego eran colocadas a lo largo de la galería.

El largo túnel estaba casi repleto y contenía suficientes explosivos como para hacer desaparecer la propia montaña, como muy bien sabía Corias Keagh, maestre de armamento de lord Berossus. Los túneles excavados hasta el interior de Khalan-Ghol serían su obra maestra. Había sido una tarea lenta y ardua. Le había costado la vida a miles de esclavos, pero había conseguido hacer llegar el entramado de túneles hasta el lugar preciso. Casi era una pena hacer estallar un ejemplo tan perfecto de un minado de asedio.

Treinta metros por encima de él, si sus cálculos eran correctos, y no tenía razón alguna para dudar de ellos, ya que Obax Zakayo había sido muy preciso en su traición, se encontraban las catacumbas de la fortaleza, donde se decía acechaban los fantasmas de los anteriores amos de Khalan-Ghol. Keagh sabía que toda aquella leyenda probablemente no sería más que una tontería, pero en el Ojo del Terror no convenía burlarse de tradiciones como ésa de un modo muy evidente.

Sin embargo, los rumores sobre esa leyenda se habían extendido entre los miles de soldados humanos que habían pasado los meses anteriores

acuartelados en los túneles de guarnición que había construido en el interior de la gran rampa, y ya había oído murmuraciones pesimistas sobre el ataque. Había despellejado de forma ritual a esos individuos desmoralizantes, pero en la tropa ya había calado un estado de ánimo próximo al desaliento.

A pesar de ello, todos los soldados estaban armados y preparados para comenzar el asalto contra la brecha que iban a abrir en el vientre de Khalan-Ghol, y Keagh estaba impaciente por trabar combate con el enemigo.

La armadura zumbaba bajo aquel calor, ya que los sistemas internos se estaban esforzando al máximo por mantener una temperatura soportable en el interior de la misma.

La temperatura en los túneles era asfixiante, más de lo que Keagh había esperado a aquella profundidad, pero no prestó atención a aquel detalle, ya que estaba demasiado concentrado en el espectáculo de destrucción que estaba a punto de provocar.

Las almenas estaban envueltas en llamas, disparos y acero que atravesaba tanto a los hombres como a las piedras con aquellas tremendas andanadas de proyectiles de gran calibre. Los obuses móviles que avanzaban en mitad de la columna blindada que se acercaba al extremo superior de la rampa hacían caer una lluvia de granadas explosivas en el interior de la última línea de bastiones y saturaban el aire con fragmentos silbantes de metal al rojo vivo.

Los soldados morían a centenares destrozados por las devastadoras andanadas o incinerados por los proyectiles incendiarios disparados desde los bastiones superiores de los titanes que se acercaban.

Pero Berossus no iba a tomar Khalan-Ghol sin que le presentaran batalla, y los titanes de Honsou y las posiciones artilleras de las murallas disponían de matrices de puntería exactas, gracias a las cuales machacaron de una manera terrible la columna que se aproximaba. Los tanques estallaban al ser alcanzados por proyectiles perforantes disparados desde las posiciones superiores que atravesaban el débil blindaje de la parte de arriba

de los vehículos. Aquellas bajas eran echadas a un lado con las palas excavadoras de un modo inexorable y caían por los lados de la rampa para estrellarse contra las rocas que había abajo. Sin embargo, no importaba cuántos vehículos destruyeran los artilleros de Honsou: la columna continuaba con su avance implacable.

Honsou se apoyó sobre una ménsula de roca agrietada y contempló al ejército que se acercaba con una mezcla de temor y de alegría exultante.

Berossus tenía superioridad en términos logísticos, y la estaba utilizando para estrangular tácticamente a los defensores de la fortaleza, o a los que quedaban con vida. Onyx tenía razón: no podrían derrotar a aquel ejército de un modo convencional.

Pero Honsou no planeaba combatir de un modo convencional.

—¡Vamos, maldita sea! —gritó en mitad del creciente fragor estruendoso y ensordecedor.

Se esforzó por atravesar con la vista la cortina de humo, pero no fue capaz de discernir nada entre aquellas nubes de niebla acre.

Onyx miró confuso a Honsou, pero no dijo nada mientras más proyectiles caían cerca de ellos. La metralla silbante rebotó en la muralla y Onyx saltó para ponerse delante de Honsou. Varios fragmentos de metal del tamaño de platos se le clavaron con fuerza en la carne demoníaca en vez de despedazar a su señor.

—¡Onyx! —gritó Honsou poniendo en pie al simbionte demoníaco—. ¡Mira el ejército de Berossus y dime lo que ves!

Onyx se acercó trastabillando al borde del parapeto y cambió las funciones visuales hasta que fue capaz de captar con claridad todo lo que ocurría en el campo de batalla. Los chorros de fuego y las deflagraciones de los explosivos brillaban como galaxias lejanas, pero su mirada atravesó con facilidad la confusión del combate.

Los elementos de vanguardia del ejército de Berossus se habían abierto camino hasta llegar a la altiplanicie y estaban a menos de cien metros de la última muralla que se alzaba entre ellos y la victoria. Los dreadnoughts aullaban poseídos por la furia del combate y los titanes caminaban detrás de

ellos como avatares de los dioses de las batallas, con las armas rugiendo oraciones a sus siniestros amos.

—¡Berossus ya está en la muralla! —gritó Onyx—. ¡Se nos echará encima dentro de pocos momentos!

—¡No! ¡La rampa! —le replicó Honsou—. ¿Qué pasa al final de la rampa?

—¡Veo tanques, cientos de tanques! —chilló el simbionte demoníaco, aunque apenas se le podía oír por encima de los estampidos del fuego de artillería—. Están agrupados al lado de la entrada a la excavación de la mina en la base de la rampa y esperan su turno para empezar a subir.

—¡Excelente! —exclamó Honsou entre risas—. ¡Oh, Berossus, eres todavía más idiota de lo que yo creía!

Satisfecho de que hubiera la cantidad precisa de explosivos colocados de manera que estallasen hacia arriba, hacia la fortaleza, Corias Keagh se retiró con rapidez a lo largo de la galería que se abría bajo Khalan-Ghol desenrollando al mismo tiempo un cable aislado desde la ensambladura que tenía montada a la espalda. Unos veloces servobrazos de pinza acoplados a la ensambladura impedían que el cable se enredara y se aseguraban de que se mantuviera recto y nivelado.

—Aquí está bien —dijo en voz alta aunque a nadie en particular cuando llegó al bunker blindado que había construido precisamente para esa ocasión.

Los brazos de pinza cortaron el cable y se lo pasaron por encima de la cabeza para entregarle el extremo de cobre que había quedado al descubierto. Desde su propia servoarmadura había calibrado unos detonadores sincronizados y conectó el extremo del cable a un enganche de energía situado en la placa pectoral. Una luz roja parpadeante del visor del casco cambió de color y brilló dorada al mismo tiempo que sentía una conmoción física cuando las cargas que había colocado quedaron armadas.

Abrió un canal de comunicación con su señor y comandante.

—Lord Berossus, las cargas situadas bajo la fortaleza están preparadas y dispuestas para estallar.

—Pues hazlas estallar ya —le contestó el familiar gruñido de su comandante—. Ya casi hemos llegado al extremo de la rampa.

Keagh se detuvo un instante para saborear el triunfo más brillante de su carrera y permitió que el silencio del túnel lo envolviera antes de enviar una descarga de energía por el cable.

La montaña se estremeció por la fuerza de la explosión en sus entrañas. Miles de toneladas de explosivos y combustible estallaron de forma simultánea en una deflagración que atomizó toda una capa rocosa de Medrengard. Honsou se tambaleó y cayó de rodillas cuando la onda expansiva sacudió la fortaleza. Torres altísimas que habían permanecido en pie a lo largo de milenios se derrumbaron destrozadas, y todos los combatientes fueron derribados.

Varios tanques, e incluso uno de los titanes de Berossus, cayeron de la rampa cuando las ondas de choque se extendieron hacia arriba desde las profundidades. Aparecieron grietas en la mampostería de las almenas y cientos de soldados murieron despeñados al derrumbarse la parte superior. La muralla principal se desplomó, rota como si fuera de papel, y se abrieron al menos una docena de brechas bajo la tremenda fuerza que retorcía el interior de la montaña.

Las réplicas del temblor continuaron retumbando y estremeciendo Khalan-Ghol hasta sus propios cimientos. Honsou oyó un profundo rugido, como si la propia fortaleza aullara de rabia por semejante violación.

Habían abierto brecha en su fortaleza, pero Honsou sólo sentía júbilo mientras los temblores que habían sacudido el lugar empezaban a desaparecer.

—¡Ya te tengo, Berossus! —gritó—. ¡Guerreros de Hierro, preparaos!



Cuarta Parte
El enemigo de mi enemigo...



DIECIOCHO

Corias Keagh sintió el rugido estruendoso de la explosión abrirse paso por los túneles como el aullido de un dios enfurecido. Se apoyó en la pared del bunker subterráneo, aunque confiaba en que resistiría la violencia que había desencadenado. Oyó chirriar el metal de los soportes del túnel en protesta por el poder de la onda de choque, pero Keagh llevaba milenios cavando minas y destruyendo fortalezas desde abajo y conocía muy bien su trabajo.

Sólo cuando el lector de temperatura del visor de la armadura se disparó hacia arriba se dio cuenta de que algo iba mal.

Lo primero que oyó fue el silbido rugiente del aire hipercalentado empujado a través de los túneles por la presión de algo inimaginablemente caliente. Se apresuró a salir del búnker mientras un temor espantoso se apoderaba de él.

Una nube de vapor incandescente saltaba de túnel en túnel y recorría toda la mina. Detrás llegó el brillo naranja y rugiente del metal fundido. Keagh oyó los gritos de los soldados cuando el letal vapor ardiente les separó la carne de los huesos.

Sabía que los miles de soldados que había en los túneles bajo la rampa iban a morir. La mina no había llegado hasta los sepulcros de Khalan-Ghol, sino hasta un sitio completamente diferente.

Pero ¿cómo había podido ocurrir? El punto exacto de llegada lo había indicado Obax Zakayo en persona…

Se dio cuenta en los escasos segundos que le quedaban de vida que los habían engañado por completo…, que todo por lo que se habían esforzado acabaría en ruinas.

Se volvió para echar a correr, pero ni siquiera alguien con la soberbia capacidad física de un Guerrero de Hierro era capaz de dejar atrás a millones de toneladas de metal fundido procedente de las forjas de Khalan-Ghol, que destruía todo lo que encontraba a su paso y licuaba la tierra de la rampa a su paso.

Keagh fue engullido por el veloz torrente de fuego y sufrió el exquisito horror de unos escasos segundos de vida antes de que la armadura se derritiera y su cuerpo se evaporase.

Uriel sintió cómo el inmenso poder de la explosión subterránea se extendía por toda la zona. Se tambaleó y tuvo que agarrarse a las afiladas rocas de la montaña cuando los temblores hicieron estremecerse los cimientos de la propia cima. Varios surtidores de reluciente vapor naranja surgieron como géiseres al pie de la montaña, y mientras observaba, otros nuevos empezaron a aparecer en los canales abiertos a lo largo de la monstruosa rampa.

—Por el Emperador… —murmuró Uriel cuando levantó la mirada y vio la parte superior de la rampa combarse primero y luego hundirse sobre sí misma como si estuvieran retirando la tierra sobre la que se apoyaba.

—¿Una contramina? —gritó Pasanius.

—Tendría que ser gigantesca para provocar tantos daños —contestó Uriel negando con la cabeza.

—El Emperador está furioso con los hombres de hierro —rugió el jefe de los sinpiel—. ¡Los golpea desde el cielo!

—Sin duda lo está —asintió Uriel, arriesgándose a mirar los rasgos horrendos de la criatura y sintiendo un inmenso alivio de que Vaanes no estuviera allí para ver la expresión de su rostro.

Los renegados les habían dado la espalda y habían rechazado la última oportunidad de redimirse. Se habían marchado sin dirigirles una sola palabra en cuanto llegaron a la superficie. Uriel los había visto alejarse, con el corazón encogido por lo que él consideraba una traición a lo que significaba ser un marine espacial, pero al mismo tiempo aliviado después de haber sido puesto a prueba y descubrir que la había superado.

Lo cierto es que había algo de verdad en lo que había dicho Vaanes. Quizá aquélla era una misión suicida en la que todos acabarían muertos, y quizá también sobrevivir tenía su mérito, ya que, ¿dónde estaba la gloria o el honor que conseguirían con sus muertes?

Sin embargo, Uriel sabía que un verdadero guerrero del Emperador no temía a la muerte, sólo sentía temor por morir sin haber completado su tarea.

Todavía no habían cumplido el juramento de muerte que Marneus Calgar les había impuesto, e incluso en el caso de que fallaran en la misión, sus muertes honrarían la oportunidad que les había dado el señor del capítulo allá en Macragge, en lo que les parecía hacía ya un milenio.

Mientras veía a Vaanes y a los renegados marcharse, Uriel pensó que, aunque lo más probable sería que Pasanius y él murieran, era la mejor decisión que podían tomar.

—¿Luchamos ahora contra los hombres de hierro? —le preguntó el jefe de los sinpiel—. ¡Muéstranos la entrada!

La ferocidad salvaje que mostraba el rostro del jefe de los sinpiel le recordó a Uriel lo precario de su situación. No había forma alguna de garantizar el éxito del plan, y no quería pensar en las consecuencias si los sinpiel decidían que ya no hablaba en nombre del Emperador.

—Pronto —le contestó Uriel antes de ponerse a trepar de nuevo por las rocas que los llevarían hasta los combates que se estaban produciendo más arriba.

Honsou bajó con rapidez los peldaños de la escalera que llevaba desde la alta torre hasta la muralla principal mientras pensaba que el creciente rugido de odio que se oía era un himno magnífico con el que combatir. Onyx, él y una escolta con sus mejores guerreros salieron a una barbacana agrietada recién construida detrás de la muralla principal.

Las brechas estaban envueltas en humo y la puerta principal de Khalan-Ghol colgaba hecha pedazos. Una masa enfurecida de dreadnoughts acababa de cruzar lo que quedaba de ella. Honsou vio que la encabezaba lord Berossus, que con los brazos mecánicos lanzaba por los aires los cuerpos ensangrentados de sus oponentes. De su amplificador de voz surgía un aullido inhumano y casi orgiástico. Honsou sonrió con ferocidad: sabía que no permitiría a Berossus sobrevivir a aquella batalla.

Las nubes de vapor ardiente y el crujido de la piedra al partirse procedentes del otro lado de la muralla en ruinas le indicaron que la parte superior de la rampa ya no existía. La piedra y la tierra se habían derretido y

la rampa se derrumbó al no poder soportar el peso de la columna blindada de Berossus.

Casi todos los objetos metálicos que había en la fortaleza se habían fundido, y las forjas habían permanecido encendidas de un modo constante para asegurarse de que cuando los ingenieros de Berossus abrieran una brecha en la fortaleza desde abajo, tal y como Honsou sabía que ocurriría, lo harían debajo de un gran embalse de metal fundido y no bajo las catacumbas como esperaban ellos.

Honsou sabía que un herrero forjador tan incauto como Berossus no merecía vivir. Su simple existencia debilitaba a los Guerreros de Hierro. Creer que Honsou no se habría enterado de la traición de Obax Zakayo y que no la utilizaría contra ellos era algo ridículo, pero había demostrado ser su salvación.

El tableteo de las armas y las explosiones sacudieron el interior de la barbacana cuando la vanguardia del ejército de Berossus entró en tromba por la puerta, aunque Honsou no tardó en darse cuenta de que no se trataba de la vanguardia, sino de todo lo que quedaba del ejército. Las probabilidades de victoria habían quedado igualadas, y Berossus sabría lo que era enfrentarse a Honsou de los Guerreros de Hierro.

Los dreadnoughts cargaron contra los pozos de tirador protegidos por sacos de tierra sin hacer caso de los disparos que les impactaban y acribillando a sus enemigos con las andanadas de sus armas. Sin embargo, detrás de los pozos había desplegadas dotaciones disciplinadas de guerreros de hierro que eliminaban a las máquinas de combate blindadas enemigas con fría eficiencia, y poco tiempo después, las estructuras reventadas y humeantes superaban en número a las que todavía estaban combatiendo.

Una sombra oscura apareció por encima de la muralla de la fortaleza cuando el titán superviviente se asomó a las almenas y empezó a derribarlas con grandes barridos de sus brazos martillo movidos por pistones. Los trozos de piedra, del tamaño de pequeños edificios, cayeron sobre los soldados de ambos ejércitos, matando a decenas de individuos con cada impacto.

Los extremos de unas enormes rampas de asalto se posaron sobre las pilas de escombros, y los guerreros de hierro con el estandarte negro y dorado de Berossus salieron a la carga de los bastiones de los hombros del titán.

—¡Guerreros de hierro! —gritó Honsou—. ¡Ha llegado el momento de demostrar a esos cabrones quién es el amo de Khalan-Ghol!

Los guerreros rugieron y siguieron a su señor en su marcha al centro del combate. Los guerreros de hierro de Berossus se abrieron camino por los escombros de la brecha sin dejar de disparar mientras avanzaban. Honsou vio que se trataba de guerreros valerosos, ya que a pesar de las andanadas de disparos letales y precisos que causaban unas bajas terribles entre sus efectivos, seguían avanzando sin desmayo.

El espacio que quedaba entre la muralla destrozada y las fortificaciones y los muros terraplenados en zigzag que Honsou había mandado construir era una trampa mortífera: nada podía cruzarlo con vida. Sin embargo, los guerreros de hierro de Berossus no tenían hacia dónde retroceder, por lo que no les quedaba otra opción que avanzar sin desmayo hacia las armas de Honsou. La matanza era impresionante por su salvajismo.

Otra lluvia de escombros cayó procedente de la muralla principal cuando el titán abrió una nueva brecha después de haber desembarcado a todo su cargamento de tropas. El cañón montado en uno de los hombros abrió un gran cráter en el centro de las defensas de Honsou, y los guerreros de Berossus lanzaron un grito de alegría mientras avanzaban de nuevo.

Una enorme explosión arrancó el cañón de la montura del hombro del titán antes de que pudiera disparar otra vez. Una línea de fuego blanco apareció a lo largo del caparazón ensangrentado. Entre el humo que rodeaba por los dos lados al titán surgieron dos gigantescas formas parecidas. Eran unos titanes que lucían el temido estandarte de la Legio Mortis. Las dos terroríficas máquinas demoníacas ya no eran necesarias para proteger el sanctasanctórum de Khalan-Ghol, por lo que salieron del destrozado interior de la fortaleza para presentar batalla.

El último titán de Berossus lanzó un rugido al ver a dos adversarios de valía y apuntó con todas sus armas a los recién llegados, dejando a los

guerreros de hierro que había transportado hasta allí que cuidaran de sí mismos. El suelo se estremeció bajo las pisadas de aquellas poderosas máquinas demoníacas, y secciones enteras de la muralla quedaron pulverizadas cuando se enfrentaron con cuchillas al rojo blanco y aullantes puños sierra.

Cualquier sutileza y estratagema era inútil en aquel momento. El resultado del asalto se decidiría por los humeantes cañones de los bólters o el rugiente filo de las espadas sierra. Los guerreros de hierro cargaron unos contra otros, y la batalla degeneró para convertirse en una serie de escaramuzas a corta distancia y combates cuerpo a cuerpo entre asesinos salvajes.

Por las venas de Honsou corría una alegría feroz ante lo visceral de aquella matanza. Le amputó un brazo a un oponente de un hachazo antes de decapitarlo girando sobre sí mismo. Luego saltó por encima de los restos humeantes de un dreadnought para buscar más enemigos. Onyx lo seguía y mataba con golpes aparentemente descuidados de las garras a todo aquel que se atrevía a acercarse a su señor.

Honsou vio la tremendamente poderosa silueta de Berossus a través del humo.

—¡Onyx! ¡Ven conmigo! —gritó.

Uriel sabía que no tenían mucho tiempo. La batalla se estaba desarrollando con la ferocidad de una tempestad, y los gritos de los hombres enfrentados resonaban desde lo alto de las montañas. Trepó con toda la rapidez que pudo, pero la meta parecía siempre demasiado lejos.

No quería verse envuelto en la batalla, pero también sabía que debían llegar al lugar de los combates antes de que pasara demasiado tiempo.

—¡Vamos! —gritó—. ¡Tenemos que apresurarnos!

—¡Tú lento! —le rugió el jefe de los sinpiel—. ¡No rápido como yo!

—¡Lo sé! —contestó Uriel—. ¡Pero no podemos trepar con más rapidez!

—¡Nosotros vamos más rápido! —le replicó el jefe de los sinpiel.

Alargó un brazo y agarró a Uriel por la muñeca para colocárselo sobre los hombros y llevarlo de un modo muy parecido al del coronel Leonid.

El suelo empezó a moverse a gran velocidad y Uriel tuvo que agarrarse con fuerza a la piel reluciente y húmeda de la criatura mientras ésta trepaba por la ladera rocosa de Khalan-Ghol con una rapidez terrorífica.

Volvió la cabeza y vio que a Pasanius lo llevaban del mismo modo. La velocidad a la que trepaban se había doblado.

—¡Ahora vamos más rápido! —le prometió el jefe de los sinpiel—. ¡Tribu! ¡Vamos!

Cientos de criaturas rojas y sin pellejo siguieron a su señor, y Uriel se sintió poseído por un salvaje sentimiento de abandono.

Era posible que se estuvieran dirigiendo hacia su muerte, ¡pero qué final tan magnífico tendrían!

Volvió a mirar la cima de la fortaleza envuelta en humo, y se sorprendió de lo diferente que parecía en ese momento. La primera vez que la había visto le había parecido inexpugnable, construida a partir de una locura imposible con piedras gigantescas sacadas de la propia montaña para después colocarlas en la cima más alta. En esos momentos ya quedaba poco en pie de las fortificaciones inferiores, convertidas en cementerios polvorientos y destrozados, mientras que las murallas superiores parecían estar a punto de caer.

Sin embargo, había visto lo ocurrido en la enorme rampa, así que sabía que Honsou no iba a permitir que la fortaleza cayera sin presentar una feroz batalla.

No sabía con exactitud lo que le había ocurrido a la rampa, pero había visto cómo toda una sección de la parte superior se desfondaba y los tanques y las tropas que subían hacia la fortaleza desaparecían engullidos por el agujero.

De las grietas en los costados de la rampa salían líneas serpenteantes de humeante líquido naranja que descendía como lava al surgir del cráter de un volcán en erupción. Desde la boca del túnel situado en la base de la rampa se expandió un enorme lago de metal que crecía a cada segundo que pasaba.

Allí se habían reunido cientos de vehículos, que fueron atrapados por la repentina inundación de líquido mortífero. Uriel vio cómo los tanques ardían y estallaban cuando el combustible y las municiones explotaban debido al intensísimo calor.

Los tanques que hicieron marcha atrás chocaron entre ellos en su ansia desesperada por escapar, y lo único que lograron fue formar un tremendo atasco. Poco tiempo después, todo un ejército de vehículos de combate había quedado reducido a chatarra fundida sin haber disparado ni un solo proyectil.

—Sí —murmuró Uriel mientras se acercaban cada vez más a la fortaleza—. Está claro que vas a presentar batalla.

Una lluvia de trozos de piedra y de carne salió despedida hacia el cielo cuando los restos de los vehículos y los escombros provocados por el combate entre los titanes cayeron al suelo. Otro búnker quedó aplastado y Honsou supo que aquella batalla iba a terminar pronto de un modo o de otro. Un guerrero de hierro intentó golpearle con un enorme puño resplandeciente, pero lo esquivó tirándose al suelo y rodando sobre sí mismo. En el mismo movimiento lanzó un tajo horizontal con el hacha que le cortó las dos piernas a su oponente.

El guerrero lanzó un chillido y cayó al suelo. Se agarró por un momento los muñones de las piernas antes de que Onyx lo decapitara al pasarle por encima en pos de su señor. Honsou siguió avanzando hacia Berossus, que por fin lo vio acercarse.

—¡Mestizo! —rugió el dreadnought alzando los brazos en gesto de desafío.

Aunque ya no era un guerrero de carne y hueso, Berossus no había perdido nada de su ferocidad. El sarcófago broncíneo con el emblema del cráneo relucía con una energía diabólica.

El gigantesco dreadnought afirmó las patas y bajó el brazo con el monstruoso taladro rodeado de cañones de gran calibre. Onyx saltó hacia él

cuando los cañones empezaron a girar para tomar velocidad de disparo y los cortó con las garras provocando una lluvia de chispas.

Para ser una máquina tan grande, Berossus continuaba teniendo una rapidez de movimientos inhumana y logró golpear al simbionte demoníaco con el martillo de asedio, lanzándolo por los aires.

—¡Vas a morir, mestizo! —aulló el dreadnought mientras echaba hacia atrás el monstruoso martillo preparándolo para golpear al mismo tiempo que daba un estruendoso paso hacia él. Honsou intentó propinar a Berossus un hachazo en el sarcófago, pero los gruesos brazos mecánicos que salían del caparazón blindado se interpusieron y desviaron el golpe a la vez que el chirriante taladro se lanzaba a por su pecho.

Honsou giró el cuerpo y la punta del taladro le rozó la placa pectoral hiriéndolo antes de que pudiera dar un hachazo a la gruesa pata del dreadnought. El hacha resonó contra la extremidad al rebotar contra el blindaje y le provocó calambres en el brazo.

Otra explosión sacudió el suelo y Honsou cayó derribado por la onda expansiva. El enorme dreadnought apenas se tambaleó y lo intentó pisotear con una gran pata que se estampó a escasos centímetros de su cabeza. Honsou rodó entre las patas de su oponente mientras la batalla rugía a su alrededor, con los guerreros de hierro matándose entre sí con una furia frenética.

Berossus se volvió sobre el eje de su cintura y dos de sus miembros artificiales golpearon el suelo. Honsou rodó hacia atrás, pero la punta del brazo con garra de Berossus se le enganchó en el borde de la armadura y le hizo perder el equilibrio.

Honsou sintió un dolor lacerante en una pierna y rugió cuando el brazo perforante de Berossus le atravesó el muslo. El taladro se llevó un buen trozo de carne sangrante de la pierna, y Honsou cayó sobre las rodillas. El dreadnought se acercó y lo agarró por la hombrera con la pinza del brazo terminado en garra para luego levantarlo en el aire.

—Me has costado caro, mestizo, pero se acabó —le gruñó Berossus—. Tu fortaleza ya es mía, no importa lo que pase.

—¡Jamás! —gritó Honsou mientras forcejeaba para soltarse, pero Berossus lo tenía agarrado con firmeza y no pensaba dejarlo escapar.

El dreadnought dirigió el taladro perforador hacia el rostro de Honsou.

El señor de Khalan-Ghol se puso el brazo implantado delante de la cara y detuvo el golpe. El chirrido del metal al rasgarse y un torrente de chispas blancas azotaron el aire cuando el taladro impactó contra el plateado brazo de Honsou.

Sin embargo, en vez de atravesarlo por completo y perforarle el cráneo, el metal fluyó como si se tratara de un líquido y se rehízo con la misma rapidez con la que el taladro de Berossus lo agujereaba. El dreadnought se quedó mirando asombrado cómo la punta perforadora se atascaba dentro del brazo de Honsou, y mientras Berossus miraba, una silueta con armadura negra cruzó el aire y giró sobre sí mismo para aterrizar en el mantelete superior del caparazón del dreadnought.

Onyx se posó con elegancia sobre una rodilla y clavó las dos garras en el compartimento blindado del dreadnought. La terrible máquina rugió de dolor y agitó con fuerza los brazos soltando a Honsou, quien cayó al suelo lleno de cráteres.

El señor de Khalan-Ghol rodó para alejarse del dreadnought y en ese momento oyó un estampido ensordecedor a su espalda: el titán ya descabezado de Berossus se había derrumbado sobre la última parte de la muralla que quedaba en pie y el impacto había lanzado por los aires piedras y chorros incandescentes de plasma. Uno de los titanes de Honsou había caído con él, partido casi por la mitad, y el impacto de los dos leviatanes blindados transmitió ondas de choque casi iguales a las que había causado la explosión bajo la rampa.

Se oyó un gran grito de desaliento y Honsou supo que aquello podía acabar en esos mismos instantes. Berossus seguía esforzándose por librarse de Onyx golpeándolo una y otra vez con sus brazos acabados en garras. Honsou empuñó el hacha con las dos manos y se puso en pie de un salto. No estaba dispuesto a desaprovechar la oportunidad que le había proporcionado su guardaespaldas.

Cargó contra el dreadnought con un rugido de odio mientras éste estaba concentrado en Onyx y le clavó el hacha con todas sus fuerzas en la parte descubierta de la pata, donde el blindaje era más débil.

El acero aullante forjado en la disformidad se enfrentó a un metal antiguo fraguado con tecnologías olvidadas creando una corona reluciente de energía cegadora. Berossus rugió y se desplomó de espaldas contra el suelo. Onyx saltó con agilidad para apartarse de la máquina derribada.

—¡Llámame mestizo ahora, cabrón! —le gritó Honsou subiéndose encima y machacando con el hacha el sarcófago del dreadnought. El metal antiguo se partió y Berossus aulló de dolor a medida que el arma demoníaca se abría camino por su cuerpo de hierro.

—¿Todavía te crees mejor que yo? —aulló Honsou mientras seguía cortando a hachazos el cuerpo del dreadnought moribundo.

Los fragmentos de metal y las chispas volaron por los aires mientras el señor de Khalan-Ghol acababa con su enemigo de hierro. Berossus se esforzó por ponerse en pie, pero ni Honsou ni Onyx le dieron ninguna oportunidad. Esquivaron sus torpes ataques y le cortaron las extremidades, que se agitaban en vano.

—¡No eres nada, Berossus, nada! ¿Me oyes? —Del amplificador de voz de Berossus surgió un chirrido incoherente cargado de estática y Honsou se subió de otro salto al sarcófago del dreadnought—. ¡A lo mejor es que no me puedes oír con todo ese hierro encima!

Se alzó triunfante sobre el herrero forjador del ejército invasor y lo volvió a golpear con el hacha en el emblema del cráneo del sarcófago hasta que consiguió partirlo al quinto golpe.

El estruendo de los combates cesó poco a poco, y por primera vez desde hacía meses, la batalla se detuvo cuando los guerreros de hierro que se enfrentaban dejaron de luchar para contemplar la escena que se estaba desarrollando ante sus ojos.

Honsou se arrodilló sobre el sarcófago de Berossus y metió el reluciente brazo plateado en el interior del dreadnought. Gruñó y tiró hasta arrancar algo cubierto de sangre negra y fluidos amnióticos.

—¡Vuestro herrero forjador ha muerto! —gritó con el brazo en alto.

En la mano tenía un cráneo horriblemente hinchado y una columna ver tebral goteante. Multitud de cables de conexión parecidos a venas colgaban de los restos mortales del herrero forjador Berossus.

La tensión era palpable. Honsou sabía que tenía que someter a las decenas de guerreros enemigos si no quería que aquella matanza acabara en una batalla de destrucción mutua. Lanzó un rugido y, haciendo girar la columna vertebral como si fuera una maza, reventó el cráneo de Berossus en una lluvia de esquirlas de hueso contra la envoltura de hierro que lo había contenido.

—¡Vuestro herrero forjador ha muerto! —repitió arrojando a un lado los macabros restos—. ¡Pero vosotros no tenéis por qué morir! Berossus ya no está, y por derecho de conquista le ofrezco a cualquier guerrero que lo quiera un lugar en mi ejército. Habéis demostrado ser guerreros valientes, y necesito soldados así.

Nadie se movió, y por un breve instante Honsou se preguntó si habría cometido un grave error.

Sin embargo, un momento después, un guerrero de armadura profusamente transformada de hierro bruñido con un chamuscado estandarte dorsal negro y dorado dio un paso al frente. La armadura estaba cubierta de sangre y mellada por el feroz combate. Se quitó el casco agrietado y dejó al descubierto un rostro anguloso y lleno de cicatrices rematado por una franja de cabello corto.

—¿Por qué deberíamos unirnos a ti, mestizo? —gritó—. Puede que hayas derrotado a Berossus, pero Toramino te borrará a ti y a tu fortaleza de la faz de Medrengard.

—¿Cómo te llamas, guerrero? —le preguntó Honsou saltando del caparazón destrozado del dreadnought para luego dirigirse con paso firme hacia el guerrero.

—Soy Cadaras Grendel, capitán de armas de lord Berossus.

Honsou se quedó delante del guerrero cubierto de sangre y vio la mirada de desafío de sus ojos.

—Sí —contestó Honsou alzando la voz para que todos los guerreros reunidos en las ruinas de su fortaleza pudieran oírlo—. Puede que tengas

razón, Cadaras Grendel. Toramino dispone de suficiente fuerza para destruirme, no puedo negarlo, pero pregúntate esto: ¿por qué no han entrado todavía en combate sus guerreros? —Honsou se volvió para dirigirse a los demás guerreros reunidos. Alzó el arma y recalcó sus palabras con movimientos cortantes del hacha—. ¿Dónde estaba Toramino mientras vosotros luchabais y sangrabais aquí? Sabéis quién construyó esta fortaleza, y sabéis que sólo los guerreros más valientes podían tomarla. ¿Dónde estaba Toramino mientras vosotros moríais a centenares para asaltar esta fortaleza?

Vio que sus palabras estaban teniendo el efecto deseado. Sintió la descarga de adrenalina correrle por el cuerpo cuando se dio cuenta de que había previsto de manera correcta el rencor que aquellos valientes guerreros de hierro debían de haber sentido cuando hacían el trabajo sucio mientras los guerreros de Toramino se limitaban a verlos morir.

—Toramino os ha dejado en la estacada y se ha reído mientras lo hacía. Incluso si lograrais cumplir vuestra misión, ¿creéis que podríais saquear los despojos de Khalan-Ghol? Toramino os ha traicionado, igual que el Emperador traicionó a los Guerreros de Hierro en la antigüedad. ¿Os dejaréis utilizar de ese modo o sois hombres de hierro?

—¡Somos hombres de hierro! —gritó Cadaras Grendel. Los guerreros supervivientes corearon el grito.

—¡Pues entonces uníos a mí! —aulló Honsou antes de agarrar a Grendel por las hombreras—. ¡Uníos a mí y vengaos de esta traición!

Los meses de amargura y la muerte de sus hombres se asomaron al rostro de Grendel.

—Sí. Toramino pagará por esto. ¡Mis guerreros están a vuestras órdenes! —asintió.

Honsou se dio la vuelta con Cadaras Grendel a su lado.

—¡Hierro dentro! —rugió.

—¡Hierro fuera! —fue el grito de respuesta de todos y cada uno de los guerreros de hierro, quienes lo aullaron una y otra vez.

Honsou supo que ya eran suyos.

Uriel contempló cómo los dos titanes caían y sorprendentemente oyó que el fragor del combate disminuía hasta desaparecer. ¿Habría caído Khalan-Ghol o habría conseguido Honsou rechazar el ataque? Era imposible saberlo, y sólo lo descubrirían cuando llegasen a la cima.

El ascenso por la pared rocosa había sido terrorífico, ya que los sinpiel los habían llevado por lugares que Uriel hubiera jurado que eran infranqueables. Tenían una fuerza prodigiosa y una resistencia excepcional.

Uriel oyó en el repentino silencio el chasquear de las llamas de los vehículos incendiados y la explosión ocasional de algún proyectil debido al intenso calor. El grueso del ejército de Berossus ardía, y al notar que el silencio se prolongaba, Uriel supuso que el ataque habría fracasado. Los guerreros que asaltaban una brecha estaban tan cargados de adrenalina y de rabia que lo habitual después de un ataque triunfante era la matanza y el saqueo.

Sin embargo, el silencio… Aquello era algo nuevo para Uriel.

El jefe de los sinpiel trepó por un saliente de roca y pasó de un salto el borde de la altiplanicie. Uriel vio por fin la matanza del último ataque.

—¡Que el Emperador nos proteja! —murmuró Pasanius al reunirse con Uriel.

—Ni siquiera el asalto a la ciudadela se podría comparar con esto… —añadió Leonid cuando los gemelos fusionados lo depositaron al lado de los marines espaciales.

Los restos de un ejército destrozado se extendían ante los escombros de la muralla, de la que quedaba poco más que unos cuantos tocones de piedra negra que sobresalían como dientes podridos de una encía enferma. Todo el lugar estaba sembrado de tanques en llamas y cuerpos retorcidos. Algunos estaban aplastados por completo; otros estaban reventados por las explosiones. Las pilas de munición se incendiaban y estallaban, y los restos de los titanes ardían con el brillante resplandor del plasma.

Varios cañones del tamaño de torres de enfriamiento yacían agrietados e inútiles entre los restos de vehículos y de cuerpos.

—¿Quién habrá ganado? —se preguntó Leonid.

—No estoy seguro… —contestó Pasanius mientras seguía a Uriel por el campo de batalla atestado de cadáveres.

Se agachó para recoger con la mano que le quedaba un bólter caído en el suelo. Comprobó el cargador antes de hablar.

—Búsquese una arma, coronel, y consiga toda la munición que pueda llevar encima.

Leonid asintió y recuperó un rifle láser de aspecto gastado pero funcional, unos cuantos cargadores y una bandolera llena de granadas. Al hacerlo sintió un tremendo dolor en el pecho y un ataque de tos le hizo doblarse sobre sí mismo. Se pasó la mano por la boca y descubrió que la tenía manchada con una mucosidad marrón salpicada de sangre. Se la limpió en lo que le quedaba de la chaqueta del uniforme azul cielo.

Los sinpiel cruzaron el campo de batalla agachándose de vez en cuando para alimentarse de los cadáveres. Arrancaban los miembros a los cuerpos y devoraban la carne todavía tibia separándola directamente del hueso. El jefe de los sinpiel alzó el cuerpo desmembrado de uno de los guerreros de hierro y le arrancó la placa pectoral de la armadura. Luego le dio un gran mordisco en el pecho y devoró un buen trozo de carne.

Uriel se quedó horrorizado a pesar de tratarse del cadáver de un enemigo.

—No, no os comáis esa carne —les advirtió Uriel.

El jefe de los sinpiel se volvió hacia él con una expresión de horrible apetito y alegría salvaje en el rostro ante la oportunidad de darse un festín con un guerrero de hierro.

—Es carne. Fresca.

—¡No! —insistió Uriel con mayor fuerza en la expresión.

—¿No? —preguntó el jefe de los sinpiel—. ¿Por qué?

—Está corrupta. —Vio la incomprensión en los ojos de la criatura—. Está mala.

—No… Está buena —replicó el jefe de los sinpiel mostrándole el cadáver destripado del guerrero de hierro.

Le había arrancado de un mordisco todo el costillar y los órganos internos habían quedado al descubierto. Uriel negó con la cabeza.

—Si amáis al Emperador, no comeréis esa carne.

—¡Amamos al Emperador! —aulló el jefe de los sinpiel. Uriel dio un respingo: estaba seguro de que el grito de la criatura se podría oír incluso en el fragor de un combate—. Muchos hombres de hierro muertos —gruñó enfurecido el jefe de los sinpiel—. Mucha carne.

—Sí, pero no estamos aquí por la carne —le contestó Uriel—. Estamos aquí para matar a los hombres de hierro y a las madres de carne.

El jefe de los sinpiel parecía dispuesto a seguir discutiendo, pero al final soltó un gruñido enfurecido y dejó caer el cuerpo a medio devorar.

—¿Matamos a hombres de hierro?

—Sí, matamos a hombres de hierro —respondió Uriel al mismo tiempo que oía el sonido de unos motores que se estaban acercando—. Pero antes tenemos que llegar hasta el centro de la fortaleza.

Uriel se volvió hacia Pasanius y Leonid cuando ambos se acercaron cargados de armas, munición y granadas. Pasanius se descolgó un bólter del hombro y se lo entregó a Uriel junto con varios cargadores de munición.

—Me asquea utilizar las armas del enemigo —dijo mientras metía un cargador en el arma.

—Supongo que existe cierta justicia poética en el hecho de que vayamos a utilizar sus armas contra ellos —comentó Pasanius mientras cargaba y amartillaba el arma con dificultad.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Leonid cuando él también oyó el sonido de los motores acercándose.

—Es nuestro modo de entrar —le contestó Uriel a la vez que señalaba los cadáveres que los rodeaban—. Quiero que os escondáis entre los cuerpos de los guerreros de hierro. Procuraremos quedarnos cerca los unos de los otros, pero debemos asegurarnos de que estamos entre los muertos. —Uriel se volvió hacia el jefe de los sinpiel y le habló con rapidez—. Que la tribu se tumbe con los hombres de hierro muertos. ¿Lo entiendes? Tumbados con los muertos.

—¿Tumbarnos con la carne?

—Sí —le confirmó Uriel—. Tumbaos con los hombres de hierro, y cuando nos levantemos es que estaremos donde debemos estar.

El jefe de los sinpiel asintió con lentitud y se acercó a la tribu gruñendo y señalando las pilas de cadáveres.

—Sabes que se comerán los cadáveres —dijo Pasanius mientras los sinpiel empezaban a tumbarse entre los marines del Caos muertos.

—Lo sé —contestó Uriel—, pero no podemos hacer nada al respecto.

—Que gran verdad es que el Emperador obra de un modo misterioso —comentó Leonid.

Uriel intentó olvidarse de las tendencias antropófagas de los sinpiel mientras buscaba un grupo de cadáveres de guerreros de hierro. Encontró uno con los cuerpos destrozados alrededor del borde de un cráter y se escondieron entre ellos.

Vio el medio de transporte para entrar en la fortaleza salir de la humareda que se extendía por el suelo en el preciso instante en que se echaba encima el cuerpo de un guerrero.

Unas enormes excavadoras de color rojo que llevaban unos largos mástiles con la estrella de ocho puntas en el extremo y unos contenedores de hierro enganchados detrás salieron de las cámaras de los mortuarios bestiales.

Habían ido a recoger a los muertos para triturarlos y alimentar con ellos a las daemonculati.



DIECINUEVE

Los ojos muertos de un cráneo reventado lo miraban fijamente sin verlo con una expresión de continua sorpresa. No importaba hacia dónde se volviera Uriel en el interior del contenedor lleno de sangre. No lograba escapar de la mirada del muerto. Lo habían recogido del suelo con el resto de los cuerpos con las excavadoras demoníacas y lo habían arrojado sin más ceremonia en el contenedor.

Los cuerpos se apilaban sobre cuerpos y las entrañas y la sangre se derramaban sobre el suelo chapoteante. Uriel forcejeó para abrirse paso hasta la superficie para no ahogarse en la sangre estancada de los muertos. Tosió una bocanada de líquido rojo y mantuvo la cabeza por debajo del borde del contenedor por temor a ser descubierto.

El hedor caliente de la sangre le azotaba el olfato. Los cuerpos resbaladizos se deslizaron por su lado por el traqueteo del contenedor sobre una superficie desigual. Se puso de espaldas y volvió la cabeza a derecha e izquierda intentando ver todo lo posible sin tener que alzarla. Vio los destrozados restos de un paso por la alta muralla con la superficie acribillada de impactos como si hubiera sufrido un bombardeo orbital. De unas piras subían gruesas columnas de humo negro y Uriel oyó los cánticos de unas voces lejanas.

Ya habían pasado las murallas de Khalan-Ghol y sólo tenían que seguir escondidos hasta que las excavadoras llegaran a las tenebrosas cámaras de los mortuarios bestiales y de las daemonculati.

Un cuerpo subió flotando entre la sangre y Uriel se disponía a empujarlo cuando el cadáver le guiñó un ojo.

—¡Imperator! ¡Creí que eras un cadáver! —exclamó Uriel cuando se dio cuenta de que se trataba de Pasanius.

—Todavía no —le contestó el sargento con una sonrisa antes de lanzar un escupitajo sanguinolento.

—¿Dónde está Leonid?

—Aquí —dijo una voz desde el otro lado del contenedor—. ¡Por las pelotas de uno de los altos señores! Esto es casi peor que salir evacuado por las cámaras inferiores.

Uriel alzó una ceja y Leonid se encogió de hombros.

—Bueno, a lo mejor no.

—Si no me equivoco, nos llevan directamente a donde queremos ir —les dijo Uriel—. Sólo tenemos que soportarlo un poco más.

—¿Cuánto crees que tardaremos en llegar? —le preguntó Leonid con una voz temerosa de la respuesta.

Uriel negó con la cabeza.

—No estoy seguro, pero no creo que estas máquinas se confundan con toda la energía psíquica que hay por aquí. Supongo que no mucho.

Leonid asintió con gesto resignado y cerró los ojos intentando hacer caso omiso del repugnante olor de los cadáveres.

Al final, el trayecto de las excavadoras por el interior de Khalan-Ghol llevó más o menos otra hora. Cruzó los inmundos pasillos que llevaban a los altares de sacrificio, serpenteó entre los búnkers de blindaje oscuro y por el laberinto de factorías en el que con anterioridad se había perdido el grupo de guerreros.

La enorme sombra de la puerta de la torre de hierro situada en el centro de la fortaleza pasó por encima de ellos y una vez más se adentraron en el corazón de la guarida de Honsou. El lejano retumbar de los martillos y el traqueteo chirriante de las máquinas más cercanas llenaron la penumbra. Uriel oyó los pasos chasqueante de criaturas que no podía ver a medida que pasaban al lado de las rugientes excavadoras. Una luz amarillenta y enfermiza parpadeó de forma intermitente cuando pasaron por unos amplios pasillos de rococemento iluminados por unas titilantes bandas luminosas.

Uriel oyó por fin el resonante palpitar de un corazón monstruoso que sonaba más y más fuerte a cada momento. Intercambió una mirada de preocupación con sus compañeros. Aquel retumbar sólo podía pertenecer a una criatura.

—El Corazón de Sangre —dijo Pasanius.

Uriel asintió y los músculos se le tensaron cuando oyó unos sibilantes pasos mecánicos que se acercaban. La excavadora se detuvo con un fuerte bamboleo. Una silueta de elevada estatura apareció por encima del borde del contenedor y Uriel cerró los ojos con fuerza al reconocer los rasgos cadavéricos de uno de los mortuarios bestiales.

Se quedó completamente inmóvil cuando notó que metía unas pinzas metálicas en el contenedor. Las garras hicieron girar unos cuantos cuerpos en el interior de la pegajosa sangre acumulada. Los cuerpos fueron de aquí para allá dentro del contenedor mientras el mortuario bestial inspeccionaba los cadáveres por algún motivo desconocido.

Contuvo una arcada de asco cuando sintió las pinzas cerrarse alrededor de una de sus piernas y darle la vuelta. Se esforzó por quedarse quieto cuando lo pincharon en la carne.

El mortuario bestial dijo algo incomprensible en su idioma chasqueante y sibilante, probablemente a uno de sus siniestros colegas cirujanos, antes de soltarle la pierna y marcharse a cumplir alguna otra tarea. Uriel mantuvo los ojos cerrados y la respiración muy leve hasta que la excavadora se puso en marcha de nuevo y se alejaron de aquellos infernales cirujanos.

—Por el Trono —murmuró asqueado por el contacto con el mortuario bestial.

El viaje de pesadilla continuó en aquel lugar lleno de gritos y con el trasfondo continuo del terrible palpitar del demoníaco Corazón de Sangre, que volvió a adormecerle los sentidos una vez más. Uriel distinguió el chirrido de la maquinaria pesada por encima incluso del estentóreo retumbar del Corazón de Sangre, además del chasquido de los huesos al partirse y el húmedo chapoteo de la carne triturada.

—¡Preparaos! —susurró—. ¡Creo que hemos llegado!

Tanto Pasanius como Leonid asintieron mientras Uriel se deslizaba sobre la capa de muertos para alzar la cabeza con lentitud por encima del borde del contenedor.

Así era. Estaban cerca de la gran máquina trituradora que machacaba los cuerpos de los marines espaciales del Caos muertos y los transformaba en materia genética para que se alimentaran las daemonculati.

Sin embargo, al igual que la vez anterior, su mirada se vio atraída de forma irresistible hacia el centro de la estancia, hacia la enorme forma del Corazón de Sangre, la criatura demoníaca que colgaba suspendida del techo por tres gruesas cadenas sobre un lago de sangre.

Apartó los ojos del demonio prisionero y vio que formaban parte de una gran procesión de excavadoras rojas que estaban paradas al lado de la rampa de hierro que conducía hasta las hileras de grandes matrices demoníacas. El infernal convoy avanzaba acelerando y frenando hacia la cinta transportadora ensangrentada que llevaba hasta los rodillos trituradores. Un bosque de tuberías bombeaba una materia rosada y granulosa desde la máquina hacia las jaulas que contenían a las daemonculati. Uriel sintió que la bilis le subía a la garganta ante semejante blasfemia contra lo que antaño había sido la sagrada carne del Emperador.

Los servidores mutantes equipados con trajes de vacío arrojaban garfios enganchados a cadenas sobre los contenedores para clavarlos en la carne muerta y luego tiraban de ellos con unos pesados mecanismos de poleas. Trabajaban con rapidez y eficacia, y echaban los cuerpos a la cinta transportadora de un modo que indicaba muchos años de experiencia.

Uriel vio al lado de la cinta una estructura cruciforme de la que colgaba lo que parecía un trozo de carne. Estaba lo bastante cerca de los rodillos de aplastamiento como para que la sangre que salía despedida lo salpicara. No le prestó más atención y siguió buscando a los monstruos de túnicas oscuras que eran los macabros señores del lugar.

Al no ver a ninguno pasó el cuerpo por encima del borde del contenedor y cayó con agilidad al suelo húmedo y removido. Dio un par de golpecitos en el contenedor.

—Vamos.

Pasanius bajó y se reunió con él. Limpió la sangre que había en la recámara del arma y se la colocó entre las piernas para poder amartillarla. Leonid lo siguió. Primero se limpió la sangre que le cubría los ojos y después despejó la recámara de ventilación del rifle láser.

Los tres guerreros se quedaron agazapados a la sombra del contenedor mientras recuperaban el aliento y se limpiaban el cuerpo de toda la sangre coagulada que podían.

—Bueno, ya estamos dentro —dijo Leonid—. ¿Y ahora qué?

Uriel miró a su alrededor desde la esquina del vehículo.

—Lo primero que tenemos que hacer es destruir esa máquina. Si los guerreros de hierro no pueden alimentar a las daemonculati con material genético…

—¡Honsou no podrá crear más guerreros de hierro! —terminó Leonid.

—Y no habrá más sinpiel —añadió Pasanius.

Uriel asintió.

—Después de eso debemos subir por la rampa y acabar con todas las daemonculati que podamos antes de que los mortuarios bestiales nos maten.

Sus dos compañeros se quedaron callados.

—Buen plan —dijo Leonid al cabo de unos momentos.

Uriel le sonrió.

—Me alegro de que te guste.

Pasanius dejó el bólter en el suelo y le tendió la mano izquierda.

—No importa lo que pase, capitán. No me arrepiento de nada de lo que nos ha traído hasta aquí.

Uriel estrechó la mano de su amigo, conmovido por aquel sencillo gesto de afecto.

—Yo tampoco, amigo mío. No importa lo que pase. Habremos traído un poco del bien a este lugar.

—Por si importa para algo —comentó Leonid—, ojalá ni siquiera hubiera oído hablar de este puñetero lugar, así que mucho menos que me trajeran aquí a la fuerza. Pero bueno, estoy aquí y eso es lo que hay, así que, ¿a qué estamos esperando? Hagámoslo de una vez.

Uriel amartilló su bólter y asintió.

Sin embargo, antes de que pudieran hacer nada, oyeron un tremendo aullido bestial al que le respondió un coro de rugidos y bramidos que resonó contra el techo de la cámara.

Uriel se apresuró a asomarse por el borde del contenedor. Lo hizo a tiempo de ver al jefe de los sinpiel salir de su escondite rodeado por un surtidor de sangre y de extremidades y partir en dos con las manos desnudas a uno de los carniceros mutantes.

Los sinpiel salieron de los contenedores llenos de sangre como una masa de extremidades deformes que se abalanzaron contra los mutantes que

se encargaban de la máquina de triturar. Lo hicieron con todo el frenesí de unos depredadores que habían reprimido la rabia y el hambre durante demasiado tiempo.

Uriel contempló cómo las enormes fauces del jefe de los sinpiel se cerraban sobre un mutante que chillaba. Lo partió en dos por la cintura y acalló sus gritos para siempre. La bestia contra la que Uriel se había enfrentado al final del desagüe le arrancó los brazos a otro antes de lanzar a su oponente a la máquina trituradora. Los sinpiel mataron a una decena de los sirvientes de los mortuarios bestiales en apenas unos instantes. Uriel se sintió a la vez horrorizado y agradecido por su salvajismo.

—Maldita sea —exclamó Uriel—. Se acabó el factor sorpresa.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Pasanius.

—Sólo es cuestión de tiempo antes de que los mortuarios bestiales vengan a investigar, así que vamos. No tenemos mucho de ese tiempo.

Los tres compañeros salieron a la carrera de su cobertura y se dirigieron hacia la rugiente máquina, que tenía a su alrededor una poderosa aura de maldad y ansia. Su siniestro propósito la había imbuido de una malignidad extrema. Uriel sabía a medida que se acercaba que cuanto antes la destruyeran mejor.

Leonid trastabilló cuando se acercó y soltó un tremendo chorro de vómito. La vil presencia de la máquina demoníaca era demasiado fuerte como para que su cuerpo carcomido por el cáncer lo pudiera soportar.

—¡Uriel! —gritó, y sostuvo en alto la bandolera llena de granadas que había recuperado entre los restos del ejército de Berossus en la ladera de la montaña.

Uriel tomó las granadas y corrió hacia la máquina. Pasó al lado de la estructura cruciforme de la que colgaba el trozo de carne goteante y lo observó durante un momento antes de seguir corriendo.

Se detuvo en seco y se volvió para mirarlo con detenimiento. Se dio cuenta de que no era un simple trozo de carne.

Era Obax Zakayo.

Uriel no sintió más que repugnancia ante la visión del cuerpo mutilado y destrozado de Obax Zakayo, pero una parte de él se preguntó por la

crueldad de unos seres que eran capaces de hacerle algo semejante a otro ser vivo. El guerrero de hierro, o lo que quedaba de él, estaba enganchado a la estructura y se le escapaban gruesos hilos de saliva por las comisuras de una boca retorcida. Varios tubos transparentes le proporcionaban fluidos vitales para que la agonía se prolongara.

—Por Guilliman —murmuró Uriel cuando el guerrero de hierro alzó un rostro apaleado y amoratado.

—Ventris… —balbuceó. De repente, la mirada de aquellos ojos acuosos se llenó de esperanza—. Mátame, te lo suplico.

Uriel no hizo caso a Obax Zakayo mientras Pasanius se esforzaba por formar una especie de perímetro defensivo con los sinpiel. Se acercó a la máquina y fue sacando granada tras granada de la bandolera. La máquina rugió cuando notó que se acercaba y lanzó una humareda de color azul por las rejillas de ventilación ya corroídas. Un poderoso bramido de ira comenzó a formarse en sus profundidades.

La sensación de malestar en el estómago se incrementó, pero Uriel la contuvo y comenzó a colocar las granadas en la máquina, en los acoplamientos de energía, en las juntas de los ejes, e incluso se subió encima para poner una en la base del racimo de los gorgoteantes tubos de alimentación. Trabajó con rapidez, pero de un modo metódico, para asegurarse de que la máquina quedaría destruida por completo cuando las granadas explotasen.

Uriel se bajó de la máquina a tiempo de ver a Leonid de pie delante de Obax Zakayo. Tenía el rifle láser echado al hombro y lo apuntaba directamente al entrecejo del guerrero de hierro.

—¡Hazlo! —lloró el despedazado Obax Zakayo—. ¡Hazlo! ¡Por favor! Me cortan pedazo a pedazo para echarlos a la máquina y me obligan a verlo…

Leonid tensó el dedo en el gatillo, pero soltó un largo suspiro y bajó el arma.

—No —dijo—. ¿Por qué debería permitir que te libraras con tanta facilidad después de todos los soldados que has torturado hasta morir? Me parece que me gusta la idea de verte sufrir así.

—Por favor —le imploró Obax Zakayo—. Puedo… Puedo ayudaros a derrotar al mestizo.

—¿Al mestizo? —le preguntó Uriel.

—A Honsou, me refiero a Honsou —gimió el guerrero de hierro—. Puedo decirte el mejor modo de matarlo.

—¿Cómo? —le exigió saber Leonid acercándose y propinándole un culatazo en la barbilla—. ¡Dínoslo!

—Sólo si me prometéis que me mataréis —respondió Obax Zakayo después de escupir unos cuantos dientes.

—¡Uriel! —gritó Pasanius desde las barricadas de los contenedores—. ¡Creo que ya vienen!

—Júralo, ultramarine. Dame tu palabra.

—Muy bien —le concedió Uriel—. Te prometo que te veré muerto. ¡Y ahora habla!

—El Corazón de Sangre… es un demonio del Señor de los Cráneos. El anterior señor del mestizo lo aprisionó bajo Khalan-Ghol y aumentó su esencia con la sangre de los hechiceros.

—¿Qué tiene que ver eso con Honsou? —le exigió saber Uriel.

—¿Es que no conoces a tus enemigos? —se burló Obax Zakayo—. El Señor de los Cráneos es la maldición de los psíquicos. El Corazón de Sangre enloqueció por completo debido a toda esa sangre contaminada. Los hechiceros del herrero forjador canalizaron su magia anuladora más potente a través de la criatura aprisionada y utilizaron su energía inmaterial para crear una enorme barrera psíquica alrededor de la fortaleza, ¡una barrera que ningún psíquico ha sido capaz de atravesar en casi diez mil años! —Obax Zakayo tosió antes de seguir hablando—. ¿Tengo tu palabra de que acabarás con mi sufrimiento?

—Sí —le repitió Uriel—. Sigue hablando.

El guerrero de hierro asintió antes de continuar.

—Lord Toramino tiene a su disposición algunos de los psíquicos más poderosos de todo el Ojo del Terror, pero aunque disponen de ese terrible poder, no han sido capaces de penetrar en la antigua barrera del Corazón de Sangre. ¡Destrúyelo y arrasarán este lugar hasta los cimientos!

Uriel se quedó mirando fijamente a los ojos de Obax Zakayo en busca de alguna señal de que estaba mintiendo, pero el guerrero de hierro estaba más allá de engaños semejantes, ya que se encontraba demasiado hundido en su propio sufrimiento y en la necesidad que sentía por morir. Sintió la mano guiadora de la providencia, ya que tenía la oportunidad de cumplir su juramento de muerte y arrebatarle al Daemonium Omphalos lo que ambicionaba.

—Muy bien —insistió Uriel—. ¿Cómo lo destruimos?

—Las argollas… Las argollas plateadas que atraviesan la carne del demonio y lo mantienen colgado sobre el lago de sangre…

—¿Qué pasa con ellas?

—Son artefactos de odio, robados de los reclusiams más sagrados o arrebatados a aquellos cuyas investigaciones los hicieron profundizar demasiado en los misterios del Caos. Son algo más que simples anclas físicas: lo atan a este lugar. Retíralas o destrúyelas y su disolución será completa.

Uriel dio un paso atrás para alejarse de Obax Zakayo y miró hacia la oscuridad de la cámara sobre el lago de sangre siseante, donde el demonio colgaba en mitad de su locura perpetua. Vio los tres resplandores plateados que le atravesaban la carne cubierta de escamas. Cada uno de ellos estaba unido a una cadena que a su vez estaba anclada en la roca de las paredes de la cámara.

Siguió con los ojos la línea de las cadenas y los entrecerró como si buscara cuál era la que se encontraba anclada más cerca de él. Se volvió hacia Obax Zakayo y lo apuntó con el bólter.

—Ya puedo matarte.

—¡No! —lo interrumpió Leonid con voz tajante—. Déjame hacerlo a mí. Le debo a este cabrón una muerte.

Uriel vio el ansia de venganza en los ojos de Leonid y asintió.

—Que así sea. En cuanto esté muerto, encárgate de ajustar los temporizadores de las granadas y sal de aquí. Los mortuarios bestiales ya vienen, así que mantente pegado a los sinpiel. Se esforzarán por protegerte

si estás cerca de ellos, pero tenéis que contener al enemigo tanto tiempo como os sea posible.

—Entiendo. Márchate tranquilo.

Uriel asintió y echó a correr hacia Pasanius.

Leonid se quedó mirando a Uriel mientras le describía a Pasanius con rapidez el plan que tenía en mente y como los dos marines espaciales empezaban a subir la rampa que llevaba hacia las daemonculati.

—Hazlo ya, esclavo —dijo Obax Zakayo con voz sibilante—. Ventris te dijo que me mataras.

Leonid alzó el rifle láser y le disparó en el vientre. Olió el hedor a carne quemada y asintió satisfecho al ver que el guerrero de hierro sufría pero seguía con vida.

Obax Zakayo alzó la cabeza.

—¡Dispárame otra vez, todavía no he muerto! —rugió.

Leonid se le acercó y le escupió en plena cara.

—No —le contestó con voz tranquila.

—¡Me habéis dado vuestra palabra! —gritó el guerrero de hierro—. ¡Ventris juró que me mataríais!

—Ventris te dio su palabra, pero yo no lo he hecho —se mofó Leonid —. ¡Quiero que sufras una agonía antes de morir de dolor cuando este lugar se venga abajo!

Obax Zakayo lloró y lo maldijo, pero Leonid no hizo caso de sus súplicas mientras quitaba la granada colocada en la máquina trituradora que estaba más cerca del guerrero de hierro para luego guardársela en el bolsillo del pecho de la chaqueta del uniforme.

—No queremos que mueras por culpa de un accidente, ¿verdad?

Después, sin decir ni una palabra más, Leonid se dio la vuelta y se alejó de él.

Uriel subió a la carrera la rampa y pasó al lado de los palpitantes cuerpos de las daemonculati deseando poder acabar con su sufrimiento. Sabía que tenía más probabilidades de acabar con su tormento si dejaba a los enemigos de

Honsou que terminaran la tarea en su lugar. Pasanius y él recorrieron la circunferencia de la cámara para llegar hasta una de las cadenas con argolla que atravesaban el cuerpo del Corazón de Sangre y lo mantenían prisionero en Khalan-Ghol.

Si lograban arrancarle al terrible demonio aunque fuese una de las argollas, ya sería algo…

—Gran Emperador de la Humanidad, concédeme la fuerza de tu voluntad para hacer esto en tu nombre —rezó mientras corría y estudiaba con atención la cadena que llevaba hasta el cuerpo del demonio.

Vio que se encontraba más arriba del nivel repleto de matrices demoníacas en el que ahora estaban. Cuando llegaron al punto donde la pasarela discurría precisamente debajo de la cadena, oyeron la explosión de la máquina trituradora y el rugido bestial de los sinpiel, que resonó por toda la cámara. A aquel estruendo le siguió con rapidez el chasquido de los disparos láser y el chillido de los mortuarios bestiales.

—Tenemos que subir —dijo Pasanius.

Uriel asintió y se volvió para contemplar la batalla que se estaba desarrollando allí abajo. Vio cuerpos volando por los aires y potentes descargas de energía azul cuando los habitantes de aquel horrible lugar se enfrentaron a los sinpiel.

—Que el Emperador os proteja —susurró Uriel antes de agarrarse a las barras de hierro de una de las jaulas de daemonculati para empezar a subir. La gruesa cadena estaba a unos diez metros por encima de ellos. Incluso a la escasa luz del lugar vio que el extremo estaba clavado con firmeza en la pared con un gran enganche de rococemento.

—Necesitaré que me eches una mano —dijo Pasanius cuando Uriel llegó al techo de la jaula. Parecía muy avergonzado de tener que pedir ayuda.

Uriel se volvió hacia él y se sintió apesadumbrado por no haberse dado cuenta hasta ese momento de que a Pasanius le podía costar llegar hasta la cadena con un solo brazo. Alargó una mano y ayudó al sargento a subir para reunirse con él.

Unos cuantos puntales oxidados y los restos de un andamiaje abandonado mucho tiempo atrás perforaban la roca por debajo del enganche. Lo más probable era que los hubieran dejado allí quienes habían fijado allí la cadena.

Oyó un lastimero y débil grito de angustia debajo de los pies. Bajó la vista y miró a través de la malla metálica del techo el rostro lloroso de una daemonculati.

Uriel se arrodilló para acercarse todo lo que pudo a la atormentada criatura.

—Haré todo lo posible para que se acabe tu sufrimiento —le prometió.

Ella cerró los ojos y a Uriel le pareció captar un levísimo gesto de asentimiento casi imperceptible en aquella cabeza hinchada.

—No existe sufrimiento suficiente en toda la galaxia como para hacer pagar a los Guerreros de Hierro lo que han hecho aquí —dijo Pasanius con la voz entrecortada por la emoción.

—No —contestó Uriel—, no existe, pero los haremos sufrir de todas maneras.

—Sí.

Los dos empezaron a subir por las paredes rocosas de la cámara envuelta en sombras, acercándose al objetivo con cada impulso del cuerpo.

El sonido del combate continuaba mientras ascendían ayudados por los puntales de andamiaje clavados en las grietas de la roca y que sobresalían hasta llegar a la altura de la cadena, que tenía el mismo grosor que el antebrazo de Pasanius y se extendía hasta el centro de la cámara, hasta el Corazón de Sangre.

—¿Preparado? —preguntó Uriel.

—Preparado —asintió Pasanius antes de escupirse en la palma de la mano.

Los dos marines espaciales agarraron con firmeza la oxidada cadena y tiraron con todas sus fuerzas para arrancar la argolla del cuerpo del Corazón de Sangre.

Leonid disparó en modo automático el rifle láser contra los mutantes con trajes de vacío que estaban a cubierto detrás de una fila de barriles llenos de sangre. Los disparos abrieron una serie de agujeros en los barriles de los que salieron surtidores de color rojo. Sabía que no le había dado a ninguno de los mutantes, pero al menos los obligaba a mantenerse a cubierto. Había visto a la criatura mutante principal, Sabatier, con un ejército de esclavos armados de los mortuarios bestiales y deseaba con todas sus fuerzas poder meterle a aquel monstruo un disparo en la cabeza.

Se sentía bien por disparar de nuevo una arma en combate. El caos de la sangrienta batalla rugía y resonaba a su alrededor. Los sinpiel luchaban con una ferocidad animal contra sus creadores y esclavos para proporcionar más tiempo a los ultramarines en su tarea de hacer caer el Corazón de Sangre.

El jefe de los sinpiel aullaba mientras mataba a sus enemigos con aquellos poderosos puños con los que sólo hacía falta dar un golpe. Uno de los monstruos de túnica negra se alzó sobre unas patas neumáticas por detrás de él dispuesto a clavarle todas las cuchillas de las que disponía, pero otro de los sinpiel, un horror lleno de extremidades y fauces, cayó sobre él y le arrancó las piernas con unos cuantos tirones salvajes.

Leonid rodó y se puso a cubierto detrás de los humeantes restos de la máquina trituradora para recargar el arma. El mortuario bestial cayó al suelo y su asesino saltó a por otra víctima. La forma desmembrada de Obax Zakayo le gritó que lo matara.

Leonid no le hizo caso, demasiado concentrado en el combate que se estaba librando a su alrededor.

A pesar de la ferocidad de los sinpiel, los mortuarios bestiales habían sido practicantes de las artes de la muerte durante muchos milenios, y si había algo que conocían era la debilidad de la carne, aunque fuera una tan resistente como la de los sinpiel.

Unos afilados discos voladores les amputaron los gruesos miembros mientras pesados dardos cargados de venenos que tan sólo podían existir en

el Ojo del Terror se les clavaban en las palpitantes venas para matarlos antes de que se dieran cuenta siquiera de que les habían dado.

Muchas criaturas murieron. Incluso el fuego incesante de los servidores de los mortuarios bestiales estaba empezando a cobrarse víctimas, ya que los sinpiel eran acribillados andanada tras andanada allá donde luchaban.

Leonid salió de su cobertura y vio a un mortuario bestial equipado con unas cuchillas de sierra gigantescas en vez de puños deslizarse por detrás del jefe de los sinpiel mientras éste se dedicaba a separar el torso de otro oponente de su unidad motora mecanizada. Leonid alzó el rifle y disparó una ráfaga de brillantes rayos láser.

Apuntó con precisión y la cabeza del mortuario bestial estalló en mil pedazos. El gran cuerpo tembloroso cayó al suelo detrás del jefe de los sinpiel. La enorme criatura lo oyó caer y se dio la vuelta. La confusión que mostró su rostro ante aquella muerte se trocó en alegría salvaje cuando se dio cuenta de quién le había salvado.

—¡Ahora tú tribu! —le rugió después de golpearse el pecho con los puños.

Leonid se puso a cubierto de nuevo y oyó el sonido de unas pisadas de botas a su espalda. Se volvió y alzó el rifle. Vio a media docena de guerreros mutantes esclavos armados con garrotes y garfios que se abalanzaban sobre él. Uno de ellos lo atacó con una maza con la punta forrada de hierro y Leonid se echó hacia atrás, pero fue demasiado lento y la punta del arma le dio en la sien.

Dejó caer el rifle láser y se llevó las manos a la cabeza cuando el mundo empezó a darle vueltas y la vista se le llenó de puntitos luminosos. El suelo subió con rapidez y se estrelló contra el duro rococemento. Cerró los ojos y esperó a que le dieran el golpe de gracia.

La sombra de algo caliente y pesado pasó por encima de él y un chorro de sangre caliente lo salpicó.

Abrió los ojos y sacudió la cabeza, de lo cual se arrepintió inmediatamente, ya que sintió que el golpe que le habían propinado le reverberaba en el interior del cráneo. El jefe de los sinpiel se alzaba por encima de él. En el cuerpo de gruesos músculos tenía clavadas unas cuantas

cuchillas largas y también mostraba numerosas quemaduras de disparos láser. La criatura se agachó para ayudarlo a ponerse en pie y Leonid vio a su alrededor los cadáveres de los que habían estado a punto de matarlo.

Parecía que alguien había provocado una explosión en la sala de un anatomista. Aquello no era más que una masa de extremidades arrancadas y cuerpos reventados.

—Gracias —logró decir por fin Leonid antes de limpiarse la sangre del lado de la cara y de recoger el rifle láser del suelo.

—Tú eres tribu —le contestó el jefe de los sinpiel, como si no hiciera falta ninguna otra explicación.

La criatura regresó al combate sin decir ni una sola palabra más. Decenas de sinpiel yacían muertos, pero los que quedaban seguían luchando con ferocidad y sin disminuir su salvajismo. Cada vez llegaban más y más enemigos a la cámara, y Leonid se dio cuenta de que no pasaría mucho tiempo antes de que él y los suyos fueran derrotados.

Alzó la mirada hacia las pasarelas donde debían encontrarse Uriel y Pasanius y rezó para que se dieran prisa.

Las venas de los brazos de Uriel sobresalían como cuerdas de acero mientras seguía tirando de la cadena. Ambos tenían los pies apoyados en un reborde elevado del sistema de andamiaje y tiraban con todas sus fuerzas.

A Uriel le resbalaron un poco los pies y abrió las piernas para conseguir más potencia de tiro. Le dolían el cuello y el pecho de forma terrible allá donde tenía los huesos rotos, pero se concentró por completo para no hacer caso del sufrimiento utilizando todas las técnicas que le habían enseñado en Agiselus y en el Templo de Hera.

—¡Vamos, vamos! —le gritó a la cadena mientras oía el fragor del feroz combate, a sabiendas de que los sinpiel estaban muriendo por él.

No podía fallarles, así que redobló sus esfuerzos.

Pasanius, con la frente cubierta de sudor, también tiraba de la cadena. El sargento era mucho más fuerte que Uriel, pero sólo podía tirar de la cadena con el único brazo que le quedaba.

Juntos pusieron todo el odio que sentían por los guerreros de hierro en un esfuerzo común.

Uriel rugió de dolor y frustración mientras seguía tirando.

De repente, sintió que la cadena cedía…

Los dos ultramarines lanzaron un grito de triunfo y tiraron con más fuerza todavía, sintiendo cómo se les partían algunos tendones de los brazos y de los hombros pero sin dejar de llevar sus cuerpos al límite.

Sin previo aviso, la argolla de la cadena cedió por completo y Uriel vio un chorro llameante de fuego blanco cuando la argolla se salió de la carne del demonio.

La criatura de escamas rojas cayó unos cuantos metros y en su cuerpo aparecieron dos destellos blancos en los puntos donde las otras dos argollas plateadas cedieron y se desgajaron de la carne ante el repentino peso muerto.

Cayó sobre el lago de sangre provocando un tremendo surtidor y enviando una enorme ola de fluido carmesí que se derramó por toda la cámara. El monstruo desapareció bajo la superficie del líquido y Uriel notó una sensación premonitoria de que iba a ocurrir algo inevitable.

—¡Lo conseguimos! —gritó Pasanius.

—Sí —asintió Uriel cuando vio que la superficie del lago se abría para dar paso al enorme demonio, que se había alzado por completo y emitía rayos que le recorrían el lustroso pellejo escarlata—. Pero empiezo a preguntarme si deberíamos haberlo hecho.

Onyx, que estaba en lo alto de la torre de hierro, lanzó un grito como si lo hubieran golpeado y cayó de rodillas. Se agarró la cabeza con las dos manos al mismo tiempo que los plateados ojos sin alma brillaban por el conocimiento que acababa llegarle. Honsou vio de refilón la escena y alzó la vista, irritado de que hubiera interrumpido la reunión con Cadaras Grendel sobre el plan de batalla.

Entonces vio la expresión de alarma en los ojos de Onyx.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—¡El Corazón de Sangre! —respondió el simbionte demoníaco con un siseo.

—¿Qué pasa con él?

—Está libre… —contestó Onyx.



VEINTE

El Corazón de Sangre levantó el cráneo cornudo y lanzó un rugido de dolor enloquecido, un aullido de rabia y demencia que llenó la cámara con tal intensidad que atravesó las almas y provocó visiones de miedo primigenio en casi todos los seres vivos que había allí. El lago de sangre entró en ebullición en el punto donde él se encontraba. Los ojos le ardieron con un fuego blanco que relucía con una maldad muy antigua.

La cabeza cornuda y con mechones de pelo se volvió a un lado y a otro para observar los alrededores, como si los viera por primera vez. El cuerpo hinchado lanzó grandes rayos de luz negra que explotaron con rojos destellos.

La carne del Corazón de Sangre estaba cubierta de escamas y unos gruesos mechones de pelo le caían sobre los anchos hombros. De las grandes heridas que mostraba en la espalda, donde los mortuarios bestiales le habían amputado las alas, salía una humareda roja casi líquida, con un efecto parecido al de la tinta derramada en agua.

El pecho se le ensanchó con fuerza y el palpitar del corazón resonó estentóreo en la cámara. Se sacó el tubo rojo palpitante que tenía clavado en el pecho por donde le inyectaban la sangre corrupta de los psíquicos. El flujo de líquido vital cayó gorgoteando al lago.

—¡Que Guilliman nos proteja! —murmuró Pasanius cuando el demonio empezó a caminar hacia la orilla. Las pisadas de sus pezuñas en el lecho del lago hacían saltar chorros de sangre en llamas.

—Un demonio —dio Uriel—. Uno de los malignos príncipes del Caos…

—¿Qué hacemos? —le preguntó Pasanius.

Uriel desenvainó la espada cuando el enorme demonio llegó a la orilla del lago de sangre y se irguió por completo.

—Preparemos nuestras almas para el fin —se limitó a contestarle.

Honsou contempló el cielo alrededor de la fortaleza. Ardía con una luz azul electromagnética. Cientos de columnas de translúcida luz azul rodeaban Khalan-Ghol y se elevaban kilómetros desde el suelo de la llanura,

semejantes a pozos de extracción que expulsaran un líquido iridiscente. El fuego de color zafiro estaba en ebullición y Honsou distinguió pesadillas vivientes que se retorcían entre las llamas, con el temible poder y la malignidad de la disformidad contenidos en ellas.

—¿Qué ocurre? —exigió saber.

—¡Las torres! —le contestó Onyx.

—¿Torres? ¿Qué torres?

—Las que vimos cuando hicimos aquella incursión al campamento de Berossus. Aquellas torres de hierro y decoración recargada que estaban saturadas de energía psíquica. ¿Lo recuerda?

Honsou asintió y se acordó de la inquietante sensación al ver aquella geometría arcana y los grupos de figuras envueltas en túnicas doradas que cantaban y bailaban alrededor de las torres mientras las ungían con la sangre de los sacrificios. Se había olvidado de ellas después de la incursión, ya que confiaba en que el poder del Corazón de Sangre sería suficiente para resistir aquella magia.

Se volvió hacia Onyx y alzó el hacha.

—¡Me dijiste que ningún poder hechicero era capaz de derrotar al Corazón de Sangre!

—Y así es, pero ahora ha quedado libre y ya no está atado a Khalan-Ghol.

—¿Estamos indefensos? —le preguntó Cadaras Grendel.

Onyx negó con la cabeza.

—No. Los propios hechiceros de la fortaleza pueden mantener la barrera temporalmente, pero sin el poder del Corazón de Sangre, tan sólo es cuestión de tiempo que la hechicería de Toramino la venza y nos destruya.

—¡Por la sangre del Caos! —maldijo Honsou mientras se dirigía hacia las grandes puertas del sanctasanctórum e indicaba por gestos a sus guerreros elegidos que lo acompañaran—. ¿Cómo es posible que el demonio se haya liberado?

—El herrero forjador aprisionó al demonio con tres argollas impías, y sólo podía soltarse si alguien lo liberaba.

—Pero ¿quién se atrevería a hacer algo semejante?

Honsou se detuvo en seco al oír la siguiente frase de Onyx.

—¿Ventris y su grupo de guerreros?

—¡Por supuesto! —exclamó el herrero forjador—. Debería haberme imaginado que Toramino nunca habría caído tan bajo como para emplear a renegados que lucharan por él. ¡Ventris y él deben haberlo planeado todo! Primero liberan al Corazón de Sangre y luego nos destruyen con la hechicería. ¡Voy a sacarles las entrañas a esos cabrones y se las voy a entregar a los exuviae!

—Entonces… ¡Toramino jamás pensó en hacer combatir a su ejército! —rugió Cadaras Grendel.

—No —contestó Onyx—. Por lo que parece, no.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de que la barrera caiga? —le preguntó Honsou mientras descendía por los oscuros pasillos de la torre de hierro hacia las cámaras de los mortuarios bestiales. Sus guerreros lo seguían con los bólters amartillados y las espadas en la mano.

—No lo sé con seguridad —admitió Onyx—, pero no será mucho.

—Entonces será mejor que nos demos prisa. ¡Quiero matar a Ventris antes de que Toramino destruya por completo Khalan-Ghol!

Uriel se dejó caer sobre la pasarela que rodeaba la cámara. Activó la espada y dio un mandoble en el aire con la reluciente hoja. Pasanius aterrizó a su lado y ambos se pusieron a correr hacia el nivel de la cámara mientras el Corazón de Sangre acababa de salir del lago. El líquido caía de su cuerpo carmesí en repugnantes chorreones rojos.

Se alzaba por encima de todos, con unos cuatro o cinco metros de altura. En el interior de su cuerpo musculoso se veían gruesos hilos de luz caliente que serpenteaban bajo el pellejo como venas en llamas. Bajó la mirada al escenario ensangrentado que tenía delante, con el suelo sembrado de cadáveres de los sinpiel, los mortuarios bestiales y sus servidores, y una sonrisa brutal se le dibujó en el rostro monstruoso. Los mutantes supervivientes huyeron ante aquel poder terrorífico, e incluso los mortuarios bestiales que los sinpiel no habían matado todavía también retrocedieron asustados por su presencia.

Sólo los sinpiel se quedaron, demasiado ignorantes del horrible poder que poseía un príncipe demonio como para temerlo. Aunque sentían su abominable dominio, no tenían ni idea de la amenaza que representaba.

El jefe de los sinpiel se mantuvo delante del poderoso demonio, con el pecho hinchado en gesto de desafío. El monstruo lo miró con el mismo interés con que una persona miraría a una hormiga. El jefe de los sinpiel rugió y se lanzó a la carga contra el demonio, pero antes siquiera de que pudiera intentar golpearlo, el demonio lo arrojó por los aires con un tranquilo manotazo del brazo escamoso.

El enorme sinpiel se estrelló contra la pared de la caverna con un golpe sordo acompañado de un crujido. Uriel supo sin duda alguna que la fuerza del impacto le habría partido la mayoría de los huesos del cuerpo.

Al ver a su jefe derrotado con tanta facilidad, los sinpiel aullaron y huyeron del horrendo demonio para refugiarse en los rincones oscuros de la caverna.

Uriel y Pasanius vieron cómo el Corazón de Sangre le daba la espalda a los sinpiel que huían. El tremendo estruendo de su órgano vital iba disminuyendo, ya que la hechicería había dejado de entrarle en el cuerpo. Uriel notó que sus propios sentidos recuperaban la agudeza y que el aturdimiento desapareció al quedar liberado el demonio.

Leonid se acercó a la carrera hasta donde ellos se encontraban.

—¡Creí que quedaría destruido cuando le arrancarais las argollas!

—Nosotros también —le contestó Uriel.

El Corazón de Sangre echó la cabeza hacia atrás y lanzó un terrorífico rugido que sobrecogió a todo el mundo, pero no sólo por la tremenda potencia, sino por la sensación de pérdida y de furia que contenía. Su ansia atravesó la pared de las dimensiones y resonó en el amplio abismo que separaba los universos.

Uriel y todos los seres vivos de la cámara cayeron al suelo, estremecidos hasta lo más profundo de su ser por el grito del demonio.

—¿Qué está haciendo? —aulló Leonid.

—¡Sólo el Emperador lo sabe! —contestó Pasanius también a gritos.

Uriel se puso en pie tapándose los oídos con las manos en un intento por aislarse del monstruoso resonar del aullido del demonio. Algo en el largo y ululante grito le recordó a Uriel la sensación de haber perdido algo y de llamarlo para que regresara. Se dio cuenta de qué era cuando vio una burbuja de luz negra aparecer en el aire delante del demonio.

—Es un grito de invocación… —murmuró.

Pasanius y Leonid lo miraron con gesto de extrañeza. El demonio dejó de rugir y el frágil velo de la realidad se abrió con un amenazador sonido rasgueante, parecido al de la carne al ser desgarrada. Se abrió un gran agujero negro en la pared que separaba las realidades y un sonido de estática chirriante llenó el aire, como si entraran un millón de moscas procedentes de una dimensión repugnante.

Uriel se percató de algo horrible mientras miraba el portal abierto en el propio tejido del universo: vio galaxias con miles de millones de almas cosechadas y devoradas por el Señor de los Cráneos, el Dios de la Sangre.

—Emperador misericordioso… —gimió Uriel mientras sentía cada una de aquellas muertes clavársele en el corazón.

Aquellas galaxias había estado repletas de vida y de planes, pero lo que único que quedaba era la muerte, las matanzas producidas para saciar el ansia del Dios de la Sangre, cuyo impío nombre era una presencia siniestra que impregnaba el viento cobrizo que salía del portal, un hedor del color más rojo y oscuro, cuyo único propósito estaba inscrito en una sola runa y en un mensaje de pura devoción: sangre para el Dios de la Sangre… Khorne… Khorne… Khorne…

Un aullido de vínculo siniestro y sangriento, un pacto de odio y muerte, resonó procedente del portal y se hizo más y más fuerte hasta hacer caer el polvo del techo. En respuesta se oyó un rugido de bienvenida surgido de la broncínea garganta del Corazón de Sangre.

Del portal salió un fuerte destello cuando un guerrero equipado con una servoarmadura antigua de placas de hierro bruñidas cruzó la abertura. El portal se cerró inmediatamente y el ser caminó hacia el Corazón de Sangre.

Era más alto que un marine espacial, y la vileza de su ser era inconfundible y su maldad incalculable. Una luz blanca, pero impura y

corrupta, se derramaba como gotas de leche agria por debajo del casco con cuernos. En las hombreras lucía los símbolos que indicaban que se trataba de un guerrero de hierro.

El guerrero demoníaco empuñaba una gran espada con filo de sierra en una mano y en la otra una pistola con grabados dorados. Las dos armas insinuaban las matanzas que habían causado. Uriel supo en seguida que ese… ese ente poderoso y siniestro era el más consumado asesino imaginable.

Uriel distinguió por el rabillo del ojo una figura renqueante que cojeaba hacia el pasillo que salía de la caverna. Reconoció a Sabatier, aquella vil criatura. Apenas se dio cuenta de su presencia cuando el guerrero de armadura de hierro alzó la pistola y le disparó.

El proyectil le dio a Sabatier en la parte alta de la espalda y le explotó en el pecho, abriéndole un gran agujero en el cuerpo. Sabatier soltó un gruñido y se desplomó. Uriel lamentó que no hubiera sufrido más antes de morir.

—No podemos luchar contra los dos —le dijo Pasanius.

—No —contestó Uriel mostrándose de acuerdo—, pero es posible que no tengamos que hacerlo. ¡Mira!

El guerrero con servoarmadura se dejó caer de rodillas delante del Corazón de Sangre, pero Uriel se dio cuenta de que no se trataba de un simple gesto de pleitesía. El guerrero de hierro demoníaco soltó las armas y alzó los brazos. Un brillo rojo sangriento empezó a salirle de todas las junturas de la armadura y bañó al Corazón de Sangre con esa luz.

—¡Vuelvo a ti! —gritó una voz aguda desde debajo del casco de la armadura.

El Corazón de Sangre también alzó los brazos imitando la postura del guerrero. Luego, la armadura de hierro empezó a desprenderse pieza por pieza de la figura arrodillada y cruzó flotando el aire hacia el enorme demonio.

—¿Qué diablos está haciendo? —preguntó Leonid sin poder ocultar en la voz el terror que sentía.

—Oh, no… —murmuró Uriel al recordar lo que les habían contado en las montañas Seraphys no hacía mucho tiempo atrás, sobre cómo el Corazón de Sangre había forjado una armadura para sí mismo y cómo había vertido en ella todo su odio, toda su maldad y toda su astucia, una armadura tan llena de furia que incluso los golpes de sus enemigos se volvían contra ellos.

Era sin duda un avatar de Khorne, el discípulo de la muerte favorito del Dios de la Sangre.

La armadura de hierro se apartó de la figura humana, que disminuía de tamaño a medida que las piezas se separaban. Aunque el Corazón de Sangre tenía un tamaño mucho mayor que el guerrero de hierro, las piezas se acoplaron de algún modo en el cuerpo del demonio y pasaron de tener el color del hierro oscuro al de un bronce repugnante. Las grebas y la placa pectoral se colocaron con un chasquido metálico en su sitio, y las armas del guerrero saltaron al aire sin que nadie las llamara y cambiaron en mitad del salto, pasando de ser una espada y una pistola a una hacha gemebunda y un látigo serpenteante de cuero tachonado.

Unas manos invisibles le quitaron de la cabeza al guerrero de hierro el yelmo y lo colocaron sobre el gran cráneo cornudo del Corazón de Sangre.

Donde antes había estado arrodillado un temible gigante con armadura sólo quedaba la figura esbelta de una mujer vestida con un sucio y desgarrado uniforme de color azul cielo de un regimiento de la Guardia Imperial.

—¡El 338! —exclamó Leonid.

—¿Qué?

—¡Ese uniforme! —le señaló Leonid—. ¡Es el de mi regimiento!

—No puede ser. ¿Aquí?

—Conozco mi propio regimiento, maldita sea —le replicó Leonid—. ¡Voy a por ella!

—No seas estúpido —le soltó Pasanius agarrándolo por la chaqueta.

—¡No! —protestó el guardia imperial mientras forcejeaba para soltarse del sargento—. ¿Es que no lo entiendes? ¡Aparte de mí, ella es probablemente el único superviviente del 338! ¡Tengo que ir!

—Morirás —le dijo Uriel.

—¿Y qué? Ya me estoy muriendo de todas maneras —le gritó Leonid —. Y si mi vida tiene que acabar aquí, quiero que sea con un camarada jourano. ¡Recuerda lo que tú mismo dijiste! ¡Todos morimos, lo único que tenemos que hacer es elegir dónde y cuándo!

Uriel asintió al entender la desesperación de Leonid.

—Suéltalo —le dijo a Pasanius.

El sargento lo soltó y vieron cómo corría hacia la tambaleante mujer. Al demonio le salieron otro par de gruesos cuernos con la punta de bronce que atravesaron el metal del yelmo mientras Leonid la tomaba en brazos. Los ojos del Corazón de Sangre brillaron con más fuerza cuando levantó la cabeza y olfateó el aire. Sonrió con un apetito feroz.

—Psíquicos… —rugió antes de volverse para dirigirse hacia los sarcófagos de hierro en posición vertical que rodeaban el lago de sangre.

La jaula de malla de hierro bajaba a toda velocidad hacia las profundidades de Khalan-Ghol. Los viejos mecanismos y los artefactos hechiceros se esforzaban por hacer el recorrido en el menor tiempo posible. Las engrasadas hojas de hierro batido pasaban a una velocidad tremenda, pero Honsou sabía que seguía sin ser lo bastante veloz. La barrera mística que protegía la fortaleza todavía se mantenía firme ante el ataque de los hechiceros de Toramino, pero no duraría mucho tiempo más a menos que lograra volver a hacer prisionero al Corazón de Sangre.

Siguió bajando en dirección a la parte subterránea de la fortaleza con sus guerreros escogidos, asesinos mortíferos sólo leales a él, preparados para matar a todo lo que se encontrasen en su camino. Onyx se mantenía apartado en una esquina de la jaula del ascensor, con los ojos y las venas apagadas y una expresión vaga en la cara.

—¿Qué es lo que te pasa? —le soltó Honsou cuando el simbionte demoníaco gimió.

—El Corazón de Sangre es poderoso… —murmuró Onyx.

—¿Y qué?

—Podría acabar con mi esencia en un abrir y cerrar de ojos —bufó Onyx, y los ojos le relucieron con un brillo asesino—. Y si me ordenara algo, no podría desobedecerle.

—¿Quieres decir que podría utilizarte contra mí? —le preguntó Honsou.

—Así es —contestó Onyx asintiendo—. Conoce mi verdadero nombre.

Honsou se volvió hacia Cadaras Grendel.

—Si esta criatura da un solo paso hacia mí, mátala.

—Entendido —respondió el guerrero de cabello en cresta. La expresión de su rostro mostró la satisfacción que sentía ante la idea—. Jamás había matado a alguien poseído.

Honsou bajó la vista y miró a través del suelo enrejado de la jaula. Lo único visible era un pozo de ascensor levemente iluminado que ascendía a toda velocidad. El fondo se perdía en la distancia, pero mientras miraba, el rectángulo oscuro de la base del pozo apareció con rapidez para reunirse con ellos.

La jaula de hierro disminuyó de velocidad provocando una fuerte sensación de náusea y por fin se detuvo con un chirrido metálico. La puerta enrejada se abrió hacia un lado con otro chirrido, pero antes de que Honsou pudiera salir fue derribado por un tremendo impacto. Sintió el derrumbamiento de parte de la torre en algún punto muy lejano acompañado por el retumbar de la artillería disparando en masa.

—Pero ¿qué…? —rugió mientras se incorporaba hasta quedar de rodillas.

Oyó el choque de algo metálico contra la piedra y un estrépito que se acercaba. Onyx cayó de rodillas chillando de dolor y se agarró la cabeza con las manos de piel muerta.

—¡La barrera ha caído! —aulló—. ¡Dioses del Caos, la barrera ha caído!

Honsou se acabó de poner en pie y miró hacia arriba al localizar el origen del ruido que se acercaba.

—¡Salid de ahí! —gritó mientras se tiraba de cabeza al suelo del pasillo y rodaba sobre sí mismo después de ver como miles de toneladas de escombros bajaban por el pozo del ascensor.

Sus guerreros obedecieron, pero algunos no lo hicieron con la suficiente rapidez. Un torrente de gigantescos trozos de piedra y rococemento se estrelló contra la base del pozo y aplastó por completo la jaula del ascensor. De los restos surgió una humareda de polvo asfixiante.

El impacto y el estruendo desorientaron a Honsou, pero se recuperó con rapidez. Se incorporó y vio que casi la mitad de los guerreros habían desaparecido aplastados por la letal lluvia de escombros.

Onyx se puso en pie tambaleante. La amenazadora silueta de Cadaras Grendel seguía cerca de él.

—Si la barrera ha caído… —empezó a decir Cadaras.

—Significa que Toramino se ha lanzado al ataque —acabó Honsou.

Decir aquellas palabras le hizo sentir a Honsou una curiosa sensación de tranquilidad al darse cuenta de que probablemente aquello era el fin. No había forma alguna de que Khalan-Ghol pudiera resistir frente al ejército de Toramino, y ya no le quedaban más estratagemas por emplear.

No le quedaba más que la venganza por puro odio y maldad.

Si eso era todo lo que le quedaba, que así fuera.

Sería suficiente.

Uriel tiró de Leonid para ponerlo detrás de la escasa cobertura que ofrecían los restos de una de las excavadoras y lo ayudó con la mujer que había rescatado y que no paraba de murmurar. El rostro del coronel estaba cubierto de lágrimas de alegría y no dejaba de repetir una y otra vez el nombre de su regimiento.

—Vamos, date prisa —le insistió Uriel, desesperado por mantener a Leonid fuera del camino destructivo del Corazón de Sangre. El poderoso demonio con armadura se estaba divirtiendo en el centro del lago de sangre arrancando a los hechiceros de túnicas doradas de sus ataúdes y jugando con ellos de numerosos modos terribles antes de rematarlos con el hacha o con sus poderosas fauces.

Vadeaba por la sangre permitiendo que los aterrorizados hechiceros se despedazaran a sí mismos en sus intentos por liberarse de los ataúdes. Ni

uno solo de ellos sobrevivió a la maldad depredadora del demonio, que paladeó sus muertes como si fueran un vino exquisito.

—¡Psíquicos! —aulló—. ¡La comida de los dioses!

Uriel volvió a mirar a la delgada mujer de rostro enjuto que Leonid había rescatado tras haberla liberado la armadura demoníaca. Tenía el cabello largo y lacio, aunque se le caía a puñados. Los rasgos de su cara indicaban los horrores que había soportado y que tenía la mente al borde de la locura.

—Todos muertos, todos muertos, todos muertos… —repetía una y otra vez.

—¿Quién es? —le preguntó Pasanius.

Leonid sacó las placas de identificación de debajo del uniforme de la mujer y les dio la vuelta para examinarlas a la escasa luz de la cámara.

—Se llama Larana Utorian, teniente del 338 regimiento de Dragones Jouranos —dijo Leonid con orgullo.

—¿La conoces?

Leonid negó con la cabeza.

—No. Las placas indican que formaba parte de la unidad de Tedeski en el batallón A, y a él no le gustaba que otros oficiales se relacionaran con sus tropas. Era de la vieja usanza.

—¿Cómo, en nombre del Emperador, ha acabado aquí?

—No lo sé —gimió Leonid mientras la abrazaba con fuerza—. Quizá nuestro Dios Emperador no quería que yo muriera solo sin nadie de mi planeta natal para acompañarme.

Uriel asintió y miró a Pasanius directamente a los ojos mientras empuñaba con más fuerza la espada.

—Sí, quizá tienes razón, amigo mío. Si una persona ha de morir, es mejor que lo haga con sus amigos al lado.

El cielo blanco y muerto ardía cargado de energías psíquicas. Las ondulantes columnas de fuego azul se elevaban hacia el cielo desde las torres geománticas que los hechiceros de Toramino habían construido

alrededor de Khalan-Ghol y habían desencadenado unas energías monstruosamente poderosas. En esos momentos, la barrera casi eterna que había protegido la fortaleza de Honsou de los poderes hechiceros de la disformidad había caído, por lo que estaba sufriendo un terrible ataque bajo aquel asalto inmaterial.

Del cielo sin nubes caían rayos negros que hacían saltar trozos colosales de roca de la misma montaña, y unas terroríficas tormentas rojas de nubes hinchadas y supurantes machacaban los pocos torreones y bastiones que quedaban con lluvias ácidas que disolvían las fortificaciones que habían permanecido invencibles durante diez mil años.

Las grandes y feroces bestias de la disformidad invocadas revoloteaban entre las torres más altas atacando a las criaturas voladoras que allí se encontraban, y una capa neblinosa de energías psíquicas envolvía los reductos y los búnkers que Honsou se había apresurado a reconstruir tras la victoria sobre lord Berossus.

Toramino no atacaba la fortaleza sólo con poderes psíquicos, ya que las grandes baterías de artillería por fin disparaban sus letales proyectiles explosivos contra la montaña que albergaba al enemigo de su señor. Miles de toneladas de bombas y obuses caían como lluvia sobre Khalan-Ghol y destrozaban la propia montaña.

Varias columnas gigantescas de soldados y toda una gran compañía de Guerreros de Hierro, con el propio lord Toramino a la cabeza, se dirigían hacia Khalan-Ghol. Era una hueste de miles de tropas que destruirían cualquier fuerza que le quedara al mestizo y lograra sobrevivir a aquel feroz ataque que estaba azotando la montaña.

El final de Khalan-Ghol había llegado.

Uriel sintió una familiar sensación de náusea en el estómago. Oyó el sonido del cristal al romperse y tuvo una terrible sensación de impotencia. Sintió una vibración repugnante en lo más profundo de los huesos cuando el suelo se agitó con fuerza. Tuvo una visión de huesos rotos que sobresalían del

suelo y en el aire resonó un aullido enloquecido que transmitía una inimaginable sed de venganza.

Parpadeó cuando sufrió una sensación increíblemente dolorosa en el interior del cráneo, como si le estuvieran clavando agujas al rojo vivo en las cuencas oculares.

—Oh, no… —susurró cuando se dio cuenta de lo que iba a pasar. Se volvió hacia Leonid y la mirada del coronel le indicó que también lo sabía.

—Dios Emperador, no —gimoteó este—. Otra vez no, por favor, otra vez no.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pasanius.

El Corazón de Sangre rugió de nuevo antes de que Uriel pudiera contestar. El rugido parecía un grito de placer inesperado ante lo que acababa de percatarse.

—Mi vieja némesis… —dijo al mismo tiempo que el aire de la cámara se saturaba con el regusto eléctrico del ozono y del sulfuro.

Uriel sintió que el estómago se le subía a la garganta y se agarró a una excavadora cuando le pareció que la cámara de los mortuarios bestiales… se movía.

El suelo se volvió esponjoso y blando. Un fluido rojo empezó a salir de la tierra negra en el punto donde su peso lo hundía y lo obligaba a rezumar. Uriel levantó la mirada a sabiendas de lo que iba a ver.

Por encima de él había un cielo carmesí salpicado de nubes con aspecto de melanoma cancerígeno, y allí revoloteaban criaturas aladas carroñeras que esperaban su oportunidad para alimentarse. Un enloquecido griterío familiar, parecido al lamento de los condenados, resonó doloroso al oído, pero no era nada comparado con lo que ya había visto en aquel mundo, así que hizo caso omiso.

Unas manos esqueléticas y sin carne salieron de la tierra oscura. Leonid cerró con fuerza los ojos y siguió abrazado a Larana Utorian. Varias espirales de luz multicolor surgieron de la paredes de la cámara y retorcieron la imagen de la roca que había detrás, como si se viera a través de una lente deformada. Las paredes parecieron extenderse, como si las absorbiera un vórtice invisible, hasta que no quedó nada más que un velo

ondulante de oscuridad impenetrable, un túnel hacia la locura rodeado de caras aullantes.

Unas vías de bronce cubiertas de sangre surgieron de las paredes antes sólidas de la cámara. Unos chorros de materia multicolor rezumaron de la roca partida.

Ya sin ninguna barrera que le impidiera llegar hasta su odiado rival, el Daemonium Omphalos se manifestó en el interior de las murallas de Khalan-Ghol.



Veintiuno

El Daemonium Omphalos salió rugiendo de la boca del túnel como una fuerza siniestra de la naturaleza y su entrada retumbó por todas las cámaras de los mortuarios bestiales. La estructura enloquecida del leviatán blindado le pareció más odiosa todavía después de que una duda que lo había estado carcomiendo se viese confirmada de un modo horrible.

—Lo sabía… —gruñó.

—¿Qué sabías? —le preguntó Pasanius a gritos para hacerse oír por encima del rugido de la llegada del Daemonium Omphalos.

Uriel se echó hacia atrás cuando las volutas de humo rojo que indicaban la presencia de los sarcomatas pasaron a toda prisa al paso de la colosal máquina demoníaca. Se detuvo con un chirrido de hierro y un rugido de bronce ante un andén recién aparecido hecho de rococemento manchado de sangre. Las almas sibilantes escapaban por las chimeneas en aullantes oleadas de dolor.

—Sabía que vendría a desafiarlo —contestó Uriel sintiéndose enfermo al darse cuenta de que los habían utilizado—. Sabía que intentaría destruir el Corazón de Sangre.

—Entonces, ¿por qué nos envió aquí?

—Porque ahora que la barrera psíquica de la que hablaba Obax Zakayo ha caído, ya puede manifestarse en el interior de Khalan-Ghol. ¿Recuerdas lo que nos contó Seraphys? Estos demonios son enemigos muy antiguos y el Daemonium Omphalos quiere vengarse del Corazón de Sangre por dejarlo atrapado en esa máquina demoníaca.

Pasanius se volvió al oír como el Corazón de Sangre salía del lago carmesí después de haber matado a todos los psíquicos de Honsou. La perspectiva de un combate contra su enemigo ancestral lo atraía hacia la máquina humeante. El artefacto de bronce exhalaba sensación de poder. Una neblina rojiza serpenteó entre las gruesas placas cuando las pesadas puertas que daban al interior se abrieron y el Carnicero bajó al andén. De las grandes placas de hierro de su armadura resonante rezumaba un residuo negro y aceitoso.

El guerrero de hierro demoníaco era tan grande como Uriel recordaba. El corpachón era más impresionante debido a las placas de blindaje

adicionales que había añadido y soldado a la armadura a lo largo de los milenios. Todavía llevaba puesto el delantal de cuero quemado y ennegrecido, tieso por la sangre derramada y apestando a carne achicharrada.

Del baqueteado yelmo surgía una corona de cuernos oscuros. Uriel no se sorprendió al ver que todavía empuñaba el temible machete de empuñadura de hierro con la ancha hoja cubierta por la costra de miles de años de matanzas.

El Corazón de Sangre rugió de alegría cuando el Carnicero entró en la cámara de los mortuarios bestiales.

—¿A eso has quedado reducido? —aulló—. ¿A llevar puesta la carne de tu carcelero?

—La única carne viva que me ha quedado —le replicó el Carnicero—. Se acabó la cháchara. ¡Voy a destrozarte!

El Corazón de Sangre separó las piernas para asegurar el equilibrio y alzó el hacha al mismo tiempo que hacía chasquear el látigo y lanzaba un rugido de desafío al Carnicero. Unos gruesos tentáculos de humo rojo se solidificaron alrededor del gigantesco guerrero de hierro y se convirtieron en criaturas sólidas de carne muerta y energía inmaterial.

—¡Los sarcomatas! —exclamó Uriel al ver a las criaturas demoníacas sin rostro que acompañaban al Daemonium Omphalos a bordo de la horrible máquina de su señor. Ocho de ellos se colocaron al lado de su amo, todos equipados con un traje gris de faena para maquinistas, sin marca alguna, y con unas botas de caucho con grebas incorporadas que llegaban hasta las rodillas y abrochadas mediante unas hebillas a lo largo de la pierna. Aquellas criaturas iban armadas con una serie de cuchillos, ganchos y sierras, y por el temblor de sus mandíbulas era evidente que estaban deseando utilizar todo aquello.

Sus repugnantes rostros estaban rojos y despellejados, como los sinpiel, pero mientras éstos todavía conservaban algunos rasgos humanos, aunque sólo fuese de forma rudimentaria, los sarcomatas estaban desprovistos por completo de cualquier característica humana. Las caras carecían de ojos y

estaban cruzadas por unas suturas bastante toscas sobre unas bocas enormes y llenas de colmillos. Las estrechas lenguas lamieron el aire saboreándolo.

Uriel esperó alguna clase de respuesta por parte del Corazón de Sangre, pero las palabras no formaban parte de la forma de ser de los demonios del Dios de la Sangre. El Corazón de Sangre hizo restallar el látigo de nuevo y la punta con púas le cruzó el pecho al Carnicero con una lluvia de chispas. El demonio de armadura de hierro rugió y se bajó de un salto del andén. El Corazón de Sangre cargó a su vez contra él y las dos criaturas se enfrentaron cuerpo a cuerpo provocando la aparición de una brillante aura de reluciente energía de la disformidad.

La maquinaria quedó aplastada y varias columnas de hierro fueron derribadas cuando los dos poderosos demonios se golpearon con un odio que ardía desde hacía miles de años. Los ensordecedores aullidos de las armas demoníacas resonaban mientras toda la caverna se estremecía por la violencia del combate.

Uriel se quedó agazapado al lado de la excavadora y se dio cuenta de que aquel lugar estaba siendo destruido por algo más que aquella batalla demoníaca. Sintió un retumbar sordo, el retumbar de las explosiones contra las rocas, y sonrió al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—Están bombardeando otra vez la fortaleza de Honsou —gritó.

Pasanius lo miró con expresión dubitativa.

—El bombardeo tiene que ser tremendo para que se note a esta profundidad.

—Sin duda. Toramino debe estar atacando con todo lo que tiene.

Las rocas y las máquinas volaban por todos lados, lanzadas por los aires. Cuando los dos demonios cayeron al lago de sangre surgieron géiseres de sangre y carne en llamas y empezó a caer una repugnante lluvia roja al mismo tiempo que los demonios seguían machacándose el uno al otro.

—¡Vamos! —gritó Uriel por encima del estruendo—. Tenemos que irnos de aquí. El ejército de Toramino destruirá este lugar dentro de poco y no quiero quedarme cerca de estas dos criaturas mientras pelean.

—¿Adonde vamos? —le preguntó Pasanius mientras de las paredes de la cámara caían grandes cascotes que se estrellaban contra el suelo y provocaban enormes nubes de polvo y se rompían en trozos más pequeños.

—A cualquier sitio que no sea éste —le contestó Uriel señalando con un gesto del mentón el pasillo que llevaba hasta la jaula del ascensor que los había llevado desde las estancias de Honsou hasta allí la primera vez—. Si ese ascensor funciona todavía podremos regresar al lugar por donde entramos en la fortaleza cuando nos trajo ese demonio de ojos plateados. —Se arrodilló al lado de Leonid—. Nos vamos, coronel. Arriba.

Leonid lo miró a través de un velo de lágrimas y Uriel se dio cuenta de que el coronel estaba al límite de su resistencia. El guardia imperial negó con la cabeza.

—No. Vosotros os vais. Yo me quedo aquí con Larana Utorian.

Uriel también le hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No os dejaremos aquí. Un marine espacial jamás deja atrás a un hermano de batalla.

—Uriel, no soy tu hermano de batalla —le contestó Leonid con tristeza y entre toses—. Incluso si ella y yo lográramos salir con vida de este lugar, no duraríamos más que unos pocos días. El cáncer con el que los Adeptus Mechánicus nos infectaron crece a pasos agigantados. Para nosotros se acabó todo.

Uriel le puso una mano en el hombro. Sabía que el coronel tenía razón, pero odió la sensación de estar traicionándolo que se le apoderó del alma cuando aceptó su decisión.

—Que el Emperador sea contigo —le dijo por fin.

Leonid bajó la mirada hacia la cara de Larana Utorian y sonrió.

—Creo que ya lo está.

Uriel asintió y miró a Pasanius cuando éste se despidió del coronel.

—Muere bien, Leonid. Si sobrevivimos encenderé una vela por ti para que tu alma encuentre el camino de regreso a tu hogar.

Leonid no respondió nada y se limitó a seguir abrazando el cuerpo enflaquecido de Larana Utorian mientras lo mecía adelante y atrás.

Supieron que ya no les quedaba nada más por decir, así que los ultramarines se dieron la vuelta y echaron a correr hacia la entrada a la caverna mientras buena parte de los dominios de los mortuarios bestiales se venía abajo debido al combate entre los demonios.

El coronel Mikhail Leonid y la teniente Larana Utorian del 338 de Dragones Jouranos se abrazaron con fuerza el uno al otro y esperaron a la muerte.

Pasanius se sobresaltó cuando una enorme cascada de rocas se estrelló a su lado. Aquello le hizo perder el equilibrio y lo cubrió de un polvo muy fino. Tosió y gritó llamando a Uriel cuando todo quedó a oscuras a causa de la tremenda polvareda.

—¡Estoy aquí! —contestó Uriel, y Pasanius se dirigió hacia el lugar de procedencia del grito.

Tropezó con algo que había en el suelo y cayó. Quiso apoyarse en un brazo para levantarse y se desplomó de nuevo. Entonces recordó que ya no tenía ese brazo para sostener el peso y se maldijo por ser un idiota. Luego vio con lo que había tropezado.

La forma gorgoteante de Sabatier se arrastraba de un modo penoso hacia la salvación. El cuerpo deformado y retorcido estaba cubierto de polvo y de contusiones. Tenía un gran agujero en la espalda, en el punto donde le había disparado la criatura que había salido del portal, pero a Pasanius no le sorprendió que Sabatier siguiera con vida. Después de todo, había sobrevivido después que Vaanes le partiera el cuello como una rama seca.

De esa herida en el cuello todavía le salía un trozo del hueso roto. Pasanius le dio la vuelta a la criatura, que gimió de dolor y miedo.

—Ya no eres tan orgulloso, ¿verdad? —le preguntó Pasanius.

—¡Deja a Sabatier! ¡Nunca hizo daño!

—No —le gruñó Pasanius—. ¡Sólo te lo pasaste bien mientras a mis amigos los descuartizaban como a animales!

El enorme sargento se arrodilló sobre el pecho de Sabatier y sólo su peso le partió las costillas a la criatura. De la garganta de Sabatier salió un gorgoteo horrible, pero Pasanius no sintió ninguna clase de remordimiento

por su agonía. Se había reído feliz mientras mataban a los marines espaciales, y Pasanius sabía que tenía que morir aunque sólo fuera por eso.

Lo mantuvo inmovilizado con una pierna. Luego lo agarró por el cuello con el único brazo que le quedaba y tiró con fuerza.

El cuello del mutante se alargó y Pasanius oyó el chasquido de los tendones al partirse poco antes de que le arrancara la cabeza de cuajo. Sabatier siguió moviendo la boca, pero de ella no salió ningún sonido.

Pasanius no tenía ni idea de si había matado del todo a la criatura, pero tampoco le importaba. Haberle devuelto el dolor era más que suficiente. Se puso en pie y escupió sobre el cuerpo convulso. Después pisoteó con saña todas las extremidades deformadas para aplastarle los huesos y convertirlos en polvo antes de volverse y lanzar la cabeza del mutante al interior del lago de sangre.

Si Sabatier conseguía sobrevivir a todo aquello, ya no le quedaría cuerpo al que regresar.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Uriel saliendo de la nube de humo y haciéndole señas para que lo siguiera hacia la entrada del túnel.

—Nada. Sólo un poco de basura.

Leonid acarició la mejilla a Utorian y derramó unas cuantas lágrimas más cuando el dolor que había sido su compañero constante desde que lo habían tomado prisionero en Hydra Cordatus le envió otra descarga de fuego en el vientre. Sabía que no le quedaba mucho tiempo. El cáncer ya casi lo había devorado por completo. Al mirar a Larana Utorian se dio cuenta de que a ella tampoco le quedaba mucho.

Eran los últimos del 338.º, y el hecho de que fueran a morir juntos lo consolaba. Recordó a los hombres y mujeres de su regimiento y en la última vez que había combatido con ellos, durante la caída de la ciudadela. Habían luchado de un modo magnífico.

El castellano Vauban, un guerrero valeroso y honorable. Piet Anders, Gunnar Tedeski y Morgan Kristan, sus camaradas oficiales. Sin olvidar al guardia imperial Hawke, el peor soldado del regimiento, cuya valentía

inesperada casi los había salvado a todos. Todos estaban muertos, y Larana Utorian y él no tardarían en reunirse con ellos.

El coronel Leonid levantó la cabeza al oír un siseo sibilante y jadeó al ver a los dos demonios salir tambaleándose del lago de sangre. Ambos estaban destrozados y heridos, con las armaduras desgarradas por los terribles golpes que se habían infligido mutuamente. La violencia del combate había devastado buena parte de la caverna, y partes de ella continuaban cayendo en avalanchas de rocas y escombros.

El Corazón de Sangre retrocedió ante un terrible golpe que le propinó el Daemonium Omphalos…, el Carnicero… Leonid ni siquiera estaba seguro de comprender la distinción entre esas dos criaturas, o que quisiera comprenderla si existía.

El largo machete del guerrero de hierro demoníaco impactó contra el costado desprotegido del Corazón de Sangre y lo lanzó contra una gigantesca pila de mesas mortuarias y cadáveres colgantes. Los cuerpos y las piezas rotas cayeron y se sumaron a la destrucción continuada. Leonid vio que el Carnicero se volvía y miraba alrededor.

«No, ultramarines, no os escaparéis de mi venganza con tanta facilidad…».

Leonid dejó escapar un grito cuando oyó aquella voz odiosa y repugnante en el interior de la cabeza.

«¡Los sarcomatas devorarán vuestras almas durante toda la eternidad!».

El coronel vio que los ocho demonios servidores del Carnicero se esfumaban de nuevo transformándose en su aspecto humeante y se movían como volutas en el aire antes de lanzarse en persecución de Uriel y Pasanius.

—¡No! —gritó Leonid enfurecido—. ¡No los atraparéis!

Los sarcomatas no le hicieron caso, concentrados en la caza de sus presas, pero Leonid recordó la atracción ansiosa que sentían por la corrupción. Se abrió de un tirón el desgarrado cuello de la chaqueta del uniforme y utilizó el borde oxidado de las chapas de identificación de Larana Utorian para darle un profundo corte a un melanoma cancerígeno protuberante que le crecía encima de una arteria palpitante del cuello.

La sangre enferma y corrupta se derramó por la piel y se encharcó en la zona de la clavícula empapando la chaqueta. Captó el hedor cobrizo e impuro y se puso a gritar.

—¡Aquí, engendros demoníacos! ¡Esto es lo que queréis! ¿No es verdad?

Las veloces volutas de humo en que se habían transformado los sarcomatas se dieron la vuelta casi en cuanto salió el primer chorro de sangre y volvieron rápidamente hacia ellos al oler la enfermedad que les devoraba el cuerpo y que consideraban un bocado exquisito.

El coronel Leonid se sentó y se pegó más al cuerpo a Larana Utorian. Luego metió una mano en el bolsillo pectoral de la chaqueta y sacó algo redondo y plano.

—Todos muertos, todos muertos, todos muertos… —susurraba Utorian.

—Sí —contestó Leonid mostrándose de acuerdo—. Lo estamos.

La neblina roja, húmeda y repugnante, los envolvió antes de desaparecer en un instante. Los jouranos quedaron rodeados por los sarcomatas ansiosos de devorar sus enfermedades. Los dedos muertos parecidos a gusanos acariciaban los tumores hinchados.

Los demonios empezaron a morderles y desgarrarle la carne y él gritó de dolor.

Por un brevísimo instante, su mirada se cruzó con la de Larana Utorian y vio el último retazo de cordura que le quedaba.

Ella sonrió y asintió.

Leonid apretó el botón detonador de la granada que había quitado de la máquina trituradora que había al lado de Obax Zakayo, y tanto ellos dos como los sarcomatas quedaron hechos pedazos por la explosión de la carga de fusión.

—Por aquí no hay salida, Ventris —le dijo Honsou empuñando con fuerza el hacha y preparándose para el combate.

El señor de Khalan-Ghol y una veintena de guerreros de hierro habían aparecido por el pasillo casi en el mismo momento que los ultramarines

llegaban allí. Uriel vio que no había forma de esquivarlos. La criatura demoníaca de ojos plateados que se hacía llamar Onyx estaba apartada de los guerreros de hierro y se movía indecisa, como aturdida.

A su lado había un guerrero de hierro con el rostro brutal de un asesino y una simple franja de cabello adornándole el cráneo pelado. La enorme arma que empuñaba, parecida a un bólter con un rifle de fusión acoplado debajo, apuntaba directamente al simbionte.

La caverna continuaba retemblando mientras los dos demonios seguían luchando en su interior, pero en aquel lugar concreto la situación se mantenía tranquila, como si el universo estuviese conteniendo la respiración y esperara el desenlace de aquel drama en particular.

—Se acabó, Honsou —le dijo Uriel—. Tu fortaleza ha caído.

—Puedo construir otra —le contestó Honsou encogiéndose de hombros—. De todas maneras, ésta en realidad no era mía.

—Es cierto, pero ahora es de Toramino —le gritó Pasanius.

—Sí, o al menos lo que quede de ella después de que su artillería y sus psíquicos la reduzcan a escombros —respondió Honsou. El guerrero de hierro señaló el desagradable cielo rojizo—. Dime, ¿eso también es obra tuya o es otra de las hechicerías de tu señor?

—¿Mi señor?

—¡Vamos, Ventris! —insistió Honsou entre risas—. Ya ha pasado el momento de andarse con juegos. ¡Toramino!

—No tengo más señores que lord Calgar y el Emperador.

—¿Incluso ahora te andas con esas tonterías? —le contestó Honsou con un suspiro—. Bueno, ya no importa. Todo se acaba.

—Sí —respondió Uriel alzando la espada por delante de él—. Se acaba con tu muerte, traidor.

—Quizá, pero tú me seguirás al infierno un instante después.

Uriel hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Crees que eso me importa con todo lo que está pasando aquí? Lucharé contra ti y te mataré. Eso será más que suficiente para mí.

—¿Luchar contra mí? —contestó Honsou abriendo los brazos para señalar a sus guerreros—. ¿Crees que vamos a librar un duelo? ¡Entre mis

guerreros y yo os superamos diez a uno! ¿Qué te hace pensar que te voy a dar la oportunidad de enfrentarte cara a cara conmigo?

Los guerreros de hierro los apuntaron con sus armas a sabiendas que en muy poco tiempo se iba a derramar sangre, pero a la espera de que su señor diera la orden antes de disparar a matar.

Pasanius se inclinó hacia Uriel para hablarle.

—Tú te encargas de los diez de la derecha y yo me ocupo de los diez de la izquierda.

Uriel no pudo evitar reírse a pesar de la situación en que se encontraban. Luego se puso espalda contra espalda con su camarada más antiguo.

—Coraje y honor, amigo mío —dijo Uriel.

—Coraje y honor —repitió Pasanius.

Los dos ultramarines se prepararon para lanzarse a la carga y los guerreros de hierro amartillaron sus armas.

El Corazón de Sangre cayó de rodillas. El Daemonium Omphalos le clavó el machete en la carne y le abrió una larga herida en el cuerpo. Tenía la armadura manchada de largos chorros de fluido negro y estaba perdiendo las fuerzas. Haber estado prisionero durante tantísimo tiempo en las profundidades de Khalan-Ghol le había arrebatado gran parte de su poder y vigor demoníacos. Recibió un golpe en el pecho que lo envió al otro extremo de la cámara.

—¡La eternidad te espera! —rugió el Daemonium Omphalos—. ¡Diez mil años atrapado en el fuego no serán nada comparados con el tormento que tú sufrirás!

El humo y los escombros caían como una lluvia constante desde las paredes y aplastaban todo lo que estaba expuesto en el suelo de la caverna.

—No puedes destruirme. ¡Soy el Corazón de Sangre!

El Daemonium Omphalos echó a correr hacia su oponente con una mirada de odio y venganza en los ojos. El Corazón de Sangre se puso en pie de un salto y se defendió con el látigo. El golpe le dio de lleno en la cabeza

a su enemigo, quien soltó un aullido de dolor acompañado de un chorro de sangre negra cuando el látigo seccionó uno de los cuernos retorcidos.

El Corazón de Sangre retrocedió tambaleándose para recuperar fuerzas gracias a aquel golpe afortunado y se metió de nuevo en el lago de sangre. Sintió cómo el fluido vigorizante entraba en su carne inmaterial y una nueva fuerza inundaba su esencia. Sin embargo, era una sangre pobre y estancada, contaminada por las energía psíquicas y desprovista del alimento caliente y vital que necesitaba para derrotar a su enemigo.

Los recuerdos se agitaron en la memoria del Corazón de Sangre mientras el Daemonium Omphalos se lanzaba a por él. Sin embargo, todavía no tenía las facultades necesarias para rememorarlos con exactitud. La locura que se había apoderado de él le había arrebatado cualquier lucidez de pensamiento aparte de que necesitaba sangre, deseaba sangre. ¡Ansiaba sangre!

La poderosa visión de una fortaleza apareció en el fluido paisaje de su memoria… No, no era su memoria, era la memoria empapada en sangre del avatar de Khorne, la criatura en que se había convertido la armadura durante su ausencia…

Una batalla librada al lado de los guerreros de hierro, un enemigo hechicero en una armadura amarilla, uno de los seguidores del dios cadáver, y una galerna aullante de entrañas que retumbaba como un huracán y que alimentaba su espíritu con un poder inimaginable.

Algo en aquel recuerdo era la clave que necesitaba para derrotar a su enemigo y volver a encerrar al Daemonium Omphalos en la prisión llameante a la que lo había confinado el Corazón de Sangre diez mil años antes.

Una sola expresión penetró en la espesa amnesia enloquecida del Corazón de Sangre.

Tormenta de sangre…

El primer proyectil acertó de lleno en el vientre de Uriel mientras se lanzaba a la carga y le atravesó la masa retorcida de tejido cicatrizado que cubría la

zona de la herida que le había infligido la reina norna tiránida. Sin embargo, estaba demasiado cerca y el proyectil se movía a demasiada velocidad, por lo que no le estalló dentro del cuerpo sino una fracción de segundo después de salirle por la parte baja de la espalda, aunque le acribilló esa zona con los fragmentos ardientes.

El segundo se destrozó contra una de las pocas piezas de la armadura que todavía le quedaban puestas. La metralla al rojo le arañó una mejilla. El tercer proyectil le arrancó un trozo de carne del costado.

Se tambaleó pero siguió lanzado a la carga y le cortó el cuello al guerrero de hierro que le había disparado. A Pasanius le acertaron cuatro veces, y aunque su armadura desvió la mayoría de los disparos, no pudo salvarlo de todos.

El sargento cayó y se llevó por delante al guerrero de hierro partiéndole el cuello con un crujido sonoro.

Otro proyectil alcanzó a Uriel y el marine cayó al suelo.

El aire se llenó de proyectiles, y Uriel oyó un grito de sorpresa y de dolor.

Voces aullantes y más disparos.

Intentó ponerse en pie y sintió un tremendo dolor cuando se movió. Se preguntó por qué no había muerto todavía.

A su alrededor resonaron rugidos de odio, aullidos de una angustia y una rabia furiosas. Notó la peste a carne cruda y húmeda incluso por encima del hedor a sangre y a muerte que impregnaba el lugar, y se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Del muñón del cuello de un guerrero de hierro salía un surtidor de sangre. Uriel lanzó un grito de triunfo cuando vio al herido pero orgulloso jefe de los sinpiel echar a un lado el espantoso trofeo antes de cargar contra otro guerrero de hierro que estaba disparando de forma enloquecida contra los monstruos que los atacaban.

—¡Mueren hombres de hierro! —rugió mientras las demás criaturas supervivientes caían sobre los guerreros de Honsou.

El guerrero de la franja de cabello mató a los gemelos siameses. El disparo al rojo blanco de su arma incineró a la criatura con un siseo de aire

hipercalentado. Onyx esquivó con agilidad los brutales golpes de unos sinpiel, se colocó a sus espaldas y les cortó los tendones antes de evadirse de nuevo de sus ataques.

Uriel vio que Honsou retrocedía ante el ataque de los sinpiel. Rodó hacia un lado y apuntó con el bólter.

Se percató de lo mucho que echaba de menos la protección de su armadura cuando sintió como una serie de puñaladas el dolor provocado por los fragmentos de bólter que tenía en la espalda.

—¡Pasanius!

El sargento volvió la cabeza y Uriel le vio la cara. Tenía una palidez mortal, con las mejillas hundidas y de color ceniza.

—¡No te atrevas a morirte, sargento! —le gritó Uriel mientras dejaba a un lado la espada y se esforzaba por apuntar bien con el bólter.

—Sí, capitán —contestó Pasanius con voz débil.

El humo y los combatientes cercanos le impidieron apuntar bien, pero al final consiguió tener a tiro a Honsou.

—¡Muere, traidor! —susurró Uriel al mismo tiempo que apretaba el gatillo y un montón de escombros caía a su lado.

En el instante previo a perder de vista a Honsou había visto al señor de Khalan-Ghol lanzado hacia atrás con el casco desprendiendo trozos de ceramita y dejando escapar un chorro carmesí.

Tormenta de sangre…

Los dos demonios se enfrentaban en las profundidades del lago de sangre. El odio que compartían era algo casi tangible en el espacio que los separaba. Los rodeaban torbellinos de poder. La enorme cantidad de energía que habían empleado en aquel combate los había dejado agotados casi hasta el punto de la desaparición.

Ya no quedaban palabras que decir. ¿Qué podían decirse aquellos dos seres que habían sido enemigos desde el amanecer de los tiempos?

Las palabras eran para los mortales y para aquellos con un futuro para recordarlas.

El Daemonium Omphalos se había preparado para ese momento desde que dos mortales lo habían liberado por pura casualidad, y su fuerza era con

mucho la mayor.

Pero el Corazón de Sangre y el avatar de Khorne volvían a ser de nuevo una sola criatura, y la armadura maldita se había fortalecido con la muerte de toda una galaxia de almas. Los dos demonios estaban igualados y ninguno podía destruir al otro.

Tormenta de sangre…

El Corazón de Sangre abrió de par en par los brazos y soltó un grito de odio que hendió el fluido vital del lago y provocó una enorme ola de sangre que se extendió desde el centro del mismo. Un torbellino de sed roja surgió de la armadura del Corazón de Sangre y se expandió por toda la cámara como la onda de choque de una explosión.

Una tormenta restallante de energía creada por el odio rugió en los dominios devastados de los mortuarios bestiales, azotándolo todo como un monstruo enloquecido y cegado y obligando al Daemonium Omphalos a apartarse del Corazón de Sangre con su poder imparable.

La tormenta de sangre envolvió a los pocos mutantes temblorosos que estaban escondidos detrás de los escombros y de la maquinaria destrozada de la cámara. Atravesó sus cuerpos y los descuartizó.

Luego se cebó en el cuerpo mutilado de Obax Zakayo y acabó con su sufrimiento en una explosión de huesos enrojecidos.

La tormenta de sangre pasó por donde se encontraban las matrices carnosas de las daemonculati y una por una estallaron como grandes globos llenos de sangre.

Luego se expandió por toda la circunferencia de la cámara, con un océano de sangre contenido en el torbellino etéreo que aullaba antes de concentrarse de nuevo en el Corazón de Sangre, su epicentro.

El poderoso demonio se hinchó hasta adquirir unas proporciones monstruosas. Su armadura y sus armas resplandecieron con un poder apenas contenido mientras se esforzaba por controlar la energía extraída del mar de sangre con el que acababa de darse un festín.

Ya estaba preparado.

Todo iba a acabar ya.



VEINTIDÓS

Ráfagas de un viento rojo aullante recorrieron la cámara de los mortuarios bestiales. Uriel sintió el regusto metálico de la sangre en la garganta. Se volvió sobre un costado y recuperó la espada mientras la furia del huracán que azotaba el aire giraba a su alrededor y les arañaba la carne con odio.

Los guerreros de hierro se arrojaron en todas direcciones para ponerse a cubierto cuando el torbellino etéreo recorrió la caverna. Los sinpiel cayeron derribados por su poder. La desesperada batalla se interrumpió mientras los combatientes se mantenían a cubierto o se agarraban a los peñascos más grandes para evitar ser arrastrados.

Uriel jadeó cuando notó que le absorbía su propia esencia vital, y se sintió tan indefenso como los débiles recién nacidos a los que abandonaban para que murieran en las montañas de Macragge. Por suerte, el poder de la tormenta de sangre era menor en aquel extremo de la caverna, por lo que no sufrieron los horrores de aquellos que estaban más cerca del Corazón de Sangre.

Pasanius dejó escapar un gruñido de dolor y Uriel vio que la sangre coagulada de las heridas de la espalda se le había licuado y era arrastrada por aquella tormenta vampírica. Sus propias heridas sangraban para alimentar al terrible demonio que había en el centro de la cámara.

—Así no… —murmuró—. ¡Así no!

Un instante después desapareció. El repentino silencio fue inquietante después de la feroz violencia de la tormenta diabólica. Uriel se puso de rodillas y torció el gesto por el dolor mientras los demás también se recuperaban de la infernal experiencia.

Los sinpiel estaban aullando de dolor. No disponían de la protección que ofrecía la piel, por lo que habían sufrido los peores efectos de la tormenta de sangre. Sus cuerpos habían quedado escuálidos, parecían anémicos y enfermos.

Uriel se apoyó en una mesa para ponerse en pie. El dolor que sentía a causa de las heridas de metralla del proyectil de bólter y por los huesos rotos era agudo y lacerante. Su metabolismo mejorado ya había coagulado la sangre y formado tejido cicatrizado sobre las heridas, pero seguía estando gravemente herido.

—Vamos —animó a Pasanius—. No podemos salir por ahí. Tenemos que encontrar otro modo.

—No sé si puedo —le contestó Pasanius, pero Uriel no le dio la oportunidad de seguir discutiendo y lo puso en pie de un tirón a pesar de sus quejidos. El sargento terminó por asentir con lentitud—. Vale, vale. Eres peor que el apotecario Selenus.

Pasanius se sentó con un esfuerzo doloroso sobre una pila de escombros. En el pecho se veían las costras de sangre recién coagulada de las múltiples heridas de bólter.

El sonido del combate que se libraba en el centro de la cámara continuaba resonando por doquier, pero se oía una furia renovada en los rugidos y en el entrechocar de las armas. Uriel oyó unas risotadas salvajes cuando la tormenta de sangre amainó. La risa era cruel y malvada, y notó una sensación enfermiza en el cuerpo cuando el alma se le encogió ante semejante malignidad.

El ultramarine vio a través de las nubes de polvo y las avalanchas de rocas el feroz climax del combate entre los dos demonios. La visión de un poder tan increíble era capaz de dejar sin respiración. El cuerpo físico del Corazón de Sangre sobresalía muy por encima del Daemonium Omphalos. Se había hinchado hasta triplicar su tamaño original, y aquella superioridad física no se parecía en nada que hubiera visto antes en su vida.

Ni siquiera el Portador de la Noche lo había amedrentado tanto con su majestuosidad siniestra. Esa presencia de pesadilla le había provocado visiones terroríficas con su propia oscuridad, pero aquello…

Aquello era algo completamente distinto.

Allá por donde caminaba el Corazón de Sangre le seguía la muerte. Detrás de él flotaba una neblina roja, un velo sangriento que relucía con un brillo húmedo. Sus armas partían incluso el aire con cada golpe y provocaban fisuras negras que dejaban abierta la realidad. El guerrero de hierro demoníaco retrocedió ante los ataques, herido y desmoralizado, con la armadura arrancada y dejando escapar un icor negro por las heridas.

Cada poderoso golpe del Corazón de Sangre lo obligaba a dar un paso atrás. Los intentos de detenerlos eran cada vez más torpes. Retrocedía con

desesperación hacia la sibilante máquina demoníaca que lo había llevado hasta allí. Las chimeneas aullantes dejaban escapar agudos gritos de angustia.

Sin embargo, el Corazón de Sangre no estaba dispuesto a que le escamotearan la victoria y lo atacó con el látigo Se lo enroscó alrededor de uno de los brazos y se lo arrancó haciendo saltar un chorro de sangre negra. El Daemonium Omphalos cayó de rodillas y lanzó un aullido de rabia desafiante, pero fue en vano, ya que el Corazón de Sangre se le acercó y le asestó un tajo con el hacha que le separó la cabeza de los hombros en un único movimiento poderoso.

El demonio de armadura se desplomó y de la herida letal surgió un río de restos sangrientos. El Corazón de Sangre alzó las armas al cielo lanzando un rugido de triunfo en honor del Dios de la Sangre que sacudió hasta las paredes de la caverna.

Una energía oscura se escapó ondulando del demonio destruido y el Corazón de Sangre se estremeció mientras absorbía la esencia vital de su viejo enemigo, con las extremidades convulsas por el tremendo poder que heredaba.

El cielo rojo que había acompañado a la aparición del Daemonium Omphalos empezó a desvanecerse mientras saboreaba los frutos de su victoria, y las almas aullantes atrapadas en el interior del metal maldito de la máquina gritaron con vigor renovado.

Los sibilantes pistones de hueso se alzaron cuando la monstruosa máquina demoníaca aumentó la potencia para escapar de su amo moribundo y de la destrucción de la caverna.

En ese momento, como si el combate y el tremendo poder de su victoria fuesen demasiado para aquella terrible criatura, el Corazón de Sangre cayó de rodillas saciado y saturado de energía siniestra. El hacha y el látigo se le cayeron de las garras cuando se desplomó de costado. El brillo del pellejo rojo se oscureció hasta convertirse en un granate oscuro que humeaba y siseaba como el de la víctima de una electrocución.

Al derrumbarse ambas abominaciones, el retumbar discordante de las armas demoníacas cesó y fue reemplazado por el omnipresente estruendo

del bombardeo de artillería. Era posible que la batalla en el interior de Khalan-Ghol hubiese acabado, pero la furia destructiva desencadenada por Toramino continuaba de forma incesante.

Uriel contuvo el aliento, temeroso de que incluso el menor movimiento provocase que el demonio se pusiese en pie de nuevo de un salto, pero no ocurrió nada, por lo que dejó escapar un largo suspiro jadeante mientras el jefe de los sinpiel se le acercaba cojeando. La criatura se inclinó para poner la cabeza a la misma altura que la suya.

—¡Matamos a los hombres de hierro! —le dijo.

—Sí —contestó Uriel con voz débil—. Lo hicimos.

—¿El Emperador contento?

Uriel miró alrededor, contempló las ruinas de la cámara de los mortuarios bestiales y vio que no había nada reconocible, que todo había quedado destruido en la batalla cataclísmica de los dos demonios. Los horrores quirúrgicos llevados a cabo en aquel lugar habían desaparecido. Las víctimas que habían sufrido aquellos atroces experimentos disfrutaban por fin de la paz del Emperador. El lago de sangre ya no era más que un cráter polvoriento y las pasarelas donde se encontraban las daemonculati habían quedado reducidas a masas informes de metal retorcido.

Las daemonculati se habían convertido en unos tristes montones de carne reseca. Uriel sintió que se le quitaba un peso enorme de encima al ver que habían cumplido su juramento de muerte. Las criaturas que Tigurius había visto en su sueño y que Marneus Calgar les había ordenado destruir ya no existían.

—Oh, sí —contestó—. El Emperador está contento. Habéis hecho que el Emperador esté muy contento.

El jefe de los sinpiel se irguió por completo y se golpeó el pecho con los enormes puños. Los pocos hermanos supervivientes hicieron lo mismo y aullaron su alegría al cielo rojo que se difuminaba.

—¡Tribu! ¡Tribu! ¡Tribu! —gritaron una y otra vez.

Uriel asintió e imitó a la enorme criatura golpeándose el pecho con los puños y gritando con todas sus fuerzas. Pasanius lo miró con gesto

extrañado, pero Uriel estaba demasiado exaltado por la celebración salvaje de los sinpiel como para que le importara.

Cuando dejaron de cantar, el jefe de los sinpiel volvió su atención hacia los pocos guerreros de hierro supervivientes que habían empezado a recuperarse después de que la furia de la tormenta de sangre hubiera pasado. Luego miró a Uriel con una expresión de hambre en el rostro.

—¿Carne?

Uriel sintió que se le endurecía el corazón mientras afirmaba lentamente con la cabeza.

—Carne —contestó.

Aquellos guerreros de hierro eran los más poderosos de la gran compañía de Honsou, pero ni siquiera ellos podían resistir la furia de un ataque frontal de los sinpiel. El suelo estaba cubierto de cadáveres, tanto de guerreros de hierro como de los monstruosos fallos de creación, pero sólo era el preludio de la matanza que siguió a continuación.

Los sinpiel rompieron las armaduras con las manos desnudas y arrancaron las extremidades para darse un festín con la carne todavía caliente de sus odiados creadores.

Uriel ayudó a Pasanius a ponerse en pie y vio a la criatura demoníaca, Onyx, rodeada por un grupo de sinpiel. El guerrero de armadura negra cortaba y apuñalaba con una velocidad impresionante, pero los sinpiel seguían luchando sin importarles aquellas heridas, que hubieran matado tres veces seguidas a un oponente de menor talla.

Uriel no sintió ninguna pena por Onyx. Era una criatura de la disformidad, una abominación, y se dio la vuelta cuando lo vio caer al suelo bajo una masa rugiente de sinpiel.

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó Pasanius apoyándose en una pila de escombros de rococemento mientras se limpiaba el polvo y la sangre de la cara.

—No estoy seguro —le contestó Uriel con sinceridad—. Hemos hecho lo que vinimos a hacer. Hemos cumplido nuestro juramento de muerte.

A pesar del dolor que obviamente sentía, Pasanius sonrió, y la pesadumbre que su amigo había mostrado desde los últimos días pasados en

Tarsis Ultra desapareció por completo de su rostro.

—Me alegro de verte sonreír de nuevo, amigo mío.

—Sí, ha pasado bastante tiempo desde la última vez que me sentí de humor para hacerlo.

—Hemos recuperado nuestro honor.

—Sabes, creo que nunca lo llegamos a perder —le contestó Pasanius.

—Quizá no. Ojalá hubiera algún modo de hacérselo saber a Macragge.

—Supongo que jamás se enterarán de lo que ha pasado aquí.

—No, supongo que no —comentó Uriel—. Pero eso en realidad no importa. Lo sabemos nosotros, y eso es lo que vale.

—Sí, creo que tienes razón, capitán.

—Ya te he dicho que no hace falta que te dirijas a mí de ese modo.

—Puede que antes no —le aclaró Pasanius—, pero hemos cumplido nuestro juramento de muerte, y vuelves a ser mi capitán.

Uriel asintió.

—Supongo que lo soy.

Los dos guerreros se estrecharon la mano, contentos de estar vivos y disfrutando de la sensación de haber llevado a cabo la misión que tenían encomendada. No importaba que se encontraran atrapados en un planeta demoníaco terrorífico a miles de años luz de su hogar. Disfrutaban de ese éxito por el simple hecho de haberlo conseguido.

Ya no importaba lo que ocurriera, lo habían logrado. Se había acabado.

El jefe de los sinpiel se acercó a ellos. De sus fauces colmilludas colgaban largos hilos de sangre coagulada.

—¿Nos vamos? —les preguntó—. ¿Marchamos ya?

—¿Marcharnos? —contestó Uriel extrañado—. ¿Cómo? No podemos ir a ningún sitio. El pasillo que lleva a la jaula del ascensor está bloqueado por completo y la salida del desagüe está tapada por cientos de toneladas de rocas. No hay salida posible.

El jefe de los sinpiel lo miró de soslayo, como si no pudiera creerse que Uriel fuese tan tonto. Señaló algo por encima del hombro del marine espacial.

—¡La máquina del hombre de hierro grande se marcha!

Uriel se quedó confundido unos instantes, hasta que siguió la dirección que le señalaba el dedo del jefe de los sinpiel y vio la silueta oscura del leviatán blindado que había llevado hasta allí al Carnicero. Se dirigía con lentitud hacia una de las bocas rodeada de cráneos de los túneles que había creado para manifestarse en el interior de la caverna. La puerta iluminada por una luz de color rojo que llevaba al interior seguía abierta, y aunque la máquina sin conductor estaba tomando velocidad poco a poco, todavía quedaba tiempo para entrar ella.

—Trajo a hombre de hierro grande aquí —dijo el jefe de los sinpiel—. ¡Nos llevará a nosotros también!

Uriel intercambió una mirada con Pasanius.

—¿Qué piensas? —le preguntó con un atisbo de sonrisa en los labios.

—Creo que nos lleve a donde nos lleve, tiene que ser mejor que estar aquí —le contestó Pasanius levantándose de las rocas y tapándose las heridas con una mano.

—Espero que tengas razón.

—Bueno, es que es eso o quedarnos aquí para que nos aplaste la artillería de Toramino.

—Es un buen razonamiento —contestó Uriel mostrándose de acuerdo. Se volvió hacia el jefe de los sinpiel—. Reúne a la tribu. Nos vamos.

El jefe de los sinpiel asintió y los hombros se le estremecieron con el gesto. Luego alzó la cabeza y soltó un aullido ululante.

Los sinpiel abandonaron su macabro festín en pocos segundos y se reunieron con su jefe. Sólo quedaban con vida menos de una docena, y Uriel se sorprendió al ver los pocos que habían sobrevivido a la misión en Khalan-Ghol. Ardaric Vaanes llevaba razón cuando pronosticó que la mayoría de ellos, si no todos, morirían allí.

—Muy bien. Vámonos de aquí —les dijo.

Honsou pensó por un momento que estaba muerto.

Cuando se dio cuenta de que no era así, pensó que se había quedado ciego.

Lo único que sentía era dolor, y lo único que oía era el sordo retumbar de los impactos de artillería en algún punto muy por encima de él. Se incorporó hasta quedar sentado y sintió un fuerte picor en los ojos. Intentó abrir los sellos de vacío de la gorguera de la armadura, pero estaban rotos e inservibles, por lo que se quitó el casco de un tirón. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no estaba ciego, sino que simplemente tenía los ojos tapados por grandes coágulos de sangre.

Se quitó los pegotes de sustancia pegajosa de la cara y escupió un salivazo lleno de suciedad.

Se limpió la cara de nuevo, furioso por no ser capaz de ver todavía con uno de los ojos. Al pasarse la mano por la cara otra vez se percató de que había una buena razón para ello: tenía parte de la cabeza machacada por el impacto del proyectil de bólter. El lado izquierdo de la cara había quedado convertido en un amasijo quemado y sanguinolento, y el ojo, en una masa gelatinosa.

Sintió un fuerte mareo y la náusea se apoderó de su cuerpo, pero se echó a reír cuando alargó el brazo plateado para recuperar el equilibrio y vio que seguía liso y brillante a pesar de la furia de los combates que había librado desde que se lo implantaron.

—Maldito seas, Ventris. Es la segunda vez que me dejas cegado con mi propia sangre.

Se puso de rodillas e intentó rememorar con claridad los últimos momentos del enfrentamiento. Recordó que tenían atrapado a Ventris, y que los ultramarines se habían lanzado a una carga que había acabado en una lluvia de proyectiles de bólter.

O al menos, así era como debía haber acabado. Tenían una suerte endemoniada, y habían sobrevivido lo suficiente como para matar a dos de sus guerreros. Por estúpida que fuera aquella carga, les había concedido unos momentos más de vida.

Y entonces fue cuando atacaron los monstruos.

Honsou sintió un estremecimiento de asco cuando recordó lo increíblemente repugnantes que eran. Sus cadáveres estaban esparcidos por doquier. Cuando por fin logró librarse de los escombros que le

inmovilizaban las piernas y se puso en pie, tambaleante se quedó sorprendido de que unas criaturas tan aborrecibles pudieran vivir.

Había oído hablar de los sinpiel, pero jamás se había imaginado que pudieran ser tan temibles como para convertirse en el motivo de su fracaso principal.

Lo último que recordaba era distinguir un atisbo de Ventris que le apuntaba a la cabeza con un bólter y cómo se volvía para quitarse de en medio. Honsou también recordó el fogonazo del disparo, una sensación de dolor ardiente en el rostro, y después…, después nada hasta ese momento.

—¡Hierro dentro! —gritó.

No hubo respuesta, por lo que supo que todos los guerreros que lo habían acompañado hasta las cámaras de los mortuarios bestiales estaban muertos. No pensó más en ellos y contempló la destrucción que lo rodeaba.

No quedaba nada del lugar. Toda la estructura estaba destrozada por el enfrentamiento entre los demonios y el constante bombardeo de las grandes baterías de artillería de Toramino.

Distinguió un movimiento con el rabillo del ojo y empuñó el hacha antes de dirigirse tambaleante hacia el punto concreto. Un guerrero de hierro, atrapado bajo el cadáver a medio devorar de otro, gemía de dolor.

Honsou levantó el cuerpo que había encima y descubrió que se trataba de su subordinado más reciente, Cadaras Grendel. Le habían arrancado la armadura de las piernas y le habían mordido el muslo dejándoselo sin parte del músculo.

—¿Sigues vivo, Cadaras Grendel?

—Sí —le contestó el guerrero—. No se me mata con facilidad. Ayúdeme a levantarme.

Honsou le ofreció una mano y tiró de él hasta ponerlo en pie. El asesino de rostro ceñudo recogió sus armas del suelo y comprobó los mecanismos antes de hablar de nuevo.

—Entonces, ¿se ha acabado?

Honsou se encogió de hombros.

—Es posible. No lo sé, pero eso parece.

Cadaras Grendel asintió.

—¿Qué hay de Toramino?

—¿Qué pasa con él?

—Sigo queriendo matarlo.

—Igual que todos los demás —le contestó Honsou.

Miró por una gran brecha abierta en la ladera de la montaña. Las descargas de fuego azul seguían machacando la fortaleza desde las torres mágicas que la sitiaban. Honsou pensó que los jefes de artillería de Toramino debían de ser muy concienzudos para haber logrado abrir un agujero en la montaña.

Se volvió hacia una pila reluciente de metal tembloroso que había al lado de la entrada del pasillo que llevaba a la jaula del ascensor. Reconoció un par de garras de bronce que había tiradas al lado de la pila y se acercó al montón de metal.

Cuando estuvo más cerca se percató de que no se trataba de unos simples desechos, sino de los restos todavía vivos de su guardaespaldas. Onyx yacía retorciéndose sobre el suelo. La armadura negra estaba partida y en algunos puntos arrancada de su cuerpo, y los monstruos también habían desgajado la carne demoníaca del metal de su esqueleto.

La carne inmaterial del simbionte había albergado un habitante de la disformidad, pero sin un cuerpo donde mantenerse, había sido expulsado de su caparazón. Lo único que quedaba del guardaespaldas de Honsou era un puñado de extremidades plateadas y conectadas sólo en parte, algunos pistones de bronce y un cráneo del mismo material con una luz plateada que se escapaba poco a poco por los agujeros de las cuencas oculares.

—¿Estás ahí, Onyx? —preguntó Honsou.

—Por ahora —respondió con una voz que era poco más que un susurro ronco.

—¿Qué te ha pasado?

—Los monstruos… —siseó la criatura, a punto de disolverse—. Me dejaron sin carne y al demonio no le quedó nada donde esconderse. Se marchó y me ha dejado así…

Cadaras Grendel se reunió con Honsou.

—¿Esta es la criatura demoníaca que quería que vigilara?

—Sí —contestó Honsou asintiendo.

—No parece gran cosa ahora.

—No, no lo parece —contestó Honsou antes de darse la vuelta y caminar cojeando hacia el centro de la cámara.

—¿Qué quiere que haga con Onyx? —le gritó Cadaras Grendel mientras se alejaba.

—Líbrate de él —le respondió Honsou con un gesto despreocupado de la mano.

Mientras trepaba por las pilas de escombros y cuerpos que sembraban el suelo de la caverna oyó el achicharrador siseo del rifle de fusión de Cadaras Grendel y supo que Onyx había dejado de existir.

El centro de la caverna parecía el epicentro de un bombardeo orbital a gran escala. El suelo estaba arrasado y lleno de agujeros por la furia del combate que se había librado allí mismo. Los cuerpos y los restos de maquinaria yacían por doquier, tan aplastados e irreconocibles que no había forma alguna de saber qué habían sido antes.

Delante de un cráter enorme se encontraba una servoarmadura despedazada de proporciones gigantescas, y delante de ella estaba tumbado el Corazón de Sangre. El enorme cuerpo del demonio tenía un color rojo apagado, parecido al de unas ascuas que amenazaran con estallar en llamas en cualquier momento. El pecho se le hinchaba y vaciaba con un ansia ya saciada. Honsou observó que las llameantes venas del cuerpo palpitaban con una vitalidad renovada.

El hacha que el demonio tenía al lado doblaba en tamaño a Honsou, pero aunque éste sabía que era algo imposible, sintió el impulso irresistible de intentar levantarla. Su propia hacha le gruñó en la mano, pero Honsou sabía que se trataba de la presencia demoníaca que albergaba el arma del Corazón de Sangre que lo estaba llamando.

Honsou se acercó hasta la figura tumbada del Corazón de Sangre y le propinó una tremenda patada en el cráneo cornudo.

—¡Vamos! —le gritó—. ¡Ya eres libre y hay muchos hechiceros que matar! ¡Arriba!

Las venas calientes como lava del demonio se encendieron. Abrió los ojos, que relucían con un fuego blanco sin alma, como el de unos soles moribundos engastados en su cráneo. El Corazón de Sangre se sacudió el adormecimiento posterior al banquete de energía que se había dado tras la victoria y se irguió por completo. La gigantesca hacha y el enorme látigo saltaron por el aire y se dirigieron a sus manos llenas de garras.

—Así está mejor —soltó Honsou cuando el demonio se alzó por encima de él.

—¿Quién se atreve a despertarme de mi sueño de sangre? —aulló el demonio.

—Soy Honsou. Mestizo. Señor de Khalan-Ghol.

El colosal demonio se inclinó un poco sobre Honsou, pero él permaneció firme, decidido a no mostrar miedo ante aquella criatura.

—Has sido tocado por la disformidad —le dijo el Corazón de Sangre—. Has albergado a uno de los míos.

Honsou asintió.

—Sí. Fui bendecido durante un breve tiempo por la posesión de un demonio del Caos.

—Todavía huelo a hechicería en este lugar —gruñó el demonio.

—Así es —le replicó Honsou—. Mis enemigos poseen grandes poderes mágicos que están utilizando para destruirnos a mí y a mi fortaleza.

—¿Eres el señor de este lugar?

—De momento sí —le confirmó Honsou.

—¿Dónde están esos enemigos que se rebajan a utilizar los viles trucos de la hechicería? —exigió saber el demonio.

Honsou miró a través de la enorme brecha abierta en la ladera de la montaña y señaló a las restallantes llamas de color azul que se encontraban al otro lado.

—Allí fuera —le contestó Honsou—. El señor de la guerra que está al mando de la hueste que ataca mi fortaleza es un hechicero y tiene a muchos sirvientes mágicos a su disposición.

—¡Lo mataré y condenaré su alma para toda la eternidad! —le prometió el Corazón de Sangre antes de volverse y abrirse paso a través de la

abertura de la montaña de Khalan-Ghol para desaparecer de la vista.

Honsou trepó hacia la grieta en la roca y miró por encima de la ladera envuelta en humo como el imparable demonio cargaba contra la vanguardia del ejército de Toramino.

—Sí —dijo riéndose—. Hazlo, hazlo…

EPÍLOGO

En el santuario resonaban los espíritus de los muertos. Los blocaos y los búnkers estaban vacíos y abandonados. Por supuesto, ya estaban así cuando encontraron el lugar, pero en esos momentos los sentía vacíos de verdad, como si la breve ocupación por parte del grupo de guerreros no hubiese sido más que un último intento de servir para algo.

Ardaric Vaanes sabía que ya no podían quedarse allí.

Aquel lugar permanecería maldito para siempre en sus recuerdos.

Había sido allí donde Ventris los había convencido con sus mentiras a él y a sus hombres.

La mentira del honor. La misma mentira que lo había expulsado de su capítulo. La misma mentira por la que casi había acabado muerto en aquel miserable planeta de mierda.

El honor… ¿Para qué servía aquello si lo único que conseguías era la muerte y el sufrimiento? Treinta guerreros habían vivido y luchado por aquel lugar. Habían combatido contra sus enemigos y habían sobrevivido… Siempre habían sobrevivido.

Hasta que llegó Ventris.

No había sido una gran vida, pero al menos estaban vivos.

—Tú los has matado a todos, cabrón —musitó Vaanes.

El odio que sentía hacia el capitán de los Ultramarines le ardía a fuego lento en el corazón mientras se dedicaba a trazar espirales en el polvo con una de las cuchillas relámpago.

Svoljard, con su elevada estatura y aspecto salvaje con la armadura de los Hermanos de la Manada, y Jeffar San, el orgulloso y altanero Cónsul Blanco, eran los únicos que quedaban de su grupo de guerreros. Ardaric Vaanes sabía que tendrían mucha suerte si lograban sobrevivir en los días siguientes.

Después de abandonar a Ventris y a su pandilla de monstruos y mutantes, los tres se habían abierto camino a través de las montañas hacia el santuario mientras contemplaban de lejos los grandes combates que se estaban librando alrededor de la fortaleza.

El espectáculo había sido algo magnífico. Vaanes se había sorprendido durante el increíble ataque por la gigantesca rampa deseando que Honsou derrotara contra todo pronóstico a sus enemigos.

Cuando la rampa se derrumbó y todo el ejército de Berossus desapareció, estuvo a punto de vitorearlo.

Sin embargo, a pesar de lo destructivo que había sido todo aquello, no fue nada comparado con la matanza y el caos que se había producido a continuación.

Las columnas de fuego azul que llevaban días rodeando la fortaleza la empezaron a atacar sin misericordia, destrozando la propia montaña pedazo a pedazo. Las tormentas de energía mágica golpearon la roca con una fuerza inimaginable y derribaron torres y bastiones para convertirlos en polvo en apenas un instante. Vaanes jamás había visto nada semejante, y aunque la destrucción era un espectáculo impresionante, lamentó por unos momentos que Honsou no hubiera dispuesto de algún último truco para derrotar a Toramino.

Entonces apareció el Corazón de Sangre, y todo cambió.

Había surgido de las profundidades de la montaña como un rojo torbellino letal que mató y acabó con todo lo que tenía por delante en una orgía de aniquilación que fue algo aturdidor por su tremenda violencia. Nada podía resistir a aquel avatar de destrucción: ni soldados, ni Guerreros de Hierro, ni tanques, ni siquiera las máquinas demoníacas de lord Toramino.

Todo lo que estaba cerca del colosal demonio acabó muerto, destrozado por la aullante hacha o aplastado bajo el tremendo peso. La matanza había durado días, pero al final, el ejército de Toramino había retrocedido ante el avatar favorecido por el Dios de la Sangre. Las pocas unidades supervivientes se retiraron del campo de batalla mientras todavía tuvieron oportunidad, y abandonaron los restos humeantes de Khalan-Ghol en manos del mestizo.

Honsou continuaba siendo el señor de Khalan-Ghol, y aunque a Vaanes lo satisfizo que el arrogante Toramino hubiese sido derrotado, sintió un escalofrío de aprensión.

Sabía que lo más probable era que el mestizo se vengara de un modo terrible de aquellos que lo habían atacado. Vaanes sabía que eso sería lo que él haría si estuviera en su lugar, y por lo poco que conocía a Honsou, sospechaba que no eran muy diferentes en ese aspecto.

Todo aquello había ocurrido una semana antes. No les quedaba nada, así que Svoljard, Jeffar y él se habían quedado en el santuario mientras se acostumbraban a las nuevas circunstancias.

¿Qué iban a hacer? ¿Hacia dónde deberían dirigirse?

¿Deberían buscar algún modo de salir de Medrengard para emplearse como mercenarios una vez más?

Quizá, pero a Vaanes ya no le apetecía seguir luchando por causas desesperadas y le había perdido el gusto a recorrer de nuevo la galaxia luchando en nombre de tiranos de poca monta.

El sonido de unos pasos a la espalda lo sacó de aquellos pensamientos amargos. Borró la espiral que había estado dibujando en el suelo y se volvió. Svoljard estaba en la puerta, con un gesto fatalista en el rostro de rasgos lobunos.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Vaanes.

—Problemas —dijo el hermano de manada.

Jeffar San estaba de pie en la entrada del blocao. Llevaba el bólter echado al hombro y el largo cabello sucio y rubio recogido en una apretada cola de caballo. El color blanco de la armadura estaba casi oculto por la

suciedad y el polvo de su paso por Khalan-Ghol, pero seguía teniendo el mismo aire arrogante de grandeza pasada.

—¿Qué está pasando? —quiso saber Vaanes en cuanto Svoljard y él salieron a la luz del día eterno.

—Mira allí —dijo Jeffar San señalando el vehículo que se encontraba parado en la entrada del sombrío valle.

Vaanes reconoció la silueta de un tanque de batalla, un poderoso Land Raider. Los costados metálicos estaban pintados con franjas negras y amarillas y las placas de blindaje superiores estaban cubiertas de pinchos. En la parte frontal superior se veía un cuerpo desventrado con los brazos extendidos. Tenía las extremidades ensangrentadas y las entrañas anudadas alrededor de unos cuantos pinchos.

Las enormes armas de las barquillas laterales blindadas apuntaban directamente al blocao. Vaanes sabía que el poder de aquellas armas era devastador, y que eran capaces de demoler el blocao de un solo disparo.

Entonces, ¿por qué no disparaban? Honsou, ya que nadie más los buscaría en aquel lugar, no tenía motivo alguno para ir hasta allí si no era para matarlos.

—¿Por qué no disparan? —preguntó Svoljard con un murmullo. Era evidente que pensaba lo mismo que Vaanes.

—Creo que estamos a punto de descubrirlo —le contestó Vaanes señalando con un gesto del mentón al enorme tanque: la rampa frontal de asalto descendió con un estampido metálico sobre el suelo rocoso.

De allí salieron tres guerreros, todos equipados con servoarmaduras con la insignia de los Guerreros de Hierro y con las armas en la mano.

—Pero ¿qué demonios…? —murmuró Vaanes cuando los guerreros de hierro se apartaron de la seguridad que proporcionaba el vehículo y se dirigieron hacia ellos cruzando las trincheras abandonadas y sorteando los restos de las trampas antitanque.

—Preparados para luchar cuando os dé la orden —susurró Vaanes cuando los guerreros de hierro estuvieron más cerca.

Sus dos compañeros asintieron, pero se dio cuenta de que no les apetecía librar un último combate desesperado.

El guerrero que marchaba en cabeza se quitó el casco y Vaanes no se sorprendió al ver los rasgos del mestizo. Sin embargo, un lado de la cara estaba destrozado y había sido sustituido por una serie de implantes que cubrían las cicatrices nudosas. Una reluciente gema azul sustituía al ojo que había perdido. El segundo guerrero tenía el rostro de un asesino, con unos ojos de mirada fría e implacable. Una estrecha franja de cabello corto era lo único que le cubría el cráneo. Vaanes no logró distinguir al tercer guerrero: el gran tamaño de la armadura de Honsou se lo impedía.

—Has venido desde muy lejos sólo para matarnos, Honsou —le dijo a modo de saludo.

El mestizo se echó a reír.

—Si hubiera venido hasta aquí para mataros, ya estaríais muertos.

—¿Y para qué has venido entonces?

—Ya llegaremos a eso en su momento —le prometió Honsou—. Luchaste al lado de Ventris, ¿verdad?

—Sí —replicó Vaanes con gesto amargado—. Pero no fue una gran idea hacerlo.

—Eso es lo que pensaba.

—¿De qué hablas?

—Guerrero, tienes una gran amargura en tu interior, pero eres un luchador, un superviviente nato.

—¿Y?

—Y necesito hombres como tú ahora mismo. La mayor parte de mi gran compañía ha muerto, y los guerreros de Berossus que me han jurado lealtad son pocos. Le ofrecí a Ventris la oportunidad de unirse a mí, pero la despreció. Te ofrezco la misma oportunidad, pero no creo que tú también la rechaces.

—¿Quieres que luchemos por ti?

—Sí —le contestó Honsou.

—¿Por qué?

—Por la conquista, por la guerra y por la sangre… Y para vengarte de nuestro enemigo.

—Ventris —susurró Vaanes.

—Sí —respondió Honsou al mismo tiempo que con un gesto de la mano le indicaba al guerrero que estaba detrás de él que avanzase. El individuo empezó a quitarse el casco—. Mi guardaespaldas ha muerto, y necesito a alguien como tú para que entrene a este sustituto recién nacido en el arte de la guerra.

El guerrero acabó de quitarse el casco y Vaanes jadeó de sorpresa al verle la cara.

La piel del recién nacido era de un color ceniciento y le encajaba mal. Las líneas de sutura visibles en la mandíbula y el cuello todavía estaban frescas, pero no había confusión posible en los rasgos nobles del individuo ni en los ojos de color gris tormenta.

Era Uriel Ventris.